

**LA VIDA DE CRISTO DESDE
LA NATIVIDAD A LA ASCENSIÓN**

**LA VIDA DE CRISTO
DESDE LA NATIVIDAD
A LA ASCENSIÓN**

Geoffrey Hodson

EDITORIAL



TEOSÓFICA

Título en inglés: "The Christ Life from Nativity to Ascension"
Propiedad registrada en 1975 por
The Theosophical Publishing House
Wheaton, Illinois, E.U.A.
Traducción: Walter Ballesteros
Imagen cubierta: Juan Carlos García

© Editorial Teosófica SCooC. Ltda.
Avgda. Vall d'Or, 87
08197 Valldoreix (Barcelona)

ISBN: 84-86709-45-8
Depósito Legal: B-32548-2006

Impreso en Romanyà-Valls, S.A.
Pza. Verdaguer, 1 - Capellades (Barcelona)

Impreso en España

Printed in Spain

CONTENIDO

PRESENTACIÓN DEL LIBRO	7
PARTE I	
LAS DOS PRIMERAS ETAPAS CRÍSTICAS	
NACIMIENTO Y BAUTISMO CRÍSTICOS	9
PARTE II	
EL DHARMA CRÍSTICO	
DEL QUE ENTRA EN LA CORRIENTE	115
PARTE III	
EL DISCIPULADO CRÍSTICO	
SEGÚN EL SERMÓN DE LA MONTAÑA	207
PARTE IV	
VEINTE ENSEÑANZAS DE JESÚS	
SEGÚN EL EVANGELIO DE MATEO	299
PARTE V	
COMENTARIOS A ALGUNAS ENSEÑANZAS DE JESÚS	
SEGÚN EL EVANGELIO DE MATEO	381

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

Con este volumen comenzamos a presentar el libro *La Vida de Cristo desde la Natividad hasta la Ascensión* que consideramos que cumple muy bien los dos propósitos que son:

1) Proporcionar a los estudiantes de Teosofía material en el que puedan descubrir los grandes tesoros ocultos en las Sagradas Escrituras cristianas, y,

2) Ayudar a los cristianos a profundizar en la comprensión del sentido más espiritual de las enseñanzas de su Maestro.

El autor, Geoffrey Hodson, es muy conocido en los círculos teosóficos como conferenciante y como autor de unos 40 libros sobre tópicos tales como meditación, Teosofía, la vida espiritual, interpretación del simbolismo de la Biblia, etc. Algunos de sus libros han sido publicados ya en español, tales como *El Despertar del Alma*, *El Sendero de Perfección* y *Los Siete Rayos*.

El señor Hodson está reconocido a través del mundo por sus excepcionales dotes clarividentes, y también por las investigaciones que ha adelantado con médicos, físicos, antropólogos y arqueólogos.

Últimamente ha escrito varios libros sobre *La Sabiduría Oculta en la Santa Biblia*, mostrando que los relatos contenidos en ella son mucho más significativos de lo que generalmente se supone, que estos relatos son ciertamente alegóricos y que contienen mucho conocimiento útil para quien los sepa comprender desde un punto de vista más universal y menos literal.

Como sacerdote de la Iglesia Católica-Liberal, el señor Hodson ha mantenido un intenso interés en la Santa Biblia. En el libro cuya publicación iniciamos con este tomo, se concentra especialmente en el estudio del *Nuevo Testamento* y ofrece una interpretación de los cuatro Evangelios a la luz de sus conocimientos teosóficos.

Insiste en que debe recordarse siempre que la intención del maravilloso relato de la vida de Cristo no es la de que se la lea simplemente como un registro de acontecimientos externos, sino más bien como una revelación de lo divino que hay dentro de todo hombre, y de los medios para develarlo.

Esperamos que así lo encuentre el lector.

Walter Ballesteros

LAS DOS PRIMERAS ETAPAS CRÍSTICAS
NACIMIENTO Y BAUTISMO CRÍSTICOS

Primera Parte

CONTENIDO (1ª parte)

LAS DOS PRIMERAS ETAPAS CRÍSTICAS NACIMIENTO Y BAUTISMO CRÍSTICOS

PREFACIO	9
CAPÍTULO I	
BREVE EXAMEN DEL EVANGELIO	19
LAS ETAPAS CRÍSTICAS	43
Capítulo II	
SIGNIFICADO DE LA ANUNCIACIÓN: Se escucha al Yo Superior	45
Capítulo III	
SIGNIFICADO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN Auto-Purificación	59
Capítulo IV	
SIGNIFICADO DE LA NATIVIDAD Se reconoce la Unidad	67
Capítulo V	
LA LLEGADA DE LOS MAGOS Los dones de la Tríada Superior	79
Capítulo VI	
SIGNIFICADO DEL BAUTISMO Se entra en la corriente	97

PREFACIO

Este libro se escribe con la esperanza de ayudar al lector a descubrir algo de la Sabiduría Divina o *Teosofía* que está oculta en los cuatro Evangelios de la vida de Cristo. El maravilloso relato no se pretendió jamás que fuera leído como un registro de acontecimientos externos, sino más bien como una revelación de la manifestación Divina tras las manifestaciones materiales del hombre mortal. Así lo cree el autor. Más aún, este relato de la vida de Jesús es un registro de las experiencias del espíritu en la materia, de la Mónada en el hombre, y del ascenso del espíritu desde las garras mortales de la materia hacia la reconquista de aquella libertad que constituye el estado natural del espíritu y de la Mónada en el mundo de la Realidad Divina.

Todo ser humano tiene una calidad Crística inherente, como parte esencial de su naturaleza, y finalmente ha de descubrir y aprovechar este poder interior como una fuente de fuerza y de paz, tanto para si mismo como para sus semejantes. Ahora apenas puede vislumbrarse ese Cristo interno como una sabiduría y compasión nacientes. Pero gradualmente va despertando y mostrándose como un amor universal, hasta que este amor divino se muestra directamente como un poder espiritual, como una presencia entronizada en los retiros más recónditos del alma.

De ahí en adelante el Cristo Interno se convierte en una luminaria y en un centro de paz imperturbable, igual como el Salvador histórico iluminó y prodigó paz sobre todo el género humano.

San Juan en sus cinco primeros versículos indica su intención de que la vida de Cristo se considere primordialmente como una exposición alegórica de la encarnación y la evolución de Dios tanto en el universo como en el hombre. Los Evangelistas cubrieron tan hábilmente bajo el velo de alegorías y símbolos el misterio de la Encarnación Divina en el universo, y las fases subsiguientes de la evolución, que no es fácil discernir el conocimiento directo o Tradición.

El universo entero, desde el plano más elevado hasta el físico, está entretelado para formar un solo todo, un cuerpo, un organismo, un poder, una vida, una conciencia, que evoluciona cíclicamente bajo una ley. Todas las partes del macrocosmo, aunque parecen separadas en el espacio y en diferentes planos de manifestación, están armoniosamente inter-relacionadas, inter-comunicadas y continuamente interactivas.

Este sistema de correspondencias opera también a través de todo el microcosmo, desde la Mónada o espíritu más íntimo hasta la carne mortal; incluye las partes del mecanismo de la conciencia, los vehículos y sus centros o *chakras* a través de los cuales fluyen fuerzas super-físicas. Por este medio el espíritu se manifiesta en la naturaleza íntegra del hombre, en diversos grados, según la etapa de su desarrollo evolutivo.

Tal es la Sabiduría que está implícita en las escrituras sagradas, cubierta bajo sucesivos velos de alegorías, símbolos e historias metafóricas. Como escribió Orígenes en el siglo III en su *Selecta in Psalmos*,

Las Santas Escrituras son como grandes mansiones con

muchísimas salas; afuera de cada puerta hay una llave, pero no es la llave verdadera. Encontrar las llaves correctas que abran todas las puertas, he ahí la grande y árdua tarea.

Aplíquese esta observación a los Evangelios, como por ejemplo al de San Juan 6:54-57:

El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá en mí.

Téngase en cuenta también lo que dice Mateo 13:10 a 16:

Y acercándose los discípulos le dijeron: ¿por qué les hablas en parábolas? Respondióles: Es que a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. ¡Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen!

El Dr. Frank Woods, arzobispo anglicano de Melbourne, en un sermón en la catedral de San Pablo el 18 de febrero de 1961, dijo:

Los relatos del Génesis sobre la creación, Adán y Eva y la caída del hombre, contienen verdades de orden religioso cuya validez no depende de ninguna confirmación histórica o científica. Esos relatos expresan verdades de un orden intemporal. Fueron mitos, y enseñan verdades espirituales por medio de alegorías.

Capítulo I

BREVE EXAMEN DEL EVANGELIO

Universalidad de la Religión
Imprecisión de los Evangelios
Calidad de los Evangelistas
Claves para Interpretar los Evangelios
La Trinidad Divina
La Trinidad Humana
“Cristo en vosotros”
La Ley de Justicia Perfecta
Kenosis
Religión y Conducta
Visión Teosófica de los Evangelios
Sentido Macrocósmico de los Evangelios
Sentido Microcósmico de los Evangelios
El Sendero Directo
El Pecado Original
La Resurrección en Cuerpo
La Redención
La Salvación
Eventos Significativos en la Vida de Jesús
Los Dichos principales de Jesús
La apariencia de Jesús
Su actitud hacia la Religión
Sus enseñanzas a sus discípulos
Los Misterios de Jesús
La Misión de Jesús
La primera comunidad cristiana
El decaimiento de la fe
Esperanzas de un Despertar

CAPÍTULO I

BREVE EXAMEN DEL EVANGELIO

Aunque la religión cristiana nació después de que Jesús apareció en Palestina hace unos dos mil años, no fue de ninguna manera una revelación aislada o nueva, sino que más bien forma parte de un largo desenvolvimiento histórico establecido y mantenido en este planeta por los Instructores espirituales de la raza a quienes se refiere el Apóstol San Pablo como “los justos llegados ya a su consumación” (Hebr. 12: 23).

San Agustín reconoció la nueva religión como una continuación de un sistema religioso que ya existía. En su libro *Retractaciones* 1.13-23, escribe:

La idéntica cosa que ahora llamamos la religión cristiana existió entre los antiguos, y no ha dejado de existir desde el principio de la raza humana hasta la venida de Cristo en carne, desde cuyo momento comenzó a llamarse cristiana la verdadera religión que ya existía.

San Pablo (I Cor. 2:7) se refiere a la existencia primordial de una Sabiduría Divina o *Teosofía* en las siguientes palabras:

Hablamos de una Sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra.

Las enseñanzas de esta Sabiduría Perenne se encuentran en el corazón de todas las grandes religiones mundiales como un grupo de doctrinas centrales que es común a todas ellas. Esta uniformidad se revela al que

examina los libros sagrados de varias religiones y las declaraciones originales de los máximos Instructores del mundo.

La Sabiduría Antigua es por cierto la más antigua de todas las religiones, la sabiduría de seres divinamente iluminados a través de todas las edades, que en tiempos modernos se llama *Teosofía*.

Es evidente que entre los años 700 A.C. y 300 D.C. ocurrió un resurgimiento mundial de esta Religión de Sabiduría. Durante ese período aparecieron Lao-tsé y Confucio en China, Buddha y Sankaracharya en India, Zoroastro en Persia, Pitágoras, Platón, Sócrates y Aristóteles en Grecia, y Ammonio Saccas, Plotino y los otros neo-platónicos en Alejandría. Todos ellos contribuyeron a un gran despertar del pensamiento filosófico y religioso.

Todas estas y otras corrientes de pensamiento y de cultura se fusionaron en el primitivo cristianismo. Y esta síntesis fue iluminada y fortalecida por la presencia de Jesús como un centro viviente y una fuente de inspiración personal, el fundador de la fe que se considera como nueva.

Aparte de su profundo efecto sobre las vidas de millones de gentes, poco o nada se sabe realmente acerca de la persona de Jesús de Nazaret, su vida y su muerte. Su apariencia física no se describe en el N.T., ni su vida de familia, excepto que tuvo varios hermanos y hermanas, que trabajó como carpintero, y que crecía en sabiduría.

Los Evangelios autógrafos fueron retirados secreta-

mente o se perdieron. Copias posteriores, indudablemente muy enmendadas, son las únicas disponibles ahora. Traducidas, rectificadas, alteradas para complacer conceptos y dogmas teológicos cambiantes, estas copias falsean los relatos originales en ciertos pasajes, aunque en general son fieles. Los cuatro Evangelios fueron escritos largo tiempo después de terminada la vida de Jesús, sobre tradiciones orales transmitidas de memoria.

En cuanto a las pláticas de Jesús a sus discípulos, las que se registran en los Evangelios tienen signos de ser contribuciones de personas que las escucharon o que oyeron a otros relatarlas. Cada cual acentuaba pasajes que concordaban con su propio temperamento. Se ve claramente que a los Evangelistas se les concedió amplio margen para compilar sus Evangelios.

Un examen crítico de los Evangelios muestra que Mateo y Lucas describen la Natividad de modos diferentes, y que ni Marcos ni Juan la mencionan. Mateo y Lucas hablan de una concepción inmaculada y de un nacimiento virginal, aunque acentúan la ascendencia masculina de Jesús. Mientras Lucas hace regresar a la familia directamente a Nazaret, Mateo la lleva a Egipto huyendo de la persecución de Herodes. No obstante, se sabe que Herodes murió cuatro años antes de la fecha que se da como el comienzo de la Era Cristiana. Esto coloca el Natalicio unos seis años antes de lo que se ha sostenido tradicionalmente.

La Resurrección, tan vitalmente importante, también se narra diferentemente, como también el hallazgo

de la tumba vacía y las apariciones posteriores de Jesús. San Pablo, que escribió por lo menos cincuenta años después, dice que Jesús se apareció a más de quinientos hermanos y en último término a él mismo (I Cor. 15:6-8). Los Evangelios, sin embargo, limitan el número a menos de veinte.

La escolástica moderna ha llevado la investigación tan lejos que ya no podemos esperar información más precisa. Incluso el asombroso descubrimiento en este siglo de los *Rollos del Mar Muerto* contemporáneos de Jesús, no ha rendido todavía mayor cosa pues no mencionan a Jesús, hasta donde se han podido traducir.

Este libro adopta la actitud de que los Evangelistas fueron hombres profundamente iluminados cuyo propósito no fue el de escribir la biografía de Jesús sino más bien el de revelar verdades que son eternas, cubriéndolas con el velo de alegorías y símbolos. Esto se observa especialmente en el cuarto Evangelio en donde Juan presenta a Cristo como una figura cósmica, como puede verse por sus primeros cinco versículos.

La mayoría de los eruditos bíblicos están de acuerdo en que el Jesús histórico vivió en la tierra, cumplió algunos de los actos y dio algunas de las enseñanzas que se le atribuyen, y fue muerto violentamente. Y que todo esto está envuelto en analogías, metáforas, parábolas y símbolos destinados a preservar para la posteridad profundas verdades espirituales.

Como Iniciados que eran, los autores de los Evangelios estarían bajo dos obligaciones: Primera, revelar verdades ocultas, y, segunda, conducir a los lectores

intuitivamente despiertos hacia el conocimiento oculto. Por esos medios, e inculcando la auto-didáctica recomendada repetidamente por Juan y por Jesús, trabajaban para preparar gente para el discipulado y la iniciación en los Misterios, y para evitar que se perdieran las enseñanzas durante las épocas de oscurantismo.

Por tanto, es perfectamente permisible una interpretación analógica y alegórica de los Evangelios. La cual proporcionará mucha iluminación adicional y hará que ciertos pasajes oscuros, sin sentido e incluso rechazables, puedan de esta manera convertirse en fuentes de conocimientos importantes.

Los Evangelios revelan verdades eternas, tales como las leyes de la existencia y las experiencias y logros místicos de hombres y naciones. Tienen por lo menos cuatro significados intemporales. Describen leyes y operaciones de lo Divino en la naturaleza cósmica y solar; experiencias místicas de la humanidad en general; el despertar interior en discípulos y hombres avanzados; experiencias durante las grandes Iniciaciones que conducen al estado super-humano del Adeptado.

Cuatro de las posibles claves o interpretaciones principales de las alegorías y símbolos aplicables al hombre, se enuncian a continuación:

La primera clave es que todos los acontecimientos supuestamente históricos, ocurren también internamente. Describen experiencias subjetivas del hombre, ya sea como raza, nación o individuo. No sólo de los que avanzan por el método evolutivo normal y gradual, sino de individuos que ponen su huella en “el camino de santidad” ade-

lantándose a la raza.

La segunda clave es que cada uno de los personajes en los relatos representa un estado de conciencia y una cualidad del carácter. Todos los actores personifican aspectos de la naturaleza humana, atributos, principios, poderes, facultades, limitaciones, flaquezas y errores humanos.

La tercera clave es que cada historia es una descripción gráfica de las experiencias por las que pasa el alma humana a lo largo de las diversas fases de su jornada evolutiva hacia la Tierra prometida, o conciencia cósmica que es la meta y la cima de la perfección humana.

La cuarta clave es que todos los objetos, lo mismo que ciertas palabras, tienen sentidos simbólicos especiales. El lenguaje sagrado de los Iniciados de las Escuelas de Misterios está formado de símbolos más bien que de sólo palabras. Su significado es siempre invariable, como lo es también la doctrina que este lenguaje revela.

Las alegorías inspiradas pueden distinguirse siempre de las biografías y novelas por varias características. Una de las cuales es la introducción de lo sobrenatural, seres angélicos y divinos, e incluso la misma Deidad. A menudo el acercamiento literal limita la realidad que se describe a un solo plano, el plano físico. Mientras que el reconocimiento de un sentido intuitivo simbólico bajo una narración despierta un eco dentro del lector, que resuena a través de todos los niveles de su conciencia, desde el corporal hasta el espiritual.

La revelación de que existe un lenguaje sagrado de alegorías y de símbolos, y la interpretación correcta de

las Escrituras por su medio, constituyen los instrumentos para librar al cristianismo de la carga de la explotación sacerdotal y de la oscuridad de la ignorancia, carga bajo la cual han vivido los cristianos durante tantísimo tiempo. ¿Qué cambios produciría semejante interpretación? Por lo menos los siguientes:

Mostrar que el Ser que preside nuestro sistema solar es un Logos Solar de inconcebible poder, sabiduría, inteligencia y gloria, que es a la vez immanente y trascendente. Este Logos activo se expresa como una *Trinidad*. *El Primer Aspecto*, o Padre, que es el Creador original o más bien el Emanador del universo, está asociado con el comienzo de la expresión externa temporal-espacial del principio absoluto y eterno que permanece siempre remoto y a la vez es inherente a todas las cosas.

El Segundo Aspecto es la presencia dadora y preservadora de vida, que está en el corazón de toda la creación y que sostiene y alimenta a todos los seres y a todas las cosas, y sin la cual todo decaería como ocurre al final de cada era cuando esa fuerza vital interna se retira del universo objetivo externo.

El Tercer Aspecto o Espíritu Santo puede considerarse como el Logos manifestado, la Presencia y el Verbo de Dios encarnado en el universo, que actúa en el hombre como un poder redentor. Si bien Dios Padre como emanante original se retira después de iniciar el proceso de manifestación, el Tercer Aspecto, el director, modelador y energizador, permanece en constante actividad concentrada e inmensamente poderosa, en cada átomo de todos los mundos. Este es el Aspecto más especialmente asociado con Jesús.

Jesús habla como un *Avatara*, uno de una larga serie de manifestaciones divinas periódicas, en quien ha descendido la cobijadora presencia del Espíritu Santo o Tercer Aspecto.

El hombre es, en su ser más íntimo, la Mónada, el Germen Inmortal, en quien están latentes ilimitadas posibilidades de desarrollo y crecimiento. El Cristo Morador en el hombre es siempre uno con el Logos Solar, quien es nuestro verdadero y más alto Padre en el Cielo. De suerte que cada hombre, en su naturaleza espiritual, es Dios, por derecho divino. Por eso leemos en Juan 10:34: “Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra Ley: Yo he dicho, dioses sois?” Y San Pablo dice (I Cor. 3:16): “¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”

En el hombre, la Mónada se expresa en su alma inmortal como una trinidad, la tríada superior, cuyos tres Aspectos de Voluntad espiritual, Amor e Inteligencia, representan los tres Aspectos de la Deidad, respectivamente. El alma espiritual reside en un vehículo llamado cuerpo causal o ‘vestidura de gloria’.

El hombre externo se compone de tres vehículos personales, en los cuales se incorpora el alma al descender a los planos mental, emocional y físico.

Cada aspecto del hombre tiene, pues, un vehículo por medio del cual expresarse en cada uno de los planos de la manifestación. Estos vehículos difieren en el grado de sutileza, desde el físico que es el más denso, hasta el causal que es de materia muy sutil. Pero todos ocupan el mismo espacio, pues se interpenetran mu-

tuamente.

Todo ser humano ha de alcanzar el estado Crístico o de Salvación, gracias a sus atributos divinos heredados de su Mónada que existe siempre en el seno del Logos Solar. De suerte que todo individuo puede llevar a cabo los dos procesos, el de Redimirse y el de Salvarse por si mismo, puesto que está dotado con un poder redentor innato. Su naturaleza Crística opera como el mensajero que despierta y pone en actividad ese principio redentor interno.

El Cristo místico es la naturaleza Crística dentro de todo hombre, que ha de nacer o despertar a la actividad por influencia de la Inteligencia espiritual que actúa desde dentro, como lo aclara San Pablo a los Gálatas (4:19) así: “Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros”.

Este debiera haber sido siempre el mensaje central de la teología cristiana: “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Col. 1:27). Los Evangelios nos dan la seguridad de que no se necesita ningún mediador ni ningún sacerdote para que se cumpla nuestra salvación. La religión debe ocuparse solamente de que cada individuo *descubra su propia Esencia Divina*, el Cristo Morador, el Logos del alma.

Los *mandamientos* son útiles solamente cuando ayudan al hombre a descubrir el Yo Divino en su interior. Y las *plegarias* no deben dirigirse a un Dios externo sino al Dios interno; han de ser simplemente un modo de realizar conscientemente la unidad con Dios (como en el Raja-Yoga).

Nuestra vida debe concordar con lo que profesamos, y nuestra conducta debe ser conducente a la comunión con nuestro Yo Divino. Jesús dijo: “No todo el que me diga, Señor, Señor, entrará en el reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial” (Mt. 8:21). La discrepancia entre la vida dominical y la vida de entre semana debe desaparecer; cada día debe vivirse como un día santo.

Algunos miembros de la raza humana han cumplido ya la orden de Cristo, “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt. 5:48). Han entrado por la puerta estrecha y han hollado el camino angosto de que habla Jesús (Mt. 7:13-14), el camino espiritual que lleva a la Ascensión, al Adeptado, al estado Crístico. Esos hombres perfectos constituyen la *Comunión de los Santos*, la Orden de Melquisedec (Heb. 5:6-10) conocida también como la Jerarquía de Adeptos que gobiernan desde adentro la vida de este planeta. Todo hombre ha de alcanzar el Adeptado por sucesivas vidas o renacimientos en la tierra (Mt. 11:14; Mc. 9:13).

La armonía y la justicia perfectas a largo plazo están aseguradas por la operación de la Ley de Causa y Efecto, llamada en Oriente *Karma*. Esta es la Regla de Oro: “Lo que uno siembre, eso cosechará” (Gál. 6:7). “Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros” (Mt. 7:12).

La felicidad y la plenitud perdurables del hombre están gobernadas por esta ley que puede exponerse brevemente así: Da para vivir; comparte para disfrutar; sirve para que te desenvuelvas. Practicar esta ley ideal pro-

duce ganancia y no pérdida, vida más abundante y no muerte. Desobedecerla trae pérdida en vez de ganancia, y muerte en vez de vida.

Esta es la *Kenosis* o “despojarse de si mismo” que practica el Logos mismo para sostener y alimentar el sistema solar, vertiendo perpetuamente su propia vida. Esta actitud de *Kenosis*, de vivir *renunciando a si mismo*, es una idea central en el cristianismo. Fue enunciada por el Señor cuando dijo: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto.” (Jn. 12:24).

Como todas las otras religiones, el cristianismo es *un modo de vivir* y no solamente un sistema teológico con el cual uno ha de estar de acuerdo. Para merecer el título de cristiano se puede incluso negar ciertas doctrinas eclesiales. ¿Cuántos cristianos de nombre hay entre los 850 millones que así se llaman, divididos en tantas denominaciones que es difícil aceptar que todos ellos pertenecen a la misma fe y reconocen al mismo Señor?

El autor de este libro considera ideal el siguiente Acto de Fe tomado de la Liturgia de la Iglesia Católica-Liberal:

Creemos que Dios es Amor y Poder y Verdad y Luz; que una justicia perfecta gobierna el mundo; que todos Sus hijos algún día alcanzarán Sus pies, por alejados que anduvieren. Confesamos la paternidad de Dios y la fraternidad del hombre. Sabemos que le servimos a Él mejor cuando servimos a nuestro hermano el hombre. Así Su bendición descansará sobre nosotros, y paz por siempre. Amén.

Consideremos ahora la posibilidad de que los que escribieron los Evangelios estaban versados en la *Sabiduría Divina*, eran expertos en el lenguaje alegórico y simbólico, y usaron ese lenguaje no tanto para preservar un relato histórico como para preservar el conocimiento que otorga poder. Examinemos algunos dogmas y desarrollos cristianos a la luz de la *Teosofía*, la cual constituye una síntesis de las fes mundiales. Los veremos llenarse de significado bajo esta luz.

San Juan, cuyos primeros cinco versículos afirman la doctrina del Logos, acentúa el sentido *Cósmico* al referirse a la Natividad, Bautismo, Crucifixión y Ascensión de Cristo de un modo tal que pueden aplicarse a la emanación, involución y evolución de la Vida Una.

Esta Vida Divina portadora de la Mónada, personificada por el Cristo universal, es emanada en la materia a través de grados de densidad cada vez mayores. Tal es la *Natividad*.

El *Bautismo* de Cristo representa otro descenso más del Espíritu en la materia. La Vida Divina, el Cristo, “desciende” al Río Jordán, por el arco involutivo.

La *tentación en el desierto* indica que este descenso continúa y la materia experimenta corrupción. La *Transfiguración* implica que el Espíritu está aún en contacto consciente con su Fuente. Las experiencias subsiguientes en Getsemaní, se refieren a otro descenso todavía más profundo de la Vida Una, y anuncian la *muerte* y la *sepultura* en una tumba rocosa (la entrada en el reino mineral). Allí queda metafóricamente muerta en la cruz de la materia, emblemática de las cuatro direc-

ciones del espacio.

A su debida hora, y bajo el impulso de la ley cíclica, esta Vida Divina emprende el *viaje de regreso* a su Fuente espiritual. Comienza el arco ascendente de la evolución o *Resurrección*, desde este punto más denso en la materia. Cumple en la *Ascensión* el ciclo de ida y regreso; la materia ya no aprisiona al Espíritu, el cual ha trascendido las limitaciones materiales.

Dentro del alma humana se representa también el drama Crístico, pues todo individuo pasa a través de las experiencias relatadas en los Evangelios; la *conversión* al idealismo, aunque sea temporal; el *bautismo* de dolor; las *tentaciones*; las *elevaciones*; las *noches oscuras del alma*; las *crucifixiones* y *sepulturas* de todas sus esperanzas. Estas son experiencias comunes a todos los hombres. La vida de Cristo es ciertamente una vida universal.

En este *sentido microcósmico*, el espíritu humano emprende, al amanecer del universo, una gran peregrinación involutiva, desde el espíritu puro hacia la materia más densa. La Mónada humana proyecta su rayo en el campo evolutivo; esta es la *Natividad*. Luego desciende más en la materia (el *Bautismo*), y al fin nace en un cuerpo físico, lo cual es en verdad una *crucifixión y muerte*.

Cada ciclo menor de nacimiento y muerte físicos, y también las etapas posteriores de la evolución humana y la entrada en el Sendero del Renacimiento Espiritual que lleva al reino super-humano, van conduciendo al hombre hacia su divina meta, donde ha de quedar esta-

blecido en espíritu.

La vida de Cristo puede interpretarse también como descriptiva del sendero directo de *desenvolvimiento acelerado*, en el cual el Yo divino del hombre espiritualmente despierto toma su evolución en sus propias manos, al responder a la llamada de Juan el Bautista para 'convertirse'. El neófito *se convierte* en un discípulo; emprende el Camino de la Cruz, entra en 'la corriente' (el *Bautismo*) y acomete las cinco grandes Etapas (Nacimiento, Bautismo, Transfiguración, Crucifixión y Ascensión).

Esta última etapa la describe San Pablo (Ef. 4:13) como alcanzar 'el estado de hombre perfecto, la madurez de la plenitud de Cristo', que es el Adeptado. Habiendo superado totalmente el egoísmo, queda libre en conciencia, *resucita* de la tumba de la carne mortal.

Las diversas anunciaciones y visiones de los padres de Juan el Bautista y de los de Jesús, describen el despertar y el desarrollo interno del poder divino en hombres avanzados, en todo discípulo, y por tanto en todo ser humano que pase a lo largo de todas estas experiencias.

Los eventos Evangélicos pueden aplicarse también al paso de Jesús como hombre a través de estas fases de evolución acelerada. Su discipulado, que lo lleva a ser presentado ante la Fraternidad de Adeptos; su resistencia a las tentaciones; su constancia en medio del sufrimiento, etc. Todo esto aparece alegóricamente en uno u otro de los Evangelios.

Veamos ahora otra doctrina tan importante entre

los cristianos, la del pecado original. Tal como la presenta la *Teosofía*, el pecado original no se refiere a la relación sexual entre Adán y Eva, sino que es un concomitante inevitable del proceso de involución del Espíritu en la materia. No es un acto malo cometido deliberadamente y por el cual todo ser humano ha quedado condenado a nacer en pecado. Cualquier mancha que pueda haber existido ha de ser finalmente limpiada sin dejar efectos permanentes ni en el cuerpo ni en el alma.

El proceso completo de involución o descenso, es perfectamente natural. Conlleva sufrimiento por algún tiempo, pero no se le puede describir como una caída trágica. Su fruto será el logro del más grandioso de todos los poderes en la Naturaleza y en el hombre: el poder divino de emanar universos mejores.

Con respecto a la *doctrina de la Resurrección*, originalmente se creía que las partículas del cuerpo físico de cada hombre saldrían mágicamente del sepulcro para formar un cuerpo celestial e ir a vivir al cielo. Y en lo que al Cristo se refiere, la Resurrección significaba que él se levantó realmente de la tumba y tomó otra vez el mismo cuerpo de carne y huesos, de donde ha de regresar a juzgar a todos los hombres.

Tomada alegóricamente y desde el punto de vista macrocósmico, la Resurrección puede referirse a la evolución que viene naturalmente después de la involución. Y desde el punto de vista microcósmico puede referirse a la ascensión del hombre desde la esclavitud de la materia a la libertad de la plena realización espiritual. En este sentido, el espíritu humano resucita, no

corporalmente sino en términos de conciencia; se libera de las limitaciones de la carne y de las tendencias egoístas de la mente.

La doctrina de que Cristo pagó rescate por los pecados de la humanidad o de todos los que 'creen en él.' también cobra firmeza por una interpretación teosófica. Alcanzar el estado Crístico, por ejemplo, implica la realización plena y consciente de la unidad con la naturaleza de Cristo en nuestro interior. El símbolo de Cristo como esposo, y la alegoría de la boda celestial, se usan para describir apropiadamente esta *unificación interior*.

Lograda la unidad, el que ha ascendido comparte con todo ser humano su propia vida y conciencia y poder espiritual. Las vierte libremente. Y esto le permite resistir las tentaciones, renunciar 'al mundo, al demonio y a la carne' y, finalmente, darse cuenta de su calidad espiritual como un ser inmortal y eterno. Todo esto en proporción a su capacidad para responder a lo que llega desde su interior.

Vista de esta manera, la Redención es un proceso interior, una reconciliación, una transmisión de luz, y un derrame de vida espiritualizada y perfeccionada. Lo que brota de las heridas de Cristo en la Cruz no es simplemente sangre y agua, sino sabiduría. (Jn. 19:34). Lo cual nos lleva a pensar en el Cristo Morador, el principio Crístico en todo ser humano, el "Cristo en vosotros" y el "Dios que obra todo en todos" de que habla San Pablo (I Cor. 12:6).

El Señor mismo aseguró a sus discípulos que estaría siempre con ellos hasta el fin del mundo (Mt. 28:20).

“Yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros”. Esta redención interior no interfiere con la operación de la ley de Karma. No anula los efectos kármicos de los que han pecado de modo deliberado; voluntario y continuo, ni tampoco “lava sus almas hasta dejarlas más blanca que la nieve” sin tener en cuenta el mal cometido intencionadamente.

Este modo de ver nos acerca más al corazón del cristianismo, e incluso a todas las religiones, pues nos muestra que la presencia de Cristo dentro de nosotros constituye la seguridad de nuestra salvación o sea de que hemos de lograr finalmente el estado Crístico.

El Señor declaró que su ministerio es universal e implica sabiduría, amor y compasión hacia todos: “También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a esas tengo que llevarlas y escucharán mi voz; habrá un solo rebaño, un solo pastor”. (Jn. 10:16). Así nos indica que él considera a todos los seres humanos como si fueran su único hijo; que su preocupación por todos no cesará jamás; que él no se alejará de la tierra hasta que todos hayamos alcanzado el estado Crístico, pues su ministerio nunca cesa, nunca se detiene, sino que siempre fluye; nunca declina sino que siempre está al máximo.

En este sentido, el nombre de Cristo implica una suprema sabiduría y amor que opera dentro de lo profundo del ser humano. El estado Crístico abarca lo eterno que está también en lo interno, como se refleja la luna o una flor en la superficie tranquila de un lago.

Este modo de ver eleva estos temas muy por enci-

ma de las limitaciones de dogmas y doctrinas impuestas. Lo eleva a uno a aquel nivel en que Dios y el hombre están unificados. El Señor Cristo se nos revela no sólo como un visitante divino de hace dos mil años, sino como una parte esencial de nuestro Ser espiritual, el Cristo Morador. Cristo en nosotros, nuestra esperanza de gloria (Col. 1:27). El Cristo que está formándose en nosotros (Gál. 5:18). El Dios que obra en nosotros el querer y el obrar (Fil. 2:12-13).

Los acontecimientos más significativos en la vida de Jesús que registra el N.T., los consideraremos en capítulos sucesivos, tanto histórica como simbólicamente.

Los dichos de Jesús, tal como nos han llegado, son a la vez inspiradores y ricos en guías prácticas para el comportamiento diario. Aconsejaba él que se le recordara siempre como el Camino, la Verdad y la Vida. Con divina compasión clamaba:

Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera. (Mt. 11: 28 a 30).

También enseñaba el ideal del *servicio* diciendo: “El mayor entre vosotros sea vuestro servidor”. (Mt. 23:11). Y el del *amor*: “Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos”. (Jn. 15:12-13). Entre otras enseñanzas bien conocidas pueden citarse las siguientes:

Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. (Mt. 5:19).

No amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay polillas ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón. (Mt. 6:19-21).

Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros. (Mt. 7:12).

No todo el que diga, Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial. (Mt. 7:21).

Ninguno de los Evangelios nos describe la apariencia de Jesús, pero podemos suponer que él era en general suave, bondadoso y lleno de simpatía. Los humildes, los enfermos, los sufrientes y angustiados, se acercaban a él con peticiones de gracia curadora y auxilio espiritual. Lo cual nunca les rehusaba sino que les ayudaba hasta el límite de sus poderes que eran ciertamente muy grandes. Los niños evocaban su más tierno amor e interés, y sus padres los traían para que estuvieran cerca de él y recibieran sus bendiciones.

Con los pies calzados con sandalias recorría los caminos y trochas campesinas, las orillas de lagos y ríos, y también las calles de aldeas y ciudades. Su luz resplandecía en torno suyo y a menudo se hacía visible como una irradiación a veces de cegadora intensidad. En momentos como esos bastaba acercársele y tocarle para

ser curado, ya fuese de los males del alma o del cuerpo.

Aunque Jesús sabía que él mismo era un mensajero de la Fraternidad de Adeptos y había sido iniciado en los Misterios del Templo, jamás mostró intención de que se fundara una religión con su nombre y sobre sus palabras y hechos. *Las formalidades de la religión no tenían para él ningún interés.* Las desaprobaba enérgicamente, en efecto, por la forma en que se practicaban en la sinagogas y entre los rabinos de su tiempo.

Los Evangelios nos muestran que Jesús, como instructor nato que era, aprovechaba las modalidades y experiencias de sus oyentes para presentarles analogías y símiles y metáforas con las cuales explicaba sus ideas. Le gustaba aludir a las estaciones y sus cambios, al día y a la noche, al sol la luna y las estrellas. Elevadamente sensitivo a los fenómenos e influencias de la Naturaleza, los utilizaba como símbolos con sabiduría, y espontáneamente construía parábolas basadas sobre ellos y sus relaciones con los cambios y condiciones de la vida humana y de las personalidades. Las gentes sencillas que se reunían a su alrededor estaban íntimamente familiarizadas con la tierra, con la agricultura, con las siembras y las labores y cosechas de los frutos de su trabajo.

En cuanto a sus *enseñanzas a los discípulos*, con mucha frecuencia se retiraba con ellos en privado al campo o al hogar de alguno de ellos. En esas reuniones les impartía mucha de la Sabiduría Divina que él conocía tan bien, y suavemente reconvenía a cualquiera de ellos que no estuviera a la altura de los altos ideales del discipulado. Pero al mismo tiempo les alentaba y los

elevaba con su presencia y con sus palabras. El Sermón de la Montaña, tal como aparece en los Evangelios, registra algunas de las enseñanzas que él les dio: especialmente las así llamadas Bienaventuranzas.

Pero seguramente les indicó muchas cosas más, relativas a las prácticas deseables y a las restricciones a que un discípulo debe someterse. A los que persistieron y permanecieron fieles, seguramente les impartió algo de sus propios poderes internos y los vinculó más íntimamente con él. Como es natural, no todos permanecieron fieles y firmes a través de todas las exigencias físicas y mentales de la vida espiritual.

De ese modo comenzó a establecerse, simple y naturalmente, lo que más adelante se conoció como los Misterios de Jesús. Estas prácticas se cumplieron y se desarrollaron a lo largo de los años de su ministerio, y se continuaron hasta después de que su cuerpo murió. En estas cosas Jesús actuaba como le parecía, bajo la inspiración de la gran Fraternidad de Instructores Adeptos. Habría de dársele a la humanidad y a la civilización occidental que estaba desarrollándose, un poderoso impulso espiritual de efectos duraderos.

Egipto y Grecia estaban ya declinando en poder. Sus Misterios estaban empezando a perder su prístina pureza y en consecuencia su capacidad de servir de canales tanto para el poder de los hierofantes como para la sabiduría esotérica. El ascenso y la caída del Imperio Romano estaban previstos, y también las épocas de barbarie y oscurantismo venideras.

En semejantes condiciones, la *misión de Jesús* asu-

mió una importancia mucho más grande que la que le concede la religión exotérica, pues incluyó la transmisión de las enseñanzas de los Misterios y el poder de iniciación y los ritos ceremoniales que se esperaba que permanecerían en el corazón de las naciones y civilizaciones que lentamente estaban creciendo y madurando en Oriente Medio y en Europa. Esta misión de Jesús fue prematuramente interrumpida de un modo trágico, con lo cual el mundo ha sufrido una pérdida irreparable.

Después de la muerte de su líder, era natural que los Apóstoles y todos los que habían aceptado los mensajes de Cristo se conglomeraran en la pequeña comunidad que luego habría de convertirse en la Iglesia Cristiana. Formaron una hermandad en medio de un mundo hostil, pues sólo en esa unidad podían encontrar fuerza para practicar las enseñanzas de su Maestro. En los *Hechos de los Apóstoles* (2:42-47)) encontramos un bosquejo del método de vida de esta primera comunidad, así:

Acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, y a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones.

El temor se apoderó de todos, pues los Apóstoles realizaban muchos prodigios y señales.

Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno.

Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu; repartían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón.

Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo.

El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar.

Oficialmente perseguidos, martirizados y befados, los primeros cristianos se mantuvieron de este modo, firmes en su fe que fue transmitida al mundo por medio de ellos. Desgraciadamente este período de profunda unidad espiritual, de inspiración, de vívida experiencia y de perspectiva universal del que gozaron los primeros líderes y sus congregaciones en el primer siglo, no duró mucho.

Gradualmente, estas aguas de verdad viviente dieron paso a un proceso de cristalización en dogmas fijos. Con el nacimiento de la teología y los credos en los siglos III y IV, surgieron la intolerancia y el sectarismo. Así empezó la *Decadencia*.

Después del martirio de Hypatía se cerraron las escuelas neo-platónicas, y el Gnosticismo quedó proscrito como herético. Y de este modo la Sabiduría Divina o *Teosofía* quedó supeditada al cristianismo ortodoxo. Una tragedia casi irreparable, algunos de cuyos efectos han perdurado hasta la época actual.

Sin embargo, el relativo fracaso de este plan es más aparente que real, aunque es muy cierto que lo eclesiástico, la teología cristiana ortodoxa, las querellas entre las iglesias, y la codicia por el dominio espiritual y político y religioso en los primeros siglos de la era, sepultaron cada vez más profundamente el esoterismo que Jesús impartió.

A pesar de todos esos factores, la investigación de los misterios de la Naturaleza y del hombre continuó, aunque muy en secreto y bajo la constante amenaza oficial. Muchos Iniciados de períodos anteriores fueron reencarnando en las naciones más civilizadas del mundo occidental. La nómina de ellos es mucho más extensa de lo que se sabe históricamente, porque ellos vivieron y trabajaron en secreto, no sólo por su propia seguridad sino por obediencia al ideal de humildad.

Entre ellos existieron algunos charlatanes, lo cual es inevitable en la etapa actual de la evolución humana, y algunos de ellos fueron reconocidos como tales. Pero esto no fue totalmente adverso, pues los charlatanes resultaron ser como un escudo para los verdaderos Adeptos que trabajaban bajo el velo del silencio iniciático.

De vez en cuando, algunos Arhats y Adeptos encarnaron bajo circunstancias favorables y fundaron centros para la prosecución de la vida y sabiduría esotéricas. Entre éstos se encuentran Apolonio de Tyana, Christian Rosenkreuts y algunos de sus discípulos, Lord Bacon, el principal platonista de Inglaterra, y aquel que escogió nacer bajo el nombre de Conde de Saint-Germain. Pero mucho más anteriormente, Jesús de Nazaret no sólo curó a los enfermos e instruyó a las multitudes, sino que también alimentó y mantuvo vivas las llamas del conocimiento espiritual y oculto.

Y así hizo Jesús que se mantuvieran más disponibles en el plano físico todos los aspectos de la Tradición de los Misterios.

LAS ETAPAS CRÍSTICAS

del Camino de Regreso al Hogar:

PERÍODO PRE-NATAL - Juan el Bautista

NACIMIENTO -Egipto -Instrucción en los Misterios

BAUTISMO - Tentaciones - Ministerio

TRANSFIGURACIÓN

CRUCIFIXIÓN

RESURRECCIÓN

ASCENSIÓN

UNIÓN CON DIOS

Capítulo II

SIGNIFICADO DE LA ANUNCIACIÓN

Se escucha al Yo Superior

El episodio de la Anunciación puede interpretarse como milagroso o como alegórico. La introducción de factores sobrenaturales en una narración supuestamente histórica, puede haber tenido la intención de sugerir una posible revelación de una verdad bajo un velo de alegoría y símbolo. En ambos casos, el milagroso o el alegórico, la concepción y el nacimiento son inmaculados, pues son totalmente espirituales.

Los textos que vamos a comentar en este capítulo están tomados todos del Evangelio según *Lucas*.

Lc. 1:26-27-28 Al sexto mes fue enviado por Dios el Ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando donde ella estaba, dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú entre las mujeres".

Igual como los relatos de los nacimientos de otros grandes Instructores tales como Shri Krishna y Gautama el Buddha fueron señalados por visiones proféticas y fenómenos super-normales, así también sucede con los relatos del nacimiento de Jesús.

Lc. 1:29/35 Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios;

vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre *Jesús*. Él será grande y será llamado *Hijo del Altísimo*, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin". María respondió al ángel: "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?" El ángel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado *Hijo de Dios*".

Este acontecimiento se relata así como para hacerlo aplicable a los procesos de cosmogénesis, a los cuales se refiere el primer versículo del Evangelio de Juan así: "En el principio el Verbo existía y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios". Este versículo describe alegóricamente la concepción y emanación de un universo por la interacción del Espíritu Santo y María (*Mare* o mar de materia) que representan las potencias positiva y negativa.

De un modo similar, entran en unión creadora la Esencia Espiritual en el hombre y su "vestidura de luz" o "traje de gloria" o cuerpo causal. Así como de la Esencia Espiritual nace un universo, surge Jesús de la vestidura de luz y pasa del estado latente al potente. La naturaleza Crística del hombre, o sea su sabiduría intuitiva, pasa del estado embrionario al estado activo o nacimiento.

La Anunciación y Concepción y Nacimiento de Jesús pueden considerarse no tanto como sucesos históricos, sino más aún como cambios profundos que ocurren en el interior de todo ser humano al alcanzar una determinada talla espiritual, una continua regeneración

o iluminación interior, que ha de ocurrir en todos los hombres de todo el mundo, y no sólo en Nazaret o en Belén. Todavía más, estos acontecimientos se salen de lo geográfico; son más globales; afectan no a una sola mujer sino a la “María” que mora dentro del corazón de todo ser humano, pues María es una personificación de la “vestidura de luz” en que está envuelta la tríada Divina del hombre verdadero.

También puede considerarse esta María como un vehículo para que se manifieste la inteligencia espiritual del hombre en su mente abstracta. Es el principio maternal interno que va vivificando el Cristo Morador en todo hombre. Este principio nace y se desarrolla gradualmente hasta alcanzar su plena madurez, hasta que todos lleguemos al “estado de hombre perfecto”, a “la madurez de la plenitud de Cristo”, como dice Pablo. (Gál. 4:13).

Cada uno de los personajes de la Anunciación puede considerarse como la personificación de uno de los tres aspectos Divinos en todo ser humano. El *ángel* y sus palabras representan el poder generador de la *voluntad* divina; la virgen *María* representa la capacidad de concebir y *producir*; y el niño *Jesús* personifica la *sabiduría divina*.

El ángel de la Anunciación personifica a la Mónada o Esencia Espiritual del hombre. Sus palabras y el poder que llevan representan la manifestación de la fuerza volitiva positiva, el poder fructificador, la Palabra que al pronunciarse produce el aparente milagro de una concepción inmaculada.

En el sentido cósmico, el universo es el producto de este “milagro”. Y en el sentido humano, el producto es la concepción, nacimiento y desarrollo de la naturaleza Crística del hombre.

Tres nombres se dan al niño que ha de nacer: Hijo del Altísimo, Hijo de Dios, y Jesús. La historia de la vida de Jesús muestra que en verdad él fue un *Christos*, un ungido, y que por tanto está bien llamarle *Jesucristo*.

Lc. 1:36 “Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un niño en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril”.

Aquí está el ángel refiriéndole a María la concepción de Juan el Bautista, sin indicación alguna de una concepción inmaculada, pues el chico fue concebido normalmente, aunque su madre, Isabel, era vieja y se la suponía estéril. Es digno de notar, sin embargo, que aunque Isabel estaba apenas en el sexto mes, el ángel sabía ya que el niño pertenecía al sexo masculino. Hay, pues, en este relato tres elementos de lo sobrenatural: la aparición del ángel a Zacarías en un sueño; los poderes de percepción super-normal, y el pronóstico del sexo del niño.

Jesús y Juan se encuentran vinculados, pues, por la participación en los hechos de la anunciación angélica y las profecías y las condiciones materiales nada comunes. También quedaron íntimamente unidos por la antigua profecía relativa a ambos. Se había profetizado que Juan aparecería primero como precursor y preparador del camino, y que Jesús vendría luego como el Señor que recorrería fielmente ese camino cumpliendo

así la profecía y su propio destino.

En el caso de Juan el Bautista, esto implica que su Yo interno había alcanzado aquel grado de desenvolvimiento en el cual se entra al sendero en edad temprana y se sigue en él hasta la muerte, con la consiguiente entrada en una fase evolutiva más avanzada. Es el Yo superior mismo quien toma la decisión de entrar en su próximo nacimiento al Sendero que lo libre completamente de todas las restricciones impuestas por la vida corporal, tales como: limitación al pensamiento puramente racional, argumentaciones egotistas nacidas de la ilusión de separatividad, indulgencia en deseos que nublan la conciencia cerebral, necesidad de volver a renacer, etc.

El renacimiento físico trae consigo la necesidad inevitable de crecimiento, de disciplina, de educación, y los errores en que los niños y los jóvenes tienden a caer. La vida adulta también trae sus impulsos y sus tentaciones. Y la vejez suele ir acompañada de una lastimosa decadencia de las capacidades mentales y físicas.

Almas muy avanzadas porque se han esforzado mucho durante muchas vidas, deciden ponerle punto final a estas y a otras limitaciones que normalmente son inseparables de la encarnación. Esta decisión es una verdadera *Anunciación*. Sin embargo, esta decisión nunca la toma el alma con la intención de librarse ella solamente, sino con un anhelo de salvar a todos los hombres de las tribulaciones de la vida meramente mundanal en que viven por motivos egoístas, sumidos en la ignorancia y cometiendo continuamente errores que

provocan reacciones desagradables. Se toma esta decisión, pues, con un marcado sentido de que hay *una misión que cumplir*.

Lo que produce este cambio es el poder del espíritu divino que mora en el hombre, que lo saca de su modo egocéntrico y materialista de pensar y vivir, y lo sostiene a través de las fases de desarrollo interno que se describen alegóricamente como una inmaculada concepción y el nacimiento místico del niño Cristo. De este modo, Juan el Bautista prepara el camino para la llegada del Señor, pues, como dice el ángel:

Lc. 1:37 Ninguna cosa es imposible para Dios.

De suerte que la anunciación, la inmaculada concepción, y el nacimiento, no solamente de Jesús en María, sino de la conciencia Crística en el intelecto superior de todo hombre, son posibles porque ocurren dentro de la naturaleza divina más bien que en la forma corpórea del individuo humano. Digamos, pues, con María:

Lc. 1:38 He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.

Para una iluminación mística y para el nacimiento y desarrollo de la intuición espiritual se requiere cierta cualidad responsiva intuitiva y cierta pasividad de la mente. Y al igual que en María se cumplen estos requisitos, también en nosotros pueden ocurrir estos tres acontecimientos profundamente interiores.

Lc. 1:39-40 En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de

Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

El término 'región montañosa' puede simbolizar un estado de conciencia elevado o espiritual, pues el místico, después de haberse elevado por la 'anunciación', se sume naturalmente en un estado meditativo y busca la compañía de personas similarmente elevadas. Así, María, recientemente impregnada del Espíritu Santo, busca la compañía de Isabel, la que está a punto de convertirse en madre de Juan.

Lc. 1:41-42 Y en cuanto oyó Isabel el saludo de María saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno".

Los iluminados se reconocen mutuamente, y por eso Isabel percibió la condición iluminada de María. Todo esto y lo que sigue es descriptivo de experiencias de la conciencia superior de quienes han alcanzado aquella fase de desarrollo espiritual en que se manifiestan facultades y poderes super-normales.

Lc. 43-44-45 ¿Y de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído, porque tendrá cumplimiento lo que le ha sido prometido de parte del Señor!

Ya vimos que María personifica el 'cuerpo espiritual' (I Cor. 15: 44). La edad avanzada de Isabel puede indicar su edad evolutiva y el estado de desarrollo espiritual en el que está a punto de ocurrir un nacimiento interior similar. Tanto Isabel como Zacarías eran 'de edad avanzada'. Lo cual significa que en ambos el alma había en-

trado en una fase caracterizada por una madurez notable.

Todo esto está confirmado por el hecho de que las facultades demostradas por su hijo Juan (visión intuitiva, profunda comprensión de principios espirituales, y poder de profecía) solamente se desarrollan después de que se haya alcanzado cierta edad evolutiva. Ambos padres estaban más adelantados de lo normal, y por tanto pudieron dar nacimiento a un hijo dotado de poderes nada comunes.

Viene en seguida en Lucas 1:45 a 55 el *Magnificat* o *Himno de María* que revela y retrata bellamente el estado mental espiritual superiormente elevado de María, y que apoya la versión mística de la Natividad de Jesús:

Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava;

por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Poderoso ha hecho maravillas en mi favor,

y Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le aman.

Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón.

Derribó a los potentados de sus tronos y elevó a los humildes.

A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada....

Lucas añade (1:56) que María permaneció con Isabel unos tres meses y luego 'se volvió a su casa'. La casa puede simbolizar la personalidad mortal compuesta de cuatro vehículos: mente concreta, emotividad, vitalidad y físico, a la cual tiene que regresar el Yo superior después de cada fase de elevación espiritual y someterse a sus limitaciones.

A su debido tiempo Isabel dio a luz y tuvo su hijo (Lc. 1:57). Estas natiuidades extraordinarias son susceptibles por lo menos a tres interpretaciones. Ya hemos discutido dos de ellas: el proceso de cosmogénesis, y la transición de un estado de conciencia limitado a otro estado más elevado de sabiduría intuitiva. La tercera interpretación es la del nacimiento histórico de un *Avatar* escogido como vehículo al cual ha de 'descender' un aspecto de la Deidad.

Juan el Bautista como un niño maravilloso, por ejemplo, tipifica el despertar del poder de comprender los principios básicos de cualquier asunto, especialmente el de la aparición de formas en la Naturaleza que estaban pre-diseñadas como Ideas arquetípicas divinas. Cuando este poder está desarrollado, va creciendo cada vez más el dominio del Yo Superior sobre el inferior. La conciencia superior predomina y le impone al yo inferior una regla casi rígida de comportamiento ético, tal como lo hizo Isabel, la madura esposa de Zacarías.

Lc. 1: 58 Oyeron sus vecinos y parientes que el Señor le había hecho gran misericordia, y se congratulaban con ella.

59 Al octavo día fueron a circuncidar al niño, y

quería ponerle el nombre de su padre Zacarías,

60 pero su madre, tomando la palabra dijo: No; se ha de llamar Juan.

61 Le decían: No hay nadie en tu parentela que tenga ese nombre.

62 Y preguntaban por señas a su padre cómo quería que se le llamase.

63 El pidió una tablilla y escribió: “Juan es su nombre”. Y todos quedaron admirados.

En este punto es importante recordar que en estas alegorías del desenvolvimiento espiritual todos los personajes representan partes de la constitución de una persona. *José* representa la mente razonadora del hombre que ya ha alcanzado cierta madurez. *María* personifica al Yo interno en su ‘vestidura de luz’ o cuerpo causal, consciente y activo al nivel de la inteligencia abstracta. Y *Jesús*, el recién nacido, indica la nueva fase de desarrollo en la que se manifestará y desenvolverá todo lo implicado en la naturaleza Crística.

Jesús y Juan muestran etapas diferentes de ese desenvolvimiento. *Juan* representa el poder de la mente abstracta y profética en actividad. *Jesús* representa la compasión y la percepción intuitiva, la Sabiduría encarnada y, además, una manifestación del Verbo Divino.

El hecho de haber nacido Juan antes que Jesús, está estrictamente de acuerdo con el proceso evolutivo natural. El estado del intelecto ampliado e iluminado de *Juan*, precede al de la capacidad de percepción directa e intuitiva de *Jesús*. Esta capacidad está siempre laten-

te en el Yo inmortal, pero sólo se expresa al llegar la hora evolutiva requerida. Una vez que se despierta, la verdad se conoce desde dentro, y ya no más desde fuera.

Esta diferencia entre los dos muchachos la seguimos viendo más adelante. Cuando el Bautismo en el Jordán *Juan* es todavía un hombre, aunque ricamente dotado de penetración profética, mientras que *Jesús* es ya una representación de la Deidad suprema.

El nacimiento de salvadores divinos indica la hora especial de un despertar. De ahí la insistencia de Isabel y Zacarías de que su hijo se llamara Juan, que significa “Jehovah ha sido benigno”. Poner al niño el nombre de su padre habría indicado repetición o falta de adelanto, mientras que ponerle Juan indica que ha nacido y se está manifestando y desarrollando interiormente un poder divino. Y por tanto este nombre admiró a todos.

Lc. 1:64 Y al punto se abrió su boca, y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios.

Esta repentina y sobrenatural exhibición de la facultad de hablar en un infante recién nacido, indica la necesidad de una interpretación espiritual además de la histórica. Junto con la afirmación evangélica de que Jesús era una manifestación del Verbo de Dios, podría reforzar la versión de que tanto Jesús como Juan personifican aspectos y etapas de desarrollo de individuos superiormente evolucionados.

El resto de este capítulo de Lucas (1:65 a 75) puede leerse tanto literal como místicamente. Relata actuaciones de Zacarías, y las palabras de éste son una repeti-

ción de la profecía del A.T. y una promesa de su cumplimiento. Sin embargo, incluye profecías que resultaron falsas, acerca del futuro de la nación hebrea que están en evidente contradicción con los hechos presentes. ¿Cómo aceptar semejante ignorancia del futuro, de parte de uno que se decía había sido elevado en espíritu y que por tanto estaba capacitado para predecir con exactitud el futuro del pueblo judío?

Es probable que lo que se trata de profetizar allí es una condición de la conciencia de *toda la raza humana, así como de miembros individuales* de la humanidad. Es decir, la profecía puede referirse a un futuro logro de conciencia por la humanidad, más bien que a una preeminencia particular que se concede a un reducido grupo e gentes por orden Divina. Semejante logro puede describirse como mesiánico, puesto que incluye el despertar o nacimiento y el desarrollo continuo en *todos los hombres* de la facultad de preocuparse y compadecerse a la manera del Cristo.

También muestra que queda establecida en la naturaleza espiritual, intelectual y física del hombre, la capacidad de conocer la verdad directamente, lo cual es otro signo de un estado mesiánico de conciencia. En lugar de que siga predominando un aspecto sobre otro, el ser humano logra equilibrar la actividad y la influencia de todos sus aspectos, y así queda espiritualmente elevado e intelectualmente iluminado. Lo cual está muy por encima de la condición normal del género humano.

Interpretados de esta manera, estos logros son profetizados para, toda la humanidad y no sólo para los

hebreos. Sin embargo, es cierto que determinadas personas y grupos, tales como los que se reúnen como discípulos en torno a grandes Instructores, alcanzan esa talla muy por delante de la raza humana en su conjunto. Esos seres adelantados establecerán armonía entre las naciones del mundo y, consecuentemente, toda nación vivirá segura, todas se respetarán y e honrarán mutuamente. Será ciertamente una edad mesiánica.

Juan el Bautista puede verse así como una personificación de la inteligencia humana bien desarrollada. Y Jesús como la de una etapa todavía más avanzada y desarrollada, en la que se realiza conscientemente el hombre Divino en el hombre y en el universo, como aspectos de una misma Divinidad. “Yo y mi Padre somos Uno”. Esto bien puede describirse como lo hace Lucas, (1:78-79) como la visita por misericordia de Dios, de *“una Luz de la altura, a fin de iluminar a los que se hallan en tinieblas y sombras de muerte, y guiar nuestros pasos por el camino de la paz”*.

Capítulo III

SIGNIFICADO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Auto-Purificación

En lugar de entablar inútiles discusiones sobre si históricamente puede ser cierto o no el relato de la Inmaculada Concepción, es mejor, en mi opinión, considerarlo místicamente.

Los cuatro Evangelistas comprendían en distintas medidas estas enseñanzas más profundas y esotéricas. Especialmente San Juan. Pero estaban obligados por votos místicos a ocultar ese conocimiento, aunque también esos votos les obligaban a compartir prudentemente con su prójimo lo que se les había revelado. Así lo hace San Juan, cumpliendo sus votos, en los cinco primeros versículos de su capítulo I, el cual hemos tomado para este estudio.

Con la máxima destreza, San Juan mezcla los poderes místicos y misteriosos de Dios cósmico y de Dios en el hombre, con la narración histórica de la vida de Jesús. Es conveniente separar estos hilos para evitar confusiones.

El hilo que concierne a la naturaleza y evolución del alma espiritual hasta alcanzar 'la medida de la talla de la plenitud de Cristo' es de especial importancia para aquellos en los que está despertándose la facultad intuitiva. La búsqueda mística ha comenzado para ellos; tratan de entrar por la 'puerta estrecha' y seguir el 'ca-

mino angosto', desde el nacimiento místico hasta la ascensión al cielo.

Jn. 1: 1 En el principio el Verbo existía, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era con Dios.

2 El estaba en el principio con Dios.

3 Todo se hizo por él; y sin él no se hizo nada de cuanto existe.

4 En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres.

5 Y la luz brillaba en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron.

Aquí encontramos tres declaraciones generales. Primera, el nombre de la Deidad del Universo es 'el Verbo'. Segunda, Jesús es una manifestación de ese Verbo como Creador del universo. Tercera, este Verbo creador es también 'la luz de los hombres.' (*verbum*, latín, y *Logos*, griego.)

Esta enseñanza se encuentra también en la antigua religión egipcia y en las escrituras de la fe brahmánica. Se afirma en ellas que el proceso de la creación del universo se efectúa por la emisión de un poder que tiene la cualidad de un *sonido* (*Amen-Ra* y *Shabda Brahman*, respectivamente.)

San Juan afirma también que el Verbo Divino preexistía antes de que todas las cosas fueran hechas. Este principio entra en existencia activa como un poder que construye formas con la materia virgen del espacio. Esas formas fueron concebidas por la Mente Divina, y la Voz

o Verbo de Dios les dio expresión. Jesús es pues una manifestación del Supremo Dios en forma humana, un vehículo de Dios:

Jn. 1:14 El Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Si bien la frase “la vida era la luz de los hombres” puede considerarse como una descripción del efecto de la presencia de Jesús sobre la humanidad, también puede dársele un sentido interior o místico; la presencia Divina manifestada dentro de todo ser humano, ‘Cristo en nosotros, la esperanza de gloria.’

La adopción de este último sentido puede cambiar enteramente nuestra actitud hacia la historia de la vida de Jesús, porque entonces ya no la vemos únicamente como restringida macrocósmicamente ni históricamente a la persona de Jesús, sino más aún como un poder y una presencia dentro del Yo íntimo de cada ser humano. O sea, universal y microcósmica a la vez.

Hay que recordar continuamente que el Verbo que produjo el universo, y ‘la luz de los hombres,’ no son dos deidades separadas y distintas, sino *una sola y misma Deidad*. Aquel Poder sin nombre que produjo y preside todo el universo, y la Divinidad interna del hombre, son Uno, eternamente y por siempre. La luz del universo y la luz de los hombres no son dos luces sino una sola, por toda la eternidad.

El uso del plural *hombres* parece confirmar lo expresado en otras escrituras religiosas, de que esta luz no solamente resplandece sobre el mundo desde el in-

terior de seres escogidos tales como Jesús, sino que también brilla dentro del Yo interno de todo ser humano. A este Dios Morador se refiere el *Bhagavad-Gitâ* como “el inmortal Gobernador Interno entronizado en el corazón de todos los seres vivientes”. También se le llama el *Horus* del alma.

Jn. 1: 6 Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan.

7 Este vino como testigo, para dar testimonio de la Luz, para que todos creyeran por él.

8 No era él la Luz, sino quien diera testimonio de la Luz.

9 El Verbo era la Luz verdadera que alumbraba a todo hombre que viene a este mundo.

Así reitera San Juan que el Logos o Verbo es luz macrocósmica y también microcósmica. Esta Luz resulta de la manifestación misma del Logos como una presencia resplandeciente y un poder que ilumina tanto el espacio pre-cósmico como la mente humana. El último versículo recalca que todo ser humano que viene al mundo lleva una *luz interior*. Esta luz se identifica también como Jesús el Cristo, y puede considerarse como sinónima de un atributo del alma espiritual humana que ilumina el camino de la encarnación a todo hombre que viene a este mundo.

El hombre es inconsciente de esta luz interior hasta que entra en cierta fase de su progreso evolutivo, o sea hasta que ocurre aquella *natividad* mística en que Cristo se forma en nosotros. (Gál. 4:19).

Este renacimiento espiritual y psicológico es precedido por un cambio drástico aunque gradual en nuestra actitud hacia la vida y nuestra conducta, expresado en nuestro modo de vivir. Como dice Jesús, “El que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios”. (Jn. 3:3)

El hombre en quien ha tenido lugar esta *concepción mística*, se prepara para nacer de nuevo *purificándose* a si mismo. Se puede considerar a Juan el Bautista como una personificación de la llamada a hacer este cambio. Esta llamada viene del Yo interno, y llega al yo externo como “la voz de la conciencia”. Se trata, pues, de un cambio principalmente moral. Y el *ascetismo* que se atribuye a Juan el Bautista, así como su llamada a preparar el camino del Señor, retratan muy adecuadamente esta influencia.

En otras palabras, el hombre completamente mundano se transforma desde dentro en un hombre cada vez más espiritual. Juan el Bautista es el heraldo de esta transformación. Es, por decirlo así, el *Hermes* que rescata del averno a *Perséfone*, el alma encarnada.

El modo como Juan escribe su Evangelio indica que tanto Jesús como Juan el Bautista personificaban los poderes internos del hombre. Este Evangelio no es sólo una descripción alegórica de la vida espiritual, sino también una descripción de la llamada que Juan el Bautista hace a la humanidad para que entre en esa vida.

El autor de este libro no está negando la historicidad de los Evangelios, sino diciendo que ve en numerosos pasajes de ellos muchas indicaciones, aunque algo veladas, de que se quiere relatar el progreso del hombre

desde una vida puramente mundana a una vida espiritual.

Jn. 1: 10 En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció.

11 Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron.

En estos dos versículos vemos una mezcla de los tres Cristos: el Verbo creador, la Luz espiritual o Salvador dentro del hombre, y el Jesús histórico. Se dice que el mundo no le conoció ni lo recibió, refiriéndose indudablemente a la humanidad en general. Esta acusación es indudablemente cierta: Cristo, la Luz moradora dentro de todo ser humano, el Logos del alma, fue y todavía es no reconocido y no recibido.

Así lo demuestra la condición del mundo y la conducta de muchos seres humanos en esta época: guerras, crímenes, corrupción y vicios en abundancia, lo cual quizá sea lo natural en las fases tempranas de la evolución humana. Sólo cuando el principio mental comienza a desarrollar en el hombre la facultad del pensamiento abstracto e intuitivo, empieza el hombre a percibir y reconocer su Luz espiritual o monádica, la cual ha de convertirse al fin en el principio guiador de la totalidad de su vida.

Antes de que la raza humana en conjunto, o cada individuo, alcance esta estatura evolutiva, es verdaderamente cierto que 'el mundo no le recibió'.

Estas mismas fases de desenvolvimiento intelectual y espiritual se reflejan en el relato de la vida histórica de Jesús. Él, como Maestro, Redentor y Salvador, no fue

aceptado por las autoridades, las cuales personifican la regla de la mente personal y formal con sus atributos de separatividad, auto-satisfacción, codicia y orgullo.

(De ninguna manera pretende el autor pasar por alto o menospreciar los aspectos favorables de la mente humana y el adelanto de la ciencia y la tecnología.)

Jesús fue reconocido y recibido únicamente por los pocos: sus parientes, sus discípulos y amigos inmediatos. Todos ellos personifican al intelecto espiritualmente iluminado. Y así es hoy y así seguirá siendo durante mucho tiempo todavía. Pero es de esperar que vaya aumentando el número de los que le reconozcan y le reciban, gracias a ese Cristo interior. Pero este requiere una verdadera auto-purificación, a fin de que haya una inmaculada concepción.

Capítulo IV

SIGNIFICADO DE LA NATIVIDAD

Se reconoce la Unidad

Dos propósitos, entre otros, cumplieron los Evangelistas en su lenguaje simbólico. Primero, transmitir conocimientos acerca de las leyes de la existencia, los principios básicos de la emanación de universos y todo lo que contienen, su vitalización y evolución hasta la etapa más elevada posible. Y segundo, indicar el camino de la Iluminación dirigiendo el pensamiento hacia la comprensión y la experiencia de que Dios en el universo y Dios en el hombre son un solo y único Dios.

Para comenzar mi interpretación de la Natividad he escogido el capítulo 1 de Mateo a partir del versículo 18. Prescindo de los anteriores porque consisten enteramente en datos sobre la genealogía de Jesús, y como sea que el versículo 18 afirma que el niño fue concebido inmaculadamente del Espíritu Santo, carece de significado la genealogía de José.

Mt. 1:18 El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo.

Descrito así este acontecimiento es una imposibilidad física excepto por milagro. Pero interpretado alegóricamente se le encuentra repleto de verdad espiritual. Mateo, que es el único Evangelista que afirma que

el nacimiento fue inmaculado, difícilmente comenzaría su relato de la vida de Jesús pidiéndoles a sus lectores que acepten una afirmación tan increíble sin una honda investigación. Creo que, por el contrario, su intención fue la de estimular la investigación mental e intuitiva, y que por eso incluye datos aparentemente increíbles.

Este versículo, y también el segundo del Génesis, ofrecen una descripción simbólica del comienzo de la cosmogénesis. En el libro del Génesis figura el agente masculino como el Espíritu Santo, y el principio femenino como 'las aguas;' pero el significado es el mismo. En términos de filosofía oculta el proceso cosmogénico puede describirse como sigue:

El Espíritu-Materia, no polarizado y por tanto inactivo, pre-existía en un estado indiferenciado en lo Absoluto. Para emanar de lo infinito un universo finito, Espíritu y Materia deben polarizarse como puestos, bajo la ley rítmica, e inter-actuar creadoramente. El fruto de esta unión es el universo. Mateo describe esto como una mujer que concibe por obra del Espíritu Santo.

En otras palabras, la Inteligencia Divina (el Espíritu Santo) que preside el surgimiento de un universo desde lo Absoluto, proyecta un aspecto de su poder en la región circunscrita del espacio, "mar" (*Mare*). "El Espíritu de Dios aletea sobre la superficie de las aguas" (Gén. 1: 2). La semilla o huevo de un universo, su Idea arquetípica, entra en la existencia como un germen, un modelo dinámico.

Este versículo 18 puede leerse, pues, como una descripción de la primera etapa de la cosmogénesis. Las

potencias creadoras, masculina y femenina, quedan personificadas por el Espíritu Santo y la Virgen María, respectivamente. La actividad formativa está indicada en términos de la procreación humana. Se presenta lo puramente abstracto en una forma más bien concreta, para poner más al alcance del entendimiento humano una verdad espiritual. Y para evitar una interpretación materialista, se tiene el cuidado de explicar una intervención Divina y mostrar así una concepción inmaculada.

Dentro de la naturaleza espiritual del hombre, dos potestades ejecutan un proceso similar de creación espiritual. Esas potestades son: la Esencia Espiritual purísima, como rayo Divino, y la Individualidad inmortal en su 'vestidura de luz' o cuerpo espiritual.

La facultad de la intuición espiritual permanece alestargada o como una semilla dentro de esta vestidura del alma, durante todo el tiempo en que está evolucionando el cuerpo físico con las emociones y la mente analítica. Esta mente llega finalmente a un grado en que puede comenzar a captar ideas abstractas. Esta capacidad que es femenina en relación con el poder positivo de la voluntad espiritual, se ha mantenido virginal, adormecida. El proceso creador empieza a desarrollarse dentro del alma del hombre. El germen de la Intuición Espiritual se fructifica ahora por obra del espíritu más íntimo sobre la mente abstracta virginal; es 'concebido' y más adelante 'dado a luz'.

El fruto de esta inter-acción, o sea el recién nacido poder de la Intuición Espiritual, recibe el nombre de Conciencia Crística. A este acontecimiento, más bien que

al nacimiento histórico de Jesús, es al que al parecer alude San Pablo en el versículo a los Gálatas (4: 19) tantas veces citado.

Así se cumple dentro del hombre el proceso creador divino. Una nueva facultad *nace*. Y cuando esta facultad se desarrolle y madure, cambiará radicalmente toda la actitud del hombre hacia la vida. Pues entonces verá a toda la creación, a todos los seres y a todas las cosas, no ya como separadas entre sí sino como partes de un todo más grande.

Considerando a José como una personificación de la mente humana formal y concreta, es significativo el hecho de que él no tiene parte directa en la paternidad de Jesús. La mente de José está suficientemente desarrollada para responder a los destellos de iluminación, aparentemente ilógicos, que llegan de la Intuición, en lugar de negarlos. Por tanto es correcto describirlo como un hombre justo.

José no puede, sin embargo, participar en la concepción o nacimiento espiritual, porque la mente puramente lógica no puede ser activamente intuitiva por su misma naturaleza. Por tanto José es apenas el padre putativo de Jesús. Lo que se está describiendo es un desenvolvimiento espiritual interno.

Mt. 1:19 Su esposo José, como era justo, y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto.

Esta actitud de José podría considerarse no tanto como estrictamente justa, sino mejor como amable, tolerante, compasiva. La expresión de estas cualidades a pesar de los sentimientos personales, indica una perso-

na madura. Y maduro es en verdad el carácter de uno de quien la intuición espiritual está a punto de mostrarse y desenvolverse.

Mt. 1:20 Así lo tenía planeado, cuando el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu esposa, porque lo concebido en ella viene del Espíritu Santo.

En una interpretación Cósmica se puede considerar a José como una personificación de la Mente Universal, la Inteligencia directora de toda la Naturaleza. Y el Ángel del Señor como la influencia del Supremo Espíritu ya activo, la radiación de la Luz del Logos que aporta el conocimiento de la Idea arquetípica. Alegóricamente, el Ángel informa a José sobre el Plan Divino.

En términos de la evolución puramente humana, todas estas profecías de nacimientos y misiones de grandes seres, y todas las anunciaciones, se refieren a un proceso profundamente interior. Los *ángeles* significan la función generativa de la *Voluntad* espiritual del hombre despierto. Los *padres* que escuchan y responden a esa *Voluntad* representan la *mente* activa pero disciplinada, la conciencia cerebral y el cuerpo físico. La *madre* es el eslabón que les conecta a los dos, el *cuerpo causal* que se convierte en la ‘vestidura de gloria’.

De este modo, estos versículos describen que el ángel, un rayo de la Mónada o Esencia Espiritual (el Señor), penetra en la mente de un hombre superiormente desarrollado (José). Así llegan hasta el hombre externo la comprensión de la importancia de la existencia humana, y el conocimiento de la fase evolutiva en que el Yo

interno está entrando.

Bajo semejante elevación espiritual tan superior, y como fruto de su madurez y estatura evolutiva, el hombre espiritualmente desarrollado se hace consciente del Cristo que lleva en su interior. En el curso de su evolución, la mente humana recibe muchos destellos y anuncios de este acontecimiento, que van iluminándola, hasta que el Espíritu Divino en el hombre se hace tan potente, y la evolución de su mente abstracta y su intuición ha avanzado tanto, que él reconoce su poder.

Dudas, argumentos y discusiones acerca de la veracidad de los Evangelios, fechas, autores, contradicciones, paternidad de José y María, todas estas cosas se desvanecen como la neblina ante los rayos de la aurora, cuando se capta la verdadera naturaleza del mensaje.

Mt. 1:21 Ella dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.

Jamás puede ser violada la ley de causa y efecto (*Karma*) según la cual toda acción humana trae su correspondiente reacción que sólo puede ser modificada por otras acciones del mismo actor. Por tanto, tenemos que buscar una posible revelación de sabiduría esotérica bajo el significado superficial de este texto.

Ningún poder cósmico, ni siquiera la Deidad, puede torcer la operación de la ley kármica. Por tanto, el hecho de aplicar a Jesús los términos de *salvador* y *salvación* no implica ni el más leve grado de abrogación de la ley de Justicia sobre la cual el mismo Jesús insistió firmemente, y cuya existencia también afirmó San

Pablo.

En Mateo 5:18 dice Jesús: “Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i, o un ápice de la Ley sin que todo se haya cumplido”. Y en Gál. 6:7 dice San Pablo: “No os engañéis; de Dios nadie se burla. Pues lo que uno siembre, eso cosechará”. Se ve, pues, que es completamente errónea la idea de que el hombre puede por algunos medios evadir, anular o evitar la operación de esta ley cuando su conducta ha producido efectos adversos. Nada ni nadie podrá ‘salvarlo’.

Si una persona que está buscando la verdad, permite que en su mente se albergue la idea de la posibilidad de evadirse de la Ley kármica, jamás triunfará totalmente en su búsqueda, pues siempre habrá en su mente una zona ciega, o por lo menos un esguince, que impedirá la clara percepción de la verdad.

Este versículo 21 es de grandísima importancia no sólo en el estudio de la vida de Jesús sino también en el de la doctrina teológica cristiana en general. La profecía hecha a José por el ángel del Señor, de que Jesús ‘salvaría a su pueblo de sus pecados,’ ha sido mal interpretada del modo más desafortunado; y por culpa de esto se ha desarrollado una visión burdamente materializada de la Redención Indirecta como esencial para la salvación.

Este error ha emborronado y oscurecido el pensamiento cristiano, haciendo creer que la ley de justicia perfecta no se aplica a la conducta de los cristianos confesos y creyentes.

No podría hacerse un daño mayor a un hombre, en

mi sentir, que el de impedirle que coseche según lo que haya sembrado, o que sea juzgado según sus méritos. Con ese impedimento quedarían perdidos para él los frutos de dos importantes procesos: el de la educación por experiencia, y el del desarrollo de un elevado sentido moral.

La historia de los pueblos de Occidente desde que se estableció en ellos el cristianismo como religión, indica que estos dos desastres han caído sobre las naciones cristianas, a pesar de sus espléndidos rasgos en otros sentidos. Persecuciones religiosas terribles, como las de la Santa Inquisición, muestran los efectos desmoralizadores de esta doctrina de la Redención Indirecta.

No se niega que la tierra ha sido visitada por salvadores que han cumplido un 'ministerio de salvación'. Ellos han enaltecido los rasgos espirituales y morales de algunos hombres, y de este modo los han 'salvado' de degradarse. Ellos han ejercido influencias purificadoras y espiritualizadoras, tanto con el ejemplo de sus vidas y sus enseñanzas, como impartiendo internamente sus elevados poderes espirituales a quienes han estado preparados para recibirlos.

No sólo la 'muerte' del Salvador sino también su 'nacimiento,' nos salvan de nuestros pecados de dos modos por lo menos. Primero, despertando los poderes espirituales de Voluntad y Sabiduría que al descender a través de la mente reducen la tendencia a la transgresión. Y segundo, dándole al transgresor el beneficio máximo de comprender los efectos y reacciones producidos conforme a la ley kármica.

Así se desarrolla altísimamente la conciencia, y cobra firmeza la decisión de no volver a incurrir jamás en los mismos errores. Vista de esta manera, la Redención es un acontecimiento interno, una reconciliación que no contradice la operación de la ley kármica. Pues lo que asegura la salvación o sea el desarrollo de la naturaleza Crística en el hombre, es la Presencia de Cristo en su interior. En este sentido, el término Cristo implica una suprema Sabiduría y Amor que funciona dentro de lo más íntimo del hombre.

El estado Crístico abarca desde el más allá hasta lo más íntimo, como la luna reflejándose en un lago sereno. Ciertos místicos cristianos han interpretado de este modo la enseñanza de la Natividad, como en el caso de Ángelo Silesio que dijo:

Aunque Cristo nazca en Belén mil veces,
si no nace dentro de ti, tu alma seguirá
abandonada. En vano mirarás la Cruz del
Gólgota si no la alzas dentro de ti mismo.

Mt. 1: 22 Todo esto sucedió para que se cumpliese el oráculo del Señor por medio del profeta:

23 Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa "Dios con nosotros".

Experiencias espirituales como ésta son muy íntimas y privadas, y no es nada probable que José lo divulgara a diestra y siniestra. El relato merece, pues, una interpretación más mística, en la cual *María* personifica las facultades de la intuición espiritual que comienza a nacer en la mente abstracta. Es un signo de que el

Cristo Morador empieza a 'nacer' dentro del hombre.

Emmanuel, que significa "Dios con nosotros", se refiere a la intuición espiritual y a la sabiduría pura recién desarrolladas dentro de un hombre, de las cuales brotan la comprensión y la compasión Crísticas. Emmanuel indica un estado de conciencia. Su sentido místico corresponde al de la palabra sánscrita AUM con todos sus profundos alcances que incluyen la afirmación de que el espíritu humano es una expresión del espíritu universal.

Mt. 1: 24 Despertó José del sueño, e hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su esposa.

25 Y sin haberla conocido, dio ella a luz un hijo, a quien él puso por nombre Jesús.

Siempre se ha designado a un neófito como un niño recién nacido. Pero no se trata del cuerpo, sino más bien del Yo divino que nace a un nivel superior de conciencia. Este Yo divino aporta tal poder que se manifiesta como una nueva individualidad. El ángel es el agente de este poder creador que se transmite simbólicamente como *sonido*. Este es el mismo sonido o Verbo con el cual un universo es evocado o despertado de su sueño larguísimo que transcurría en el lecho de la substancia eterna, en las aguas del abismo.

Después de que ha ocurrido esta fructificación interna o Anunciación, seguida de la concepción y nacimiento, ni los seres humanos ni substancia alguna pueden seguir siendo los mismos. Son renovados desde dentro. Han 'nacido de nuevo', en el sentido místico.

La obediencia de José para hacer lo que el ángel le manda, muestra la madurez, el dominio propio, la flexibilidad y la percepción intuitiva de un hombre superiormente evolucionado. En un hombre así la mente no sigue siendo 'la matadora de lo real', o sea de la Verdad Eterna, pues ha trascendido los estados argumentativos y materialistas de la mente concreta que es 'la matadora de lo real'. La mente de ese hombre se ha convertido en un agente dócil y hábil de su voluntad espiritual. Las instrucciones que José recibe en sueños, las cumple al despertar; simbólicamente.

El Yo Superior se ha unificado con el yo inferior. Un nuevo Ser se manifiesta.

Capítulo V

LA LLEGADA DE LOS MAGOS

Los dones de la Tríada Superior

Los que estudian literalmente la Biblia se preocupan mucho por problemas tales como el de su actitud histórica, sus fuentes literarias, sus autores, etc. Estos problemas dejan de perturbar al que interpreta la Vida de Jesucristo como una experiencia mística, un nacimiento que va ocurriendo a medida que se desarrollan los poderes inherentes de la Mónada humana.

Belén simboliza entonces un alto nivel de conciencia y de perfección del vehículo por cuyo medio se activa el alma humana y se despierta en el nivel mental superior, recorriendo aquella 'senda pura' o 'vía sacra' de que habla Isaías (35:8).

Para el verdadero místico, la historia es de poca importancia, pues ha descubierto que el misterioso desarrollo de una planta desde su semilla, o de un hombre desde su óvulo, o de un Adepto desde un hombre, son la expresión de un proceso universal que no está limitado a un tiempo o lugar o persona en particular.

Mientras los críticos arguyen y se encuentran imposibilitados para resolver sus dudas, el místico sabe que está en presencia de un Dios a la vez Trascendente e Inmanente; ve que Dios se manifiesta plenamente como lo divino en el hombre y, en consecuencia, adora al niño Cristo en su aspecto de Dios en el hombre, y en su as-

pecto humano como Dios en la tierra.

Con esta actitud iniciemos el estudio del Capítulo 2 del Evangelio de Mateo.

Mt. 2: 1 Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían de Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo:

2 ¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en Oriente y hemos venido a adorarle.

Estos versículos pueden interpretarse como referentes a seres humanos espiritualmente avanzados y sus experiencias en su viaje por la 'vía sacra' hacia la meta de la Ascensión o madurez perfecta. Belén (la casa del pan) se convierte en la 'vestidura de luz' o vehículo del alma espiritual que mora en lo más íntimo.

Cuando se llega a aquel punto evolutivo en que el hombre escoge la *vía sacra*, la percepción intuitiva directa ha comenzado a desenvolverla el Yo interno. Entonces funciona el Yo interno en sus tres aspectos:

(1) Como Voluntad espiritual, representada por el ángel de la Anunciación;

(2) Como Inteligencia espiritual, representada por María, y

(3) Como Intuición y Sabiduría espiritual, personificada por Jesús.

La Natividad, como vimos en el capítulo anterior, representa el despertar de la naturaleza Crística como poder activo en el hombre. Esta etapa, tan importantísima en la evolución espiritual, es asistida por

inteligencias superiormente evolucionadas, como sucede en muchos otros procesos naturales.

Los *Magos* o Sabios que llegan desde lejos personifican a estos ministros del Logos Solar; son sus representantes en este planeta. Podemos imaginarlos como auxiliares suyos durante este 'ajuste' místico o interior.

La *Estrella* que atrae la atención de los magos y los guía hasta el escenario de la Natividad, representa el poder espiritual y la luz que irradia del alma que ha avanzado hasta este punto en su progreso hacia la perfección. A medida que la 'preñez' mística avanza hacia el nacimiento del niño Cristo, el aura se ensancha y se vuelve más brillante. Este crecimiento continúa hasta formar esa "nube de gran poder y gloria" (Lc. 21:27) en la que el hijo asciende al trono de su Padre.

El poder ígneo que moldea y produce y perfecciona el universo, mora también en el hombre. Pero está adormecido hasta que el hombre alcanza cierta fase evolutiva. Es aquella fuerza vital creadora que en sánscrito se llama *Kundalini*. Lo que despierta a este Fuego es el poder divino de la Voluntad espiritual en el hombre. Esta Voluntad procede de Dios Padre, el Primer Aspecto de la Trinidad. Y el Fuego Creador procede de Dios Espíritu Santo, el Tercer Aspecto de esa misma Trinidad.

El proceso evolutivo va poniendo en actividad la Voluntad espiritual en el hombre, hasta que toque y despierte el *Fuego Creador* que yacía aletargado en la raíz de la columna vertebral. Este despertar está alegóricamente descrito en las anunciaciones a José, a Zacarías y a María, en las cuales José y Zacarías repre-

sentan la personalidad mortal, y María representa la 'vestidura de luz'. Esta vestidura es el más tenue de los cuerpos superiores del hombre, en el cual reside el Yo espiritual y actúa la Voluntad espiritual.

El Ángel de la Anunciación y la intención y el sonido de sus palabras, representan el descenso del poder de la Voluntad espiritual. El resultado de la unión entre la Voluntad espiritual y la Inteligencia espiritual en el hombre, es doble. Por un lado, el *Fuego Sagrado* aumenta y se convierte en una llama activa. Y por otro, la *Intuición espiritual* (el niño Cristo) que estaba en estado germinal dentro de la mente abstracta, empieza a convertirse en un poder activo. Estos dos procesos son complementarios. El Fuego ascendente hace que el cerebro y la conciencia interna respondan al poder descendente que está buscando expresarse físicamente.

De este modo, la *Intuición* que otorga la capacidad de percibir la unidad en la diversidad, encuentra un vehículo que va haciéndose cada vez más responsivo a esa intuición espiritual. Lo cual constituye una vida verdaderamente nueva para el hombre espiritualmente despierto.

Entendido de esta manera el proceso de germinación interior profundamente espiritual, se ve lo correcto de llamarlo *Inmaculada Concepción*. Luego viene una gestación durante la cual el neófito superiormente sensibilizado vive en cierto aislamiento bajo la cuidadosa vigilancia de su Maestro. Esta vigilancia es necesaria, pues existen peligros que podrían llevar a una especie de 'aborto' si no se evitan:

El sistema nervioso está considerablemente tenso por el despertar del Fuego Creador. El cerebro permanece alternativamente super-estimulado o aletargado. La mente está aclarándose y recibiendo destellos de iluminación e intuición que conllevan el peligro de inducir egoísmo y orgullo herodianos. También suelen ocurrir visiones psíquicas que pueden distraer y descarriar al neófito no acostumbrado a ellas. Todas estas tendencias y factores pueden desviar al neófito de la senda pura, hasta convertirlo en una incorporación del orgullo en vez de ser una encarnación de la humildad.

Evitados estos peligros, la Natividad mística viene naturalmente. El Fuego Creador asciende hasta el corazón y el cerebro, y el neófito se transforma en un servidor de sus semejantes, divinamente inspirado, gracias a que se manifiestan en él la Sabiduría espiritual y la compasión divina. Tan completa es esta transformación que bien puede decirse que ha nacido una nueva criatura Crística.

Mt. 2: 3 En oyéndolo, el rey Herodes se turbó, y con él toda Jerusalén.

4 Convocó a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, y por ellos trataba de averiguar el lugar donde había de nacer el Cristo.

Los peligros continúan amenazando al recién nacido. Herodes personifica la fuente interna de todos estos peligros, como también la resistencia instintiva de la materia a ser dominada por el espíritu y pasar de la inercia a la actividad. Los cuerpos mortales del hombre (físico, emocional, mental) tienen la tendencia a resistir-

se a la manifestación de la tríada superior (voluntad, sabiduría y actividad intelectual superior). En cambio, el egoísmo, el deseo de mandar y de complacer apetitos y hábitos indeseables, continúan pidiendo que se les satisfaga.

Puesto que el gobierno por parte del espíritu divino en el hombre, conlleva inevitablemente la subyugación de los cuerpos y el refinamiento y purificación de energías que hasta entonces han estado dedicadas a fines indeseables, es natural que surja este resentimiento y esta oposición entre lo superior y lo inferior. Igual como Herodes teme perder su trono de rey, así la *naturaleza mortal* del hombre teme perder su dominio arbitrario sobre su Yo inmortal. En consecuencia, procura destruir la vida recién nacida.

Mt. 2: 5 Ellos le dijeron: En Belén de Judea, porque así está escrito por el profeta:

6 Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que será pastor de mi pueblo Israel.

No es fácil vencer la oposición del yo mortal que puede demorar la expresión del Yo divino. Para ello hay que acudir a una región que está más allá de la mente concreta. Esta región es la de la 'vestidura de luz' o cuerpo causal, donde mora la Virgen María y donde tienen lugar todas las naticidades espirituales.

Hasta entonces *la mente* ha estado gobernando al hombre, como Herodes a su pueblo. Como sea que ese gobierno se ve ahora amenazado, se recurre a la astucia, al engaño, al fingimiento. La mente concreta, domi-

nada por el individualismo posesivo, recurre a artificios para tratar de descubrir el lugar donde residen los poderes secretos que amenazan su larguísima dictadura.

Estos versículos indican que Herodes conocía solamente de oídas el nacimiento de Jesús y la aparición de la Estrella. El simbolismo es exacto, pues la mente analítica no puede conocer directamente la sabiduría pura y la intuición espiritual representadas por el niño y la estrella, respectivamente.

De la misma manera que los adultos ayudan a los niños, también los mayores en evolución ayudan a los neófitos en la vida espiritual a desarrollar sus fuerzas internas y a armonizar sus vehículos externos. Así, los sabios de Oriente y los pastores, los Adeptos y los iniciados, rodean con su poder protector al recién nacido, e invocan para él la ayuda angélica y divina contra la oposición de las partes tiránicas de la naturaleza humana que pretenden dar muerte a lo que quiere acabar con su tiranía.

Mt. 2: 9 Ellos, después de oír al rey, se pusieron en marcha, y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño.

10 Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría.

11 Entraron en la casa; vieron al niño con su madre María y, postrándose, le adoraron; luego abrieron sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra.

Estos *sabios* que temporalmente obedecieron a

Herodes pueden tomarse también como personificaciones de las cualidades y atributos más espirituales del hombre, que estimulan al hombre a buscar la verdad y la luz y a reconocerla y adorarla cuando la encuentra.

El número tres aplicado a los sabios y a sus dones, se refiere a la Tríada Superior, al alma inmortal espiritual que está desarrollándose. Cada uno de los aspectos de esta Tríada (Voluntad, Sabiduría, Inteligencia) refleja un aspecto de la Divina Trinidad.

La recién nacida facultad de percepción espiritual directa y sabiduría compasiva que revela la indivisible unidad de la vida dentro de todas las formas, recibe el 'don' de un tipo particular de energía y bendición que está inherente tanto en la Divina Trinidad como en la tríada superior del hombre interno.

Cuando un alma humana entra en la fase de evolución que se está describiendo aquí, hay una agitación activa y benéfica tanto en la naturaleza como en el hombre. Se activan enormemente cada vez más las fuerzas cósmicas dentro del hombre. El Cristo Morador recién despertado es el foco receptor para la actividad interior de estos dones "externos". Y toda la Naturaleza responde espiritual, intelectual, dinámica y físicamente. Miembros de las jerarquías angélicas, del 'ejército celestial' del que habla Lucas (2:13), acuden a activar más aún la inherente divinidad del Dios recién nacido en el hombre. Ellos también traen sus dones asociados con las diversas corrientes de fuerza vital de las diferentes órdenes angélicas.

Utilizando términos de electricidad puede decirse

que la gran estación generadora está constituida físicamente por el sol y los planetas, y super-físicamente por sus contrapartes espirituales. Al recién nacido se le pone en circuito. Y diferentes tipos de energía cósmica, de diferentes longitudes de onda entran a circular a través de toda la Naturaleza y en el hombre, procedentes todas de la Energía Única.

Esta Energía Cósmica (solar, planetaria y atómica) se expresa parcialmente como un sonido insonoro, y como un vasto acorde compuesto de miríadas de notas cada una con sus sobre-tonos. Por eso los ángeles presentes en la Natividad entonan su canto angelical. Y como la Energía es una sola, el tema de su canto es la *unidad, la armonía, la paz y la buena voluntad* entre los hombres.

Mt. 2:12 Después, avisados en sueños que no volvieran donde Herodes, se retiraron a su país por otro camino.

La Tríada Superior que constituye la naturaleza interna del hombre, va influyendo cada vez más en el hombre externo a medida que éste avanza hacia su perfección.

Los sabios hablan con Herodes para un propósito específico, pero no se quedan en su reino sino que se retiran a su país por otro camino. En lenguaje sagrado, 'hablar' significa transferir poder espiritual de un nivel a otro. Los ángeles de la Anunciación hablaron a hombres como los sabios hablaron a Herodes. Pero ni los ángeles ni los sabios se quedan mucho tiempo: se retiran a sus misteriosas moradas. De modo similar, se dice que Dios habla a los profetas y videntes inspirados y

luego entra en silencio. En esos casos se está describiendo también una comunicación mística entre los aspectos mortales e inmortales del hombre.

Mt. 2:13 Después que ellos se retiraron, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; allí estarás hasta que te avise. Porque Herodes va a buscar al niño para matarle.

El logro de una verdadera experiencia mística o de cualquier gran ampliación de conciencia, va seguido generalmente por cierto conflicto. El neófito se olvida temporalmente de su cuerpo y de sus exigencias y necesidades. Pero al emerger de ese estado vuelve a sentir las más insistentes que antes, por contraste con el estado de éxtasis. Esto se debe a la instintiva resistencia que ejerce la inercia de la materia, y al temor instintivo de perder la libertad de entregarse a los deseos.

Herodes personifica esta resistencia de la mentalidad egoísta, de las emociones posesivas y sensuales, y de las actividades habituales y placeres del cuerpo. El hombre mortal ve claramente que su dominio sobre el Yo inmortal está amenazado y acabándose. Esto, naturalmente, origina una lucha en la que la mente mundana intenta destruir el idealismo espiritual.

Hay dos métodos posibles para defenderse contra esta resistencia. (1) Por el ataque frontal a los atributos indeseables. (2) Apartando de ellos la conciencia de modo que queden ignorados y tiendan a morir de inanición. Este último método es el que se describe metafóricamente en este versículo como *la huida a Egipto*.

José, la mente, percibe intuitivamente el peligro y quiere evitarlo. El Ángel le aconseja. Estos cambios de conciencia pueden ser provocados por ministerio angélico.

Mt. 2: 14 Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto;

15 Y allí estuvo hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: “De Egipto llamé a mi hijo”.

Lo autores del Antiguo Testamento usan a Egipto como un símbolo del estado más denso de materia al que desciende la Vida divina en su jornada *involutiva* y en el que queda estrictamente restringida. En este sentido, Egipto representaría el cuerpo en el que el Yo espiritual reencarna repetidas veces; una especie de atadura a la carne.

Pero en el Nuevo Testamento se acentúa más el arco de *regreso*, la *evolución* más bien que la involución. Egipto viene a ser entonces un punto de partida, un trampolín para el desenvolvimiento del espíritu humano, para el regreso a su Fuente. Egipto es, pues, un símbolo de la etapa evolutiva y el estado de conciencia con que el hombre emprende voluntariamente la jornada que le conducirá rápidamente al estado de *iluminación* y más tarde a la plenitud del *Adeptado*.

En otra interpretación histórica de los incidentes de la vida de Jesús, *Egipto* representa una región en donde existieron santuarios de los Misterios Mayores. La admisión a esos centros iniciáticos estaba abierta para personas superiormente evolucionadas que se retiraban

de la vida ordinaria y se sometían a un determinado entrenamiento e instrucción como preparativo para ser aceptados en la hermandad conocida como la Gran Fraternidad Blanca. A consecuencia de esas experiencias se aceleraba la evolución y se obtenían conocimientos muy profundos.

Cuando esa formación quedaba completada, los nuevos iniciados eran enviados al mundo para transmitir prudentemente el conocimiento que habían adquirido, a buscar discípulos a quienes pudieran adiestrar para un adelanto y servicio similares, y para elevar el nivel de vida y de conciencia de la humanidad sacándola desde la rígida ortodoxia hacia niveles más elevados de pensamiento, de percepción directa de su comunión con Dios.

Esta antiquísima costumbre universal fue seguida evidentemente por Jesús, de quien no se dan más datos hasta que reaparece con doce años de edad. De suerte que estos dos versículos constituyen una alusión breve y velada a esta parte de la preparación de Jesús para su gran ministerio.

Mt. 2:16 Entonces Herodes, al ver que había sido burlado por los magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había averiguado de los magos.

La historia no registra los hechos descritos en este versículo. Sin embargo, en lenguaje sagrado se usa el término “niños” para designar a los recientemente iniciados, y quizá sea esto lo que quiere indicarse aquí.

Esas personas suelen provocar la furia de los que ejercen el poder eclesiástico o político temporal.

Pureza, sencillez, espontaneidad infantil, son cualidades que exhiben las personas en ese estado. Este es, en parte, el sentido de las palabras de Jesús. “Yo os aseguro que el que no recibe el Reino de Dios como niño, no entrará en él”. (Lc. 18:17). El Reino de Dios es un estado de conciencia en el cual se experimenta continuamente la unidad del espíritu humano con el espíritu universal, lo cual se indica como ‘volverse como niño’.

Herodes, *la mente egoísta y jactanciosa*, se resiste violenta y malévolamente a estos cambios de conciencia, de motivación y de conducta producidos por lo que alegóricamente se describe como entrar en el Reino de los Cielos.

En muchas escrituras y mitologías antiguas se encuentran alegorías similares. En la mitología griega, *Cronos*, jefe del estado y padre de dioses, es prevenido de que sus hijos le destronarían como él había destronado a su propio padre, *Urano*. Para evitar esto, *Cronos* devora a cada uno de sus hijos tan pronto nace. Pero *Zeus* se salva por un stratagema. En la mitología hindú, el Rey *Kansa* es advertido de que un hijo de *Devaki* y *Vasudeva* le destronaría, y entonces procede a destruir todos los niños que van naciendo. Pero por intervención angélica se salva el niño *Krishna* que llega a ser el Salvador y Maestro de la humanidad.

Herodes fue prevenido de que iba a nacer en Israel un niño que le destronaría, y por tanto hizo matar a los inocentes; pero también y como por intervención angé-

lica, el niño *Jesús* se salvó y llegó a ser el Instructor espiritual de millones de personas.

Se nos describen alegóricamente las privaciones que tiene que sufrir el espíritu al manifestarse en la materia. Cuanto más densa sea esta materia, mayor será la privación de poder. Jesús, Krishna y Zeus, salvados así, describen la victoria del espíritu sobre la materia. Nada puede oponerse a este triunfo. Este es el proceso por el cual se forma un salvador de la humanidad, o bien, en el caso individual, se alcanza el Adeptado.

La Mónada humana también sufre privaciones al ir incorporándose en materia de sucesivos grados de densidad. Pero al fin se sobrepondrá a la resistencia de la materia, y entonces nacerá el 'niño divino' y llegará a manifestar el poder y la sabiduría y la inteligencia de un Adepto.

Mt. 2: 17 Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías:

18 "Un clamor se ha oído en Ramá, llanto y lamento grande: es aquel que llora a sus hijos, y no se quiere consolar, pues ya no existen".

Aquí encontramos una interpolación de las palabras del profeta hebreo para apoyar la cualidad mesiánica de Jesús. Pero quizá Jeremías alude a la lucha interior entre el Yo superior y el inferior de un candidato, al hablar de la inevitable sensación de pérdida asociada con la *renuncia al yo personal* que precede a la realización de la unidad con Dios. Lo cual es aplicable no sólo a Jesús sino a todo iniciado triunfante.

Mt. 2: 19 Muerto Herodes, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo:

20 “Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y marcha a tierra de Israel; pues ya han muerto los que buscaban la vida del niño”.

Esta visita angélica puede interpretarse similarmente a la del versículo 2:13. Dentro del sentido histórico, lo natural sería que José, como padre putativo y guía del niño, supiera que el desarrollo y la formación de Jesús podría lograrse mejor ahora en su tierra natal. Allí existían comunidades esenias muy apropiadas para el efecto. Pero José cambió la destinación. Se dice que se establecieron en Nazaret para que se cumpliera la profecía de que el Mesías habría de ser un Nazareno. Esto indica cierta alusión a la vida oculta de Jesús. Los nazarenos eran un grupo de hombres apartados, dedicados, consagrados, célibes, que se sometían a un adiestramiento y disciplina parecidos a los de los esenios. Se dejaban crecer el cabello, el bigote y la barba.

La Sabiduría Antigua sostiene que una jerarquía oculta de Adeptos guía la vida en el planeta; que jamás se deja sin guía a la humanidad; que los miembros de esa Jerarquía están continuamente iluminando las mentes de los hombres e inundando los mundos super-físicos con inspiración e iluminación espiritual; que los discípulos de esos Adeptos transmiten aspectos de esa Sabiduría a las mentes de los hombres, mediante su ejemplo, sus enseñanzas y sus escritos.

Aunque los hombres presten poca atención a seme-

jante guía durante ciertas épocas como la presente, esa ayuda es más notoria en algunos períodos que en otros. Además, ciertos miembros de esa Jerarquía actúan directamente, ya sea en sus propios cuerpos o utilizando los de discípulos superiormente evolucionados, quienes han de ser cuidadosamente preparados para que puedan resistir la intensidad del poder que ha de fluir por su medio en los momentos más importantes. Según la tradición oculta, parte de la misión de Jesús fue la de servir como vehículo para una de estas visitaciones, a partir de su Bautismo en las aguas del Jordán, como veremos en el próximo capítulo. Se supone que esta preparación comenzó en Egipto y continuó en Palestina.

Mt. 2: 21 Él se levantó, tomó consigo al niño, y entró en tierra de Israel. Pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí;

22 y avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea, y fue a vivir en una ciudad llamada Nazaret; para que se cumpliese el oráculo de los profetas: “Será llamado Nazareno”.

Aquí vuelve a hacerse alusión a los peligros causados por el odio y el temor de los enemigos. Son peligros muy reales de los que jamás puede escaparse un idealista, y menos aún un discípulo que está acelerando su progreso.

La Teosofía enseña que el hombre encarna en la tierra repetidas veces, y que las vidas durante las cuales se despiertan las aspiraciones y se entra en la vía sacra son especialmente peligrosas. Algunos de esos peligros

no pueden evitarse totalmente porque son kármicos o sea cosechas compensatorias de siembras adversas en el pasado.

Todo neófito sincero es guiado y protegido y dirigido, tanto visible como invisiblemente, por sus mayores en evolución, dentro de las restricciones impuestas por la ley kármica. Este es otro significado de las anunciaciones y prevenciones que la Mónada o esencia divina del hombre recibe de ángeles o de Dios.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento afirman frecuentemente la comunión con la Deidad Suprema. A medida que el hombre se eleva en evolución, las experiencias interiores se vuelven más profundas. El sentimiento de unidad con Dios se graba más hondo hasta culminar en el pleno conocimiento de la Unidad y de la identidad con aquel Ser Eterno que preside la evolución y que mora dentro del alma de todas las criaturas.

Capítulo VI

SIGNIFICADO DEL BAUTISMO

Se entra en la corriente

En lenguaje simbólico, el río Jordán representa aquella antigua 'corriente' a la que se acercaba y en la que entraba todo candidato meritorio, para alcanzar la regeneración espiritual en el angosto sendero que lleva a la vida eterna. Esta corriente tipifica la omnipenetrante Vida espiritual del universo, la presencia inmanente de Dios como preservador de toda vida. Y entrar en la corriente indica la plena realización de la unidad e identidad con esa Fuente Divina. Ese es el profundo significado del Bautismo de Jesús, para cuyo estudio tomaremos el capítulo 3 del Evangelio de Mateo.

Mt. 3: 1 Por aquellos días aparece Juan el Bautista, proclamando en el desierto de Judea:

2 "Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca".

3 Este es el anunciado por el profeta Isaías cuando dice: Voz que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas".

Así introduce Mateo a un nuevo personaje: Juan el Bautista. Como vimos en el capítulo II, sus actos personifican las influencias admonitorias y espiritualmente estimulantes del Yo interno sobre el yo externo. Representa el despertar del idealismo, el crecimiento del po-

der de la conciencia, el amanecer de la intuición o naturaleza Crística en el hombre.

El hombre permanece a oscuras y sin inspiración mientras no alcance en su evolución el estado en que su conciencia predomina. Está como en un desierto, un estado de sequedad espiritual y aridez mental.

Pero cuando el Yo interno comienza a asumir el poder director, y el carácter y la conducta entran en un proceso reformador, esta etapa bien puede describirse como la voz de un asceta que clama en el desierto. Es como cuando Jesús llama a sus discípulos y éstos “dejando las redes” le siguen. Jesús representa místicamente al Morador Íntimo, la Mónada del hombre, y su ‘llamada’ indica el rayo de poder impulsor, la fuerza volitiva que la Mónada envía al hombre externo.

Mt. 3:4 Tenía Juan un vestido de pelos de camello con un cinturón de cuero a sus lomos, y su comida eran algarrrobas y miel silvestre.

El vestido de Juan, y su alimentación que no depende de quitar vida alguna, indican la sencillez y la dieta vegetariana acostumbrada entre ciertas comunidades de esa época. Este régimen se sigue todavía en casi todas las comunidades establecidas para estudiar y obedecer las reglas del desarrollo espiritual acelerado. Semejante ascetismo fue escogido también por Jesús, el Buddha, y otras encarnaciones de seres superiormente desarrollados.

La misión de Juan el Bautista implica la necesidad psicológica de una sumisión total para alcanzar mayor poder. El vestido y la comida de Juan simbolizan la sen-

cillez y el ascetismo que se adoptan en esa etapa de la evolución humana de acuerdo con esa ley. Hay que trascender los excesos, egoísmos, codicias y hábitos embrutecedores, antes de que la Intuición y las cualidades Crísticas puedan expresarse plenamente en el hombre. Nuevos poderes exigen nuevos sacrificios. Victorias espirituales exigen renunciaciones materiales.

Mt. 3: 5 Acudía entonces a él Jerusalén, toda Judea y toda la región del Jordán,

6 y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados.

La historia de la misión del Bautista es significativa en la vida espiritual. Aceptar las reglas de conciencia como guías absolutas para la vida, puede quitar el sentido de culpa y también evitar la transgresión voluntaria. Esta actitud bien puede considerarse como un bautismo. *Juan* representa la conciencia. *Las aguas del Jordán* representan las influencias admonitorias y purificadoras sobre el hombre externo, sobre su carácter y su modo de vida.

Un bautismo ceremonial sin la adopción de una elevada norma de moral, puede ser una mera farsa. En cambio, un bautismo interior que emana de la parte espiritual de la naturaleza humana, puede ser una fuerza potentísima y una influencia tan elevadora que afecte la totalidad de la vida del bautizado. Este no necesita entonces ni sacerdote ni agua bendita, pues ha encontrado dentro de si mismo todo lo necesario. Semejante estado no pueden alcanzarlo sino los que han logrado un determinado desenvolvimiento del alma en el que lo

espiritual ha comenzado a dominar sobre lo material; o sea el estado de un hombre internamente despierto.

Mt. 3: 7 Pero al ver venir muchos fariseos y saduceos a su bautismo, les dijo: Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente?

8 Dad, pues, digno fruto de conversión,

9 y no os contentéis con decir en vuestro interior: Tenemos por padre a Abraham; porque os digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham.

10 Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.

11 Yo os bautizo con agua para conversión; pero aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no merezco llevarle las sandalias. Él os bautizará en el Espíritu Santo y en el Fuego.

12 En su mano tiene el biello y va a limpiar su era: recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego que no se apaga.

La profecía y la reprensión lanzadas por Juan a los fariseos y saduceos puede interpretarse como la voz de la conciencia que, cuando se la escucha, puede transmutar la dureza del corazón, el materialismo y el egoísmo, en las virtudes de compasión, espiritualidad y desinterés. Pero primero debe haber una limpieza de la naturaleza inferior, lo cual se indica aquí como cortar los árboles que no dan fruto y arrojarlos al fuego. Semejante conversión y purificación seguirá naturalmente produciendo mayores y más directas manifestaciones

del espíritu. A estas manifestaciones alude Juan el Bautista como al bautismo en el Espíritu Santo y en el Fuego.

Juan resume así en su persona y sus obras y sus palabras los requisitos para el progreso espiritual y la adquisición de conocimiento y poder ocultos. Despojarse del yo inferior y someterlo al superior son cosas esenciales para semejante bautismo en el Espíritu que es la manifestación del poder Divino interior en el hombre mortal exterior.

Se introduce aquí el simbolismo de los Elementos del Aire y del Fuego como fuerzas purificadoras. Al *Aire* se le considera como un símbolo de la Intuición, y al *Fuego* como la mente discernidora. San Pablo sugiere que el elemento Aire corresponde al nivel de conciencia en que se encuentra el Señor (1 Tes. 4:17). La Intuición y la Mente superior son esenciales ciertamente en el proceso de auto-purificación que prepara al hombre para constatar la presencia y manifestación del poder Crístico dentro de si mismo.

Las palabras de Juan a los fariseos constituyen una descripción notable del proceso psico-espiritual necesario para alcanzar la iluminación, para todo el mundo. Aplicadas al proceso de evolución acelerada, describen la actitud mental y la auto-disciplina que los candidatos deben adoptar.

Los procesos normales de la evolución ciertamente llevarán a todos los hombres a ese estado. Pero los que aspiren a coronar las alturas espirituales más rápidamente con el fin de servir mejor, se sienten movidos desde

dentro a producir deliberadamente la transformación necesaria en su carácter y conducta.

Veamos ahora algo del Evangelio de San Juan que nos ayudará a comprender el simbolismo. Este cuarto Evangelio acomete la tarea de registrar la historia de Jesús para la posteridad con intenciones específicas muy diferentes de las de los otros tres evangelistas. Este Evangelio mezcla el Cristo Cósmico como Verbo Creador, y el Cristo místico presente en todo ser humano, con el Salvador histórico. Trata de mostrar a Jesús, el hijo de María, como una manifestación de Dios en sus dos Aspectos, Trascendente e Inmanente. Al efecto, escoge los episodios de la vida de Jesús que mejor se prestan para esta clase de presentación, y también añade mucho que no se encuentra en los otros tres Evangelios.

Juan relata la historia de modo tal que adecuadamente interpretada describe el proceso cósmico tanto como el humano. Naturalmente presta más atención al aspecto *humano*, y describe la evolución del hombre de un modo que revela todas las etapas del desarrollo de los principios divinos en el hombre.

Esto se aplica desde el período en que el hombre está pasando por fases casi primitivas, como por ejemplo cuando las multitudes claman '¡Crucifícale!'; luego al período en que entra en el Sendero del discipulado y experimenta los desenvolvimientos internos y externos que culminan en que alcanza la talla del hombre perfecto, que es la apoteosis de la evolución humana.

De esta manera Juan trata de iluminar a lectores capaces del discernimiento necesario, acerca de su pro-

pia existencia, condición, adelanto y destino espiritual. Cada incidente que registra, desde el ministerio de Juan el Bautista como una fase evolutiva avanzada, hasta su misma muerte decapitado, y luego algunos acontecimientos selectos de la vida de Jesús, se relatan de tal modo que revelan los significados cósmico y místico, aunque sea simbólicamente.

El cuarto Evangelio es, obviamente, obra de un hombre (o grupo de hombres) profundamente versado en la doctrina del Logos o Verbo, y también muy bien informado acerca del modo de vivir de la humanidad en la época actual, y en el de los que marchan a la vanguardia en el camino de la evolución. Es decir, de los que con la ayuda de un Maestro se mueven rápidamente hacia la culminación del propósito final de la evolución humana, descrito como las experiencias y actos de Jesús.

Jn. 1:29 Al día siguiente Juan ve a Jesús venir hacia él y dice: He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

De ese modo Juan el Bautista llama la atención de la gente hacia el joven que ha aparecido ante ellos, no como un mortal ordinario sino como una verdadera encarnación de la Deidad Suprema. Esto muestra la etapa de iluminación alcanzada por un ser humano, lo divino dentro de un hombre que está en el umbral de la divinidad en su pleno desarrollo.

El iluminado Juan llama la atención de otros cuyas mentes pueden estar abiertas a la visión trascendental y al ejemplo viviente que tienen ante sí, como aquello en que deben convertirse algún día. Esto lo hace en forma

simbólica.

El primer símbolo que utiliza es el de “el Cordero de Dios”. Aunque generalmente un corderillo evoca la imagen de una criatura sin mancha, juguetona y espontánea, para el pueblo judío tenía otros significados. Uno de esos era el de la promesa de supervivencia tribal, pues sus antepasados eran pastores. Un cordero era no sólo la posesión más altamente apreciada, sino que también lo consideraban como el don y sacrificio más altamente valioso que podían ofrecer. Era pues para los judíos un símbolo de la máxima entrega de si mismos en adoración.

Con un sentido parecido, se consideraba que Dios hizo el sacrificio de su único Hijo, concebido o ofrecido divinamente, con el fin de que la humanidad pudiera trascender su índole mortal y pecaminosa y fuera redimida por el Cordero de Dios.

Por repelente que pueda ser este concepto del sacrificio de un cordero, sin embargo es místicamente cierto. Dios ha ofrecido una porción de Si mismo, el Dios viviente sepultado hondamente dentro de cada ser humano, en prenda de inmortalidad y salvación finales. Como dice San Pablo, “Nosotros somos santuario de Dios vivo” (II Cor. 6:16).

Lo que acentúa este Evangelio no es la persona corporal de Jesús sino el fragmento Divino sacrificado *en todo ser humano*, la naturaleza divina inherente como una realidad, la Presencia de Dios, imperecedera y siempre inmaculada en todo hombre. El Señor del Universo permite que una porción de Si mismo (“Su Hijo”) quede

incorporada en una forma, aprisionada y entronizada en materia.

Jn. 1:30 Éste es por quien yo dije: Viene un hombre detrás de mí, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo.

Esta es la continuación natural de las palabras que Juan el Bautista estaba dirigiendo a los que le rodeaban. El hecho de que él sabía quién era Jesús, gracias a su percepción intuitiva superior, indica que se puede considerar a Juan como personificación de los vehículos de la conciencia humana, a saber, la Mente Superior en un estado superiormente evolucionado.

Jn. 1: 31 Y yo no le conocía, pero he venido a bautizar con agua para que él sea manifestado a Israel.

32 Y Juan dio testimonio diciendo: He visto al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se quedaba sobre él.

Así como Pablo escribió a los Gálatas (4:19) que Cristo ha de formarse en nosotros, dentro de nuestra conciencia, así San Juan escribe sobre el bautismo en términos similares, poniendo en boca de Juan el Bautista estas palabras. Con las cuales admite que sus poderes proféticos estaban imperfectamente desarrollados, ya que no conocía a Jesús aunque le había visto antes.

Los poderes proféticos inherentes en el Yo espiritual de todo hombre en su 'vestidura de luz', han de pasar por un desarrollo gradual y emerger como percepción intuitiva directa. Es evidente, pues, que Juan estaba en el umbral de este estado, y que algo más ade-

lante reconoció y reverenció y bautizó a Jesús, y presumiblemente también ‘vio’ el descenso del Espíritu Santo sobre Jesús en forma de una paloma.

La diferencia en estatura espiritual entre Jesús y Juan se indica bien en la historia de ambos. Juan hablaba intrépida y francamente contra la maldad de los magnates, y a eso le debió el ser ajusticiado. Jesús curaba a los enfermos, instruía a las gentes sobre las realidades de la religión, reafirmaba el mensaje del amor desinteresado, y reunía y formaba discípulos, luego de lo cual también perdió la vida. De este modo los Evangelistas muestran que Jesús era superior a Juan. Y así lo reconoce Juan diciendo que no merecía llevarle las sandalias.

Sin embargo, es de presumir que ambos estaban dentro de la corriente de vida espiritual tipificada por el Río Jordán. De allí en adelante, o sea después del bautismo de Jesús, los dos no volvieron a encontrarse personalmente. Sea como sea, Juan cumplió su *dharma* de llamar a las gentes a convertirse, de bautizar a Jesús, de condenar el adulterio, y de dar su vida antes que pagar tributo verbal al poder temporal.

Las espléndidas figuras de Jesús y Juan el Bautista personifican a aspirantes que en distintos grados y a través de los tiempos avanzan hacia su gran meta evolutiva.

Jn. 1:33 Y yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo.

En este versículo vemos una misteriosa alusión de Juan a un ser a quien no nombra ni identifica pero que le dirigió para llevar a cabo su misión bautismal. Ese presunto instructor le previno que un excelso personaje aparecería ante él, reconocible como uno en quien se podría ver descender el Espíritu. Este excelso ser era el Mesías cuya aparición habían predicho los antiguos profetas. No se vuelve a hacer referencia alguna a esa misteriosa persona. Quizá sea permitido ver en esto un indicio de la existencia de una Orden a la cual Juan había sido admitido y en la cual había recibido instrucción; posiblemente la de los Esenios.

Jn. 1:34 Y yo le he visto y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

Este versículo describe la plena visión de la presencia real de Cristo. Puede considerarse como descriptivo de aquella fase en la evolución de un individuo en la que se le revela su propia naturaleza Crística con toda su influencia iluminadora y sanadora. Juan el Bautista se da cuenta, al encontrarse ante Jesús, de que éste es el Hijo de Dios.

Jn. 1: 35 Al día siguiente, se encontraba de nuevo allí Juan con dos de sus discípulos.

36 Fijándose en Jesús que pasaba, dice: He ahí el Cordero de Dios.

37 Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús.

38 Jesús se vuelve, y al ver que le seguían les dice: ¿Qué queréis? Ellos le respondieron: Rabbí ¿dónde

vives?

Los versículos restantes de este capítulo de Juan relatan en forma casi histórica el antiguo y continuo proceso por el cual un individuo que está preparado descubre su verdadero Maestro espiritual. La preparación necesaria incluye la llegada del alma a la talla evolutiva adecuada, y la búsqueda del Maestro por el hombre exterior. Generalmente se encuentra primero un líder de más edad espiritual. Esto está indicado por la relación de los aspirantes que se habían hecho amigos y discípulos de Juan el Bautista quien, ya iluminado, les sirve de guía o puente intermedio para facilitarles la ayuda que necesitan para encontrar al que ha de ser su Maestro.

La respuesta y la reacción de los discípulos aceptados difieren según su temperamento y preparación, como puede verse por las conversaciones relatadas en los versículos restantes de este primer capítulo. No es raro que en semejantes ocasiones se abra la visión interna del discípulo y que perciba mística u objetivamente la verdadera grandeza espiritual de su Maestro, en misión mesiánica, y su relación con Dios, con los arcángeles y ángeles de las huestes celestiales.

En este primer capítulo sobre la historia de Jesús, San Juan le proclama como una verdadera manifestación del Verbo Divino, un vehículo de la Deidad, y también un hombre superiormente evolucionado e iluminado por derecho propio.

Regresemos al relato de Mateo sobre el bautismo de Jesús, y notaremos otras connotaciones místicas, ocultas y cósmicas.

Mt. 3:13 Entonces aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde Juan, para ser bautizado por él.

Este versículo significa que cuando se han cumplido las condiciones necesarias, o sea cuando la mente y el corazón están listos, el hombre aprende por experiencia directa que es un ser espiritual, inmortal, eterno y libre. Conoce también la identidad de su propia Esencia espiritual interna con la presencia divina dentro de todos los seres.

Los frutos de sus encarnaciones anteriores, o sea las capacidades y facultades que desarrolló durante ellas, quedan a su disposición para usarlas en su vida presente. Como se simboliza en el vers. 12, el trigo es recogido y separado de la paja: la naturaleza Crística se revela al hombre mortal. Esto es lo que quiere decir alegóricamente que Jesús viene a Juan desde Galilea al Jordán.

Mt. 3:14 Pero Juan trataba de impedírselo diciendo: Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?

La naturaleza Crística en el hombre es superior a su intelecto. La Divinidad moradora es superior a su vehículo. La Intuición pura es una facultad superior a la inteligencia abstracta. Juan, que personifica esta inteligencia, reconoce este hecho y humildemente lo acepta.

Mt. 3:15 Respondióle Jesús: Déjame ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia. Entonces le dejó.

Leído esto literalmente, la objeción de Juan es razonable y justa, pues Jesús como encarnación Divina no necesitaría ni podría apropiadamente recibir el bau-

tismo de las manos de Juan, por muy iluminado y entregado que éste fuera. Esta anomalía sugiere significados ocultos, de los cuales muchos son posibles. Por ejemplo, los ríos se usan a veces como símbolos de la columna vertebral del hombre, en particular después de su 'electrificación' por el Fuego Creador (*Kundalini*), el cual fluye entonces a lo largo de la columna hasta el cerebro y lo vivifica produciendo una ampliación de la conciencia.

En lenguaje sagrado, ser bautizado en las aguas de un río es despertar plenamente la fuerza creadora que dota al neófito de estados espirituales de conciencia como los que se describen en los versículos 16 y 17. Esta interpretación es reforzada por los acontecimientos supernormales que se dice ocurrieron después del Bautismo de Jesús.

Uno de los resultados de semejante elevación es hacerse consciente de la corriente de fuerza vitalizadora que sostiene y mantiene a todas las formas físicas. El hombre así iluminado experimenta su unificación con las corrientes de la vida omnipenetrante simbolizada por el agua corriente. Jesús como hombre entró en la corriente, o, alegóricamente, fue bautizado en las aguas del Jordán.

Mt. 3: 16 Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él.

17 Y una voz que venía de los cielos decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco.

Estos versículos describen alegóricamente la expan-

sión de conciencia y la realización de la Unidad con Dios, como productos del bautismo en el sentido ya indicado. La palabra 'vio' indica que Jesús pasaba por un estado interior de conciencia muy personal y privado. Es muy poco probable que Jesús revelara a alguien semejante experiencia espiritual profundamente sagrada. La cual fue evidentemente dual:

Por un lado, su conciencia se amplió a un estado de Iluminación ("se abrieron los cielos"). Y por otro, hubo un descenso de poder y bendición espiritual (la paloma y la voz del Padre).

Estos dos versículos bien pueden tomarse como descriptivos de los efectos internos y místicos del paso por cierta etapa avanzada de evolución. Se derrumban barreras que impedían percibir la Fuente del ser. Igual que cuando un prisionero se escapa de la cárcel, así el centro de la conciencia individual se libera de las limitaciones causadas por el egocentrismo y la idea de separatividad. El cielo se abre y la conciencia queda libre. La naturaleza íntegra del hombre queda iluminada y fortalecida al sentir que sobre él desciende la voluntad de Dios.

Mientras Jesús está siendo bautizado por Juan en el río Jordán, toda su naturaleza, física, intelectual y espiritual se convierte en vehículo para la Deidad Suprema, especialmente en su aspecto Crístico. Jesús, el hombre se pone a tono con el Cristo Cósmico. El Poder y la Sabiduría y el Amor del Logos están vertiéndose siempre sobre todo cuanto existe, como una bendición que imparte vitalidad espiritual. Esta benigna influen-

cia está siempre tratando de aflorar desde el Yo interno de todo hombre.

Aunque esta doctrina de los “descensos” que ocurren continuamente no sea aceptable en su totalidad para la ortodoxia cristiana, sí que ocupa un lugar tradicional en la filosofía oriental, según la cual estos descensos del Segundo y Tercer Aspectos del Logos Solar ejercen influencias espiritualizadoras sobre la vida que está evolucionando en el planeta, y particularmente sobre la raza humana.

Shri Krishna proclama que cuando sea que la justicia decaiga hondamente él viene siempre. Igual cosa promete el Buddha. Y el Cristo promete, por labios de Jesús, volver a visitar la tierra (Mt. 24:6-30 y Mc. 13:1-26). Todos ellos se refieren a manifestaciones cíclicas de la Suprema Deidad del universo, el Logos Solar.

Bien puede presumirse, pues, que las enseñanzas más trascendentales y los actos más milagrosos de Jesús, tuvieron lugar mientras era más intenso uno de estos “descensos”. Pues, como dice este último versículo: Una voz que venía de los cielos decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco.

Es digno de citar aquí lo que dice H.P. Blavatsky en *La Doctrina Secreta* (Vol. V) refiriéndose a las enseñanzas de los Ofitas y Nazarenos:

Christos, el perfecto, uniéndose con *Sophia* (la sabiduría divina), descendió a través de las siete regiones planetarias, asumiendo en cada una de ellas una forma análoga..... (y) entró en el hombre *Jesús* en el momento de su bautismo en el Jordán. Desde este momento Jesús comenzó a

obrar milagros; antes de eso desconocía por completo su propia misión.

Ese es el destino de todo hombre. Para cumplir su misión tiene que “entrar en la corriente”.

EL DHARMA CRISTICO
DEL QUE ENTRA EN LA CORRIENTE

Segunda Parte

CONTENIDO (2ª parte)

EL DHARMA CRÍSTICO DEL QUE ENTRA EN LA CORRIENTE

INTRODUCCIÓN	119
Capítulo I	
AFIRMAR EL YO ESPIRITUAL	
Resistir las tentaciones. Mateo 4:1/11	121
Capítulo II	
LLAMAR DISCÍPULOS	
ENSEÑAR Y SANAR. Mateo 4: 12/25	135
Capítulo III	
INVITAR A LA UNIÓN ESPIRITUAL	
La Boda de Caná. Juan 2:1/12	147
Capítulo IV	
PURIFICAR LOS VEHÍCULOS	
Expulsión de los Mercaderes. Juan 2:13/25	155
Capítulo V	
ILUMINAR A OTROS	
Entrevista con Nicodemo. Juan 3:1/36	161
Capítulo VI	
REVELAR LA FUENTE DE LA VERDAD	
El Encuentro con la Samaritana. Juan 4:1/19-27/54	177
Capítulo VII	
ACELERAR LA ACCIÓN KÁRMICA	
El paralítico en Betesda. Juan 5:1/23	195
Capítulo VIII	
DAR ALIMENTO ESPIRITUAL	
Discurso Eucarístico en Cafarnaúm. Juan 6:47/66 ...	203

INTRODUCCIÓN

Presentamos en este tomo los comentarios del señor Geoffrey Hodson a los textos evangélicos que relatan cómo comenzó Jesús a ejercer su ministerio después de que fue bautizado por Juan el Bautista.

Este tomo es continuación del anterior titulado *Las Dos Primeras Etapas Crísticas*, el cual trata de la Anunciación, la Concepción, el Nacimiento y el Bautismo de Jesús.

Estos comentarios e interpretaciones teosóficas no sólo son brillantemente iluminadores sobre la grandeza de la vida de Jesús, sino sobre lo que esa vida significa como guía y ejemplo para todo ser humano que quiera comprender bien las enseñanzas de este gran Maestro y aplicarlas a su desenvolvimiento espiritual.

El tomo anterior indica lo que un aspirante tiene que hacer para despertar su conciencia espiritual y llegar a aquella etapa de desenvolvimiento que teosóficamente se designa como *entrar en la corriente*, de la cual ya no puede apartarse jamás el que la alcanza sino que ha de seguirla hasta llegar a la meta que el Ser Supremo ha fijado para todo ser humano: la Liberación o Iluminación o Salvación.

En este tomo hallaremos algo acerca de la tarea que de ahí en adelante tiene que cumplir el ser humano. Por eso lo hemos titulado *El Dharma del que entra en la Corriente*.

La palabra sánscrita *Dharma* se aplica a la misión o deber o tarea que a cada ser le corresponde dentro del

Plan Divino, según la etapa evolutiva en que se encuentre.

La manera como Jesús empezó a cumplir su propio Dharma, está relatada en los textos evangélicos citados y comentados en este tomo. Comprenderla bien puede ayudarnos muchísimo a cumplir nuestro propio Dharma y así acercarnos a nuestra Liberación o Iluminación.

Estos comentarios teosóficos del señor Hodson son, pues, de especialísima importancia para quienes han comenzado a sentir su propia naturaleza divina y quieren vivir de una manera digna de ella. Es decir, para quienes han comprendido que el hombre tiene un ministerio que cumplir dentro del Plan Divino, y anhelan fervientemente capacitarse para cumplirlo.

Hemos cambiado un poco el orden en el que el señor Hodson comenta esta parte de los Evangelios, prefiriendo seguir el de los mismos Evangelios, pues nos parece que así puede ser más útil para los estudiantes.

También hemos dividido el tomo en ocho capítulos, y les hemos puesto títulos significativos de su sentido interno.

Nos proponemos seguir presentando en tomos sucesivos otras partes de esta importante obra del señor Hodson sobre la Vida de Jesús.

Walter Ballesteros

Capítulo I

AFIRMAR EL YO ESPIRITUAL

Resistir las tentaciones

Un examen literal de los Evangelios muestra claramente dos personajes distintos: el Hijo de Dios o Segundo Aspecto de la Trinidad, y Jesús el hombre.

Mt. 4:1 Entonces Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo.

La cronología que sigue el evangelista, poniendo las tentaciones a continuación del Bautismo, es algo extraña a menos que se haga así deliberadamente. Pues si Jesús era el Segundo Aspecto de la Trinidad, como acababa de proclamarse desde el cielo, la *tentación*, en el sentido ordinario de la palabra, no podía afectarlo jamás.

Si es cierto, como lo enseña la Teosofía perenne, que el universo y la Deidad trascendente e inmanente están bajo un proceso de desenvolvimiento, entonces esa Deidad con cada uno de sus tres Aspectos debe haber evolucionado en universos precedentes hasta situarse, por lo menos en el sentido ortodoxo de esta palabra. Sería blasfemo atribuirle a la Deidad Suprema o a su Hijo, debilidades humanas de cualquier clase.

Semejante anomalía es una de las razones para considerar que ciertos pasajes de las Escrituras son alegóricos más bien que literales o históricos.

Es evidente, entonces, que el que estuvo sujeto al-

ternativamente al éxtasis y a la aridez, y por tanto se hizo susceptible a ser tentado, no fue el Verbo Divino sino *Jesús el Hombre*.

Aún así, el hecho de que todas las tentaciones fracasaron en inducirlo a apartarse de su elevado idealismo y del cumplimiento de su divino ministerio, indica que *Jesús no era un hombre ordinario*.

La tesis de este libro es que Jesús era un hombre que estaba en el umbral de alcanzar *La madurez de la plenitud de Cristo* (Ef. 4:13) y que por tanto experimentaba sucesivos ensanchamientos de conciencia, con alternativas completamente normales.

En la psicología humana, muchas experiencias contribuyen a crear condiciones positivas y negativas. En las condiciones negativas tienden a predominar las inclinaciones materiales, y hay una decadencia del idealismo espiritual. Esta decadencia, que se describe como estar en un *desierto*, o en el suelo pedregoso de la parábola del sembrador, fue superada por Jesús a pesar de las sutiles tentaciones a que fue sometido.

Visto de este modo, Jesús personifica el estado de *equilibrio y armonía* entre las condiciones positivas y las negativas o entre los “pares de opuestos”, cuyo equilibrio es necesario para el triunfo espiritual.

El *diablo*, a quien también se dan los nombres de Satanás y Belcebú, aparece por primera vez en el relato de la vida de Jesús en este versículo. Los teósofos no consideran al diablo como un ser extraordinariamente poderoso y sutil, hacedor del mal, en oposición a Dios o al bien. En realidad ni siquiera se le otorga existencia

alguna, mucho menos como una incorporación de lo infame, lo malévolos y lo lujurioso que induce a los hombres hacia malos caminos. Más bien representa al hombre mismo en sus aspectos “demoníacos”, y a la materia con su influencia anti-espiritual y su efecto cegador y cautivador sobre la mente humana.

Conforme a esto, lo que aquí se está describiendo es el espíritu humano en conflicto con sus vestiduras carnales, la conciencia espiritual en lucha con el intelecto aprisionado en lo material. Este es un conflicto muy real del cual ningún ser humano puede escaparse, pues la senda de involución y evolución que la Mónada humana ha escogido está inevitablemente llena de obstáculos, oposición y resistencias.

Estos obstáculos son los que están simbolizados aquí por el diablo. Son las tinieblas que se oponen a la luz, las restricciones que se oponen a la libertad, los deseos egoístas que luchan contra el desinterés, y la obstinación que se opone a la entrega de si mismo a una Voluntad universal. A Satanás se le ha descrito como la sombra de si mismo que el hombre ve cuando le da la espalda a la luz.

Este episodio de la tentación de Jesús puede considerarse, pues, como una alegoría de este conflicto interior, pero más especialmente como una fase de la batalla cuando se aproxima la victoria que ha de alcanzarse.

Jesús representa, pues, un hombre en el umbral de la super-humanidad, espiritualmente poderoso, a punto de quedar libre del cautiverio en la materia y la carne y los deseos y la obstinación. Aunque él ya ha trascendi-

do semejantes flaquezas hasta el punto de que ya no hay en verdad una batalla y el diablo ya está derrotado, la victoria final la alcanzará solamente al resucitar de la tumba y ascender al Cielo.

Mt. 4: 2 Y después de hacer un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, sintió hambre.

3 Entonces se acercó el tentador y le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en panes.

En lenguaje simbólico, un significado que se atribuye a *ayunar* es el de retirar del cuerpo la conciencia y sus peticiones; y el *hambre* indica la ardiente aspiración del alma por fusionarse con su Fuente Divina. Los místicos ayunan, sienten hambre y sed de Dios y de todo cuanto la Divinidad implica. Algunos mortifican su carne esperando liberarse así de los lazos de la materia y del yo inferior.

El número 4 de *cuarenta* se refiere a los aspectos materiales de la índole humana, y más particularmente a los cuatro vehículos mortales de la personalidad, el físico, el vital, el emocional y el mental, a los cuales hay que refinar para reducir y superar las limitaciones que le imponen al Yo espiritual.

El período de ayuno de Jesús en el desierto significa, pues, que él se niega a atender las peticiones y exigencias de su cuaternario mortal. El Yo superior se afirma y el yo inferior queda totalmente sometido a él, casi como si no existiera.

Si bien semejante afirmación del Yo superior es lo normal en un hombre que se ha convertido en perfecto,

el que todavía es imperfecto debe tratar de conseguirla por el ejercicio de su voluntad, por la contemplación de lo Divino, o por los procedimientos de la Yoga Real que es la ciencia de trascender la dualidad y realizar la unidad.

Mt. 4:4 Mas él respondió: Está escrito que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Aquí se muestra que el materialismo ha quedado vencido. La conciencia se ha vuelto inexpugnable a todo lo que el diablo representa, incluso a los apetitos físicos.

El *pan* representa, en lenguaje simbólico, la sabiduría oculta o la verdad espiritual que se ha elaborado por experiencia y conocimiento directo. Lo cual se logra por medio de la 'levadura' de la voluntad espiritual, por el fuego de Dios que está activo dentro del hombre. El trigo es la verdad fundamental que es 'molida' entre las dos piedras de la mente abstracta y la mente concreta. La harina que así se obtiene es amasada por el Yo espiritual dentro de su conciencia para formar la masa con la levadura, y someterla luego al fuego del intelecto para que el pan quede listo para comerse y asimilarse.

El resultado de este proceso es el *pan de vida*, o sea la sabiduría espiritual y el conocimiento secreto que el alma absorbe como su alimento. Tal es la *palabra que sale de la boca de Dios*. Pero antes de poder obtener este alimento esencial hay que ayunar o sea rechazar las peticiones y deseos de la naturaleza mortal; y todas las tentaciones, incluso las más sutiles, deben ser

resistidas con éxito. Así el diablo pierde toda identidad.

Este simbolismo puede desarrollarse aún más. Un hombre espiritualmente bien entrenado posee el conocimiento y el poder de producir fenomenalmente objetos físicos. El vasto almacén de la Naturaleza, el 'alma del mundo', el *Akasa*, está a su disposición como una cantera inagotable en la cual aprende a trabajar y de la cual procede toda la materia del planeta. En este sentido, puede convertir las piedras en panes.

Pero ejercer semejante poder para complacer su yo personal constituiría una 'caída'. La tentación para hacer esto y para exhibir así sus poderes secretos, debe resistirla con éxito y sujetarla. Todo ser humano que alcanza poderes y conocimientos secretos, se enfrenta a la tentación de utilizarlos en uno de los dos sentidos: o para bien suyo, o para bien de la humanidad. La tentación del poder, de la riqueza, de la posición y el prestigio, es excesivamente fuerte. Muchos sucumben a ella; unos pocos la resisten, y solamente para muy pocos no existe ni siquiera tendencia alguna a ser tentados.

Todo el que aspira a acelerar su perfeccionamiento ha de enfrentarse y pasar con éxito las pruebas más rigurosas que se le presentarán en muchas formas. La tentación a Jesús en el desierto es una descripción alegórica de esta experiencia universal.

Mt. 4: 5 Entonces el diablo le lleva consigo a la Ciudad Santa, le pone sobre el alero del Templo, y le dice:

6 Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: A sus ángeles te encomendará, y te llevarán en sus manos, para que no tropiece tu pie en piedra alguna.

No es fácil interpretar literalmente estas palabras. El proceso mágico de llevar a un hombre por el aire desde el desierto hasta Jerusalén, y colocarlo a salvo en el alero del templo, habría sido difícil en extremo y hubiera creado ciertamente una perturbación al efectuarse durante el día. Más aún, el texto sugiere que Jesús estaba en lucha con el diablo y por tanto se hubiera resistido a tales intentos de transporte mágico y hasta peligroso. La ausencia de un testigo apoya también la necesidad de una interpretación simbólica. Es evidente que la Ciudad Santa, el Templo y su alero, tienen significados simbólicos. ¿Cuál es, entonces, la intención?

Probablemente se está describiendo un estado de conciencia y un punto en la evolución. La Ciudad Santa es un símbolo el cuerpo causal o 'vestidura de luz' del Yo trino espiritual. Subir a la Ciudad Santa es lograr la conciencia de la propia divinidad, eterna y por tanto inmune a la muerte.

Esta elevación de conciencia será natural para toda la humanidad a su debida hora evolutiva. Pero puede lograrse por la práctica correcta de la yoga y siguiendo fielmente el camino de santidad, la senda pura o vía sacra de que habla Isaías 35:8.

Cuando se sigue esta senda y se obtiene el triunfo con anticipación al desarrollo natural, se presentan ciertos peligros que están ejemplificados en las tentaciones de Jesús en el desierto. El individuo puede ser tentado a que exhiba sus poderes espirituales para gratificar su orgullo. Y esto está simbolizado en las propuestas del diablo.

El templo de una ciudad es su centro espiritual. El Templo de Jerusalén es un símbolo del Yo espiritual, el Logos del alma. El alero del templo representa el pináculo más alto que la conciencia puede alcanzar. También representa el Morador Íntimo, la Mónada. La colocación de Jesús en el alero del templo de la Ciudad Santa, describe, pues, un elevadísimo nivel de conciencia alcanzado.

Parece muy poco probable que a un hombre que haya alcanzado semejante estado se le ocurra la tentación de usar mal los poderes que acompañan a ese logro. Sin embargo, puede ocurrir, pues el orgullo es uno de los últimos grilletes de que el alma debe desligarse en su adelanto. Incluso en el umbral mismo del Adeptado las formas extremadamente sutiles de tentación a exhibir poderes pueden ocasionar una caída.

La categoría de la prueba está parcialmente indicada por las palabras primeras del tentador, "si eres Hijo de Dios". En esta ocasión, como también ante Pilato, Jesús no cedió.

Esta tentación también indica una petición típica de la mente analítica: la de traducir en términos puramente lógicos, conceptuales y tridimensionales, los principios eternos y las verdades abstractas.

En otras alegorías de esta insistente petición, se le pide a la persona que dé su nombre. Lohengrin dio su nombre a Elizabeth que persistía en pedírselo y, como consecuencia, desaparece después. Como lo advierte Lohengrin, semejante particularidad de lo que es universal, impone inevitablemente severas restricciones, de

modo que el resultado puede ser una pérdida total.

El diablo personifica también la mente convencional humana con todos sus atributos separadores, orgullosos y tiránicos. Éstos producen expresiones extremas, y a menos que el neófito esté completamente emancipado y pueda conservar su plena conciencia espiritual, hay peligro de caída. “Demuestra que existe esa divinidad y eternidad e inmortalidad”, le exige la mente, como también los que se mofaban de Jesús en la Cruz le pedían que él mismo se librara. “Demuestra tus poderes, o serás acusado de impostor”, gritan la mente y la muchedumbre, tentando al iniciado a que se justifique.

También puede discernirse aquí un significado puramente físico: los peligros corporales que pueden amenazar al hombre que pisa el camino de la santidad. Seres malos, agentes de los Hermanos de la Sombra, están siempre a la mira de seducir, perjudicar y hasta destruir el cuerpo de esos hombres, incluso ocasionándoles la muerte accidental. Hasta un hombre iluminado puede confiar demasiado en la disponibilidad de protección oculta, y así exponerse a daños o a la muerte.

Mt. 4:7 Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.

Jesús demuestra estar tan firmemente establecido en la conciencia de su propia espiritualidad, que su yo inferior (el diablo) no es capaz de desviarle de su ruta espiritual. Por práctica regular y sostenida durante largo tiempo, Jesús había trascendido las peticiones y limitaciones de su naturaleza mortal. Todas sus respuestas a su tentador demostraron de un modo espontáneo,

natural e invariable, que él estaba completamente establecido en la 'ciudadela' de su naturaleza espiritual, su divinidad, y en el conocimiento de que esa misma divinidad existe en todo hombre. En esas condiciones, ningún poder del cielo o de la tierra (como estados de conciencia) puede asaltar con buen éxito al que sabe que sólo hay un Ser espiritual en todo el universo. Sabe que todo hombre o mujer pertenece a una única humanidad en la que no existen muros divisorios de ninguna clase.

En este versículo vemos que Jesús no sólo permanece inalterable ante las seducciones y tentaciones del diablo, sino que reprende al diablo por su impiedad e irreverencia. La mente inferior es reprendida por su dueño, el pensador íntimo. Este proceso debe continuarse hasta que la respuesta espiritual se convierta en habitual.

Mt. 4: 8 Todavía le lleva consigo el diablo a un monte muy alto, le muestra todos los reinos del mundo y su gloria,

9 y le dice: Todo esto te daré si te postras y me adoras.

Autoridad, poder, posesiones y prestigio, están ciertamente al alcance de un hombre que ha superado en evolución a sus compañeros. Ejerciendo sus poderes superiormente intuitivos e intelectuales, y usando deliberadamente sus fuerzas magnéticas para arrastrar a las masas, puede convertirse en su caudillo y ser aclamado por sus dotes.

Muchos de los que recorren el camino de santidad sucumben ante esta prueba. Es cierto que más adelante

descubrirán el carácter transitorio de lo mundano y de los tronos terrenales y el apoyo de las masas.

La mirada penetrante del hombre espiritualmente iluminado percibe la vacuidad de las cosas materiales, lo inestable de todo poder temporal, y lo engañoso de toda gloria externa. La vergüenza de sucumbir también actúa como freno e instructor. Todo el que ocupa un alto cargo o alcanza una prominencia intelectual o espiritual, (el monte muy alto al que llevó el diablo a Jesús) debe tomar su decisión en esta prueba que se repite una y otra vez hasta que se vuelva imposible el fracaso.

Mt. 4:10 Dícele entonces Jesús: Apártate, Satanás, porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, sólo a él darás culto.

En la vida de pueblos e individuos llega una hora en que hay que escoger entre lo bueno y lo malo, entre lo superior y lo inferior. El hombre que aspira a la Iluminación adelantándose a su raza, se encuentra con esta prueba en sus formas más ácidas y agudas. Si está bien arraigado en el conocimiento de la Realidad Suprema, está protegido contra todos los hechizos que le ofrece el mundo de lo irreal.

Así lo está Jesús, y por eso despide finalmente a Satanás y afirma como única meta digna de un hombre iluminado, la de adorar a Dios y rendir culto a la Deidad Suprema, trascendente e inmanente.

Mt. 4:11 Entonces el diablo le deja. Y he aquí que se le acercaron unos ángeles y le servían.

Sucesos que se describen como acontecimientos

simples en las vidas de salvadores y héroes, indican generalmente procesos durables y que se repiten con frecuencia.

Si aceptamos que el desierto describe un estado de conciencia, y que el diablo representa un sentido exagerado de separatividad y egotismo, entonces lo que se llama tentación es una experiencia interior que se repite a través de muchas vidas terrenales. Conflictos, tentaciones, derrotas, fracasos y tal o cual victoria, no están confinados dentro de ningún período particular de ninguna vida en especial. Se presentan y se reviven en el escenario de la vida con resultados variables, hasta que al fin se alcanza la perfección completa.

Esto se aplica más especialmente al proceso de trascender el sentido de individualidad separada, el cual es natural y hasta deseable en etapas tempranas. Se logra desarraigarlo totalmente después de que una y otra vez se arrancan las raíces del egoísmo.

Al acercarse el aspirante a nuevas y más avanzadas etapas de evolución, y entrar en ellas, estos estados mentales e impresiones corporales se desvanecen naturalmente, aunque hay que persistir en la tarea de destruir viejos hábitos establecidos.

Al fin se alcanza la completa Liberación. Se reconoce que la propia existencia de uno mismo es una expresión de la Realidad Suprema. Entonces se experimenta un estado de conciencia superiormente excelso, ilimitado y libre de todas las restricciones y se entra en comunión con los aspectos divinos de todos los seres.

Este desarrollo está descrito alegóricamente en este

versículo 11 que relata que el diablo deja a Jesús y de ahí en adelante los ángeles le sirven a Jesús.

Capítulo II

LLAMAR DISCÍPULOS, ENSEÑAR Y SANAR

Mt. 4: 12 Cuando oyó que Juan había sido apresado, se retiró a Galilea.

13 Y dejando Nazaret, vino a residir en Cafarnaúm junto al mar, en el término de Zabulón y Neftalí;

14 para que se cumpliera el oráculo del propio Isaías:

15 Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí, camino del mar, allende el Jordán, ¡Galilea de los Gentiles!

16 El pueblo postrado en tinieblas ha visto una inmensa luz; a los postrados en paraje de sombras de muerte una luz les ha amanecido.

17 Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: Convertíos porque el Reino de los Cielos está cerca.

Juan el Bautista había sido apresado. Entonces Jesús toma a su cargo repetir parte del mensaje de Juan, como para cumplir ciertas profecías de Isaías.

Juan, como hemos visto, representa la influencia disciplinaria y espiritualizadora del Yo interno sobre el yo externo. Lo que se describe aquí es la condición del alma humana que responde naturalmente a la llamada a vivir la vida superior y más pura, a fin de que lo divino se manifieste y fortalezca al hombre externo.

La humanidad no ha alcanzado todavía esta etapa. Hay mucha gente, por ejemplo, que abusa del poder,

como Herodes. Estas gentes reducen a prisión al Juan el Bautista que llevan dentro de si mismos; se hacen sordos a la voz del poder redentor interno, y continúan sometidos a los halagos de la vida puramente mundana. Cuando se persiste en no escuchar la voz de la conciencia, la mente tiende a volverse sorda a su llamada. Pero al fin llega un día en que esta llamada se hace tan insistente que ya no puede ser ignorada, y entonces irrumpe a través de la mente aletargada.

Es así como Jesús continúa la interrumpida misión preparatoria de Juan el Bautista, predicando a su vez: “Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca”.

Mt. 4: 18 Caminando por la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores;

19 y les dice: Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres.

La presencia del Hijo de Dios en la tierra como actor principal en este episodio; el hecho de seleccionar a dos personas para ser admitidas a la más sagrada de las relaciones, y la instantánea respuesta de ellas, todo esto sugiere algo más que un encuentro puramente casual y una ocupación mundana.

En una interpretación mística, Pedro y Andrés, los primeros discípulos, representan el principio redentor dentro del hombre, aquella cualidad que responde inmediatamente a una llamada de las alturas internas. Su ocupación de pescadores proporciona una clave sobre la naturaleza de esa cualidad, pues el *pez* es un símbolo

de las cualidades Crísticas de amor, ternura, compasión y deseo de aliviar el dolor.

Pescar significa que estos atributos están ya desarrollados y expresándose en hombres cualificados para el discipulado. La disposición a servir, nacida de la compasión y de un sentido de responsabilidad hacia los demás, es uno de los atributos más elevados del hombre.

El espíritu divino personificado por Jesús, toca al hombre externo y lo 'llama' al discipulado a través de estas cualidades. Es muy apropiado, pues, describir a Pedro y Andrés como "pescadores".

Jesús, lo mismo que todos los grandes Maestros que han visitado a la humanidad, siguió esta práctica de enseñar públicamente a la multitud y privadamente a discípulos cuidadosamente seleccionados.

Puede presumirse que los discípulos de Jesús pasaron de doce, pero que se escogió este número en los Evangelios de acuerdo con la técnica y el método del lenguaje simbólico, pues el número doce representa totalidad, plenitud, y completo desarrollo de todas las doce características humanas representadas por los signos zodiacales. Un Maestro selecciona sus discípulos para acelerar en ellos el desarrollo de estas cualidades y ayudarles a perfeccionarse.

Mt. 4:20 Y ellos al instante, dejando las redes, le siguieron.

Dentro de esta interpretación mística es plausible este abandono de su oficio con el cual aseguraban su sustento y el de sus descendientes, para atender a la invitación de convertirse en "pescadores de hombres" o

sea en *propagadores de la sabiduría eterna*. El acto de abandonar las redes indica una acentuación clara y deliberada de los valores espirituales sobre los materiales, en la conducción de sus vidas.

También puede interpretarse como una referencia al deber del discípulo de estar alerta para reconocer a otros en quienes existan las condiciones para el discipulado, y asociarse con ellos y presentarlos al Maestro en el momento adecuado. O sea, echar la red y pescar a los que están listos para entrar por la puerta estrecha al camino angosto.

La respuesta de Pedro y Andrés fue instantánea, lo cual indica que ya habían alcanzado una etapa de desarrollo y un grado de iluminación que les permitía responder plenamente de ese modo, interior y exteriormente. Pues, para hombres y mujeres que se encuentran en esas condiciones, una vida de discipulado en la presencia de un Maestro es el modo más deseable de vivir, el único posible en realidad. Como dice uno de los *Upanishads*, “No hay en verdad otro camino que recorrer”.

La diversidad de las respuestas a Jesús y a su misión, por parte de los que tuvieron contacto con él, muestra los diferentes grados de desarrollo. Los más superiormente desarrollados le siguieron y le sirvieron inmediatamente y sin vacilar. Otros le escuchaban y se marchaban cabizbajos, como el joven rico (Mt. 19:16-23). Otros lo miraban como a un enemigo de su poderío y, en consecuencia, le perseguían. Otros incluso se burlaban de él y se reían de sus sufrimientos y de su apa-

rente incapacidad para librarse de ellos.

Mt. 4: 21 Siguió adelante y vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo arreglando sus redes; y los llamó.

22 Y ellos al instante, dejando la barca y a su padre, le siguieron.

La red suele interpretarse como un símbolo de la mente convencional con su capacidad para recibir conocimiento (pescar) y reunir hechos objetivos (retener los peces). También indica posesividad, afán de adquirir y acumular, con un acentuado sentido de separatividad. Esta tendencia, lo mismo que la de depender siempre del pensamiento concreto solamente, deben ser superadas por los que aspiran al discipulado, porque la comprensión de los principios y procesos y leyes de la manifestación de la naturaleza divina en el hombre, depende de que funcione bien el pensamiento abstracto o mente superior.

La respuesta inmediata de los primeros cuatro discípulos, muestra que estaban bastante emancipados de las restricciones del pensamiento concreto o conceptual, y que habían alcanzado cierto grado de universalización de su conciencia.

La *barca* simboliza los medios que utiliza la conciencia para transmitirse o actuar: simboliza los cuerpos o vehículos, espiritual, intelectual, emocional o físico. Por muy útil que sea una barca, siempre impone cierta restricción puesto que encierra a sus pasajeros dentro del tiempo y el espacio.

Por tanto, entrar en una barca es algo semejante a nacer en un cuerpo. Y dejar voluntariamente la barca, como lo hicieron estos dos discípulos, indica superar restricciones y alcanzar cierta libertad que, en este caso en particular, es la de una determinada actitud mental que reduce al mínimo la ilusión de separatividad. Esta libertad es una de las cualidades que distinguen al hombre o a la mujer que están listos para embarcarse en la tarea del discipulado.

El *padre* y su *barca* pueden representar las valiosas condiciones de tener cuerpo y poseer un hogar seguro; pero también pueden representar las restricciones que un ambiente habitual puede imponer sobre el pensamiento y la acción. Un discípulo debe ser siempre capaz de librarse de las limitaciones del pasado y de la tradición, y de sus hábitos mentales y físicos. Aquí se nos muestra claramente que Santiago y Juan habían alcanzado esta condición evolutiva, y que, en consecuencia, tan pronto como oyeron la llamada del Maestro abandonaron la barca y a su padre para seguirle.

Un discípulo es, pues, una persona capaz de entrar en un nuevo mundo de pensamiento, cruzar fronteras establecidas, y pensar más allá de las limitaciones de hechos aceptados y aparentemente comprobados (aunque sin ser anticientífico) y capaz de penetrar en condiciones de conciencia de dimensiones superiores. Un fenómeno particular no lo ve ya como un hecho aislado sino como una expresión de una Idea universal. Se interesa más por los principios que por los hechos y fenómenos, pues ha desarrollado el poder de percibir y com-

prender leyes fundamentales. Por tanto, cuando un ser superhumano, un Maestro, se le acerca y le llama, responde de inmediato.

Estos versículos están describiéndonos, pues, por medio de alegorías y símbolos, fases de la evolución humana, cualidades que hay que desarrollar, la vida interior y mística de los devotos, y el modo como se potencia el principio redentor que existe en todo hombre.

Mt. 4:23 Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

En medio de este relato del Jesús iluminado que cumple su maravilloso *dharma* de enseñar y sanar al pueblo, podemos discernir una descripción transparente de un desenvolvimiento psicológico que ha de ocurrir en todo hombre.

Interpretado místicamente, cuando el centro de la conciencia de si mismo ha quedado establecido en la mente superior, y el hombre se ha abierto al poder y sabiduría de niveles más elevados, queda iluminado, fortalecido, unificado y 'sanado'. La naturaleza Crística que existe dentro del hombre, armoniza y sana al ser humano mortal representado en este versículo por *el pueblo*.

Todos estos estados son provocados en el individuo por el espíritu divino, el Cristo que mora en su interior. Este principio del hombre pasa por las mismas experiencias por las que pasó el Jesús de los Evangelios. Metafísicamente, la Mónada del hombre que está desenvolviéndose, nace, crece, es bautizada, resiste las

tentaciones, y luego sale a redimir al hombre externo, el pueblo. Entonces las discordancias quedan armonizadas, y las debilidades son reemplazadas por poderes. Así cumple su misión sanadora el Redentor.

Aunque esta potencia armonizadora, coordinadora y sanadora, está latente en todos los hombres, la evolución de la humanidad no ha llegado aún a la etapa en que la naturaleza Crística está suficientemente desarrollada para asumir el poder y el predominio sobre el hombre puramente mortal. Sin embargo, algunos hombres avanzados han entrado en esta experiencia, adelantándose a la raza; mientras que unos pocos, “los justos llegados ya a su consumación” de que habla San Pablo (Heb. 12:23) han alcanzado ya la meta de la evolución para la humanidad terrestre.

Hay, pues, tres clases de hombre en general: aquellos cuyo desarrollo ha proseguido en la medida normal; aquellos que van más avanzados, y otros que ya han alcanzado la perfección. Existen variaciones dentro de las dos primeras de estas categorías, representadas alegóricamente por la masas de la población y los héroes y discípulos, respectivamente. La figura principal de esas alegorías se personifica generalmente por un Maestro.

Mt. 4:24 Su fama llegó a toda Siria; y le traían todos los pacientes aquejados de enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los sanaba.

Cada una de las enfermedades nombradas aquí tiene su correspondencia en un desorden psicológico par-

ticular. Estar endemoniado se refiere a estar bajo el dominio de cualidades materiales bestiales e irracionales, como resultado de complacer y expresar excesivamente ciertos deseos y pasiones. Sin embargo, no se niega del todo la obsesión por influencias de seres malos.

En una misma persona pueden combinarse formas externas e internas de desajustes capaces de producir verdaderos tormentos y hasta condiciones satánicas. La obsesión por una idea fija puede enloquecer a una persona, ya sea en todo lo relacionado con esa idea y su expresión. La parálisis psicológica puede describirse como un estado en el cual el control y dirección del cuerpo y de la mente son inestables, extremadamente variables en grado, y a ratos inexistentes. Si bien el progreso evolutivo normal remediará estas enfermedades, pueden ser curadas por la acción de un despertar del poder y sabiduría e inteligencia divinos dentro del que las sufre.

Este poder purificador y sanador no se manifiesta, sin embargo, más que cuando el hombre entra en una fase avanzada de evolución. Ciertamente todas nuestras dificultades y enfermedades, ya sean externas o internas, son naturales en nosotros en nuestra condición actual, y seguirán siéndolo hasta que las superemos.

Este proceso puede ser acelerado, y podemos librarnos de los males apresurando nuestro progreso evolutivo, en lo cual seremos ayudados por los que ya han pasado a una etapa superior. Esta es la vida del discipulado, la vida interna, el Camino de la Cruz.

Llamar discípulos y entrenarlos, es poner los atri-

butos humanos bajo la influencia de lo divino en el hombre, y de este modo sustituir la ignorancia por la sabiduría, la discordia por la concordia, los excesos por el freno, la sensualidad por la pureza, y el orgullo por la humildad.

Mt. 4:25 Y le seguía una gran muchedumbre de Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y del otro lado del Jordán.

Todo verdadero reformador (e incluso algunos que tal vez no sean tan verdaderos) goza de períodos de aclamación pública, como le sucedió a Jesús en esta época de su maravillosa vida. Todavía los enemigos de toda reforma, los que están atrincherados en posiciones lucrativas, no han empezado a sentir peligro o envidia o temor a perder su prestigio y poderío. Los que siguen a Jesús le aclaman, y los enemigos parece que todavía duermen.

Jesús, resplandeciente con el fulgor del Espíritu Santo que había recibido, muestra un completo dominio sobre los deseos mundanos y sobre el elemento material de la naturaleza humana. Ha empezado a dar expresión a los grandes poderes con los que está dotado. La Divinidad se ha hecho activa dentro de él. En él está ocurriendo una manifestación del poder divino para bien de la humanidad. Ante él está el mundo de los hombres. Los hombres viven en la ignorancia, ya sea porque aún no han descubierto la verdad, o porque se les mantiene deliberadamente en la ignorancia por los que ejercen autoridad.

Los que buscan la sabiduría, y los enfermos ya sea de la mente o del cuerpo o de ambos, eran atraídos ha-

cia él desde puntos cercanos y lejanos, y él los iluminaba y los sanaba.

Las pruebas más fuertes no habían comenzado aún para Jesús. Todavía estaba lejos la gran tragedia mundial de un sublime Instructor dado de baja por el mundo. La sombra de la Cruz no había caído todavía sobre Jesús el Cristo, el Ungido.

Capítulo III

INVITAR A LA UNIÓN ESPIRITUAL

La Boda de Caná

La dualidad en Jesús, mencionada al comienzo del Capítulo I (el Hijo de Dios y Jesús el hombre) está bien ejemplificada en el relato de convertir el agua en vino en la fiesta de una boda en Caná.

Jn. 2:1 Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús.

Podemos discernir en este relato un ejemplo de dos cosas: una revelación espiritual en forma alegórica, y un ocultamiento a los no preparados, bajo el velo de la historia y el símbolo. En apoyo de esto tenemos el hecho de que Juan, el más místico de los cuatro Evangelistas y el único que identifica a Jesucristo con el Verbo de Dios, es también el único que incluye el relato de la boda de Caná en su relato de la vida de Jesús.

En el lenguaje místico de los Evangelios, el acontecimiento puramente físico de una boda está investido de un significado profundamente interior. A esto se ha hecho alusión como a una 'boda celestial', la unión plenamente consciente del yo mortal de un místico con su naturaleza divina profundamente interior.

Al llegar a cierto estado evolutivo el hombre se da cuenta de que su yo mortal personal que ha estado tomando como su verdadero Yo, no es nada más que un vehículo por medio del cual ha de manifestarse su ver-

dadero Yo espiritual. Esta realización se describe apropiadamente como *una boda*, porque significa una verdadera fusión de la mente convencional con la inteligencia espiritual del hombre. Parece que ésta es la intención de este Evangelio, describir alegóricamente esta unión.

Obsérvese que se afirma que *la madre de Jesús* estaba presente. Como se ha dicho antes en esta obra, el principio femenino o maternal en bodas y nacimientos, personifica la inteligencia espiritual del hombre, y más especialmente su 'vestidura de luz' o cuerpo causal.

Todos los demás asistentes a la boda personifican seres humanos en diversas etapas de evolución, desde los huéspedes o padres de la novia que se olvidaron de proveer el vino necesario, hasta Jesús mismo que ejecutó el 'milagro' de la transmutación del agua en vino.

Jn. 2:2 Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos.

Siguiendo esta interpretación, Jesús representa al Maestro y también al principio de Sabiduría o naturaleza Crística dentro del Yo inmortal humano. Los discípulos, a su vez, personifican los vehículos "disciplinados" o purificados (físico, emocional y mental) de hombres en cuyo interior está a punto de ocurrir el supuesto milagro de convertir los elementos sensibles de su naturaleza mortal (el *agua*) en el *vino* de la sabiduría pura. El deseo personal y el amor posesivos quedan convertidos de ahí en adelante en el amor universal e impersonal hacia todos los seres.

Jn. 2:3 Y como faltara vino, le dice a Jesús su madre: No tienen vino.

Reconocer la falta y la necesidad del vino, es también descriptivo de aquella fase del desarrollo en que el hombre experimenta un anhelo de sabiduría. Esta percepción llega desde un nivel más profundo que el de los conocimientos adquiridos; proviene de la inteligencia espiritual o principio maternal del Yo superior, indicado aquí por María. Es apropiado, pues, que sea María, la madre de Jesús, la que llame la atención a la falta de vino.

Jn. 2: 4 Jesús le responde: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.

5 Dice su madre a los sirvientes: Haced lo que él os diga.

María percibe intuitivamente la necesidad, tanto del milagro externo como del anhelo místico interior. Y la personalidad externa, representada en este caso por los sirvientes, obedece poniendo a disposición los medios para que pueda producirse la transmutación.

Jn. 2:6 Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una.

Si hemos de reconocer aquí un símbolo numérico más bien que una simple descripción, entonces podemos considerar el número *seis* como una referencia a los seis principios de la Naturaleza y del hombre, como se representan en el sello del Rey Salomón o los dos triángulos equiláteros entrelazados.

El triángulo que señala hacia arriba representa la Trinidad Divina, mientras el que señala hacia abajo indica el reflejo de esa Trinidad y su manifestación en el universo material y en los cuerpos mortales del hombre.

Semejante interpretación es adecuada, puesto que la elevación de la conciencia del hombre cuando está despierto en su triple naturaleza mortal, ha de conjugarse necesaria e íntimamente con su triple Yo espiritual.

A una posible objeción de que se le está dando demasiada importancia a un hecho tan trivial como el que las tinajas fueron seis, podría responderse señalando que en alegorías que pintan conocimientos profundamente místicos y por tanto poderosos, la descripción se enriquece si se incluyen símbolos reconocidos, tanto objetivos como numéricos, a fin de atraer la atención del lector y despertar su intuición a la revelación mística.

Jn. 2: 7 Les dice Jesús: Llenad las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba.

8 Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala. Ellos lo llevaron.

9 Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían) llama el maestresala al novio,

10 y le dice: Todo el mundo sirve primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has

guardado el vino bueno hasta ahora.

El acto de beber el vino indica que el individuo absorbe plenamente en su naturaleza interna los poderes resultantes de transmutar lo sensual en sabiduría y voluntad espirituales. El 'milagro' puede considerarse también como descriptivo de cambios que se producen en el cerebro físico cuando la naturaleza Crística se manifiesta como un poder disponible en el mundo físico, tal como lo muestra la presencia real de Jesús en la boda.

Varias porciones del cerebro, y las glándulas asociadas con él, son afectadas profundamente al ocurrir esos cambios. El cerebro y el cerebelo, hasta entonces no responsivos a lo espiritual, y también las glándulas pituitaria y pineal, empiezan casi milagrosamente a transmitir a la conciencia vigílica verdades espirituales concernientes a la índole superior del hombre y del universo.

El *vino* significa en lenguaje espiritual sabiduría y poderes espirituales que quedan a disposición del hombre o mujer en cuya conciencia vigílica se experimenta ahora esa iluminación.

La aldea de *Caná* y particularmente la *casa* y aún el salón donde se celebraba la fiesta de la boda, indican la estructura ósea del cráneo en que está alojado el cerebro. Y la ceremonia de la boda pinta la fusión íntima de la conciencia mortal con la conciencia inmortal del hombre. Sólo cuando se cumplen estas condiciones pueden manifestarse los poderes y facultades Crísticas, cuya manifestación aparece como milagrosa a los ojos de los que la presencian.

Todo este acontecimiento describe, pues, los diversos pasos de una persona suficientemente evolucionada, a través de estas fases de iluminación de si mismo que llevan hacia la culminación de la vida humana en la Iluminación o Liberación.

El paso a través de estas fases, que a veces va acompañado de dificultades fisiológicas y psicológicas, es generalmente ayudado por seres que ya trascendieron esas etapas. Algunas veces el individuo es ayudado y protegido invisiblemente contra las dificultades y tentaciones que puedan surgir ya sea en su cerebro o en el sistema nervioso o en sus cuerpos sutiles y sus contrapartes psicológicas. El *maestresala* puede en este caso estar indicando uno de esos protectores o guías.

Estas interpretaciones del suceso resultan provechosas también para responder a las objeciones que suelen expresarse al hecho de que Jesús, un ejemplar del más elevado estado espiritual y vida pura, no habría alentado el consumo de alcohol, causante de tantísima miseria y degradación en la humanidad. La interpretación mística recibe apoyo desde este ángulo también.

Jn. 2: 11 Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.

12 Después bajó a Cafarnaúm con su madre y los hermanos, pero no se quedaron allí muchos días.

El estudiante de Teosofía notará con interés que en el Evangelio de San Juan comienza Jesús su ministerio con la ejecución de un 'milagro' hecho en presencia de discípulos recién aceptados. El hecho de que ante estas

señales los discípulos *creyeron en él*, pueden indicar, si las consideramos objetivamente, que eso fue parte del propósito del milagro: ayudar a los discípulos a tener confianza en su Maestro, con base en su propia observación y experiencia de sus poderes espirituales.

Capítulo IV

PURIFICAR LOS VEHÍCULOS

Expulsión de los Mercaderes

El muy notable incidente a que generalmente se alude como la purificación del Templo, puede considerarse tanto literal como místicamente.

Jn. 2: 13 Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén.

14 Y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos.

15 Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas;

16 y dijo a los que vendían palomas: Quitad esto de aquí. No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado.

La interpretación literal parece algo difícil, pues sería muy trabajoso que un hombre solo acabara con una costumbre vieja y muy lucrativa, por grande que fuera su celo. Los vendedores eran muchos y por tanto bien capaces de oponer resistencia a cualquier persona sola que quisiera volcarles las mesas y clausurarles sus negocios. Además, Jesús era joven y casi desconocido en Jerusalén y en el Templo. Normalmente, sólo las autoridades civiles o eclesiales tendrían el poder de echar del

Templo a los vendedores y trastornar su modo de ganarse la vida. Incluso ellas provocarían así una resistencia legal y personal de parte de los vendedores ofendidos y decididos a proteger sus modos de negociar.

No obstante, podría alegarse que el bautismo reciente de Jesús le había fortalecido espiritualmente, de modo que podía realizar milagros y usar algo de su poder teúrgico, especialmente si se despertaba su indignación. Pero, si consideramos alegóricamente este incidente lo encontramos rico en simbolismo.

El *Templo*, por ejemplo, representa la parte mortal del hombre, sus vehículos mental, emocional y físico, dentro de la cual está entronizada la presencia divina, la Mónada, en el *Santasanctorum*. Y la crueldad y la codicia de dinero, que acompañan a la venta y muerte de animales para el sacrificio cruento, implicaría una degradación del Templo.

Hay que erradicar del hombre mortal un mal profundamente arraigado. Y esto se logra haciendo que el Yo espiritual, personificado por Jesús, tome posesión del hombre corpóreo. Lo cual se indica aquí por la presencia de Jesús en el Templo y lo que hace según se relata.

Este incidente puede ser también una descripción de un paso necesario en la preparación para el discipulado y también para participar en la vida espiritual y religiosa.

Jesús había estado escogiendo y recibiendo discípulos. Su actuación en el Templo describe la preparación para ese privilegio: limpiar a la persona corporal

de sus hábitos y costumbres no espirituales.

Un ejemplo dramático del fracaso en lograr esta purificación del Templo, nos lo ofrece la historia de Judas Iscariote, especialmente en sus últimos días, cuando se dejó dominar por la codicia que le produjo su ruina.

Sea o no que San Juan esté registrando en estos versículos hechos históricos, lo cierto es que está revelando ciertas leyes de la vida espiritual, especialmente las que se relacionan con el progreso en el camino de santidad.

Jn. 2:17 Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: El celo por tu Casa me devora.

Según este versículo, los discípulos recientemente aceptados estaban acompañando a Jesús y por tanto presenciaron el celo que puso en la purificación del Templo. Celo que es esencial para lograr la verdadera transformación en el carácter y en el modo de vivir, que es absolutamente necesaria para avanzar con éxito en la senda del discipulado.

Jn. 2: 18 Los judíos entonces le replicaron diciéndole: ¿Qué señal nos muestras para obrar así?

19 Jesús les respondió: Destruid este santuario y en tres días lo levantaré.

20 Los judíos le contestaron: Cuarenta y seis años se ha tardado en construir este Santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?

21 Pero él hablaba del Santuario de su cuerpo.

22 Cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que era eso lo que quiso decir, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús.

Aceptando literalmente este relato, no puede menos que levantar protestas la acción de Jesús. Pero San Juan nos está indicando claramente una revelación mística, pues es muy explícito en que Jesús hablaba del Santuario de su cuerpo, y luego lo relaciona con la resurrección de Jesús, con lo cual acentúa más todavía que este incidente tan notable debe leerse metafóricamente.

Jn. 2: 23 Mientras estuvo en Jerusalén por la fiesta de la Pascua, creyeron muchos en su nombre al ver las señales que realizaba.

Puesto que la misión divina de Jesús como manifestación del Espíritu Santo, comenzó realmente después de su Bautismo, es completamente natural que por el tiempo en que ocurrió lo que aquí se relata ya estaba él capacitado para mostrar señales milagrosas.

Jn. 2: 24 Pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos

25 y no tenía necesidad de que se le informara acerca de los hombres, pues él conocía lo que hay en el hombre.

San Juan escribe aquí como si conociera íntimamente a Jesús, sus estados mentales y sus reservas acerca de las gentes que le rodeaban. Puesto que estas opiniones tan íntimas, basadas quizá en la penetración profética de Jesús, yacían en los más profundos rinco-

nes de su mente y es muy poco probable que las expresara verbalmente, surge cierta duda acerca de la fidelidad de este Evangelio como registro de la vida de Jesús. Pero también hay dudas acerca de si la purificación del Templo ocurrió realmente o es apenas simbólica.

Capítulo V

ILUMINAR A OTROS

Entrevista con Nicodemo

Jn. 3: 1 Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío.

2 Fue éste donde Jesús de noche, y le dijo: Rabbí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él.

3 Jesús le respondió: En verdad, en verdad te digo: El que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios.

Esta respuesta de Jesús indica que habla en un sentido místico y no literal. Y así la registra Juan. El término *nacer de nuevo* puede tomarse como una referencia a la doctrina de la reencarnación, o como *un cambio interior* que produce efectos tan drásticos que el individuo casi se convierte en otra persona.

La única ocasión en que aparece en los Evangelios que Jesús se refiere directamente a la reencarnación, es aquella en que dice que Elías había nacido de nuevo como Juan el Bautista (Mateo 11:14).

El término *ver el Reino de Dios* indica una *iluminación interior*. De suerte que nacer de nuevo, en el sentido en que Jesús lo usa aquí, no implicaba un regreso al seno materno para renacer, sino un renacimiento

metafórico en un nivel de conciencia superior al normal que sólo percibe sucesos y leyes físicas.

Así como el nacimiento de Cristo en el hombre requiere haber atendido a la llamada de Juan el Bautista a arrepentirse y convertirse, así también la iluminación a Nicodemo por medio de la instrucción que recibe del Maestro llega después de la purificación del Templo de la mente y el cuerpo.

En otro lugar dice Jesús que para alcanzar la visión interna o renacimiento espiritual es esencial asemejarse a un niño en pureza, espontaneidad y sencillez. En las antiguas Escuelas de Misterios se designaba como una *iniciación* esta profunda regeneración interior de sí mismo que implica un retorno a los principios para un nuevo comienzo. Es permisible, pues, dar una interpretación a las palabras de Jesús así: El que no sea iniciado no puede ver el Reino de Dios.

Aunque las autoridades oficiales que supieron de los milagros de Jesús eran muy ortodoxas, el magistrado Nicodemo sí que se sentía personalmente convencido de su realidad. No obstante escogió la *noche* para reconocerlo así, y se apoyó solamente en términos lógicos.

Nicodemo puede ser, pues, una personificación de la mente humana que se encuentra en el umbral de la iluminación. Pero Jesús parece que quería elevar más aún el pensamiento de Nicodemo por encima de las limitaciones de la mente lógica y razonadora, y llevarlo hasta las alturas de la conciencia donde se abarcan los principios inmodificables y se realizan las verdades

sustentadoras.

San Juan relata esta entrevista de un modo tal que facilita una descripción muy valiosa de lo que es absolutamente esencial para alcanzar la penetración intuitiva y la percepción puramente espiritual, a saber: trascender las limitaciones de la mente lógica, razonadora y hasta argumentativa.

Jn. 3: 4 Dícele Nicodemo: ¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?

5 Respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo: El que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios.

6 Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu.

7 No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de nuevo.

Las palabras de Jesús siguen siendo una apelación a la facultad de percepción intuitiva, a la que se refiere simbólicamente como *agua y espíritu*. Esta facultad conduce la mente hacia la parte más profunda e interior de la naturaleza humana: el espíritu divino que es nuestra realidad interna, aquel Espíritu Santo que descendió sobre Jesús en su Bautismo y que siempre está resplandeciendo en él.

Este es el renacimiento espiritual por el cual pasa todo místico triunfante, y que transforma su actitud y su manera de vivir porque le concede la visión espiritual.

Esta instrucción tan íntima que Jesús da a Nicodemo, y que San Juan es el único evangelista que la registra, debió ir acompañada por una explicación muy amplia y por una elevación de conciencia. De tal suerte que Nicodemo, en la presencia misma de Jesús, escuchando sus palabras y sintiendo la influencia del sonido y poder de su voz, debió experimentar y sentir directamente que Jesús era en verdad un Ser divino, venido a la tierra para salvación de la humanidad. La creencia en el Hijo de Dios manifestado externa y objetivamente en la persona visible de Jesús, viene como efecto de una aceptación intuitiva casi inmediata.

Jn. 3:8 El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de donde viene ni a donde va. Así es todo el que nace del Espíritu.

Este episodio es rico en alusiones espirituales. La comparación del *viento*, aparentemente voluntarioso, con las experiencias de un hombre que es elevado en espíritu, es ciertamente muy apropiada, pues, como lo da a entender Jesús a Nicodemo, la experiencia espiritual es supra-mental y no necesita conformarse a las exigencias de la razón, sino que eleva la mente a campos donde no operan las leyes de la naturaleza física.

Jn. 3: 9 Respondió Nicodemo: ¿Cómo puede ser eso?

10 Jesús le respondió: ¿Tú eres maestro en Israel y no sabes esto?

Otra vez Nicodemo, como personificación de la mente concreta, es incapaz de seguir al Maestro hasta el nivel de conciencia donde las leyes de la naturaleza objeti-

va no parecen regir. Pues así como hay leyes y procesos adecuados a una simple gota de agua, también hay otras que se aplican al vasto océano como una totalidad, con sus extensiones indefinibles que cubren toda la tierra.

Evidentemente, Nicodemo merecía el título religioso y filosófico de *maestro de Israel*, y por tanto debía conocer muy bien los sentidos más secretos de las escrituras y haber empezado a penetrar, por medio de la oración, en los niveles espirituales de la conciencia.

Jn. 3:11 En verdad, en verdad te digo: Nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio.

Quizá para reasegurar y conformar a Nicodemo en su fe, Jesús afirma que él mismo ha entrado en los niveles más elevados de conciencia de que habla, y que, por tanto, debiera dársele crédito y recibir sus enseñanzas con el máximo respeto y buena disposición a creerlas.

Jn. 3:12 Si al deciros cosas de la tierra, no creéis, ¿cómo vais a creer si os digo cosas del cielo?

Interpretando este relato como la descripción de una iluminación interior, Jesús físicamente presente personifica al Yo divino dentro del hombre, mientras que Nicodemo representa la mente concreta con sus ventajas y desventajas. Las dificultades que Nicodemo experimenta para comprender las enseñanzas del Maestro y asentir a ellas, obedecen a sus limitaciones mentales.

Tanto para los que buscan la conciencia superior por medio de la meditación, como para los que estu-

dian intelectualmente las enseñanzas de sabios y Maestros de la Sabiduría, resulta sumamente interesante el cuidado con que Jesús se esfuerza por iluminar la mente de Nicodemo. Las dificultades preliminares pueden ser muy grandes, porque existe una barrera abstracta del hombre. Generalmente, este velo puede rasgarse cuando la naturaleza intuitiva o Crística del hombre acude en auxilio de la mente.

Jn. 3:13 Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo.

Jesús habla aquí del Espíritu divino del hombre, que existe en los niveles más íntimos de la naturaleza humana (*el cielo*), y también de las posibilidades de ascender a esas alturas y regresar de ellas iluminado, a los mundos de la mente y del cuerpo.

Jn. 3:14 Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre.

En este versículo vuelve a usar el lenguaje figurado. La serpiente levantada sobre el mástil de Moisés, en el desierto, se pone aquí en paralelo con el Señor Cristo. Más atrás vimos que los discípulos consideraban el Templo de Jerusalén como un símbolo del cuerpo del Señor. Aquí se usa la serpiente con un sentido similar.

Estudiado a la luz de las enseñanzas teosóficas, este pasaje se refiere a lo poderes latentes en el cuerpo del hombre, por cuyo medio puede alcanzarse la conciencia espiritual. Estos poderes consisten en una energía inherente tanto en Dios como en la Naturaleza. En el hombre esa energía está oculta dentro de la columna

vertebral, a lo largo de la cual asciende hacia el cerebro por una vía serpentina. De ahí que se la llama *El Fuego Serpentino*.

Cuando esta energía creadora y procreadora es sublimada y asciende desde las partes inferiores a las superiores del cuerpo humano, el cerebro se vuelve suficientemente sensible, y la mentalidad queda suficientemente iluminada para que el hombre interno pueda comprender las verdades espirituales.

De ahí en adelante, los símbolos, metáforas y alegorías se iluminan con significados que no se relacionan con el mundo material y objetivo sino con los aspectos espirituales y subjetivos de la conciencia humana.

Si antes de su entrevista con Jesús, Nicodemo hubiera alcanzado esa iluminación, las referencias que Jesús hizo al renacimiento no hubieran evocado en él el concepto de regresar al seno de la madre. Por el contrario, con su mente cerebral iluminada y encendida, habría percibido instantáneamente el significado más metafísico y místico, a saber: que renacer significa alcanzar una visión completamente nueva y espiritual.

El relato en el A.T. (Núm. 21:9) sobre la serpiente de bronce que Moisés pone en un mástil, es susceptible de una interpretación similar. La supuesta enfermedad de los israelitas se refiere a las limitaciones de su mente y su actitud mental; mientras que la elevación de la serpiente puede verse como un símbolo del ascenso del poder serpentino, el cual le permite al hombre entrar en estados de conciencia supra-mentales y puramente espirituales.

Un uso similar del símbolo de la serpiente se encuentra en el relato del cayado de Aarón que se convirtió en serpiente delante del Faraón (Ex. 7:10), como consecuencia de lo cual se les permitió a los israelitas salir de su esclavitud en Egipto. Esta esclavitud significa las ataduras de la mente y de las emociones a los deseos del cuerpo y su gratificación.

Vistos de esta manera, los versículos sobre la conversación entre Jesús y Nicodemo son una descripción alegórica de las limitaciones de la mente convencional y materialista, de la inteligencia super-normal Crística y espiritual en el hombre (Jesús y sus enseñanzas místicas), y de los medios por los cuales la mente puede volverse responsiva a la inteligencia superior por la elevación del poder serpentino.

A menos que se lean de esta manera, estos versículos resultan tan difíciles de comprender que es virtualmente imposible captar plenamente su importancia.

Jn. 3:15 Para que todo el que en él crea tenga vida eterna.

La elevación del Hijo del hombre, a que se refirió Jesús en el versículo 14, puede tomarse como una profecía de su Crucifixión e incluso de su ascensión final. Parece más apropiado que se refiera a la Ascensión, porque implica una elevación de conciencia.

La afirmación que hace Jesús en este versículo 15, acerca de tener vida eterna, puede también referirse a la experiencia directa del Yo inmortal o del Alma espiritual que, a diferencia del cuerpo, no muere jamás.

Jn. 3:16 Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

El término *Dios* utilizado aquí merece consideración especial. Puede referirse al Dios vivo dentro de todo hombre (II Cor. 6:16), el Morador en lo más íntimo, la chispa divina, la Mónada. Desde ese Centro se manifiesta el poder iniciático que otorga al hombre el conocimiento de su propia naturaleza eternal y de que su verdadero Yo no puede morir jamás.

Claro que esta interpretación difiere enormemente de la de la teología tradicional y ortodoxa con su acento sobre un Dios externo, un Hijo que se aparece visiblemente, y un ministerio para salvar las almas.

El término *Dios*, como lo usamos aquí, también significa aquellas dimensiones dentro del cosmos sobre las cuales Dios preside: la totalidad de las estrellas, nebulosas, galaxias, y todo cuanto ellas contienen, lo mismo que aquella Deidad que se interesa más especialmente por la humanidad terrestre.

Para una humanidad que adora, también es permisible usar el término Dios para referirse al Poder Creador Divino, a una Vida Divina que lo sostiene todo, y a una Inteligencia Divina que lo dirige todo. Semejante concepto de Dios indica la naturaleza de su actividad triple y a la vez una en su realidad trascendente e inmanente.

Esta definición nos proporciona el concepto de una Fuente ilimitada e inagotable de todo cuanto ha existido y existe y existirá por toda la eternidad. Semejante Dios

Cósmico incluye dentro de su compasión omnímota a toda la humanidad. Este concepto de Dios nos permite concebir la emanación de una expresión del amor compasivo por la humanidad en la forma del Hijo. En cambio, si las afirmaciones evangélicas se leen literalmente, carecen de todo sentido real. Puesto que el hombre es una manifestación de Dios y ha sido hecho a su imagen y semejanza, resultaría completamente innecesario el inmenso sacrificio del Hijo de Dios indicado por una lectura literal. En cambio, si leemos estos pasajes como descriptivos de la manifestación de la naturaleza Crística en el hombre, resultan llenos de una significación iluminadora.

El que logra esta clara conciencia queda iluminado y obtiene la certeza de que como ser espiritual no morirá jamás. La muerte puede arrebatarse el cuerpo con sus heladas manos, pero ni la muerte misma ni el temor a la muerte podrán volver a ser posibles jamás para el que ha alcanzado la conciencia Crística.

Todo este episodio con Nicodemo puede leerse como una descripción de lo que es la evolución de un ser humano cuando se acelera su curso normal o cuando encuentra a su Maestro y es guiado por él hacia los portales del templo de los Misterios. Lo cual le confiere experiencia directa, tanto del significado de la muerte como de la inmortalidad del Yo espiritual del hombre. De esta manera pudo haber sido iluminado Nicodemo.

Jn. 3: 17 Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve con él.

18 El que cree en él, no es condenado; pero el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

19 Y la condenación está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.

20 Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras.

21 Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede manifiesto que sus obras están hechas según Dios.

Como afirma San Juan en estos versículos, el nacimiento y la misión y la muerte de Jesús tuvieron un motivo único: que el mundo se salve por él. Pero es necesario considerar el significado de las palabras salvar y condenar.

Salvar implica la existencia amenazante de un peligro, que en este caso se presume que es la condenación de las almas de la humanidad. Y si leemos literalmente las Escrituras significarían que las almas son condenadas porque no creen en Cristo.

Opino, con toda reverencia, que semejante concepto de condenación no concuerda con la decisión Divina de 'hacer al hombre a su imagen' (Gén. 1:26) o la declaración de que "Dios creó al hombre incorruptible, le hizo a imagen de su misma eternidad" (Sab. 2:23). Aceptados literalmente estos pronunciamientos escriturales, significan que la raza humana está libre de toda posibilidad de mala conducta. Más aún, significan que la muer-

te espiritual y la condenación eterna no pueden sobrevenirle al hombre, puesto que él es inmortal y eterno por su propia naturaleza.

Este dilema evidente e inevitable se disuelve cuando aceptamos que la intención y la acción Divinas así descritas, implican el renacimiento místico del poder y sabiduría y compasión e inteligencia divinas inherentes en la naturaleza humana.

Esta opinión concuerda todavía más con las expresiones de San Pablo, “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”, y “trabajad con temor y temblor por vuestra salvación, pues Dios es quien obra en vosotros” (Fil. 2:12-13).

Sabios, videntes y profetas a través de las edades, han dado testimonio de que debieron su iluminación a que realizaron la existencia dentro de si mismos de la presencia Divina.

Por lo tanto, pierde importancia la cuestión de si el que asumió la acción salvadora es un Ser cósmico o bien el Dios más personal que cuida de la humanidad terrestre. Pues lo que está implicado en esta enseñanza de la salvación es un Poder Divino que mora en todas las cosas de la Naturaleza y por tanto en las almas mismas de los hombres.

La palabra *condenación* requiere ser interpretada bajo esta misma luz. El sentido con que se presume que Jesús la usó, no implica que Dios condena al que no cree, sino más bien al que vive en un estado de ceguera, con una actitud puramente materialista, y se comporta de una manera correspondiente. Esta es la condenación

que puede inferirse de las palabras que aparecen en el versículo 19.

El verbo *creer* a que se refieren estos versículos no ha de interpretarse como una creencia basada en una fe ciega; pues semejante modo de creer, aunque parece que eclesiásticamente se considera muy meritorio, puede tener muy poco o ningún poder para producir la iluminación interior y sus efectos sobre el comportamiento al que es evidente que Jesús se refiere.

De suerte que puede suponerse que lo que Jesús indica es una creencia basada en la experiencia espiritual directa y personal. Semejante experiencia ha de alcanzarse elevándose y penetrando mentalmente en aquellos campos de la conciencia donde la naturaleza Crística o el “Hijo de Dios” está establecido en el hombre.

Todo este pasaje, si se le mira de esta manera, resulta ser una descripción de los efectos de semejante conocimiento directo: una iluminación mística que permite conocer directamente al “Verbo que se hizo carne”. El resultado de esta iluminación tiene que ser una verdadera transformación, tanto de la mente como del comportamiento en la vida. Un individuo que esté en esas condiciones, es obvio que no puede ser condenado ni por Dios ni por los hombres.

Al fin y al cabo, las obras, más que las palabras, y la conducta más que la profesión de fe, es lo que constituye la prueba final de los méritos de un individuo, como lo indica el versículo 21.

Jn. 3:22 Después de esto, se fue Jesús con sus discípu-

los al país de Judea; y allí se estaba con ellos y bautizaba.

23 Juan también estaba bautizando en Ainón, cerca de Salim, porque había allí mucha agua, y la gente acudía y se bautizaba.

24 Pues todavía Juan no había sido metido en la cárcel.

El versículo 24 puede tener un interés simbólico. Si la *cárcel* describe en lenguaje simbólico un estado mental de una mente cerrada y oscurecida, quiere decir esto que en ese tiempo Juan estaba todavía en ese estado. Así parecen indicarlo las palabras del mismo Juan en el versículo final de este capítulo, el 36.

Sea o no que el posterior encarcelamiento y decapitación de Juan se debieron a una pérdida de gracia, estos sucesos son de importancia como indicadores de una inhibición del libre fluir de sus ideas intuitivas. La cabeza, como símbolo de ese estado mental, le es cortada, y el materialismo argumentativo y egoísta es reemplazado por la percepción intuitiva directa.

Los versículos siguientes, como el resto de este capítulo, consisten principalmente en repeticiones de las afirmaciones de Juan el Bautista de que él es un precursor y Jesús es el Mesías que había de venir.

Jn. 3: 28 Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él.

... ..

34 Aquel a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios; porque le da el Espíritu sin medida.

35 El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en su mano.

Con gran humildad, fruto de su visión espiritual, Juan se presenta como un simple ser humano con la misión de preparar el camino del Señor. En presencia misma de Jesús, Juan le proclama como el Hijo de Dios.

Jn. 3:36 El que cree en el Hijo tiene vida eterna; el que se resiste al Hijo, no verá la vida, sino que la cólera de Dios pesa sobre él.

Estas palabras finales de Juan a sus discípulos y a las gentes que le rodean, indican dos condiciones del intelecto humano: la mundana y la espiritual. Este concepto se amplía para incluir la realización de la naturaleza inmortal del Yo divino en el hombre; pues a este Yo divino es al que se refiere Juan como “el Hijo (que) tiene vida eterna”.

Capítulo VI

REVELAR LA FUENTE DE LA VERDAD

El Encuentro con la Samaritana

Jn. 4: 1 Cuando el Señor se enteró de que había llegado a oídos de los fariseos que Jesús hacía más discípulos y bautizaba más que Juan,

2 (aunque no era Jesús mismo el que bautizaba, sino sus discípulos)

3 abandonó Judea y volvió a Galilea.

4 Tenía que pasar por Samaria.

El primer versículo se refiere a la presencia o naturaleza dual de Jesús, pues hace una distinción entre el *Señor* y *Jesús*. Si esto es intencionado, como cabe presumir, entonces San Juan está afirmando otra vez que Jesús es un vehículo humano y un representante de la Deidad Suprema o el Señor.

Se muestra aquí que el Espíritu divino está indiscutiblemente dominando; pues en el versículo 3 se dice que Jesús abandona el lugar y se va a Galilea que significa la conciencia universal.

El versículo 2 nos recuerda la transmisión Pentecostal de poder de Jesús a sus discípulos con la promesa de que cualquier cosa que hagan en su nombre quedará cumplida. No era Jesús mismo quien ejecutaba la ceremonia externa del bautismo, sino que dejaba esto a sus discípulos, los que indudablemente bau-

tizaban en su nombre.

Los lugares geográficos visitados tienen su importancia, especialmente en una lectura literal de los Evangelios. Palestina representa simbólicamente todo el mundo. Jesús abandona Judea, donde ha surgido cierta suspicacia y oposición acerca de sus actividades, y se vuelve a Galilea.

Judea representa aquí aquel estado mental de división y conflicto que experimenta una persona que está pasando por las etapas finales del camino hacia la perfección. Para evitar distraerse de su propósito central ha de retirarse a *Galilea* donde reina la paz. Estos lugares geográficos visitados representan los estados de conciencia por los cuales ha de pasar todo individuo en esa etapa.

Jn. 4: 5 Llega, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José.

6 Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como venía fatigado del camino, se sentó junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta.

Sicar viene a ser símbolo de un estado de conciencia que incluye la tensión que se produce al forzar y acelerar el paso del desenvolvimiento evolutivo. El *agua del pozo* simboliza la oportunidad de aliviar esa tensión por la contemplación de la Sabiduría Perenne. Este refrigerio del alma lo proporcionan los precursores y sabios que precedieron a los que están hollando la senda ahora. Se les personifica como Jacob y su hijo José.

El número seis puede tomarse como una referencia

a una fase precedente a la que está simbolizada por el número siete. Así resulta muy adecuada la declaración de que Jesús reposó en el pozo de Sicar en *la hora sexta*, pues faltaban sólo unos tres años para su triunfante Ascensión a la diestra de Dios, la cual significa místicamente liberarse de la ilusión de separatividad y absorberse completamente en la vida esencial del universo.

Jn. 4: 7 Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dice: Dame de beber.

8 (Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida).

Como lo aclara más adelante Jesús mismo, el *agua* se usa como un símbolo de la fuente inagotable de la Sabiduría Perenne, el agua de la verdad.

El versículo 8, insertado entre paréntesis, puede indicar que los versículos siguientes pueden leerse literalmente o místicamente, y también que es esencial un estado de soledad para refrigerarse bebiendo las 'aguas de vida'. Por eso Jesús estaba *solo* en el pozo donde encuentra a la mujer de Samaria.

Jn. 4:9 Le dice la samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos).

Esta pregunta de la mujer muestra que Jesús parecía ser judío. Este es el único indicio en los Evangelios acerca de su apariencia física. Evidentemente, en lo físico él era un típico joven hebreo de aquellos tiempos.

La mujer de Samaria pertenecía a otra raza que habitaba el mismo país. Los dos pueblos no mantenían

relaciones comerciales ni domésticas en esos días. Sin embargo, para asombro de la mujer, Jesús no toma en cuenta esta situación sino que inmediatamente le pide de beber, pasando por alto cualesquiera de las diferencias entre los dos pueblos.

Jn. 4:10 Jesús le respondió: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y te habría dado agua viva.

Desde este versículo en adelante, el episodio cambia de lo posiblemente histórico a lo claramente místico. *Agua viva* se refiere evidentemente a un elemento espiritual interior que puede calmar la sed de conocimiento, sabiduría y verdad. Jesús aparece aquí, no como un hombre mortal del pueblo hebreo, sino como un hierofante capaz de dispensar dones espirituales, agua viva.

Jn. 4: 11 Le dice la mujer: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva?

12 ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?

Como en el caso de Nicodemo, la mujer que participa en esta conversación representa a una persona que normalmente está acostumbrada a usar solamente la mente mundana y los sentidos físicos. No siendo capaz de reconocer de inmediato la real presencia que tiene ante sí, hace la observación de que no tiene un cubo y un cable para sacar el agua. Pero, como veremos en los

versículos que siguen, sus ojos empiezan a abrirse gradualmente hasta que ella llega a darse cuenta de que está en la presencia de un profeta.

Este episodio puede ser también una descripción de la iluminación directa que logra un aspirante (*la mujer venía a buscar agua*), o de los pasos en el sendero por los cuales el neófito es conducido por el hierofante a la experiencia de su propia naturaleza divina (el *pozo*) y la inagotable medida de su fuerza vital (el *agua*).

El versículo 12 muestra las tendencias y limitaciones de la mentalidad objetiva y razonadora, que continúa obstruyendo o por lo menos demorando la entrada en el estado de iluminación. La mujer le hace a Jesús unas preguntas muy naturales y puramente físicas acerca de él mismo y del pozo.

Jn. 4: 13 Jesús le respondió: Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed;

14 pero el que bebe del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna.

Esta persistencia de Jesús hace que gradualmente se abra la visión divina dentro de la mente buscadora.

En este incidente, el agua cambia sus significados simbólicos normales: el espacio en el Macrocosmo, o las emociones humanas en el microcosmo. El término *agua viva* implica aquí una verdad que se percibe por medios supra-mentales o intuitivos.

Por tanto, es completamente correcta la afirmación que hace Jesús de que todo el que bebe agua ordinaria

seguirá sintiendo sed continuamente; pues la emoción, excepto en sus formas más delicadas y elevadas, nunca puede ser satisfecha o saciada sino temporalmente, e inevitablemente es seguida por más sed.

En cambio, el *agua viva* llena las más elevadas aspiraciones del corazón y de la mente del aspirante; pues siendo la sabiduría espiritual más pura otorga verdades eternas e inalterables y también la facultad de comprenderlas bien. Estos dones se derivan del principio de sabiduría espiritual o naturaleza Crística en el hombre, y por tanto el Salvador está diciéndole simbólicamente una verdad a la samaritana que es una personificación del hombre mortal que anda en busca de la verdad.

Es muy apropiado el encuentro de Jesús y la samaritana en el pozo, pues un pozo es no sólo un receptáculo de agua sino una fuente de donde puede ser extraída el agua. Más aún, este pozo tenía características especiales pues había estado asociado con un patriarca y sabio de tiempos anteriores. Este pozo indica las aguas vivas de la Sabiduría Perenne, descubiertas y prodigadas a la humanidad por los antiguos sabios.

Visto así este episodio, describe un proceso interior que tiene lugar en lo profundo de un hombre que está ya en el umbral del despertar espiritual. La *samaritana* personifica a todos los buscadores de luz y verdad a través de las edades, que han sentido 'sed' y acuden a un pozo para aplacarla.

Como ha sucedido en todos los tiempos, cuando un aspirante está listo aparece un Maestro que le instruye

acerca del sendero de la iluminación interior y le da las aguas vivas; esto no ha dejado de suceder jamás.

Jn. 4:15 Le dice la mujer: Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla.

El aspirante responde, y se da cuenta de que su sed no puede ser saciada en un pozo externo y no tendrá que buscar más pozos de esos. A la luz de la presencia del Maestro observa y reconoce que la verdad está dentro.

Jn. 4: 16 Jesús le dice: Vete, llama a tu marido y vuelve acá.

17 Respondió la mujer: No tengo marido. Jesús le dice: Bien has dicho que no tienes marido,

18 porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad.

19 Le dice la mujer: Señor, veo que eres un profeta.

Jesús muestra conocimientos muy privados acerca de la samaritana, que normalmente no hubiera podido tener, al hablar de cosas de su vida doméstica y matrimonial. Esta revelación de sus poderes super-normales de percepción, logró su objetivo de ganar la atención de la mujer y abrir su intuición, pues ella le reconoció como un profeta, y no sólo le escuchó con una mente abierta sino que también trajo a muchos otros a donde él para que recibieran su sabiduría. Esto último le facilitó a Jesús el cumplimiento de su misión en ese momento.

Los *maridos* podríamos considerarlos como perso-

nificaciones de las potencias monádicas que se expresan como voluntad, sabiduría, inteligencia, emoción y actividad física. Sin embargo, en este caso es tal vez más adecuado considerarlos como seres humanos que habían jugado un papel en la vida de la samaritana, como lo percibió Jesús.

El hecho de que la samaritana hubiera estado casada cinco veces o más o ninguna, no es tan importante como la enseñanza acerca del agua viva, la iluminación que se le otorgó para que reconociera que Jesús era el Mesías, y el despertar en el pueblo de Samaria el interés por sus enseñanzas.

Como Jesús mismo dijo más adelante, este interés le brindó oportunidades adicionales para cumplir su misión divina que le había sido encomendada por su Padre celestial. Además, fue durante este episodio que Jesús admitió y hasta proclamó que él era el Mesías cuya venida habían anunciado los profetas.

Jesús es una representación en este episodio de *la Fuente de la revelación divina* que existe dentro de la humanidad: el Yo espiritual. Y el antiguo pozo con su inagotable provisión de agua viva representa un estado de conciencia espiritual y también un templo no hecho con las manos.

Jn. 4:27 En esto llegaron sus discípulos y quedaron sorprendidos de que hablara con una mujer. Pero nadie le dijo: ¿Qué quieres? O ¿Qué hablas con ella?

Es evidente que los discípulos no habían presenciado esta entrevista sumamente íntima y personal. El hecho de que no hiciera ninguna pregunta al llegar a la

escena en que su Maestro, un judío, se encontraba en conversación aparentemente privada con una samaritana, indica que comprendieron inmediatamente el verdadero carácter del episodio.

Jn. 4: 28 La mujer, dejando su cántaro, se fue a la ciudad y dijo a la gente:

29 Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?

30 Salieron de la ciudad e iban donde él.

La formación que Jesús seguramente recibió durante los años tempranos de su vida, y el descenso del Espíritu Santo sobre él en su Bautismo, le capacitaron para hacer llegar a la mente de la mujer de Samaria algunas enseñanzas profundas (el agua viva) y ganar su confianza y asentimiento; es decir, para despertar en ella algunos de los poderes super-normales de percepción intuitiva.

Cuando la mujer se sintió así convencida, corrió a llevar a su propia gente la buena nueva de la existencia del Mesías, con el resultado de que aumentó el número de los que querían oírle.

Jn. 4: 31 Entretanto, los discípulos le insistían diciendo: Rabbí, come.

32 Pero él les dijo: Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis.

33 Los discípulos se decían unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer?

34 Les dice Jesús: Mi alimento es hacer la volun-

tad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra.

La analogía del agua viva como representación de la sabiduría espiritual, se extiende ahora para incluir la idea de una forma de alimento que tampoco es física sino intelectual y espiritual.

El “alimento que vosotros no sabéis” simboliza el conocimiento de las leyes de la Vida superior, de la misión de Jesús para la humanidad, y del poder volitivo de Dios necesario para cumplir semejante misión.

San Juan describe a Jesús en este período de su vida, y también hasta su muerte, como un ser que ha entrado en un elevado estado de iluminación y poder espiritual, como conviene al “Verbo que se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn. 1:14). Para un ser que está bajo la elevación de semejante experiencia interior, la necesidad de alimento físico tenderá a disminuir sino a desaparecer por completo.

Jn. 4:35 ¿No decís vosotros: Cuatro meses más y llega la siega? Pues bien, yo os digo: Alzad vuestros ojos y ved los campos, que blanquean ya para la siega.

Simbólicamente se tratan aquí las estaciones del año y las actividades agrícolas apropiadas a cada una de ellas. Pero el tiempo superfísico es diferente al tiempo físico, de suerte que en la siembra de semillas espirituales el segar puede seguir casi inmediatamente al sembrar. Es decir, las enseñanzas de verdades perdurables y la transferencia de poderes espirituales pueden despertar la intuición de los beneficiarios casi inmediatamente. Tal vez la siega a que Jesús se refería consistía en la iluminación a la samaritana y en la exitosa difusión de sus

enseñanzas al pueblo de ella.

Jn. 4:36 Y el segador recibe el salario, y recoge fruto para su vida eterna, de modo que el sembrador se alegra igual que el segador.

Jesús durante toda su misión escoge para sus enseñanzas analogías de las labores agrícolas de sus oyentes. *Sembrar* y *segar* producen mucho fruto en forma de conocimientos y sabiduría percibidos intuitivamente. Junto con estos frutos se alcanza el poder de aplicarlos inteligentemente para aliviar las necesidades espirituales y materiales de la humanidad. A estos dones espirituales se les considera como 'el salario'.

Jn. 4: 37 Porque en esto resulta verdadero el refrán de que uno es el que siembra y otro el que siega:

38 Yo os he enviado a segar lo que vosotros no habéis trabajado. Otros trabajaron y vosotros os aprovecháis de su trabajo.

O los incidentes están mal relatados, o el documento original está mal traducido, o se están revelando verdades profundamente espirituales. Por muy contradictorias e injustas que parezcan ser superficialmente estas afirmaciones, puede discernirse en ellas un significado interno, si consideramos metafóricamente los términos *sembrar* y *segar*.

Jesús puede haber estado halando a sus discípulos con un sentido simbólico y no obstante muy directamente, cuando les dice que segaron aprovechándose de la siembra o trabajo de otros. Como discípulos de un instructor superiormente evolucionado y divinamente

inspirado, ellos estaban participando de la vida interna y de la tradición secreta. Los que siguen esta senda, verdaderamente siegan lo que otros han sembrado.

Desde los tiempos más remotos, desde los comienzos mismos de la vida humana sobre el planeta, hombres y mujeres han buscado y han descubierto intuitivamente, no sólo verdades eternas sino también los métodos por los cuales poder realizar directamente esas verdades y aplicarlas a sus propias vidas.

Esta siembra metafórica de las semillas de sabiduría, continúa siempre, con el resultado de que todo el que entra en el sendero, como entraron en esos días los discípulos recién llamados, se beneficia o se aprovecha de lo que sus predecesores buscaron y descubrieron.

Conforme a esto, ningún aspirante sincero y desinteresado, que se esfuerce por comprender los principios subyacentes que gobiernan tanto la vida material como la espiritual, está nunca solo o abandonado a sus propios esfuerzos. Su instructor o Maestro le revelará gradualmente la sabiduría acumulada y transmitida a través de las edades.

Esto, a su vez, constituye la siega de siembras anteriores en este 'campo' altamente especializado; la siega de conocimientos adquiridos directamente, de sabiduría obtenida personalmente, de poder volitivo aplicable tanto a la vida espiritual como a la mundana del hombre altamente desarrollado.

En este sentido es cierto que todo discípulo de un Maestro siega lo que no ha trabajado. Entendidas así estas palabras de Jesús, no puede encontrarse en ellas

la más leve injusticia o violación de las reglas sobre las cuales está basada la justicia. En cambio, si las leemos literalmente, encontraremos en ellas una grave injusticia.

Jn. 4:39 Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: Me ha dicho todo lo que he hecho.

Parece como abrupto el modo de terminar el discurso, pero hay que tener en cuenta que Jesús estaba instruyendo a los discípulos para trabajar en este campo. Los resultados de semejante trabajo y ministerio se verán luego como una mayor receptividad a la Sabiduría Antigua y un aumento en el número de quienes habrían de buscar y hallar la antigua senda y seguirla. La samaritana habló a su gente de los poderes y la sabiduría de Jesús, y esto los atrajo.

Jn. 4: 40 Cuando llegaron donde él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días.

41 Y fueron muchos los que creyeron por sus palabras,

42 y decían a la mujer: Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo.

Los ciudadanos de Samaria que llegaron a donde Jesús a escucharle, y en consecuencia fueron iluminados, representan a los hombres y mujeres de toda época que llegan a encontrar su propia luz y descubrir su propia verdad.

Si bien son ayudados por las enseñanzas de prede-

cesores, su convicción final es el fruto de una iluminación mental interior y superiormente intuitiva. Este poder espiritual individual, esta sabiduría y capacidad para armonizarse, están personificados por Jesucristo a lo largo de todo el relato evangélico.

Si se aplica una interpretación puramente mística a todo este episodio, entonces la mujer de Samaria personifica al alma humana inmortal y en evolución, en su vestidura de luz. Y Samaria y sus gentes personifican al hombre mortal con su mente, emoción y cuerpo físico.

El encuentro con Jesús puede tomarse como una descripción alegórica del despertar de la percepción y sabiduría dentro del Yo espiritual, y su activación. Cuyo despertar conduce a la iluminación de la mente y del cerebro del hombre exterior por aquella sabiduría a la que Jesús alude como *agua viva*.

Visto de esta manera, el episodio en su totalidad es una descripción de la experiencia interior de una persona que busca lograr descubrir aquellas verdades que ya habían sido encontradas antes por sus predecesores. No una sabiduría puramente mundana, sino verdades espirituales percibidas profundamente (*agua de un pozo*), que se refieren a la Vida perenne sobre la cual están basados estos mundos fenomenales.

Jn. 4: 43 Pasados los dos días, partió de allí para Galilea.

44 Pues Jesús mismo había afirmado que un profeta no goza de estima en su tierra.

45 Cuando llegó a Galilea, los galileos le hicieron un buen recibimiento, porque habían visto todo lo que

había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta.

El lugar de nacimiento del Salvador y las gentes que allí vivían, representan las tendencias de la mente y el cerebro a resistirse, y también la familiaridad con la persona que puede impedir el reconocimiento de que gozó Jesús fuera de Nazaret. Estos rechazos y aceptaciones pueden referirse específicamente a las actitudes de diferentes miembros de una familia en la que nace una gran alma, como en los casos de Osiris, Tifón, Buddha y Devatta.

Galilea, con su hermoso lago, las costas y colinas circundantes, y su gente, también puede considerarse como indicación de cierto estado mental propicio a la iluminación espiritual o percepción intuitiva en general. También puede significar el reconocimiento de un instructor espiritual y de la sabiduría que él enseña, como resultado de una experiencia interna.

Jn. 4: 46 Volvió pues de Galilea a Caná donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm.

47 Cuando se enteró de que Jesús había venido de Judea a Galilea, fue donde él y le rogaba que bajase a curar a su hijo, pues estaba a la muerte.

48 Entonces Jesús le dijo: Si no veis señales y prodigios, no creéis.

49 Le dice el funcionario: Señor, baja antes que se muera mi hijo.

50 Jesús le dice: Vete, que tu hijo vive. Creyó el

hombre en la palabra que Jesús le había dicho y se puso en camino.

51 Cuando bajaba, le salieron al encuentro sus siervos, y le dijeron que su hijo vivía.

52 Él les preguntó entonces la hora en que se sintió mejor. Ellos le dijeron: Ayer a la hora séptima le dejó la fiebre.

53 El padre comprobó entonces que era la misma hora en que le había dicho Jesús: Tu hijo vive; y creyó en él y toda su familia.

54 Esta fue la segunda señal que realizó Jesús cuando volvió de Judea a Galilea.

Este dramático y hermoso episodio describe un poder que alcanza a todo aquel que controla las barreras normales de lugar y distancia y puede actuar en otro sitio, ya sea en forma natural o super-normal. El Yo espiritual plenamente desarrollado, trasciende los límites que físicamente separan posiciones geográficas. Las distancias no constituyen obstáculos para el hombre perfecto que quiera proyectar o manifestar su poder.

La curación del hijo del funcionario, hecha a distancia, constituye una demostración hecha por Jesús de su capacidad de trascender el espacio. Esta capacidad está latente en todo individuo. Normalmente no se da cuenta de ella, porque la *fiebre* en que vive por la agitada actividad de su mente y emociones se lo impide; no puede lograr quietud interior (o recobrar la salud), para obtener la iluminación.

Tal como Jesús aquietó la tempestad en lo más vio-

lento de una tormenta, así en este caso redujo la fiebre que el muchacho estaba padeciendo, con lo cual lo salvó de la 'muerte' espiritual. El padre personifica la intuición innata y también el estado mental que alcanza el que busca la verdad y la percibe internamente como resultado de su desenvolvimiento evolutivo.

Recuérdese que estas interpretaciones místicas y psicológicas no tienen la intención de provocar dudas sobre la historicidad de los Evangelios sino mostrar algo del proceso evolutivo que está ocurriendo en todo hombre sin que nos demos cuenta, el cual podemos acelerar si nos proponemos poner en práctica las enseñanzas de Jesús.

Capítulo VII

ACELERAR LA ACCIÓN KÁRMICA

El paralítico en Betesda

Este capítulo cambia la localidad, de los campos de Galilea a la ciudad capital Jerusalén. En todo caso, Jesús continúa en esta faz de su vida su compasivo ministerio, curando a los enfermos, ya fuese a las orillas de un lago, o en las faldas de las colinas y montes, o en las calles de una ciudad.

Jn. 5: 1 Después de esto, hubo una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén.

2 Hay en Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, una piscina que se llama en hebreo Betesda, con cinco pórticos.

3 En ellos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando la agitación del agua.

4 Porque el Ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua; y el primero que se metía después de la agitación del agua, quedaba curado de cualquier mal que tuviera.

La escena en Betesda es realmente triste, con esa multitud de enfermos que aguardan con la esperanza de ser curados, aunque uno solo de entre ellos ha de conseguirlo. Este hecho es tan dudoso y los incidentes son tan poco comunes, que se impone una interpretación simbólica.

Quizá la multitud de enfermos representa a casi el total de la humanidad, pues casi todos sus miembros carecen de buena salud a juzgar por la condición de sus mentes y emociones, y sus relaciones y conducta. Desde este punto de vista, sólo están sanos los que obedecen los dictados de su conciencia día tras día en la conducción de sus vidas. Y cuando los desobedecen se agitan ciertamente las “aguas” de sus vidas, no por la acción externa de un ángel sino por la acción interna de la ley de justicia perfecta, Karma.

Jn. 5: 5 Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo.

6 Jesús, viéndolo tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dice: ¿Quieres curarte?

7 Le respondió el enfermo: Señor, no tengo nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua; y mientras yo voy, otro baja antes que yo.

8 Jesús le dice: Levántate, toma tu camilla y anda.

9 Y al instante el hombre quedó curado, tomó su camilla y se puso a andar. Pero era sábado aquel día.

Se nos presentan aquí dos hechos super-normales. Primero, Jesús supo, por medio de su visión interna, que el hombre que iba a ser curado había esperado largo tiempo ser el primero en entrar a la piscina. Segundo, Jesús, con su poder divino, curó al hombre que estaba en su camilla. Actos semejantes están dentro del poder de un Maestro cuando la ley de Karma lo permite.

También puede interpretarse esta narración como una alegoría que describe el logro de la iluminación o plenitud espiritual, intelectual y personal. La *parálisis* corporal que este hombre sufría, significa una condición mental en la que la mente se ha vuelto tan rígida y tan inmovible que hace casi imposible que funcionen la razón y la intuición. Esta es una parálisis de la peor clase pero que es demasiado común entre las multitudes humanas.

Debe llegar un momento en que el Yo interno se hace sentir suficientemente para que la persona reconozca esa parálisis y quiera actuar para librarse de ella (acudir a la piscina sanadora). Pero también su naturaleza Crística interna (Jesús) debe ser suficientemente poderosa para librar a la mente de su parálisis. Entonces el individuo se cura.

Este efecto, esencialmente interno y psicológico, libera de sus aflicciones tanto al cuerpo como a la mente cerebral rígida e intolerante. Simbólicamente, el enfermo está listo para responder al mandato interno de levantarse, tomar su lecho y andar. Por la acción directa de la sabiduría intuitiva que ha despertado, queda restaurada la libertad de movimiento y de actividad mental.

El que sufre de esta dolencia puede merecer ayuda adicional cuando reconoce su incapacidad, como en este caso en que al ser interrogado por Jesús contesta describiendo sus dificultades. Muestra que reconoce sus deficiencias y que tiene esperanza de ser curado de su "parálisis". Esto es lo que algunas escuelas de desenvol-

vimiento espiritual consideran como la primera necesidad para alcanzar la iluminación: un anhelo sincero e intenso por aquella plenitud que proviene del conocimiento de nuestra propia naturaleza divina, y por unirnos con Dios.

Cuando la naturaleza Crística puede entrar a actuar, hace que la personalidad toda se corrija y se armonice. Los Evangelios describen este resultado alegóricamente como curaciones milagrosas de enfermos y resucitaciones de muertos. En Lucas 11:9-10 Jesús mismo habla de este requisito así:

Yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

El *ángel que agita las aguas* de la piscina de Betesda, indica un estado de conciencia que ya no es rígidamente material sino que busca y está abierto a lo invisible y espiritual de la índole humana.

Agitar las aguas puede implicar que carga sus partículas con un tipo especial de energía que hace que la persona que entre en las aguas se cure de sus males. En eso consiste lo milagroso de este relato que incluye dos actos super-normales, uno por un ángel y otro por Jesús.

Jn. 5: 10 Por eso los judíos decían al que había sido curado: Es sábado y no te está permitido llevar la camilla.

11 Él les respondió: El que me ha curado me ha dicho: Toma tu camilla y anda.

12 Ellos le preguntaron: ¿Quién es el que te ha

dicho, tómala y anda?

13 Pero el enfermo no sabía quién era, porque Jesús había desaparecido entre la gente que había en aquel lugar.

14 Más tarde Jesús le encuentra en el Templo y le dice: Mira, estás curado; no peques más, para que no te suceda algo peor.

15 El hombre se fue a decir a los judíos que era Jesús el que le había curado.

16 Los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado.

San Juan refleja aquí en agudo contraste dos actitudes: la de Jesús que cura y ayuda sin tener en cuenta las rígidas reglas de la teología cristalizada, y la de la gente que considera que las reglas son más importantes que devolver la salud a un enfermo.

Para el hombre ortodoxo, el formalismo es lo primero. Pero para el hombre que se ha convertido en perfecto, el formalismo no tiene cabida. Los primeros indicios de la enemistad de los judíos ortodoxos contra Jesús, empiezan a notarse.

En estos versículos podemos discernir también que Jesús enuncia dos principios importantes que gobiernan la salud o enfermedad de los hombres:

- 1) El estado mental y la desatención a la voz de la conciencia, que puede influir directamente en la condición de una persona; y,
- 2) La enfermedad es el resultado de infringir la ley, o sea

‘pecar’.

Las palabras de Jesús “no peques más”, parecen indicar claramente que la parálisis de este hombre era el resultado de sus actos anteriores, bajo la ley kármica.

Jn. 5: 17 Pero Jesús les replicó: Mi Padre trabaja siempre, y yo también trabajo.

18 Los judíos, trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a si mismo igual a Dios.

19 Jesús, pues, tomando la palabra, les decía: En verdad, en verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo.

20 Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que él hace. Y le mostrará obras aún mayores que éstas, y vosotros os asombraréis.

23 Para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que le ha enviado.

Muchos de los versículos restantes de este Evangelio de Juan describen la Filiación de Jesús y su unidad con el Padre.

Lo que Jesús dice se aplica a todo ser humano, aunque pocos hombres puedan ser conscientes de ello. La respuesta que Jesús dio a los judíos muestra que él tenía una estatura evolutiva sumamente avanzada y, en consecuencia, una realización plena de su Filiación Divina y de que su elevadísimo apostolado dependía de

Dios.

Más de una vez Jesús indicó que todo hombre es un dios. Esta misma afirmación se encuentra en las escrituras de otras religiones. En el *Bhagavad-Gitâ* se describe al Segundo Aspecto de la Divinidad como “el Inmortal Gobernador Interno entronizado en el corazón de todos los seres”. En las epístolas de San Pablo encontramos frases como éstas:

¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (I Cor. 3:16).

Cristo entre vosotros, la esperanza de gloria. (Col. 1:27).

Trabajad con temor y temblor por vuestra salvación, pues Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece. (Fil. 2:12-13).

Jesús mismo afirmó que para él era una realidad esta profunda unidad con Dios, al decir:

El Padre y yo somos una sola cosa. (Jn. 10:30).

De diversas maneras, pues, se ha definido al hombre como un dios en su propia naturaleza, una Mónada de la Esencia Divina Única, una chispa dentro de la Llama Única que en el cristianismo recibe el nombre de Dios. Esta divinidad interior es la realidad suprema de todo ser humano.

Jesús no estaba pretendiendo para si mismo nada más de lo que es cierto para todos los hombres. La diferencia entre Jesús y nosotros consiste solamente en el grado en que esta Divinidad se ha realizado conscientemente y se ha convertido por tanto en un principio que gobierna nuestra vida, y en una fuente de poder y una

guía cierta.

En los hombres que no están espiritualmente iluminados es como si desgraciadamente esta realidad no existiera. Pero en Jesús esa realidad es continua y completa.

En los versículos que hemos considerado, Jesús afirma este conocimiento y la importancia que tiene en la vida de todos los hombres por los *efectos* presentes y futuros de realizar nuestra filiación con Dios, quien en un sentido espiritual es el Padre de todos.

Al considerar la trascendencia de estas afirmaciones hechas por Jesús, uno se siente inclinado a dudar de que las hiciera públicamente. ¿No será posible que fueran instrucciones privadas que dio a sus discípulos y a otras personas más íntimamente asociadas con él?

Sea como sea, nuestro deber, ya que han llegado a nuestro conocimiento, es procurar vivir de acuerdo con ellas para acelerar la acción de la ley kármica sobre nuestro despertar espiritual. Por algo las hemos conocido. . . .

Capítulo VIII

DAR ALIMENTO ESPIRITUAL

Discurso Eucarístico en Cafarnaúm

Como en el caso de otros instructores espirituales de la Sabiduría Perenne, Jesús también efectuaba manifiestos milagros con el objeto de atraer la atención de las gentes y abrir su intuición a verdades profundamente espirituales que de otra manera probablemente rechazarían por estar fuera de su capacidad de comprensión intelectual. Se trataba de hacerlos receptivos a ideas profundas concernientes a la vida espiritual o interna. Un ejemplo de esto lo tenemos en su discurso eucarístico a los judíos en la sinagoga de Cafarnaúm.

Jn. 6: 47 En verdad, en verdad os digo: el que cree, tiene vida eterna.

48 Yo soy el pan de la vida.

49 Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron;

50 este es el pan que baja del cielo, para que lo coman y no mueran.

51 Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne que yo daré por la vida del mundo.

52 Discutían entre si los judíos y decían: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

53 Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.

54 El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día.

Tal como antes se hizo una distinción entre el agua física y el 'agua viva', así en estos versículos se hace una distinción entre el pan natural y el pan espiritual.

Los israelitas, recuérdese, habían sido salvados de inanición en el desierto por medio del maná. Y recientemente las multitudes habían sido alimentadas por Jesús, casi milagrosamente, con sólo cinco panes.

En este discurso, Jesús se identifica con el pan vivo o celestial. Es claro que la palabra pan se usa simbólicamente, y puede interpretarse que se refiere a la naturaleza inmortal del hombre y sus atributos divinos. En cambio el pan físico se refiere a la naturaleza mortal del hombre y sus atributos perecederos, notoriamente el de la muerte inevitable.

Las palabras de Jesús pueden interpretarse, pues, como un consejo de comer 'pan vivo', o sea participar en la vida de la naturaleza espiritual del hombre, que es inmune a la muerte. El que piensa y vive solamente como un hombre natural de carne y hueso, está destinado a morir. Mientras que el que se establece en la realización de su naturaleza espiritual sempiterna, no morirá jamás sino que vivirá siempre en su Yo real.

Jesús se ofrece, pues, como un mediador entre estos dos aspectos del hombre: el divino o 'Padre en el Cielo' y el corporal cuya naturaleza es la única que es

normalmente consciente. Estos versículos pueden leerse, pues, como una enseñanza concerniente a la constitución del hombre, y también como una exhortación al descubrimiento de sí mismo. Metafóricamente, Jesús se proclama él mismo como un compuesto de aquella carne y sangre que otorga vida inmortal a quien la consume.

Jn. 6: 60 Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?

61 Sabiendo Jesús en su interior que los discípulos murmuraban por esto, les dijo: ¿Esto os escandaliza?

Esto indica que muchos de sus oyentes tomaban literalmente las palabras de Jesús. Pero, si consideramos a Jesús no solamente como un personaje histórico sino también como una representación del Cristo-en-nosotros o el místico poder y vida y conocimiento del hombre espiritual, entonces se vuelven inteligibles las palabras de Jesús manifiestamente difíciles.

En los templos de los misterios en Egipto, Grecia y otras civilizaciones más antiguas, el conocimiento de la naturaleza tanto de la muerte física como de la vida eterna y la resurrección, eran temas centrales de estudio. Los que han estudiado la filosofía antigua y las breves declaraciones sobre el tema de la muerte de lo que dejaron constancia algunos iniciados de esos templos, poseen indicios de ciertas ceremonias tales como aquella en que el iniciado caía en éxtasis o 'muerte' figurada. Mientras su cuerpo estaba inconsciente, su Yo interno, libre del cuerpo, estaba plenamente consciente de su propia naturaleza inmortal, de su Ser divino y eterno, y

por tanto de su inmunidad a la muerte. Al regresar a su cuerpo o resucitar “de entre los muertos”, el iniciado recordaba las experiencias por las que había pasado.

De ahí en adelante, la muerte no guarda para él terror alguno, pues sabe por experiencia propia que él mismo no puede morir. En las ceremonias de los misterios Menores todo esto se hace simbólicamente, y la *muerte* es apenas figurada y no implica pérdida de conciencia.

Al recordar estas tradiciones de los antiguos Misterios, y leer estos versículos, se nota un estrecho parecido entre las dos fuentes de conocimiento. Lo cual apoya la posibilidad de que los actos y enseñanzas de Jesús durante esta parte primera de su ministerio, pueden referirse a las enseñanzas secretas que se daban en los templos de los antiguos misterios. De otra manera resultaría incomprensible una lectura literal de las palabras de Jesús.

Jn. 6: 66 Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él.

Si se pregunta por qué Jesús hablaba de si mismo en términos que inevitablemente alejaban al público y también a algunos de los discípulos, puede contestarse que esos son los efectos de las enseñanzas internas, las cuales, por tanto, no son adecuadas sino para ciertos grados avanzados. Estas enseñanzas no son de ninguna manera apropiadas para la humanidad en general, pues si bien a algunos neófitos capaces de comprenderlas les benefician, al público pueden parecerle habladería sin sentido o egotistas pretensiones de una misión divina.

EL DISCIPULADO CRÍSTICO
SEGÚN EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

Tercera Parte

CONTENIDO (3ª PARTE)

EL DISCIPULADO CRÍSTICO SEGÚN EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

INTRODUCCIÓN	211
Capítulo I	
FELICIDADES DEL DISCIPULADO	
Las Bienaventuranzas	213
Sal de la Tierra y Luz del Mundo	223
Cumplimiento de la Ley	227
La Ley Crística	231
CAPÍTULO II	
TESOROS DEL DISCÍPULO	
La Limosna en Secreto	249
El Padre Nuestro	255
El Ayuno en Secreto	262
El Tesoro Inagotable	264
Integridad de Carácter	267
Entrega Total en Dios	269
Confianza Total en Dios	271
CAPÍTULO III	
RECOMENDACIONES A LOS ASPIRANTES	
No Juzgar	277
No Profanar lo Santo	280
Orar Desinteresadamente	281
La Regla de Oro	284
Preferir la Entrada Estrecha	286
Cuardarse de Falsos Profetas	288
Practicar lo que se Profesa	292

INTRODUCCIÓN

El Señor Cristo no solamente dejó a la humanidad los *Sacramentos*, ese don maravilloso y no suficientemente apreciado, por cuyo medio se vivifica el germen divino que existe en todo ser humano y así se acelera la perfección de la humanidad.

Dejó también instrucciones muy prácticas y valiosas sobre lo que el hombre debe hacer para educar, purificar y afinar sus cuerpos a fin de que los Sacramentos surtan mejor su efecto y la naturaleza divina del hombre pueda expresarse mejor a través de su naturaleza humana.

Esas indicaciones o instrucciones pueden encontrarse en los Evangelios y Epístolas que forman el Nuevo Testamento, leídas y ponderadas a la luz de la conciencia superior.

En este volumen presentamos la interpretación teosófica que el señor Geoffrey Hodson hace del famoso *Sermón de la Montaña*, en el cual Jesús da indicaciones sobre lo que ha de practicar el que aspire a ser discípulo y servidor de Cristo.

La tomamos de la quinta parte del libro sobre *La Vida de Jesús*, del cual hemos presentado otros capítulos en los dos tomos anteriores, y esperamos presentar otros en volúmenes posteriores.

Walter Ballesteros.

Capítulo I

FELICIDADES DEL DISCIPULADO

Las Bienaventuranzas

Las *Bienaventuranzas* presentan antiquísimos aforismos que constituyen el corazón de las enseñanzas dadas por todo Maestro espiritual. Es evidente en ellas, que Jesús, después de haber estado ministrando a las multitudes durante largo tiempo, veía la necesidad de moverlos aún más a renovarse.

Mt. 5:1 Viendo a la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron.

El *monte* puede significar que Jesús, retirado dentro de su propia conciencia superior, contempla lo divino dentro de sí mismo y del universo, se acerca más a los miembros del círculo interno de sus amigos, y comparte con ellos ciertos aforismos de la Sabiduría Perenne con los que estaba bien identificado.

Este *Sermón* puede considerarse como una alegoría que describe el proceso de alquimia espiritual que purifica y refina y transmuta el plomo de la naturaleza mortal del hombre en el oro fino de la espiritualidad libre de escorias. Quedan finalmente extirpados los deseos egoístas. Queda trascendido el vivir para sí mismo. Y se reconoce que el poder mundano es un objetivo carente de valor y un obstáculo para el desenvolvimiento espiritual.

Por ese proceso, las cualidades espirituales de discernimiento, desprendimiento y desinterés personal absoluto, se combinan con un amor desinteresado a todo cuanto vive, a todos los que sufren y guardan esperanzas, y se convierten en poderes vivientes en la vida de un salvador y servidor de la humanidad.

Jesús dio ejemplo del espíritu del Sermón de la Montaña a través de toda su vida, y especialmente en Getsemaní cuando con total entrega de sí mismo dijo: “No sea como yo quiero, sino como quieras tú”. (Mt. 26:39). Esta es ciertamente la manifestación suprema del desinterés, la cima de aquel “monte” desde el cual predicó el gran sermón.

Mt. 5: 2 Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo:

3 Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Este notable aforismo puede considerarse como descriptivo de la vía hacia la plena iluminación y la actitud hacia la vida de los que la han seguido hasta el final. La palabra *bienaventurados* indica un estado interior de conciencia que se alcanza como resultado del deliberado olvido de sí mismo. Esto llega ya sea como fruto de la evolución natural, o como producto de la práctica del yoga real cuando se alcanza un completo desapasionamiento porque se ha realizado la unidad con la esencia espiritual del universo.

Por tanto, no implica únicamente que se reciben bendiciones de lo alto, sino también un elevado estado de bienaventuranza, de inmortalidad o liberación de las

limitaciones terrenales; aquella condición de los que se han hecho perfectos, están plenamente iluminados y son, por tanto, inmortales.

Pobreza de espíritu indica una total ausencia de egoísmo y orgullo, una humildad y modestia perfectamente natural en vez de esos defectos. El sentimiento de separatividad ha sido completamente trascendido, dejando en su lugar la realización de la unidad con la Vida universal. Un sentido exagerado de sí mismo como individualidad, es un impedimento para lograr la conciencia universalizada. En cambio, en los pobres de espíritu no existen ya aquellos atributos humanos que van asociados con la idea de separatividad.

Poseer el Reino de los Cielos indica el resultado de emerger de la crisálida del egoísmo. Como mariposa que se siente libre en el aire, se experimenta completa libertad dentro de la existencia universal y la totalidad e infinitud de la Vida. El hombre sale del estado de crisálida, el cual tiene sus ventajas y también sus limitaciones temporales, y lo reemplaza por la libertad de un estado superior e impersonal, el cual se describe en este aforismo como el Reino de los Cielos.

Mt. 5:4 Bienaventurados los humildes, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

Aquí la *humildad* no implica debilidad. Se refiere más bien a una actitud en la que no hay nada de afán de hacer sentir las pretensiones de uno mismo. Los que están verdaderamente iluminados no experimentan jamás la más leve necesidad de hacerse sentir. Saben que el único que realmente existe es el Ser Supremo, y han

trascendido el ilusorio sentido humano de un yo personal.

Los que han alcanzado esa actitud atienden su vida y sus relaciones con otros de una manera que no es hipócritamente mansa ni falsamente humilde y modesta. Están completamente libres de toda pretensión, incluso de respuestas que halaguen el orgullo o la bolsa. Aunque parezca extraño y contradictorio, el resultado es que logran una realeza interna y una abundancia interior suficiente para atender perpetuamente a todas las necesidades espirituales, mentales y hasta materiales.

Mt. 5:5 Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Las afirmaciones del Sermón de la Montaña aseguran que el despojarse de sí mismo no produce pérdida sino ganancia desde un punto de vista más elevado. Si bien los que aspiran a la vida espiritual han descubierto esta verdad, el mundo en general está lejos de ello en la actual fase de su evolución, pues la mente, a pesar de sus magníficas capacidades, muestra los defectos de la codicia, el egoísmo y el orgullo del yo separado.

Naciones e individuos se niegan a adoptar una actitud de desinterés y generosidad, y así provocan todos los males que afligen a la humanidad. Aplicar el Sermón de la Montaña a los asuntos mundanos y personales es la única solución a los problemas críticos con los que ahora se enfrenta la humanidad.

El verdadero desinterés trae a los que *lloran* el conocimiento de que los seres queridos que se han ido todavía viven, aman y comparten los secretos del cora-

zón y de la mente. La muerte no es un misterio pavoroso para los que han alcanzado la fase evolutiva descrita en estos aforismos, pues han experimentado directamente la inmortalidad de su propio Yo espiritual y el de todos los hombres. Los fortalece un conocimiento interior superior a toda ayuda externa.

Mt. 5:6 Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Leyendo y meditando sobre estos grandes aforismos, uno puede sentirse transportado en pensamiento a aquellas reuniones íntimas en las que Jesús instruía a sus discípulos sobre el camino de la vida espiritual porque veía que estaban en condiciones de poder practicar semejantes ideales. Estas enseñanzas superiormente diferenciadas no podía darlas provechosamente Jesús a toda la gente que se reunía en torno suyo.

Mal comprendida e interpretada, y aplicada de modo tergiversado por gentes sin intuición, esta enseñanza podría parecer que implica entregarse a la pasividad y a la ausencia de todo esfuerzo por corregir las injusticias humanas, lo cual sólo podría conducir al desastre, a la frustración, a la pesadumbre y a la pobreza. Los santurriones que evitan el trabajo del mundo se convierten en zánganos que desangran a la comunidad y que estorban su propia evolución.

La promesa de *poseer en herencia la tierra*, por ejemplo, significa ser dueño y señor de la materia, de la existencia material y del propio cuerpo físico. La materia física deja de ser un adversario que se opone a la voluntad propia. El aspirante la ha conquistado, le ha

arrebatado sus secretos, y ha penetrado hasta su centro mismo que es el poder cósmico. Así ha quedado libre de las limitaciones de la materia, y metafóricamente posee en herencia la tierra con todas sus posibilidades y poderes.

Tan gran descubrimiento no es nada fácil. El aspirante ha de buscar el conocimiento que es poder, con todo su corazón y su mente y su espíritu. Aspira con intenso ardor; busca con determinación inquebrantable; llama con voluntad indomable, movido desde su interior para conocer la verdad y para aplicar luego ese conocimiento a la perfección de su vivir. En este sentido tiene *hambre y sed de justicia*, o sea de sabiduría pura para aplicarla rectamente en su vida diaria.

Este versículo le asegura a todo aspirante que la justicia puede alcanzarse en su más plena medida. Todo el Sermón apunta la actitud mental que es esencial para semejante logro. Esta actitud brota naturalmente cuando se trasciende la idea de la separatividad del yo personal.

Jesús está adiestrando a sus discípulos para alcanzar la conciencia de la Unidad, de la Totalidad del Ser Único, de la Existencia Única. Los versículos de las Bienaventuranzas describen la actitud resultante. Hay que buscar decididamente la perfección. Hay que trascender el egoísmo. La meta de todo esfuerzo ha de ser el conocimiento espiritual, la sabiduría y el poder.

Mt. 5:7 Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Este Sermón puede estudiarse como una guía para

el público en general sobre cómo proceder en la vida, aunque sus enseñanzas son difíciles de aplicar en la vida ordinaria del mundo. Pero también describe los frutos del desenvolvimiento espiritual. Los que han sido iluminados viven naturalmente llenos de compasión y por tanto son *misericordiosos*, con amor compasivo por todo lo que vive y sufre y padece necesidades. Este versículo suministra, pues, una guía para el modo de vivir, expone la ley de causa y efecto (*karma*), y describe un estado de conciencia espiritual.

Mt. 5:8 Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

La *limpieza de corazón* es un estado espiritual ciertamente muy elevado, especialmente si se considera como estar completamente libre de deseos personales de toda clase. En semejante estado, el corazón está abierto en una sola dirección, hacia fuera, sin que pueda entrar en él nada que sea indeseable. Desde este punto de vista más elevado, hay impureza en el corazón cuando se espera pago o recompensa como es corriente entre los hombres por esa tendencia profundamente grabada en su modo de ser. El hombre está acostumbrado a esperar pago o recompensa por cualquier esfuerzo y acción, especialmente si beneficia a otros. Esta actitud no puede en justicia condenarse o criticarse. El hombre necesita vivir. Necesita alimento y abrigo, y expresar sus emociones, y mantener ideas en su mente. Pueblos y naciones basan sus relaciones mutuas en esta regla de toma y daca, y si de ello resulta ganancia, tanto mejor.

Sin embargo, al alcanzar un nuevo nivel de concien-

cia más elevado, la motivación de ganancia personal o simple recompensa pierde su fuerza como acicate para la acción. Uno ve entonces que su aparente separación de los demás es ilusoria, y que esa ilusión se disuelve retirando todo lo que lo separa a uno de los demás. Pierde sentido el buscar ganancia para uno mismo. El entregarse uno mismo a su prójimo se convierte en una actitud perfectamente natural, el único modo racional de vivir.

Esta es la verdadera *pureza del corazón*, y los que la han alcanzado ven en todos los seres y en todas las cosas al Ser Divino Único en el universo. Como dice Jesús, “los limpios de corazón... verán a Dios”.

La pureza de corazón es el gran factor esencial de todas las virtudes, pues todas son vanas sin un interés inmaculado. El solo pensar en alguna recompensa, por espiritual que ella sea, mancha y anula en cierta medida todas las virtudes. Y también coloca una barrera en el camino hacia la conciencia Crística de la Unidad con todo lo que vive.

Mt. 5:9 Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Puesto que todos los hombres son hijos de Dios y merecen ese nombre, el término como lo usa aquí el Maestro debe tener un significado especial. Los que buscan la paz, con toda seguridad han establecido la paz en sí mismos. Lo cual implica dos condiciones: una relación completamente armoniosa entre el hombre exterior y su Yo espiritual, y una armonía entre su ser total y la Vida Inmanente que impregna el universo y lo vivifica

y lo sustenta.

Toda motivación o pensamiento o palabra o acto egoísta y cruel es discordante. Las gentes en quienes estas condiciones discordantes son habituales, no buscan la paz dentro de sí mismos ni viven en paz con la vida eterna que les rodea y los penetra. Por tanto no merecen que se les llame *buscadores de paz o hijos de Dios*, en lo que respecta a su conducta y a su estado íntimo.

Para el progreso en el camino de la santidad son esenciales calma imperturbable, serenidad interna, y paz del corazón y de la mente. Estas cualidades se traducen en paciencia, fortaleza y disposición a perdonar. Y cada una de estas virtudes contribuye a ese equilibrio interno que también puede describirse como paz. En esas condiciones el hombre puede hacerse consciente de su naturaleza divina y manifestar sus cualidades y poderes divinos. Y en este sentido puede llamársele hijo de Dios.

Mt. 5:10 Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

El temor a ser perseguidos es natural, y pocos hombres están dispuestos a exponerse a la hostilidad por apoyar una causa por amor a la justicia. Sin embargo, de vez en cuando surgen hombres y mujeres que están dispuestos a proclamar sin temor lo que consideran justo, y a afrontar todas las consecuencias. El propio sacrificio y el estar dispuesto a soportar la persecución por una causa justa en nombre de la verdad, son cualidades que abren el camino de la comunión entre el hombre y Dios.

Mt. 5: 11 Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros.

12 Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos: que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

Así como ciertas plantas florecen antes que otras en un jardín, y así como ciertos árboles en un huerto fructifican más temprano en la estación, así también las almas espirituales de los hombres están en diferentes etapas de desenvolvimiento. Algunas han producido ya su fruto, otras están en flor o en capullo, mientras que la gran mayoría está todavía en hoja.

Las almas avanzadas poseen conocimientos de los que todavía no disponen directamente otras de menor talla. Por lo tanto sobresalen como diferentes, se las busca como instructores por los pocos, y son perseguidas por los muchos. En muchos aspectos su actitud, sus motivos e incluso su mismo comportamiento son incomprensibles. Si enseñan, se les tilda de herejes, y despiertan temor y oposición activa de parte de algunos, pues parecen poner en peligro los mismos cimientos de la civilización, y especialmente la ortodoxia. Entonces pueden presentarse ataques defensivos, que llevan a la persecución e incluso hasta el asesinato, como se ha demostrado a través de la historia.

Estos versículos les aseguran a los que son perseguidos que su defensa de la justicia no es en vano. Son benditos, especialmente en el sentido de que entran en unión consciente con la vida, por muy diversas que sean

sus formas. Ya no pueden aprisionarlos ni su cuerpo ni su cerebro; ya no pueden apartarlos de su prójimo las tendencias separadoras de la mente. La muerte ha perdido su poder sobre ellos, porque ellos han establecido el centro de su vida y de su conciencia en su Yo espiritual inmortal e indestructible, y no en su cuerpo moral.

Ellos, los sabios y sus discípulos, son los bienaventurados de la tierra, porque moran en paz aunque en torno suyo la guerra esté diezmando a la población. Estas almas avanzadas son ciertamente bienaventuradas, como lo son también lo que son suficientemente prudentes y receptivos para buscar su consejo y postrarse a sus pies.

SAL DE LA TIERRA Y LUZ DEL MUNDO

Mt. 5:13 Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para echarla fuera y ser pisoteada por los hombres.

La frase “sal de la tierra” ha venido a ser de uso común para implicar gentes de las clases más finas, más elevadas y mejores. Sin embargo, originalmente tenía otro significado: el de la esencia misma de las cosas, o su naturaleza más íntima. Si se acepta este significado, entonces lo que se nos hace aquí es una prevención contra la falta de sinceridad.

Aunque a los ojos de su prójimo, especialmente de los no iluminados, el discípulo parece que sigue siendo igual que antes de su discipulado, en realidad ha ocurrido un profundo cambio en su naturaleza más íntima:

su Yo espiritual se ha revelado a su mente cerebral. Esta revelación se acentúa a medida que él avanza en su discipulado y se desarrolla.

Mientras continúe normalmente esta evolución acelerada del Yo interno y el rápido desarrollo del yo externo, todo va bien: la sal conserva su virtud; el predominio del Yo interno va creciendo. Pero si el yo externo renuncia al contacto con su Yo interno, el discipulado se convierte en una farsa aunque se mantenga la apariencia nominal. Ese es el fracaso contra el cual se hace aquí una prevención.

LA LUZ DEL MUNDO

Mt. 5:14 Vosotros sois la luz del mundo. No puede estar oculta una ciudad situada en la cima de un monte.

El término *luz del mundo* se refiere, en lenguaje espiritual, al Yo espiritual, la esencia espiritual más íntima del universo y del hombre. Se entrena regularmente al neófito a afirmar hasta llegar a conocer por experiencia directa la manifestación de la luz espiritual universal dentro de sí mismo, en el centro de su propio ser.

Esto se logra en parte afirmando “Yo soy el Ser Espiritual, ese Ser soy yo”, o “Yo soy la luz universal, esa luz soy yo”, o, más simplemente, “Yo soy Aquello, Aquello soy yo”.

En este versículo, Jesús asegura a sus discípulos esta verdad, para alentarles y ayudarles a descubrir y realizar plenamente dentro de sí mismos esta verdadera luz. La cual no es física, desde luego, sino una mani-

festación o percepción interna del espíritu divino interno.

La elevación espiritual o éxtasis yóguico se experimenta con alguna frecuencia como un entrar a un universo de luz. Allí no se ven formas ni seres, ni existen divisiones, ni son concebibles las sombras y discriminaciones. Se desvanece y se reduce al mínimo el sentido de individualidad separada, y sólo subsiste la luz universal. El devoto se reconoce a sí mismo como “la luz del mundo”.

A esta realización de la luz perpetua se refiere el incidente de la detención del sol en medio del cielo por un día entero (Jos. 10:13), así como el clamor de Isaías, “¡Arriba! resplandece, que ha llegado tu luz”, (60:1) y su promesa “Tendrás a Dios por luz eterna” (60:19).

El simbolismo cambia en la segunda frase del versículo. Puesto que colinas y montes se refieren en lenguaje simbólico a elevados estados de conciencia espiritual, la frase “una ciudad situada en la cima de un monte” puede interpretarse como alusiva al cuerpo causal, el vehículo del Ser espiritual, su vestidura inmortal.

La sal y *la luz del mundo* se refieren a la esencia interna del ser humano, y *la ciudad en la cima de un monte* indica el vehículo por cuyo medio esa esencia se expresa al nivel del intelecto abstracto y profético.

Es muy cierto que los frutos de semejante realización no pueden quedar ocultos. Moisés, al descender del Sinaí “no sabía que la piel de su rostro se había convertido en radiante por haber hablado con Yahvéh”, (Ex. 34:29) aunque los que le vieron sí se dieron cuenta de

ello.

Mt. 5: 15 Ni tampoco se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa.

16 Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Jesús sigue aquí su costumbre de usar analogías hogareñas para expresar sus enseñanzas. Está instruyendo a sus discípulos para que compartan con su prójimo lo que vayan recibiendo y descubriendo. Les recalca la importancia y el efecto de dar expresión plena a toda realización intelectual y espiritual. La luz que se recibe debe compartirse, por tres razones a lo menos:

Primera, porque hay que ayudar a la humanidad. El ejemplo inspira a otros y les permite percibir lo que hay de divino en los servidores de la humanidad. Es tan raro que brille lo Divino a través de la envoltura física de un hombre, que cuando lo hace en elevados y nobles modos de vivir y en demostraciones de sabiduría y poder, beneficia mucho a los que tienen el privilegio de presenciarlo.

Segunda, para que la verdad y la luz puedan fluir sin interrupción por medio del hombre así iluminado, vitalizándole y manteniendo abiertos los canales a través de los cuales pueda recibir más luz y conocimiento. El no compartir, inevitablemente demora el progreso, oscurece la mente y forma un estancamiento psico-espiritual, todo lo cual marchita y puede casi matar la espiritualidad.

Tercera, porque cada vez que el espíritu divino resplandece en el hombre a través de sus vehículos, crece su influencia sobre el yo personal. Se ahondan los canales y se ensanchan más cada vez que la conducta personal se caracteriza por lo espiritual. Tal como el ejercicio físico hace crecer los músculos, así la continua expresión del espíritu en el hombre material aumenta su poder.

El Padre que está en los cielos designa aquí a este espíritu, la Mónada, el principio dador de poder, que eleva la naturaleza del hombre por cuyo medio se manifiesta.

CUMPLIMIENTO DE LA LEY

Mt. 5:17 No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento.

Estas palabras de Jesús a sus discípulos parecen describir su misión, y neutralizan cualquier frase negativa que pudiera haber expresado sobre la Ley. Jesús explica que no busca destruir la sabiduría heredada de los hebreos, la *Torah*, sino a librarla de todas las expresiones falsas que se hubieran incrustado en ella. Se había formado una ortodoxia algo rígida conducente a errores patentes, con la afirmación dogmática de ciertas interpretaciones del Antiguo Testamento. Era misión de Jesús dar cumplimiento a la Ley, desafiando la ortodoxia imperante, y liberar a las almas responsivas de sus rigurosas restricciones.

Los falsos conceptos quedaron rectificadas naturalmente al formular Jesús su sabiduría pura. Él mismo

estaba libre en este sentido y había logrado una continua experiencia interior de esa sabiduría o Ley. Por tanto, en su persona y en su vida y sus palabras y obras daba cumplimiento a la Ley.

Mt. 5:18 Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes de que pase una i o un ápice de la Ley sin que todo se haya cumplido.

Aquí Jesús afirma el poder incontenible de la verdad pura. La sabiduría esencial, el corazón esotérico del hebraísmo y de toda religión, es indiscutible, indestructible. Sobrevive aunque los universos desaparezcan, y está presente cuando renazcan, ciclo tras ciclo. No puede fallar jamás.

Mt. 5:19 Por tanto, el que quebrantare uno de estos mandamientos menores, y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el Reino de los Cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos.

En este versículo y en los que siguen se hace especial referencia a la *Ley Kármica*. El efecto debe seguir a la causa como la noche sigue al día, pues la ley de acción y reacción trasciende las limitaciones de tiempo, espacio y substancia, y funciona eternamente incluso a través de períodos de quietud creadora.

Estos versículos no sólo transmiten sabiduría filosófica y ética, sino que enuncian las reglas del yoga real.

Como el *Reino de los Cielos* significa un excelso estado de conciencia, la frase describe el estado normal de conciencia del Yo espiritual, y especialmente la fusión del intelecto abstracto con la intuición. A este esta-

do no puede entrar un transgresor deliberado. La costumbre de violar deliberadamente la ley levanta barreras infranqueables entre el hombre interno y el externo, y cierra las puertas del reino de los cielos a la conciencia cerebral. Por tanto, lo que se enuncia aquí es una de las leyes que gobiernan la Iluminación Propia.

Experimentar el estado de conciencia denominado *el Reino de los Cielos*, exige armonía interior. La mente y las emociones deben estar armonizadas entre sí y unificadas con la esencia espiritual interna. Esto exige que el hombre externo se entregue fielmente al Dios interno. Entonces queda abierto el portal entre la tierra y el cielo. En cambio, la transgresión crea discordancias y entorpece las respuestas de la psique a los impulsos del Yo superior, el cual queda así impedido para afectar la conciencia cerebral.

El grado de Iluminación Propia depende, pues, de la medida de armonía que se establezca entre los sentimientos y pensamientos, y de que se mantenga esta armonía por una recta conducta basada en motivos desinteresados.

El Sermón de la Montaña y el Noble Óctuple Sendero del Budhismo no son sólo descripciones de modos de conducta, sino mucho más, son exposiciones de la Ley, descripciones de la acción impersonal de la Ley Kármica. Definen las condiciones de pensamiento, de motivo, y de acción, que se requieren para alcanzar estados espirituales de conciencia. Ni una sola de estas condiciones puede omitirse deliberadamente sin que ello reduzca el grado de iluminación.

Muchos son los niveles de conciencia que pueden alcanzarse por medio de la meditación y la contemplación, y que van acompañados de diversas experiencias. El estado más grande y elevado y el más santo consiste en la absorción más íntima y definitiva con la vida inherente en el universo que palpita rítmicamente y es intensamente luminosa. En esta absorción el individuo no pierde su identidad. Esto es lo que se llama *ser grande en el Reino de los Cielos*.

Quien alcanza esa grandeza está libre de mácula y de pecado, está perfectamente sincronizado con la gama total de niveles de existencia y acción.

Sin embargo, los hombres pueden entrar al Reino de los Cielos teniendo todavía algunas lagunas, pero entonces las alturas a que alcancen serán mucho menos trascendentes. Un hombre así es el que se describe aquí como *el menor en el Reino de los Cielos*. Semejantes clasificaciones comparativas no son hechas por seres externos como los examinadores en un centro de educación. No se debe considerar a Dios como un guardián de las puertas del cielo, o como un juez que decide los destinos de las gentes. Lo que aquí se indica sucede de acuerdo con la ley kármica impersonal que gobierna no sólo las reacciones que se presentan en la conducta humana sino también las obras espirituales.

La Ley Kármica penetra profundamente hasta el mismo corazón de la vida tanto universal como humana, y afecta a todos los niveles de la existencia. Las condiciones físicas son afectadas por la conducta física, pero también la Ley opera sobre los que buscan la vida supe-

rior y la conciencia más elevada. Cada hombre determina por sí mismo la condición de su alma, según sean sus motivos y su conducta y su capacidad o incapacidad para entrar en estados de conciencia espiritual.

LA LEY CRÍSTICA

Mt. 5:20 Porque os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos.

Este versículo se refiere a ciertas barreras infranqueables para alcanzar la Iluminación, tales como la hipocresía y su gemela la falta de sinceridad. Las personifica como los *escribas y fariseos* que formaban parte de la comunidad judía de aquel tiempo. En estos dos defectos está subyacente aquella impureza del corazón que habitualmente está pendiente de lograr ganancias para sí mismo.

Esta impureza impide alcanzar la armonía interna que es fruto de obedecer las leyes de la recta conducta. El hipócrita vive en continuo desacuerdo con su naturaleza interna y con su prójimo y la naturaleza. Aunque externamente parezca gozar de bienestar material, internamente está en conflicto. Si reprime este conflicto su subconsciente se recarga cada vez más con esas discordancias. Las cuales, con el tiempo se harán tan fuertes y predominantes que invadirán su mente y su vida consciente. En esas condiciones, su mente personal queda en peligro de desintegrarse. La apariencia externa de bienestar se derrumbará ante las fuerzas discordantes y belicosas en su interior. Con esos impe-

dimentos y cadenas, ningún hombre puede alcanzar el estado de conciencia que se describe como el Reino de los Cielos y que en su punto más elevado es lo que el hinduista llama el *Nirvana*.

Mt. 5: 21 Habéis oído que se dijo a los antepasados: *No matarás*; y aquel que mate será reo ante el tribunal.

22 Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal; pero el que llame a su hermano 'imbécil', será reo ante el Sanedrín; y el que le llame 'renegado, será reo de la gehenna de fuego'.

Leído esto literalmente, condenar al fuego infernal a una persona simplemente por llamar renegado a otro, no sería justo ni razonable ni misericordioso, y por tanto no puede considerarse como orden divina. Más bien debe referirse a la actitud básica y el carácter de un individuo.

En estas enseñanzas, Jesús penetra más profundamente que cualquier legislador humano, en la conducta y carácter y condición psicológica del ser humano. Lo que un hombre hace depende de lo que él es. Lo que el Maestro califica como decisivo en lo que concierne al destino, es la condición interna de la mente y el corazón.

Las frases "reino de los cielos" y "fuego infernal" describen estados de conciencia y condiciones psicológicas. El reino de los cielos se basa en la realización de la unidad, y el fuego infernal en la negación de esa unidad con la conducta y la motivación. Se trata de factores de unificación y de desintegración, respectivamente.

No han de considerarse como lugares o sitios que existen objetivamente en los mundos visibles o invisibles.

Mt. 5: 23 Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte,

24 deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda.

Aquí toca Jesús la raíz misma de la naturaleza humana con sus tendencias hipócritas. Y también el logro de la conciencia espiritual que es imposible para los que son deliberadamente separadores y faltos de sinceridad. Muestra que la armonía interna y las relaciones armoniosas con los demás, son mucho más importantes que los actos externos de adoración. De muy poco sirve acercarse al altar con ofrendas en una mano y a la vez negando con la otra mano aquello mismo que el altar representa.

Un rompimiento continuado con un semejante, puede reducir a nada hasta las mayores demostraciones externas de culto religioso. Lo uno cancela lo otro, no sólo en el campo de las observancias sino, más aún, en el proceso mismo de obtener aquella realización espiritual que se describe como el Reino de los Cielos. Y esto no como resultado de un juicio Divino sino como resultado de la acción de la ley natural. Ciertamente, es una confirmación de la Ley enunciada en el versículo 18.

Mt. 5: 25 Ponte enseguida a buenas con tu adversario mientras vas con él por el camino; no sea que tu adversario te entregue al juez y el juez al alguacil, y se te meta en

la cárcel.

26 Yo te aseguro: no saldrás de allí hasta haber pagado el último céntimo.

La moral es dinámica; la ley moral tiene su raíz en el juego y entrelujo de fuerzas. Mientras llega a cierta etapa de desarrollo, el hombre es moral porque obedece las instrucciones y teme a las consecuencias de desobedecerlas. Al final su vida se hace naturalmente moral, y cuando está espiritualmente iluminado no necesita estar conformándose a la moral porque se ha vuelto completamente imposible para él la delincuencia. Ha sufrido los efectos de la conducta discordante. Aprueba la armonía como el tesoro más rico, y para él es de primordial importancia mantenerla en su interior y en sus relaciones. Sabe que todo esto se requiere para entrar en el Reino de los Cielos y también para vivir perpetuamente en él.

La hostilidad es discordante y destruye la armonía interna y externa. El que aspira a lo espiritual frena todo sentimiento hostil hacia alguien, y procura neutralizar la hostilidad que otros le demuestran. Ponerse a buenas con un adversario, tanto mental como verbalmente, ayuda a reducir su hostilidad.

El que está en el sendero siente una tendencia natural a conservar la paz y la armonía, y también a prevenir o modificar los efectos adversos de la ley. La amonestación que aquí hace Jesús es, por tanto, de orden moral y oculto, y de la mayor importancia en ambos órdenes.

Para facilitar la comprensión, Jesús personifica aquí a la ley como un *juez*. Desde el punto de vista espiritual,

el juez, el alguacil y la cárcel, representan la ley natural y el efecto de su operación sobre los que la infringen.

El versículo 26 repite la vigorosa afirmación del 18: la Ley de Karma no puede ser evadida, y los resultados deben seguir a las causas hasta que la armonía rota sea restaurada por actos benéficos. Aunque este proceso puede ser afectado por actos posteriores, nadie puede obtener que se le suelte de la cárcel mientras no haya pagado hasta el último céntimo.

Mt. 5: 27 Habéis oído que se dijo: *No cometerás adulterio*.

28 Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón.

Estos versículos tan conocidos han sido objeto de muchas interpretaciones y han sido aceptados universalmente. Su verdad es axiomática, especialmente dentro del contexto total de este capítulo. Lo que enseña está enunciado en aquel proverbio de que tal como el hombre piense en su corazón así será él. Esto muestra que la moral no ha de estar apenas a flor de piel, sino que debe impregnar la naturaleza humana hasta sus raíces, pues una mente descontrolada, indisciplinada y viciosa es fuente y causa de la maldades humanas.

Puesto que la mente gobierna al hombre, semejantes estados mentales pueden sumirlo en la oscuridad y hasta en la muerte. Dentro de la Ley, tanto la felicidad como el dolor provienen de la mente. Las palabras de Jesús se aplican por igual a los actos virtuosos y a los viciosos. Ambos se originan en la mente.

Estos versículos presentan una moral supremamente elevada. La evaluación de la conducta humana no se basa solamente en los actos sino que incluye la *intención*, a la cual se le asigna igual peso. Esta enseñanza, aunque es muy rigurosa es de gran importancia, especialmente para los que aspiran a transmutar sus deseos y a avanzar rápidamente hacia el desarrollo de las facultades latentes en el hombre y el cumplimiento del propósito de su existencia.

Esta será la norma en las razas futuras en las que el foco de las actividades se habrá elevado de los niveles físicos a los mentales. Entonces el hombre estará centrado en sus facultades espirituales y mentales hermanadas, y en consecuencia habrá trascendido los deseos de su personalidad.

Mt. 5: 29 Si, pues, tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la *gehenna*.

30 Y si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtatela y arrójala de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo vaya a la *gehenna*.

Aquí también Jesús habla metafóricamente, pues es imposible que un instructor espiritual cuerdo aconseje la mutilación como medio de purificarse. Lo que pide es poner más atención a la mente y especialmente a los pensamientos indeseables y planes y argucias que se permite que surjan y se desarrollen en la mente.

El error, la estupidez, los prejuicios, el orgullo y la

ignorancia, pueden crecer constantemente en donde se les permite la libre expresión y la actividad incontrolada. Una conducta externamente moral puede ser hipócrita, y dentro del corazón y la mente pueden existir vicios de muchas clases. Y como pueden contaminarse y volverse malignos, es ciertamente importante extirparlos.

Si no se hace así a tiempo, mucho del poder mental del hombre puede dedicarse perversamente a fines bajos y dañinos. Lo cual habrá de traer sufrimientos kármicos, o sea, hablando metafóricamente, arrojar al pecador a la *gehenna* (un estado de aflicción, tal como el cielo es un estado de felicidad). Por tanto hay que hacerle cirugía a todo hábito mental indeseable o a una parte de la configuración del hombre. El bisturí del cirujano es la voluntad acerada que extirpa de la mente y de la conducta los órganos enfermos y los tumores mentales.

Esta analogía puede ampliarse más todavía. Por ejemplo, el orden y la técnica de la sala de operaciones pueden servir de ejemplos del método ideal de imitar en lo espiritual la calma y la destreza y precisión de un cirujano.

Estas declaraciones de Jesús indican cierta cualidades de carácter, cierta condición mental que puede definirse como de justicia categórica, una completa dedicación a la tarea de corregirse uno a cualquier precio. Los que quieran y puedan seguir la enseñanza de Jesús no deben prescindir absolutamente de nada de lo que purifica el alma e ilumina la mente. El máximo de integridad y plenitud y sinceridad son esenciales para lo-

grar buen éxito en la higiene mental.

Mt. 5: 31 También se dijo: *El que repudie a su mujer, que le dé acta de divorcio.*

32 Pero yo os digo: Todo el que repudie a su mujer, excepto en el caso de fornicación, la expone a cometer adulterio; y el que se case con una repudiada, comete adulterio.

Estas palabras, si han sido bien traducidas y no se han alterado con el paso de los siglos, ofrecen un punto de vista sobre el cual cada persona debe tomar su propia decisión y actuar como le parezca más apropiado. La calidad del pensamiento debe ser justa y directa. Las actitudes y circunstancias maritales han ido cambiando mucho. Estas palabras debieron sonar algo revolucionarias en aquellos tiempos, pues echan toda la responsabilidad sobre el varón en esos casos maritales. Quizá eso era lo propio en esa época en que la mujer estaba en condiciones de inferioridad con respecto al varón. Sin embargo, en los tiempos modernos la responsabilidad es compartida dentro de la libertad de actuar y juzgar.

Mt. 5: 33 Habéis oído también que se dijo a los antepasados: *No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos.*

34 Pues yo os digo que no juréis en modo alguno: ni por el Cielo, porque él es el trono de Dios,

35 ni por la Tierra, porque es escabel de Sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey.

36 Ni tampoco jures por tu cabeza, porque ni a uno solo de tus cabellos puedes hacerlo blanco o negro.

37 Sea vuestro lenguaje: Sí, sí; no, no: que lo que pasa de aquí viene del mal.

Jesús, el gran Reformador, ataca indudablemente las actitudes cristalizadas, los rígidos hábitos nacionales de pensar y sus costumbres, buscando liberar a los hombres de estas restricciones. Ataca así la raíz del error, cercena las complicaciones y afirma la importancia de la sencillez. La gente necesita ser fiel a su palabra; si dice sí, debe querer decir sí, verdaderamente; y si dice no, ha de ser íntegramente recto en su negativa. Puede que semejante modo de ser provoque hostilidad, pero todo portador de la luz debe dar la verdad, pase lo que pase.

Esto puede aplicarse también a la vida interna del hombre y a su búsqueda de la verdad, pues la exactitud, la integridad y la sencillez de corazón son esenciales para triunfar.

Mt. 5: 38 Habéis oído que se dijo: *Ojo por ojo y diente por diente.*

39 Pues yo os digo que no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha preséntale también la otra.

Jesús emplea aquí el método de enseñar por antítesis, y vuelve a dar consejos contrarios a las normas de conducta basadas en la ley mosaica. Es evidente el contraste y hasta la incompatibilidad entre la reacción natural y lo que Jesús indica. Dentro de lo corriente, cualquier clase de represalia no sólo es permitida sino deseable, y la mejor defensa es el contra-ataque. Pero las leyes de la vida espiritual estipulan lo contrario. No so-

lamente aconsejan no defenderse ni desquitarse, sino que parecen recomendar algo que invita a una repetición del ataque.

Desde el punto de vista puramente mundano, este consejo es ciertamente difícil de entender y de poner en práctica, y quizá no sea esa su intención. Como las máximas del Sermón de la Montaña, esta clase de ideas se ofrece a los que se inclinan hacia la espiritualidad y anhelan la conciencia superior y especialmente aquella armonía interior y exterior que es esencial para ello.

Filosóficamente, ningún hombre es nuestro enemigo y todos los hombres son instrumentos y agentes de la ley kármica. El que piensa así no se resiente de los ataques, sino que sosegadamente los reconoce como producidos por él mismo. Sabe que si devuelve la ofensa y con ello aumenta la violencia, está simplemente prolongando la enemistad y dificultando más una reconciliación. El que se deja llevar por la provocación y además devuelve la ofensa, está cometiendo un grave error.

Es esencial disciplinarse en no reaccionar a las tensiones externas y en mantener un equilibrio interior bajo todas las circunstancias; pues así se establece una perfecta armonía para regir el pensamiento y la conducta. Así el aspirante permanece en calma, sin alterarse y sin querer desquitarse, ante cualquier asalto a la fortaleza de su conciencia interna. Manteniendo semejante muralla de calma filosófica, su ciudadela es inexpugnable.

Es claro que esta amonestación es un consejo de perfección demasiado elevada para la mayoría, y sólo

un Adepto puede aplicarla plenamente. Esto es así porque la persona corriente no ha encontrado su propio centro de existencia y de conciencia, y ni lo concibe siquiera. Pero el aspirante hace de este consejo su objetivo principal, y cuando empieza a aplicarlo se le va facilitando más la calma interior y el dominio de sí mismo.

Contrariamente a su significado aparente, el versículo 39 no implica debilidad ni sometimiento a un supuesto enemigo externo, sino que más bien indica que para triunfar es esencial una mente fuerte y un perfecto dominio de sí mismo.

En *Yoga* se reconoce que el centro humano de existencia es inseparable del espíritu universal. Y el yogui trata de experimentar esto con plena conciencia. Más aún, procura mantener todo el tiempo esa experiencia. Esto le ayuda mucho, porque al realizar su unidad con el espíritu universal, entra a participar de su calma dinámica y de su armonía activa. Por tanto, ningún verdadero yogui dejaría que se introdujera la discordia en el campo de su conciencia. De ahí que no reaccione a las perturbaciones que vengan de fuera ni a las que surjan en su propia psique. Sino que, simbólicamente, presenta la otra mejilla.

También desde el punto de vista puramente práctico, este modo de proceder resulta ser el más prudente. La armonía es verdad, y el asalto es error. Si al error no respondemos con más error que lo vivifique, la verdad acabará prevaleciendo. El hombre sabio, establecido firmemente en esta creencia, responde a la discordia con armonía, y guarda silencio.

El método consiste en retirarse al centro de equilibrio perfecto tan pronto como sobreviene una discordancia ya sea interior o exterior, y mantenerse allí. Practicado esto con regularidad, se establecerá el hábito, y al fin la armonía interna y la serenidad externa se convertirán en naturales e instintivas. Este es el ideal yóguico, uno de los más difíciles de alcanzar.

Sin embargo, cuando es amenazada otra persona o grupo, la situación cambia radicalmente. Entonces se aplica otra ley y otra regla que puede describirse como de protección y defensa nacidas de la compasión e idealmente libres de pasión. En tales condiciones que afectan un principio o el bienestar de otros, lo correcto está indicado en el consejo de Shri Krishna a Arjuna: “¡Pelea, oh Partha!” Si bien uno puede ser relativamente indiferente y pacífico en defensa de sí mismo, no puede ser pacifista ante las necesidades de otro, idealmente.

Mt. 5:40 Al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto.

Un verdadero aspirante no pleitea en su propia defensa, por muy injustamente que sea atacado. Sabe que a la postre prevalecerá la verdad, sea lo que sea lo que decreten los jueces terrenales. Sabe también que la adversidad aparentemente inmerecida producirá siempre buenos frutos, aunque él no los busque. Además, él jamás desea posesiones. Para él, túnica o manto constituyen parte del ropaje transitorio para el cuerpo físico, el cual no es otra cosa que un vehículo que la naturaleza le ha prestado. Con esta realización supera todo afán de poseer bienes mundanos. Sin embargo, cuando injusta

o ilegalmente se priva a otro de su túnica o manto, reconoce que está en el deber evidente de defender a la víctima y ayudarla y cooperar con la ley a la captura del criminal.

Jesús mismo apoyó la ley cuando denunció a los que profanaban los sagrados recintos del templo vendiendo allí mercancías para lucrarse. Esto envuelve un principio importante que se relaciona con la intromisión de lo espiritual en el dominio de la política y del comercio con indignos fines de lucro. Con demasiada frecuencia se olvida este principio, y hasta se viola flagrantemente por los jerarcas religiosos del mundo.

Mt. 5:41 Y al que te obligue a andar una milla, véte con él dos.

Aquí también lo que Jesús recomienda es más bien una actitud mental que un gesto visible. El egocentrismo agudo puede moverlo a uno a rehusar 'andar una milla' excepto por placer o ganancia personal. La disciplina de desarrollar el desinterés, a la cual se somete el aspirante, va disolviendo gradualmente los rasgos separadores del egoísmo. El desinterés se va arraigando profundamente como atributo de la conducta y la actitud del aspirante. A una persona mundana puede parecerle que esto es innecesario e incluso indeseable. Pero es de la máxima importancia para el aspirante espiritual desde el momento mismo en que pone sus pies sobre el antiguo y angosto camino.

La actitud de defenderse, afirmarse, enriquecerse e insistir agresivamente en derechos supuestamente personales, ha ido vigorizándose a través de centenares de

vidas. Y, en efecto, ha sido necesario para el fortalecimiento de la individualidad y la vida familiar. Pero cuando se entra en el Sendero tienen que deshacerse y disolverse todas estas excrecencias del pasado. Ese es el significado de estas enseñanzas del Señor, aparentemente difíciles.

Mt. 5:42 A quien te pida, da; al que desee que le prestes algo, no le vuelvas la espalda.

En las ideas de *dar* y *prestar* está involucrado un sentido de posesión personal, de que se posee algo que puede darse o prestarse. En todas las cuestiones del mundo este sentido tiene buenas bases; pero en el sendero hacia el adeptado debe desaparecer el sentido de posesividad personal. Al principio es apenas una actitud mental algo artificial. El neófito necesita estar continuamente repudiando el egoísmo sobre el cual se basa la posesividad. En su pensamiento más íntimo, en los profundos rincones de su mente, analiza todas las consideraciones mundanas y ve que tiene que renunciar a considerarse separado de todos los demás hombres y del universo en que viven todos. Los siente de tal modo que la identidad espiritual con la esencia íntima del Cosmos va convirtiéndose para él en una verdad realizada, en un hecho obvio de la existencia.

De ahí en adelante atiende con naturalidad toda petición de dádiva y de préstamo, aunque en cierto grado acorde con lo que le dice el sentido común. Cuando ha llegado a este punto le queda ya muy poco del sentimiento de que él da o presta algo. El que se ha liberado de su acentuada *yoidad* sabe que él mismo no es sino

un administrador de bienes que están a la disposición de todos.

Mt. 5: 43 Habéis oído que se dijo: *Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo.*

44 Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y rogad por los que os persigan y por los que os maltraten.

45 Para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos.

En estos versículos Jesús eleva el ideal desde su aplicación a los actos y bienes materiales, hasta una elevada actitud de la mente y del corazón. El neófito ha de ir impregnándose con el ideal del desinterés y la identidad de todo cuanto existe, no sólo en los aspectos de su vida física sino en sus pensamientos e intenciones más profundas y secretas.

Cuando se logra tal cosa, las enseñanzas del Sermón de la Montaña se convierten en manifestaciones perfectamente naturales y espontáneas del estado de conciencia del aspirante. La realización de la Unidad llena el ser íntegro del hombre iluminado. Ama de verdad a todos los hombres, no de un modo artificial o falso sino porque es consciente de su parentesco con todos ellos. Que sean amigos o enemigos es cuestión decidida por la operación de la ley kármica. Lo que es absolutamente cierto es que son todos hermanos y en un sentido más profundo son todos expresiones de la misma vida espiritual. Sean cuales sean los actos exter-

nos de los hombres, todos están íntimamente hermanados en su propio ser, incluso cuando se ofenden.

Esta es, desde luego, una actitud muy elevada y una realización muy superior. Es la única posible para un Adepto. Está simbolizada en la Ascensión del Cristo crucificado. Crucifixión y muerte son representaciones simbólicas de la disolución de la *yoidad* y la elevación de la conciencia por encima de todas las ilusiones y los errores consecuentes de los cuales es víctima la humanidad. Jesús nos ofrece su Sermón desde esa altura espiritual.

La Paternidad de Dios y la fraternidad del hombre no son meras enseñanzas teológicas. Son verdades vitales y dinámicas concernientes a la unidad de la Vida; son, en realidad, una misma verdad manifestada en dos principios gemelos. El sol como símbolo de la eterna benevolencia resplandece sobre todos, y la lluvia de la gracia espiritual cae por igual sobre justos e injustos. Sobre esta verdad única se basa la conducta aconsejada por Jesús en su Sermón.

Mt. 5:46 Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos?

Aquí Jesús apela a cierta medida de razón para aclarar más su elevado ideal. Muestra que el progreso depende de superar el nivel de conducta que se espera de los que todavía no han despertado espiritualmente (los publicanos). Únicamente pueden adoptar el consejo de amor mutuo quienes han alcanzado cierta medida de armonía interna, de sinceridad y desinterés; pues sin

estas cosas el egocentrismo y la auto-protección siguen ocupando una zona demasiado amplia, y escasamente dejan campo para el interés por los demás, y menos aún para amarlos.

Mt. 5:47 Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles?

Se recomienda aquí el reconocimiento y la cortesía con todos los hombres, de cualquier grado y en cualquier estado de culpa o inocencia. El mismo reconocimiento y atención que se otorga a los de posición buena o elevada en la comunidad, debe otorgarse a todos, altos o bajos, santos o pecadores. La verdadera fraternidad es una realización interna que se expresa externamente a todos.

Mt. 5:48 Vosotros, pues, sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial.

Tanto los rituales de los antiguos misterio como los de los tiempos modernos derivados de aquellos, señalan a los neófitos cuál es el destino de todos los hombres: la perfección. Y los conjuran a obrar de tal modo en el presente que apresuren el cumplimiento de este destino.

Jesús habla por experiencia directa de la absoluta identidad del principio vital en todos los seres. Mientras salían de sus labios estas palabras y las recogían los oídos y las mentes de sus extasiados oyentes, Jesús permanecía firme en lo eterno y consciente de la unidad espiritual de todo el universo. La realización de esta verdad otorgaba a sus palabras no sólo luz para las mentes

sino un fuego y una convicción nacidos de su propio conocimiento interior.

Podemos visualizar meditativamente la escena: Jesús, vestido de blanco, de pie, con una gran dignidad, rayana en majestad, lleno del Espíritu. La muchedumbre no aparta de él la mirada, mientras sus amigos más cercanos, sus discípulos y aspirantes al discipulado escuchan la voz que habla como ningún hombre habló jamás. Las cortas y sencillas frases pronunciadas por esa voz bellamente modulada penetran a través de los oídos corporales y las mentes mundanas, y tocan los aspectos más divinos de la conciencia humana.

Aunque las enseñanzas que da Jesús son de difícil aplicación en las experiencias de la vida mundana, mientras él las enuncia parecen fáciles de entender, y todos los que se encuentran en un elevado estado las hallan ciertas y evidentes.

De esta manera, Jesús, el Maestro de hombres, revela el corazón mismo de la verdad:

que todos los hombres formamos una unidad, en nuestra esencia más íntima.

CAPÍTULO II

TESOROS DEL DISCÍPULO

La Limosna en Secreto

El gran Sermón de la Montaña no es solamente un discurso de ética, ni tan sólo una descripción del elevado ideal del desinterés completo; es más aún, una descripción del sendero que conduce al hombre a la realización de su propia Divinidad íntima. Ciertamente es una disertación sobre la antigua ciencia de la Yoga y sus requisitos.

Mt. 6: 1 Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial.

2 Por tanto, cuando hagáis limosna, no lo vayáis trompeteando por delante como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

En estos versículos Jesús insiste en acentuar la importancia del motivo. Recomienda la sinceridad más completa, la veracidad íntegra, y la pureza de mente y corazón. Dar limosna o cualquier donación debe hacerse únicamente porque es bueno dar, porque se ama a la humanidad, y para ayudar a los necesitados. La intención de ganarse la estimación mediante la caridad, empaña la pureza tanto de la donación como del amor que debe inspirarla. Practicar la justicia con el ánimo de

ganar popularidad y prestigio, es casi estéril desde el punto de vista de aportar beneficios al que la practica.

Dar con generosidad es poner en libertad un poder que viene de más allá de la mente y el corazón, el cual abre cauces por los cuales fluyen fuerzas provenientes de lo más profundo del Yo íntimo y que fortalecen e iluminan tanto la mente como el corazón. Semejante acto bendice al que da y evoca una respuesta del Padre celestial, la Mónada que mora en lo más íntimo. Esta es la recompensa natural para el donante.

El receptor de la ofrenda también se beneficia, no sólo materialmente sino internamente por la armonía que se establece. Hay así una siembra que kármicamente producirá la cosecha adecuada. Pero desde un punto de vista ideal, estas ventajas no son las que han de mover el corazón del discípulo, sino que ha de obrar por amor al bien y para ayudar a sus semejantes. Ese es el elevado ideal que Jesús enseña.

Sin embargo, puesto que el hombre moderno ha llegado a la etapa en que se encuentra ejerciendo la cautela a través de muchas encarnaciones, haciendo planes cuidadosos y esforzándose por obtener ganancias, a fin de sobrevivir y cumplir sus obligaciones materiales, está muy profundamente establecida en él la motivación egocéntrica, y es difícil erradicarla. De ahí la dura tarea y lucha en que se encuentran los que quieren deshacerse del egoísmo por amor a la Obra Divina.

La clave para lograrlo está en adquirir conciencia de la naturaleza efímera del sentido de *yoidad*, el cual es ilusorio porque la esencia espiritual, de la que cada

Mónada es una manifestación, es la misma en todos. Cuando se asimila bien esta verdad, hasta la idea misma de que uno está dando algo se trueca en la de que lo que está haciendo es repartiendo algo de la riqueza universal de la cual uno es administrador. El que reparte agua no la fabrica. El que suministra luz y calor no los produce. Solamente los distribuye, no los crea. Y no le pertenecen a él exclusivamente. Son de Dios, y por tanto deben prodigarse impersonalmente, en su nombre. Este es el ideal que Jesús recalca, no sólo para hacer limosna sino para practicar todo acto de justicia.

Mt. 6: 3 Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha;

4 así tu limosna quedará en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

“Dar y olvidarlo” es lo que se ha recomendado como verdadero ideal en todo servicio, ya sea espiritual, o verbal, o material, etc. Lo contrario sería una especie de negocio. Conceptos tales como el de dar una cosa por otra, comprar los favores divinos, y hacer el bien para obtener una recompensa interna, son totalmente ajenos al ideal del que Jesús está hablando.

También es completamente insensato prestar servicios con el interés soterrado de obtener ventajas kármicas. En la operación de la ley de Karma, la intención es más eficaz que la acción misma. No pueden comprarse de ninguna manera la bendición divina, el auxilio divino, y los beneficios materiales que la Divinidad conceda. Vendrán inevitablemente como consecuencias de una vida de amor y servicio desinteresados. *La re-*

compensa del Padre indica, pues, la reacción natural de la ley kármica.

Mt. 6:5 Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

La ostentación y la meditación son incompatibles entre si. Si consideramos la oración como una comunicación interna con Dios, entonces su buen resultado depende de la pureza del corazón. Si un hombre ora para que otros vean su devoción, “Dios” no le oirá ni le responderá, porque la intención de ganancia, por sutil que sea, impondrá una barrera infranqueable entre él y Dios.

El cáliz que se ofrece para recibir la gracia divina, el vino de sabiduría y amor, ha de estar vacío de todo lo ajeno. La cuidadosa limpieza de los vasos sagrados en el altar, simboliza esta verdad.

Jesús está enunciando una ley que gobierna el proceso de la iluminación propia; describe una elevada yoga muy difícil de practicar. Un Instructor Mundial debe enseñar siempre los ideales más elevados; en este caso, el de servir y orar con perfecto desinterés personal.

Mt. 6:6 Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

Este versículo indica que la intimidad completa es uno de los requisitos para la realización de la divinidad interna. Se necesita no sólo para no caer en la ostenta-

ción, sino también para que la mente no sea perturbada por influencias y distracciones externas. El aura luminosa del que ora no debe verse afectada por influencias ajenas. El delicado proceso de sintonizar la mente cerebral con la mente espiritual, y a través de ésta con el espíritu morador interno, debe estar libre de estorbos e interferencias.

Silencio, retiro, soledad inviolable; estos son algunos de los requisitos externos para buscar y alcanzar la comunión con el Dios interno. Cuando se cumplen esas condiciones, la Presencia íntima se revelará, quizá en un susurro, una palabra, o una llamada; o quizá como una luz o una verdad que se percibe. Y esta es la *recompensa* del Padre.

Mt. 6:7 Y al orar, no charlés mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados.

Por raro que parezca, el silencio es esencial en la oración, pues ésta no consiste en peticiones o declaraciones verbales, sino que es más bien una comunión silenciosa entre Padre e hijo, Dios y hombre. Aunque el que está angustiado puede elevar su voz y su corazón hacia lo más alto que conoce, pidiendo ayuda, el que busca luz no pide nada; sabe que todo lo que necesita es abrir sus ojos internos para percibir la luz que brilla dentro y fuera y a toda hora.

Para que pueda escucharse la palabra interna hay que atenuar la visión externa, hay que ensordecer los oídos a los sonidos mundanos, hay que acallar la voz a menos que sea para cantar el Santo Nombre. La mera

palabrería no traerá esta recompensa, aunque plegarias verbales de aspiración y adoración totalmente sinceras pueden servir para preparar el camino. Pero luego ha de prevalecer el silencio.

Mt. 6:8 No seáis, pues, como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes pedírselo.

Tal como el sol brilla perpetuamente, así lo divino está manifestándose en todo momento, dentro de toda la naturaleza y todos los hombres, y más allá, en el grado más alto posible. Pero tal como las nubes forman velos entre el sol y el hombre, así hay nubes internas que forman obstrucciones entre la mente y el cerebro. La aparente ausencia de luz, solar, física y mental, es una ilusión, pues el sol interno y externo refulge perpetuamente de eternidad en eternidad. El problema, pues, está en el hombre mismo, y él tiene en su poder el modo de disipar todas las nubes que velan la luz a su ojo interno.

Pero igual que las plegarias no pueden hacer que brille más el sol físico, tampoco pueden hacer normalmente que el Sol espiritual, Dios Padre, nos otorgue beneficios adicionales. La manifestación Divina está siempre luciendo su máximo esplendor, y por tanto es necio pedirle que aumente el grado de su radiación.

Sin embargo, orar puede servir para disipar las nubes de la mente y los velos de las emociones, y para elevar el nivel de receptividad hasta grados en que pueda percibirse el resplandor divino. La oración más eficaz, el acto más potente de Yoga, no consiste tanto en intentar atraer más poder y luz de lo alto, como en abrir

la mente y el corazón por completa entrega de uno mismo a lo Divino. Igual como la lluvia refrescante cae sobre las plantas suministrándoles humedad sin preferir a ninguna en particular, así la lluvia celestial está cayendo siempre en todas partes gracias a una Providencia que no necesita que los hombres la presionen.

El Padre Nuestro

Mt. 6:9 Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre;

La antigua oración conocida por los cristianos como el Padre Nuestro, más que una petición a una Deidad externa, es una plegaria de la mente y el corazón al Dios que mora dentro del hombre, “el Padre celestial”, el Ser más íntimo del hombre, en favor de la humanidad entera. Este Dios se expresa en tres aspectos, y la plegaria se dirige a los tres. La palabra *Padre* se refiere a la esencia más íntima o espíritu puro en el hombre; *Cielo*, al lugar de su morada, el vehículo de su manifestación, la naturaleza Crística del hombre; y *Nombre* se refiere a la inteligencia directiva que opera dentro de la Mente divina dando forma a todas las cosas.

En la Naturaleza, esta trinidad es Padre, Hijo y Espíritu Santo. En el hombre, es poder, sabiduría e inteligencia. La oración comienza, pues, con una afirmación que eleva el pensamiento del devoto a su triple Ser interno, el Padre que mora en su cielo, y cuyo nombre es ciertamente santo.

Mt. 6: 10 Venga a nos el tu Reino; hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo.

11 El pan nuestro de cada día dánosle hoy,

12 y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores;

13 y no nos dejes caer en tentación, más líbranos de mal. Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos. Amén.

Esta oración puede considerarse legítimamente como una invocación que el devoto hace a su Yo superior para atraerlo a comunicarse más íntimamente con su yo mortal, el cual ha de elevarse simultáneamente en pensamiento hacia ese Yo divino. En el reino de Dios mora la verdadera Individualidad en su 'vestidura de luz', el Alma en su cuerpo causal. Este cuerpo es el instrumento de la conciencia, el agente de la Mente divina, el vehículo del trino Yo superior. La oración invoca los atributos del Yo interno, atrayéndolos hacia la mente formal para que ésta quede iluminada.

Los grandes filósofos están de acuerdo en que la fuente del mal deliberado en el hombre se encuentra en las tendencias separadoras y egoístas de la mente convencional. Esta es la verdadera tentadora. Y en contra de su influencia que alienta los motivos y la conducta egoísta, se busca la ayuda de la inteligencia abstracta, divina e interna. Mientras no empiece a sentirse esta ayuda y se cambie la actitud mental de personalismo egoísta en una actitud de universalidad, no puede establecerse contacto consciente con los niveles superiores de la conciencia.

Por tanto, después de afirmar la existencia del trino

Ser, la primera invocación se dirige a los dos aspectos de la mente. La mente abstracta y la mente convencional deben hermanarse, mezclarse y fusionarse, para que el reino de Dios venga a la mente activa. Y entonces en el hombre iluminado no habrá sino una sola mente, una sola actitud, una sola voluntad: la de su Yo inmortal.

El versículo 11 no se refiere al pan de trigo, sino al mismísimo *pan de vida*, esencia espiritual del universo y del hombre. Aquel 'alimento' divino que les da vida y los sostiene. Puede interpretarse como una afirmación de que el poder volitivo interno puede incorporarse cada vez más en el cuerpo físico del hombre, alimentándolo metafóricamente con el mismísimo pan de vida.

El versículo 12 carecería de sentido si se lee literalmente, pues en realidad una Deidad externa no puede *perdonar* las ofensas que comete el hombre, aunque se puede excusar a una persona por las ofensas que se haga a sí misma. Conforme a la afirmación de Jesús en Mat. 5:18, y a la de San Pablo en Rom. 12:19, la operación de la ley kármica no se puede eludir, excepto por actos modificadores hechos por el mismo individuo. Por tanto, lo que se indica en este versículo es el restablecimiento de la *armonía* completa. La invocación va dirigida al Yo superior en su aspecto como sabiduría, para que sus atributos de armonía, bondad y simpatía se expresen más plenamente en las actividades del yo inferior, manteniendo o restaurando la tendencia a la armonía o perdón.

Es muy provechoso restaurar la inclinación natural a la armonía, porque entonces serán menos frecuentes

los pensamientos, sentimientos, palabras y actos causantes de dolor, y serán más frecuentes los que producen felicidad. Entonces el actor merecerá menos dolor y más felicidad, conforme a la ley.

Esta petición meditativa está diseñada para producir la auto-iluminación y absorber lo material en lo espiritual fortaleciendo y ampliando la unión entre la tríada Superior y sus vehículos externos. Así se va estableciendo un proceso interior para vencer la resistencia de la mente concreta y del cuerpo físico. Este proceso es estimulado y adelantado por la meditación diaria en el Padre Nuestro. Se refuerza así la evolución natural hasta que la voluntad divina se hace *en la tierra como en el cielo*. Se invocan los tres aspectos del Yo interno para que impregnen los aspectos correspondientes del yo externo. La voluntad impregna al cuerpo, la sabiduría a las emociones, y la inteligencia a la mente.

El Yo superior puede representarse como un triángulo con el vértice hacia arriba, y el yo inferior como otro triángulo con el vértice hacia abajo, como el reflejo en la materia del Yo superior. Normalmente, las dos bases de estos triángulos están separadas; la una representa la inteligencia y la otra la mente. Pero gradualmente van sintonizándose; el triángulo inferior se va entrelazando con el superior.

El símbolo de los dos triángulos entrelazados expresa muy bien la intención y los resultados de esta importante oración, que es la consumación de toda Yoga verdadera. Este símbolo representa, pues, al Hombre Perfecto.

La oración podría interpretarse así: Que la divina *Voluntad-Sabiduría-Inteligencia* que es mi verdadero Ser, se manifieste por medio de mi *mente, corazón y cuerpo*, produciendo la armonía interior en mí e inspirándome a reparar todo el daño que yo cause a esa misma trinidad en cualquier otro ser.

La oración termina con una afirmación de entrega total: *Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria*. Así se expresa bien el resultado que se desea alcanzar. La conciencia, centralizada en la realización de la unidad con la Tríada Divina, preserva y ejerce la capacidad de razonar. Las tendencias argumentativas e individualistas de la mente, quedan subyugadas. La naturaleza toda del hombre se ofrece como vehículo de lo divino, sin ninguna reserva. La consumación es completa. Las dos tríadas, la superior y la inferior, quedan unificadas. Esto se afirma finalmente por la palabra *Amén*.

Mt. 6:14 Que si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial.

Esto alude directamente al corazón y a los sentimientos del hombre. Cuando el individuo es humilde y compasivo y no guarda ni expresa resentimiento alguno, se vuelve inofensivo. Entonces genera poco o ningún karma adverso. Cuando no guarda rencores ni actúa con resentimiento al ser víctima de algún ataque, queda cerrado el ciclo kármico. Pero cuando todavía no ha establecido ese elevado ideal en su corazón, los resentimientos por ofensas recibidas pueden llevarlo a pensar y actuar vengativamente. Y entonces una ofensa menor

se convierte en un conflicto mayor, y el ciclo no se cierra ni se cerrará mientras esos intercambios de ofensas no cesen. Los efectos productores de dolor seguirán tras las causas, por acción de la ley kármica.

Sólo cuando el ciclo kármico quede cerrado se restaurará la armonía, o, como dice la plegaria, las ofensas quedarán perdonadas. Este resultado no es fácil de alcanzar.

Este tema tiene profundas implicaciones filosóficas. Si tanto la vida universal como la humana están regidas por Karma, entonces nadie puede jamás herir a otro injustamente. En todos los casos la víctima ha obrado en el pasado de un modo que la hace vulnerable a una ofensa proporcional. Pero el Yo interno no puede jamás ser perjudicado de ninguna manera.

Fortalecido por esta convicción nacida de su experiencia, el verdadero filósofo no es afectado personalmente ni por el más virulento ataque o injusticia. Prudente y bondadoso, lamentará que su atacante esté generando adversidad para sí mismo. Esta preocupación por los demás está ejemplificada en las palabras de Jesús en la cruz acerca de los que se burlaban de él y lo torturaron y lo crucificaron: “Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen”. Este es un ejemplo magnífico de lo que es perdonar cuando se es víctima de extrema provocación; orar espontáneamente en favor de sus atormentadores.

Pero teniendo en cuenta las afirmaciones de Jesús y de Pablo mencionadas antes, acerca de la inviolabilidad de la ley kármica, no es probable que esta súplica

de Jesús tuviera efectos benéficos directos sobre los responsables de la crucifixión. Las consecuencias de su acción deben precipitarse sobre ellos infaliblemente. Sólo así es posible que opere un principio de justicia perfecta en el mundo y en el hombre.

Desde luego que esa calma imperturbable mientras se es torturado, y esa compasión por los torturadores, son casi superhumanas. De todas maneras, el gran Maestro Jesús dio esta enseñanza que ha sido reconocida como un ideal del camino de santidad. Su aceptación y su aplicación a la vida han sido proclamadas por todos los grandes Instructores como esenciales para todo el que quiera entrar por la estrecha puerta y hollar la angosta senda. Esa capacidad de perdonar y de ser desprendido y permanecer imperturbable ante cualquier tempestad, dependen tanto del desarrollo evolutivo como del dominio propio alcanzado por disciplina sistemática de sí mismo.

Mt. 6:15 Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas.

Los que escribieron los Evangelios muestran una tendencia a personificar la ley kármica como un Dios paternalista, siguiendo la costumbre hebrea. Eso es totalmente erróneo. La ley es impersonal, no tiene preferencias, no puede ni recompensar ni perdonar. Cada acto produce su correspondiente reacción en los niveles en que fue ejecutado.

La idea presentada por Jesús representa un elevado ideal de conducta: *Perdonar las ofensas*. Sin embargo, debe recordarse que el Maestro está hablando a dis-

cípulos y aspirantes de todos los tiempos, o sea a personas que avanzan hacia la perfección que se alcanza cuando el gran ciclo de la vida individual se acerca a su final y el Karma ha quedado equilibrado. Para lograr ese equilibrio antes del tiempo normal, se requiere tal olvido y entrega de uno mismo que ello implica necesariamente un considerable dolor. La Pasión y la Crucifixión de Jesús ejemplifican este dolor. Por eso a los que aspiran al discipulado se les aconseja que eviten generar más adversidades, para que sus pies no estén tan atados que les dificulten el ascenso. Esto se aplica especialmente en el caso de ataques aparentemente injustificados; hay que recordar que son efectos de actividades anteriores, y así no se sentirá resentimiento.

Mt. 6:16 Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres noten que ayunan; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

Es claro que aunque la hipocresía puede producir beneficios en las cuestiones mundanas, a la postre genera adversidades tanto en la vida mundana como en la espiritual. Y además tiende a convertirse en una costumbre que perjudica la mente y por ende el carácter. Se convierte en una tendencia mental. Se empaña la pureza del corazón y se crea la costumbre de mentir mañosamente para beneficio personal. De esa manera la integridad, que es una de las más importantes de todas las cualidades para triunfar en la vida espiritual, queda desalojada por la hipocresía, y se va a pique tan gran empresa. Indudablemente eso es parte de la 're-

compensa' a la que el Maestro se refiere.

Mt. 6: 17 Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro,

18 para que tu ayuno sea visto, no por los hombres, sino por tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

Vuelve a enunciarse aquí la necesidad de la máxima integridad y sinceridad y veracidad tanto en la vida material como en la espiritual. Jesús repite varias veces esta enseñanza en sus sermones, porque la falta de sinceridad y la hipocresía son tan comunes que se las acepta e incluso se las pasa por alto sin criticarlas, y se las encuentra mucho en las prácticas externas y ceremoniales de la vida religiosa en corporación.

Metafóricamente, el cuerpo debe asearse muy bien, y también en realidad la naturaleza total del hombre debe entregarse en todo acto de devoción. Sólo así puede acercarse la mente mortal a la inmortal y recorrerse la vía interior hacia la presencia divina. Sólo así se revelará esa presencia y brillará su luz dentro de la mente y el corazón del devoto. Esa será la 'recompensa'.

Esta amonestación tiene, pues, implicaciones no sólo éticas sino místicas. En la época actual es casi impenetrable el velo entre la mente mortal y la inmortal. Se requiere un esfuerzo total para rasgarlo y finalmente eliminarlo. Hipocresías tales como la adoración pública para parecer santo a los ojos de los demás, o un culto externo que no va hermanado con la integridad interior, constituyen estorbos grave para eliminar ese velo.

Este gran sermón enseña que la verdadera religión es idealmente una búsqueda interna, privada y hasta secreta, de la unión con Dios. Como dice en otra parte el Maestro, Dios está presente, íntimamente cerca, esperando, pero sólo puede hallársele cuando el corazón y la mente son totalmente veraces y sinceros. Una mente falsa y mentirosa no podría reconocer jamás una expresión pura y perfecta de la verdad. El Maestro acentúa aquí este hecho.

Mt. 6: 19 No amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban.

20 Amontonad más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben.

Es muy importante recordar que este Sermón va dirigido a *discípulos y aspirantes* a la vida espiritual; de lo contrario, sus enseñanzas pueden parecer impracticables y así prescindir de ellas. Lo cual sería una gran pérdida, pues la misma esencia de la vida y el corazón de la vida espiritual está contenida en este Sermón. Si fueran a aplicarse estos consejos a la vida material y a los negocios mundanos, parecería que aconsejan la imprevisión. Pero dirigidos a discípulos aconsejan el *discernimiento* entre lo permanente y lo impermanente, entre lo real y lo transitorio.

Lo transitorio, con sus placeres seductores y satisfacciones efímeras, puede entrapar el cuerpo y la mente y enredar a los hombres en la malla de codiciar las ganancias y placeres materiales. Mas una vez que se apren-

de a discernir entre lo real y lo irreal, se transforman inevitablemente los móviles y la conducta. Preocuparse por el sostenimiento y la seguridad material de uno mismo y de su familia, es necesario y esencial en un grado razonable; pero no debe comprometer la atención *total* ni seguir siendo la *única* meta o propósito de la vida.

El hombre prudente, una vez que asegura razonablemente estos aspectos materiales, pone su interés en las verdades referentes a los aspectos espirituales de la naturaleza humana. El acento cambia gradualmente. Va prestando menos atención a las ocupaciones de su vida física. Intereses culturales, artísticos y filosóficos, van atrayendo más su atención y van predominando más. La contemplación del Centro eterno de todo cuanto existe, incluso uno mismo, le toman más tiempo y pensamiento. Al fin, cuando está espiritualmente despierto, ocupan la totalidad del escenario de su vida y de su pensamiento. Es un avance gradual y perfectamente natural, desde lo mundano hacia lo puramente espiritual. De esta manera va *amontonando tesoros en el cielo*.

¿Qué son estos tesoros? Son poderes del alma, muy diferentes a los del cuerpo y la personalidad externa. Incluyen la capacidad de controlar decisivamente las actividades de la conciencia a cualquier nivel de percepción y acción. La *voluntad* y la mente, desarrolladas en grado elevado, se combinan para constituir un gobierno interno absoluto cuyas decisiones son inapelables. La *sabiduría* se desarrolla. El *intelecto* penetra entonces en los principios básicos de cualquier situación o hecho o grupo de hechos. Los procesos del pensamiento se

inician en esos principios internos y prosiguen hacia afuera para observar las variadas expresiones de esos principios. De este modo, el intelecto superior logra interpretar rectamente todo hecho y toda idea. La mente capta las leyes y los procesos del conocimiento, y disuelve las contradicciones aparentes, bajo la luz del intelecto superior.

Tal vez el más grande de los tesoros en el cielo es la capacidad de percibir y reconocer en todo momento el principio unificador del universo, aquello que une todas las diversidades, que las mantiene a todas en armoniosas inter-relaciones y que es en verdad la realidad de su existencia. Cuando obtiene este tesoro, el hombre se transfigura y su vida en el mundo cambia radicalmente. Está iluminado internamente por los dones del espíritu de que está dotado. Y externamente sus relaciones con todos los Seres son expresiones de un amor compasivo impersonal. Así quedan los discípulos fortalecidos e iluminados por las facultades del alma, pues reconocen y buscan el verdadero tesoro y evalúan todo lo demás sensatamente. Disciernen rectamente entre lo falso y lo verdadero, entre lo irreal y lo real.

Mt. 6:21 Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.

El Gran Sermón habla de que la primera necesidad para el progreso espiritual propio, es un interés y una aspiración convertidos en una firmísima resolución. Sin lo cual poco o nada puede avanzarse en la aceleración del desenvolvimiento espiritual. Este interés no puede desarrollarse por medios artificiales. Debe despertarse

desde dentro. Es uno de los índices más notables de progreso evolutivo hacia las grandes alturas espirituales. Vale muchísimo más que un gran poder intelectual o que cualquier hazaña física. Este interés nace en la mente personal cuando han ocurrido dos desenvolvimientos internos: la realización plenamente consciente del Yo divino, y la realización del poder de ese Yo para tocar la mente y provocar una aspiración hacia las alturas.

En el momento mismo en que un hombre dice: “Aspiro ardientemente a acelerar el progreso y alcanzar el discipulado”, todas las cosas se hacen posibles para él, su desenvolvimiento interno y su avance en la senda de la santidad. Jamás puede ser demasiado el énfasis que se ponga en la importancia de sentir este interés con todo el corazón.

Mt. 6:22 La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso.

Aquí el gran Maestro empieza a exponer otro de los requisitos para hollar con buen éxito la vía de santidad: la *integridad de carácter* y de conducta, y la *constante aspiración* por las alturas espirituales. Sin ellos, el progreso será lento e intermitente, o resultará nulo.

Desde luego que estas características están sujetas a un proceso de desarrollo. No puede esperarse que sean perfectas desde el principio. Habrá titubeos y vacilaciones en los primeros esfuerzos. La Cristificación de la naturaleza humana requiere persistencia durante sucesivas vidas terrenales. Pero aunque uno fracase en su lucha contra sus propias tendencias kármicas del pasa-

do y sus limitaciones físicas, la voluntad de ascender se manifestará cada vez más, vida tras vida. El poder interno continúa creciendo hasta que llega una encarnación en la que vive con una determinación única y bien organizada de triunfar. Y entonces queda cumplido lo que pide este versículo: simbólicamente, el ojo está sano y todo el cuerpo luminoso.

Mt. 6:23 Pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!

Metafóricamente, el *ojo* representa la mente, la actitud mental, las tendencias, los pensamientos habituales y el modo de ver la vida. La mente con sus motivaciones influye en el carácter y la conducta, más que cualquier otro principio humano. Si la actitud mental es sana, todo lo demás irá saneándose gradualmente. Pero si la mente es falaz, imprecisa e insegura acerca de la necesidad de apresurar la evolución hacia la perfección, erigirá barreras casi infranqueables para la creciente expresión del impulso espiritual en la vida diaria.

Una mente desligada del Yo espiritual puede ser casi un demonio que tienta al hombre a traicionar su conciencia en sus relaciones y en su conducta. Puede desviar el interés por lo espiritual hacia lo material, lo verdadero hacia lo falso, lo permanente hacia lo transitorio, apartándolo de la integridad psicológica hacia deseos y estados diversos y conflictivos. En este sentido, el *ojo* puede estar *malo* y, en consecuencia, *todo el cuerpo estará a oscuras*.

Mt. 6:24 Nadie puede servir a dos señores; porque abo-

rrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero.

Este versículo vuelve a referirse a la necesidad de entregarse de todo corazón. Aunque sea gradualmente, el neófito debe llegar a estar seguro de que lo que atrae su alma es Dios y no el dinero. Aunque sus deberes le obliguen a estar *en* el mundo y atender a sus negocios, ha de llegar a ser cada vez menos *del* mundo, hasta llegar a considerarlo simplemente como una escuela valiosa. Mientras no llegue a ese estado, continuará tentándole el deseo de riqueza y poder, para sacarlo del camino verdadero e impedirle su progreso espiritual. La salvaguardia contra este peligro está, como indica el Maestro, en la firmeza mental, la unidad de propósito y la adopción plena de un objetivo espiritual.

Mt. 6:25 Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?

Evidentemente, Jesús percibía entre las clases más pudientes una costumbre establecida de acentuar en demasía el valor de las posesiones materiales y cuidarse poco o nada de los principios espirituales básicos. Este error se ha perpetuado, desgraciadamente. Metafóricamente, la aguda preocupación por el cuerpo y la vida física, debe reemplazarse gradualmente por una dedicación completa a la vida espiritual. Las reglas normales de la conducta física deben obedecerse como expresiones físicas del arte de vivir en la tierra. Cuidar el cuerpo tal como se lubrica una máquina en forma debi-

da, para responder a los requisitos naturales de conservación. No absorberse apasionadamente en el proceso de auto-conservación, ni llevar al extremo cualquier acción física para beneficio de uno mismo. Mantener el cuerpo en buen orden, para que sirva bien. Eso es todo. En la filosofía Yoga se dan instrucciones similares para ejercitar el *discernimiento* y el *desprendimiento* en lo referente a cuestiones mundanas.

Todo lo necesario para la vida espiritual, el enriquecimiento del alma y el sustento de la mente, puede hallarse a plenitud en el granero o almacén constituido por el aspecto espiritual de la naturaleza. Esa misma prodigalidad y abundancia de los gérmenes de vida que se ve en las semillas de las plantas y de los árboles y en el esperma de los organismos superiores, se encuentra también en lo superfísico y espiritual, donde el “Padre-Madre” provee abundantemente a toda necesidad del alma.

El conocimiento de esta realidad es parte de la antigua Sabiduría Divina que, cuando se descubre imparte confianza. Entonces la lucha incansable es reemplazada por la serenidad que llega de la plena seguridad de que Dios provee generosamente a todas las necesidades internas. Esta seguridad llega al fin a reflejarse en el comportamiento diario. La inmoderada pasión por el poder y la riqueza es reemplazada por un modo sencillo de vivir libre de codicias. Tal es, ciertamente, el camino de la paz del corazón y de la mente.

Mt. 6:26 Mirad las aves del cielo que no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; ¡y vuestro Padre celes-

tial las alimenta! ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?

Aquí Jesús compara a Dios con la Naturaleza, la cual es una manifestación de la Fuente omnipresente de todo cuanto existe. Generalmente la naturaleza provee pródigamente a toda vida animada. Similarmente, Dios contiene dentro de sí mismo todos los mundos y provee generosamente todo cuanto necesitan para la vida superfísica y espiritual. Cuando esta analogía deja de ser un concepto mental y pasa a ser una experiencia vital en la conciencia, el hombre descubre que la Fuente infinita está dentro de él mismo. Más aún, descubre su propia identidad con esa Fuente.

Desde este punto de vista, es errónea la idea de que hay una fuente que provee a las necesidades de la existencia. El error proviene de que el funcionamiento de la mente cerebral es diferente al funcionamiento del intelecto superior. La mente cerebral tiene que concebir la fuente y la provisión como dos cosas separadas; en cambio, el intelecto superior sabe que las dos son una sola cosa. Pues en la conciencia de Dios no hay ni dentro ni fuera, ni esa dualidad de fuente y provisión. El hombre iluminado por Dios descubre el principio de la provisión infalible. Esta experiencia en su conciencia disipa todo temor y ansiedad, y lo llena de serenidad. Con semejante actitud mental, el hombre no podrá andar preocupado por su propia conservación.

Mt. 6:27 ¿Quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un codo a su estatura?

Aquí Jesús emplea otra analogía tomada de la Naturaleza, referente al crecimiento de las formas orgáni-

cas. Este proceso natural está por lo general fuera del control del hombre y de la influencia de su pensamiento. Jesús recomienda, pues, una actitud similar de desprendimiento en todos los procesos normales de la naturaleza a todo nivel. Semejante actitud mental hacia la vida es valiosa para todos, y completamente esencial para el que aspira a la vida espiritual y la iluminación. A éstos se dirige especialmente el Señor. Pues cuanta más atención se dedique a la obtención de posesiones materiales, menos atención se prestará al verdadero propósito de la vida, que es lograr la iluminación. Pero no debe considerarse esta enseñanza como un consejo de desatender necesidades tales como nutrir y cuidar el cuerpo, sino más bien de no caer en el error de prestarles exagerada e indebida atención.

Mt. 6: 28 Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Aprended de los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, no hilan.

29 Pero yo os digo que ni Salomón en toda su gloria, se pudo vestir como uno de ellos.

Jesús vuelve a usar otra analogía de la Naturaleza para indicar cierta actitud especial hacia la vida espiritual. Contrasta dos actitudes y dos modos de vivir: uno, de indebida atención al vestido y la apariencia personal, y otro de sencillez y naturalidad.

Esta enseñanza no deben tomarla demasiado literalmente aquellos a quienes sus circunstancias les imponen cierto modo de vivir en el mundo. El Sermón de Jesús describe una actitud hacia la vida, y no un modo de vivir y los detalles de su aplicación. Pues el abando-

no, el descuido, la languidez, la irresponsabilidad y la naturalidad fingida, no pueden conducir sino al desastre en lo material y en lo espiritual. Si uno vive en un monasterio y si el clima lo permite, es obviamente deseable la sencillez en el vestir. Se recomienda apartar la atención de las cosas externas y concentrarla en la luz interior, porque de esa manera se reducen al mínimo las distracciones mentales y corporales.

Puede discernirse en este versículo una enseñanza más profunda y sutil. Los procesos naturales por los cuales las plantas se visten bellamente, como en el caso de los lirios, ocurren también en el hombre. Pero como el hombre está dotado de mente, puede interferir los procesos naturales con el poder del pensamiento, e introducir desarmonía en lo que debiera dejarse a la naturaleza. Con el deseo de presentarse bien ante sus conocidos, el hombre se viste y amuebla y decora su hogar y se provee de los últimos modelos de transporte, en todo lo cual gasta tiempo y dinero que podría aprovechar mejor. Y además complica su vida y hasta se arruina. En lugar de contentarse con un modo de vivir sencillo, digno y culto, establece condiciones que inevitablemente distraen su atención de sus necesidades espirituales, culturales y corporales.

Si bien una actividad mental errónea puede aportar una indebida complejidad, el recto pensar sobre cómo conducir la vida trae una sencillez muy deseable. La espontaneidad y la naturalidad no forzada, permite que las fuerzas vitales fluyan libremente. El hombre iluminado sabe que la misma vida proveerá abundantemente

a todas sus necesidades reales. Así deja que la fuerza vital cumpla la tarea que le corresponde, mientras él mismo se ocupa de la tarea a que se ha dedicado: el logro de una mayor iluminación y perfección, a la cual se refiere Jesús como vimos en el último versículo del capítulo anterior.

Los que marchan a la vanguardia de la raza, y también los que por el Yoga han alcanzado una visión intuitiva de la vida, están aplicando ya estos principios en sus vidas. Pero al fin todos los hombres llegarán a aplicar de un modo natural todas las enseñanzas de este gran Sermón de Jesús.

Mt. 6: 30 Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana va a ser echada al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?

31 No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer? ¿Qué vamos a beber? ¿Con qué nos vamos a vestir?

32 Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; y ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso.

33 Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura.

34 Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su inquietud.

El que quiera acelerar su progreso hacia la perfección debería estudiar cuidadosamente estas palabras de sabiduría que se dieron a la humanidad hace tanto tiem-

po y que casi por milagro se han preservado hasta estos días. Debería aprender a reconocer las leyes que ellas enuncian. Entonces sabría aplicar inteligentemente las cualidades de *discernimiento* y *desprendimiento* con respecto a los bienes materiales y premios y recompensas.

A los que puedan pensar que Jesús da demasiada importancia a los valores y empeños puramente espirituales, podría decirseles que eso es mucho menos dañino que lo contrario. Más todavía, que la dificultad para satisfacer las exigencias de la vida material, tiende generalmente a restaurar cualquier desequilibrio, cuando hay recto entendimiento. Todo este Sermón, especialmente los últimos versículos, constituye una magnífica exposición sobre lo que es la vida del discípulo y los tesoros que ofrece.

CAPÍTULO III

RECOMENDACIONES A LOS ASPIRANTES

No juzgar

Los Instructores espirituales de la humanidad han procurado siempre combatir el materialismo, inculcar el reconocimiento de los valores espirituales, y estimular a los que anhelan acelerar su progreso por el camino de la santidad. Así lo hace Jesús.

Mt. 7: 1 No juguéis, para que no seáis juzgados.

2 Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis se os medirá a vosotros.

Jesús entra a describir cómo opera la ley kármica, mostrando que la acción y la reacción están íntimamente relacionadas. Acentúa que más que la conducta misma vale una moral elevada que si no se cumple producirá matemáticamente efectos adversos sobre el actor. La ley gobierna toda experiencia con suma precisión.

En la exposición de la Ley de Karma se muestra generalmente por analogías el proceso de pesar o medir. En la tradición egipcia, el peso del corazón del actor se comparaba con el de una pluma. San Pablo compara la acción con la siembra de una semilla, y la reacción con la cosecha de frutos acordes con la índole de la semilla.

El Maestro Jesús reconocía con su mente práctica

la sencillez de las mentes de sus oyentes. Cuando enseñaba un principio abstracto, mostraba cómo aplicarlo en la experiencia común, para que pudiera ser entendido y apreciado fácilmente. Según como juzguemos a los demás, seremos juzgados. Apreciémosles, y probablemente nos apreciarán. Condenémosles, y lo más probable es que nos condenen a nosotros.

Sin embargo, puede considerarse este tema más profundamente, y ver que por medio de nuestra manera habitual de pensar vamos formando nuestro propio carácter. Juzgar mal y condenar a los demás, puede crear discordancias en nuestro carácter que afianzarán nuestra tendencia a criticar y a evaluar mal el carácter y la conducta de los demás. Esto aumentará nuestras tendencias indeseables a la separatividad, a sentirnos superiores, y a debilitar el sentido de unidad que debiera unir entre sí a todos los hombres. Por tanto, el Señor nos insta a formar el hábito de pensar y juzgar bien a los demás, ya sean pecadores o santos, altos o bajos.

Mt. 7:3 ¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu ojo?

Aunque la conducta que aquí se aconseja es indudablemente la mejor y la más sabia, no debe descartarse de ninguna manera el reconocimiento inteligente de los hechos y pensar y actuar de conformidad. Los individuos difieren mucho en sus caracteres y en la expresión de sus cualidades. Es obvio que hay ocasiones en las que uno debe juzgar a otros, como por ejemplo cuando se está buscando a una persona para un cargo de confianza, o admitirlo en nuestra intimidad; evaluar la

integridad de su carácter es no sólo permisible sino necesario. No es malo observar *con imparcialidad* a las personas con las que uno vive en estrecho contacto. Es contra la condenación que hay que estar en guardia, especialmente si no hay bases suficientes y por tanto podamos ser injustos. De todos modos, Jesús recomienda que esos juicios comiencen por el de uno mismo. Reconocer francamente nuestras propias limitaciones, generalmente evitará o suavizará nuestras críticas adversas hacia los demás. El Maestro indica que ante todo debemos observar *nuestros* defectos y nuestras debilidades, y suprimirlos antes de criticar y condenar a los demás.

Mt. 7: 4 ¿Cómo vas a decir a tu hermano: Deja que te saque esa brizna del ojo, teniendo la viga en el tuyo?

5 Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del de tu hermano.

Muchos ven esto como un consejo de perfección. Para aplicarlo se presentan dos dificultades. Primera, analizar con desprendimiento e imparcialidad nuestro propio carácter y nuestros atributos indeseables. Segundo, falta de disposición a someternos a las disciplinas necesarias para corregir nuestras faltas. Inercia, apatía, comodidad de permanecer como estamos, todo esto contribuye a resistirnos a la auto-purificación. Sin embargo, el aspirante debe estar ansioso de retirar los obstáculos para su progreso acelerado, sin caer en una exagerada severidad que lo lleve a un ascetismo desequilibrado.

El consejo puede parecer demasiado obvio en su

sencillez. Sin embargo, tan pronto como uno trata de aplicárselo nota que no es tan sencillo y fácil de seguir. La ceguera para consigo mismo evita la imparcialidad y la exactitud y claridad para examinar el carácter de los otros. Nuestra visión queda inevitablemente coloreada por nuestros propios defectos. Esta es una razón más para reconocer y extirpar nuestras faltas antes de pretender pronunciarnos sobre las de los demás.

Mt. 7:6 No deis a los perros lo que es santo, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las pisoteen con sus patas, y después, volviéndose, os despedacen.

Aquí se recomienda una estricta discreción y se previene contra la imprudente dispersión pública de verdades que confieren poder. Quizá Jesús ya había notado que las ideas más elevadas y sutiles que había presentado no habían sido ni entendidas ni debidamente consideradas, y hasta habían sido recibidas con sorna, tal vez. Compara esas verdades con perlas, y a los que por falta de progreso interno son incapaces de comprenderlas los compara con los puercos.

La larga historia de los numerosos intentos de instruir a la humanidad y de guiarla por sendas de paz y felicidad revelándole la ley espiritual, dan pie a esta prevención. La masa no evolucionada y por tanto ignorante, es incapaz de comprender los motivos del Instructor y las verdades que revela. Esas personas tienden a juzgar la conducta ajena conforme a sus propios modos egoístas de pensar y de actuar. Son incapaces de apreciar una talla superior a la de ellos, o un propósito no

manchado de egoísmo. Por eso una masa ignorante puede atacar y hasta despedazar a un Instructor de verdades espirituales y leyes morales que están más allá de su capacidad de comprensión.

Además, existen determinados conocimientos que si caen en manos indignas pueden ser peligrosos. No obstante, puede haber ocasiones en que un Maestro tenga que hablar, a riesgo de condenación y muerte para él mismo. Jesús debió haber sabido esto y hasta debió haber previsto lo que le ocurriría, cuando pronunció estas palabras.

Mt. 7: 7 Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá.

8 Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

Parece como si la admonición a la discreción acerca de la verdad, diera con la puerta en la cara a los que buscan, y cerrara la boca de los que poseen el conocimiento. Pero Jesús está hablando para los que están realmente buscando la verdad y la luz, el conocimiento y la vida espiritual. Describe en estos versículos el modo de traspasar las barreras y hacer que hablen las bocas selladas: llamar insistentemente a la puerta del templo de la verdad y pedir la guía de un instructor.

Instructores mayores y menores viven continuamente entre los hombres, ya sean reconocidos o no. Cada uno de ellos tiene el deber de buscar y hallar buscadores sinceros de la verdad, y ayudarles. No pueden cerrar sus propios oídos a ningún clamor por luz, ni pueden

negarse a enseñar a los que se lo piden con ardor y voluntad. Los que poseen las llaves del saber están bajo el imperioso deber de usarlas para abrir los cofres de la sabiduría a los que llaman, buscan y piden. Pero siempre lo harán con discernimiento.

Esas respuestas deben ser complementadas por cambios internos en los aspirantes. El Yo interno atenderá al clamor del yo externo por luz, cuando lo ve decidido a buscarla. El hombre que está despertando a lo espiritual *encontrará* dentro de sí mismo una comprensión cada vez más profunda del sentido oculto de las enseñanzas religiosas, una creciente simpatía por sus semejantes, oportunidades de servir, y facultades especiales que ofrecer. Su búsqueda, su petición y su clamor debe nacer de un corazón libre de todo deseo de lucro personal y presto a compartir todo lo que pueda ser útil a los otros. Así motivado, resuelto y con los ojos fijos en las alturas espirituales, todo aspirante triunfará con seguridad en la gran búsqueda de luz y verdad y poder.

Mt. 7: 9 ¿O hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le da una piedra,

10 o si le pide un pescado, le da una culebra?

En lenguaje metafórico el gran Maestro diferencia aquí entre el *pan* de la sabiduría divina y la *piedra* de la tradición dogmática y ortodoxa. Ningún verdadero Instructor se contentará con repetir lo que ha recibido por tradición, cuando se le pide la verdad viviente. Este mismo pensamiento lo expresa en la otra analogía en que contrasta lo comible con lo no comible.

Para algunos de sus oyentes, la idea de una enseñanza y una sabiduría viviente puede haber sido completamente nueva. Muchos de ellos no habían conocido sino las doctrinas ortodoxas basadas en la ley mosaica. Parte de la misión de Jesús fue ampliar la visión de la gente en cuestiones religiosas, y así liberarlos de la esclavitud mental a la casta sacerdotal, y de las interpretaciones rígidas de las escrituras. Era muy grande la necesidad de una reforma, e indudablemente Jesús hizo más amplia y liberal la visión de muchos, aunque así despertó la enemistad de la casta sacerdotal establecida.

Mt. 7:11 Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!

Los Esenios de la época de Jesús estaban bien informados sobre la filosofía hindú y la budhista. Conocían muy bien el concepto de Karma, pues mercaderes e instructores de Oriente viajaban constantemente a través de Palestina. Jesús debió quedar bien instruido sobre esta doctrina, pues fue educado entre los Esenios. Aunque la filosofía oriental no personifica en absoluto la ley de Karma, parece que Jesús la personifica aquí deliberadamente como un *Padre vigilante*, para hacerla más comprensible y mostrar que toda acción humana produce una reacción adecuada bajo esta ley que Jesús personifica como el Padre que está en los cielos.

Mt. 7:12 Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros; porque esta es la

Ley y los Profetas.

Jesús afirma aquí inequívocamente que la Ley Kármica es impersonal, universal e inevitable. No hace a Dios responsable de los resultados de las acciones de los hombres. Afirma la ley natural fundamental. Ayudar a otros es merecer encontrar ayuda en tiempos de necesidad. Ofender a otros es provocar ofensas proporcionales, y más aún recibirlas. Cada tipo de conducta produce sus efectos exactamente correspondientes. Por ejemplo, si un hombre golpea a otro y lo arroja al suelo, pueden suceder tres cosas. El mismo agresor puede repetir el golpe y quizá matar a su víctima. O puede sentir contrición y demostrarla levantando y curando a su víctima. O puede abandonarlo a su suerte y olvidarse de él. Los resultados ocurrirán en el mismo nivel en que se ejecutó la acción, mental, emocional, verbal o físico, o en todos combinados, según el caso.

Si el golpe se repitió, entonces la reacción será más severa todavía. Si hubo contrición y reparación, la reacción se suavizará proporcionalmente, y tal vez hasta se neutralizará si la reparación continúa por tiempo suficiente o se hace permanente. Si se deja que la víctima sufra y hasta muera sin tratar de reparar la ofensa, los efectos de de la agresión caerán sobre el agresor, incluso aumentados, pues, como dice una máxima, los actos de omisión que producen sufrimiento a otros pueden atraer adversidad.

En esto también la ortodoxia cristiana ha desorientado a la gente doblemente, pues no sólo ha dejado de proclamar que este proceso natural es una ley del uni-

verso, sino que ha afirmado dogmáticamente lo contrario. Ha estado enseñando que por mucho que un hombre pueda transgredir deliberadamente con sus vicios y crueldades la ley divina, puede evitar las consecuencias si cree que Cristo expía las faltas de los hombres, como se le enseña. Este dogma de la Expiación, que con tremendo error se ha incorporado a la teología cristiana, está causando un daño muy grave a la humanidad, no sólo porque la doctrina en cuestión es falsa sino porque alienta a los hombres a dar rienda suelta a toda clase de maldades, asegurándoles que no sufrirán consecuencias penosas ni en este mundo ni en el siguiente. Así se adoctrina a los hombres con falsedad, y se les priva del incentivo de disciplinarse, el cual existe cuando se sabe que el efecto debe seguir a la causa. La grave condición del mundo desde que se propagó esta doctrina, y especialmente en nuestros tiempos, bien puede deberse en parte a la enseñanza de la remisión de los pecados por expiación indirecta.

No se puede negociar con la ley divina de Karma, como tampoco con plegarias a Dios se pueden cambiar las leyes bajo las cuales los cuerpos estelares se mantienen en movimiento a través del espacio. La muerte de Jesús no puede modificar ni siquiera en el grueso de un cabello el cumplimiento de la ley que asegura la justicia, por mucho que los hombres crean que ello es posible. Lamentablemente, la ortodoxia cristiana persiste en el error de enseñar la Expiación y la remisión indirecta de los pecados, en lugar de enseñar la sabiduría de la *Palabra* que Jesús dio al mundo.

Mt. 7: 13 Entrad por la entrada estrecha, porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella;

14 mas, ¡qué estrecha es la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida; y pocos son los que la encuentran!

En estos versículos puede discernirse una conexión entre la realización de que la ley de Karma opera infaliblemente, y el ingreso en el camino de santidad. Se escoge este camino porque se ha realizado mentalmente lo que es esta ley fundamental. Y esta realización contrarresta inevitablemente la visión mundana sobre la existencia y el modo de vivir. Sigue una aceptación inteligente de la ley y una disposición a cooperar con la naturaleza. Es un impulso irresistible que brota de dentro del alma y no deja otra opción que la de *entrar por la puerta estrecha* y vivir en concordancia con el *camino angosto*. La intuición se hermana con la emoción. La voluntad superior enciente la acción; despierta y activa ahora, toma el mando sobre la personalidad mortal.

Los términos que emplea Jesús en estos versículos deben tomarse en un sentido especial. El hombre de mundo forzado a atender continuamente sus negocios, no puede sentir interés por “puertas estrechas que llevan a caminos espaciosos”, etc., ni puede entender qué es esto de *vida y perdición*, pues para él todo es vida hasta que llega el momento de la muerte, y todos los caminos lo llevan a vivir la vida mundana. El sentido metafórico de estos términos no le preocupa.

La palabra *perdición* probablemente es una mala

traducción o un cambio hecho por algún teólogo, pues el espíritu del hombre, su verdadera individualidad, no puede perderse, nada puede llevarlo a la perdición. Aunque el hombre externo lleve a través de varias vidas una senda de materialismo y sensualidad (tipificadas aquí por el *camino espacioso*), su Yo interno divino permanece inalterable ante esa manera de vivir. El Yo divino recogerá en su 'vestidura de luz' cualquier cosecha de facultades que la personalidad logre desarrollar en medio de su vida mundana, y la transferirá a la nueva personalidad que tome en una vida posterior. De modo pues que la perdición no se refiere al alma inmortal.

La *entrada estrecha* se refiere a un modo de vivir disciplinado e incluso ascético. El *camino angosto* se refiere a aquella senda como el filo de una navaja de la que se habla en el hinduismo, con precipicios y peligros a lado y lado, para hollar la cual hay que ceñirse estrictamente a ciertas normas de vida.

Los que escogen semejante modo de vivir controlado y dirigido, aceleran su propia evolución. En cambio, los que llevan una vida simplemente mundana, y sobre todo los que prefieren satisfacer sus apetitos corporales, demoran mucho el despertar de su conciencia como almas inmortales. Esta es la condición que se describe como *perdición*.

Se escoge el camino angosto o el espacioso según el estado de evolución. Igual que el botón de la flor de una planta se forma a su debida hora, así el botón Crístico se forma y luego se abre como la flor del alma; pero hay un tiempo en que no hay ni botón ni flor ni despertar

del alma. Y esto puede ocurrir durante varias vidas terrenales, porque el cuerpo físico y la mente gobernada por sus costumbres se oponen al despertar. Hasta que finalmente, después de un proceso gradual, ocurre una conversión, un cambio interno. Y entonces se escoge el camino angosto. El botón del adeptado ha empezado a formarse, y tendrá que pasar por muchas dificultades y hasta por caídas serias.

Los Maestros están siempre al atisbo de personas que se encuentren en esta condición. Esto se ve en la actitud de Jesús hacia los *pescadores*. Reconoció su condición despierta y los llamó. Ellos respondieron sin vacilar; lo dejaron todo y le siguieron.

La afirmación de que *el camino angosto lleva a la Vida*, se refiere a que el que lo recorre va dándose cuenta de que es un ser espiritual, va reconociéndose como inmortal y eterno, como un rayo del Ser Supremo. Entonces no le apura la muerte de su cuerpo. Ha ganado por experiencia directa la realización de su propia eternidad, siguiendo las reglas expuestas en este Sermón. Sabe que la muerte no es sino la pérdida de una forma y un nombre, y que el alma inmortal está evolucionando a través de una larga serie de vidas terrenales.

Por todas estas consideraciones se ve con claridad que el Sermón de la Montaña fue pronunciado principalmente como guía para *candidatos al discipulado*. Y que es muy cierto que pocos son los que encuentran la estrecha puerta y entran en el camino angosto.

Mt. 7: 15 Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lo-

bos rapaces.

16 Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos?

Uno de los peligros latentes en la angosta senda es el de ser descarriado por personas de motivos impuros y egoístas que fingen ser instructores espirituales. Hay dos clases de ellas. Una consiste en personas que buscan prestigio y poder fingiendo poseer sabiduría y presentándose como guías designados. La otra es todavía más peligrosa porque consiste en personas que deliberadamente se han propuesto oponerse al proceso evolutivo; éstas buscan corromper a las gentes para que caigan como sus víctimas, y atacan especialmente a los recién entrados en la angosta senda. Son ciertamente como *lobos rapaces*.

Afortunadamente existe también la guía de los verdaderos instructores. Un ejemplo de ella es el Sermón de la Montaña que no sólo revela las leyes de la vida espiritual sino que también previene contra los peligros y los falsos profetas.

Estos dos versículos ofrecen guía para discernir el instructor falso del legítimo. El neófito debe escudriñar los motivos internos y el carácter y el modo de vivir de cualquiera que le proponga la revelación de verdades espirituales. Su intuición hermanada con su intelecto le permitirá percibir si hay sinceridad o falacia. El neófito debe ejercer estricta guardia si ve la más ligera señal de alteración, y aplicar siempre su razón pura a toda instrucción que se le dé. Jesús usa aquí un símil tomado de la naturaleza para mostrar que en un hipócrita no

puede encontrarse la verdad, ni puede esperarse una guía razonable en los que deliberadamente engañan.

Mt. 7: 17 Así, todo árbol bueno da frutos buenos, mientras que el árbol malo da frutos malos.

18 Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos.

19 Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y arrojado al fuego.

20 Así que por sus frutos los conoceréis.

Un verdadero instructor no tiene sino un solo motivo: enseñar la verdad más elevada y más profunda, tal como él la conoce. Donde se pueda discernir un segundo motivo o una dualidad de propósitos, el aspirante debe entrar en duda. Debe investigar este segundo propósito y ver si armoniza con el ideal.

Se pone énfasis en *el motivo*, porque el término *bueno* significa genuino, sincero, verdaderamente iluminado y libre de deseos egoístas. Y el término *malo* indica lo contrario en el carácter de los que tratan de explotar en su propio beneficio su pequeña dosis de conocimientos. En los negocios mundanos semejante cosa es justificable; pero es definitivamente mala dentro de un sistema de guía espiritual, ya sea de un instructor aislado o de una organización.

La tendencia a lucrarse está profundamente arraigada en todo ser humano por la necesidad de la propia conservación. Pero corroe la pureza del corazón y hace ver en todo aspirante una posible fuente de ganancias. El falso profeta escoge al rico, trata de influir mental-

mente sobre él para que dé con amplitud, y usa toda clase de maquinaciones sutiles y sucias. Comienzan a reducir en la víctima la sabiduría, la intuición y la comprensión delicada y precisa. Incluso personas bien intencionadas han sido degradadas de esta manera hacia motivaciones mercantilistas, ofreciéndoles los gajes de posición y poderes.

Fallos más profundos y más peligrosos todavía pueden afligir también a los mismos que pretenden enseñar, y especialmente a los que fingen ser *gurús*. Estas personas pueden atacar y manchar el honor y la probidad y moralidad de sus víctimas. Una relación aparentemente espiritual puede degenerar en sensualidad muy perjudicial. Esos son los que se disfrazan de ovejas pero por dentro son *lobos rapaces*, como dice Jesús. Pueden perjudicar a otros no sólo en su vida actual sino también en las futuras y en su progreso hacia su perfección o liberación.

Uno de esos explotadores jamás puede servir como portador de luz, aunque a veces tenga algo de buenas intenciones. Podrá enseñar ciertas leyes. Pero como la iluminación de la mente se efectúa desde niveles más elevados, jamás puede proporcionarla un instructor indigno, un *mal árbol*. En cambio, un genuino pastor de almas, puro de corazón, cuyo único móvil es servir, es un *árbol bueno*. No sólo puede compartir la sabiduría que ha alcanzado, sino que también puede ser utilizado como vehículo para influencias más elevadas. Para ser un buen canal son de primordial importancia la sinceridad de propósito y la pureza del corazón.

Jesús usa palabras severas para indicar lo que les sucede a esos falsos profetas. Y sintetiza el método para desenmascararlos: ver los efectos de sus actividades, juzgarlos por sus frutos. Si los frutos no son buenos, la sociedad debe ser protegida: los malos agentes deben ser eliminados, cortados y echados al fuego, como dice el Señor.

Mt. 7: 21 No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial.

22 Muchos me dirán aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

23 Y entonces les declararé: Jamás os conocí; ¡apartaos de mí, agentes de iniquidad!

Jesús enuncia aquí por el método de la antítesis un principio fundamental de la vida espiritual: el de negarse a sí mismo y entregarse totalmente a Dios. Esta ley de la vida superior es de las más difíciles de obedecer porque esa dedicación no puede alcanzarse artificialmente. El sólo decir “Señor, Señor” no inducirá el estado de conciencia implicado en la sumisión total a la Voluntad de Dios. Semejante estado es una combinación de elevación interior, inspiración, felicidad celestial, y desarrollo y práctica yóguica, que sólo pueden alcanzar todos los hombres cuando pasen cierta fase evolutiva. Pero algunos pueden adelantarse.

La naturaleza hace que un rosal produzca botones en la primavera, y que esos botones se abran como flo-

res bellas y fragantes. Pero un floricultor puede acelerar ese proceso, aunque la semilla, la flor y el fruto serán según su especie. Similarmente ocurre en la evolución de la conciencia humana; aunque se puede acelerar, la elevación interior debe ser natural a la especie humana y a la persona en particular.

El versículo 22 condena como hipócrita e indigna la alabanza de sí mismo. Y el 23 habla de la actitud del gran Maestro hacia esos falsos pretendientes. El que no ha alcanzado verdadera percepción espiritual no puede engañar permanentemente diciendo que la ha logrado. Tarde o temprano su modo de ser, su porte, sus miradas, sus palabras y sus actos revelarán lo que es y mostrarán lo que no es.

La verdad y la precisión están entre los poderes más grandes. Revelan su presencia sin necesidad de anunciarla. Su ausencia conduce a la derrota, ya en este mundo o en el siguiente, ya en esta vida o en una encarnación posterior. La vida espiritual exige completa veracidad en todo.

Sin embargo, el deseo de aparecer bien ante los demás para conveniencia propia, es muy difícil erradicarlo. Se introduce insidiosamente envenenando los pensamientos y motivos, hasta que el individuo mismo lo reconoce como lo que es: una mentira tenuemente velada. Si no se frena a tiempo, puede convertir en hipócrita a un hombre de otra manera bueno.

Mt. 7: 24 Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca:

25 cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre roca.

Estos versículos aclaran la idea por medio de una analogía. Igual que la estabilidad de un edificio depende de la firmeza de sus cimientos, asimismo la estabilidad de nuestra vida interna y de nuestros pasos por la angosta senda dependerán de una sinceridad perfecta en nuestra vida y en nuestro corazón. Sin la cual se desestabilizarán nuestros pies, no podremos seguir avanzando y quizá tendremos que regresar a un estado peor. Los que se embarcan a la ligera en esta empresa, difícilmente pueden darse cuenta de sus dificultades y peligros, especialmente si están todavía muy vinculados a la vida mundana. Inevitablemente fracasarán, por algún tiempo. Pero los que flagrantemente traicionan sus ideales con su modo de vivir, después de haber fingido que los aceptan, están en una situación mucho más grave, pues están poniendo sus cimientos sobre arena en vez de roca.

Este conflicto se libra en lo más profundo del corazón durante muchas vidas, hasta que al fin el Yo divino triunfa sobre el yo mortal. Dicho en palabras sencillas, la tarea del que aspira a la santidad es fusionar estos dos aspectos, el divino y el mortal, para que el dios interno gobierne. Este gobierno se nota en que el individuo escoge la vía sacra. En la cual irá creciendo a medida que sea más veraz, hasta alcanzar la perfección.

Inevitablemente habrá caídas a lo largo del camino. Pero el secreto del triunfo final consiste en tener una

decisión interna irrevocable y firme de triunfar, y un espíritu de sinceridad y verdad como base de su conducta en la vida.

Mt. 7: 26 Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena:

27 cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, embistieron contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.

Dicho sencillamente: la sinceridad es roca y la hipocresía es arena. Cuando hay sinceridad la casa se sostiene a pesar de las limitaciones humanas. Cuando la hipocresía reina la ruina amenaza continuamente o es inevitable. Sin embargo, esto no es tan definitivo como pueda parecer. La persona mundana tiene que vivir su vida, y ésta se caracteriza por la variabilidad. Generalmente las decisiones permiten variación o cambio. Las intenciones pueden ser muy buenas y sostenerse durante largo tiempo. No obstante, la estructura bien intencionada puede distorsionarse temporalmente por influencias del pasado que se reflejan en mala salud, frustraciones y desastres. Es como un barco que puede ser desviado de su curso por fuertes corrientes, vientos, descuidos de la tripulación, etc. Al advertir la desviación se puede rectificar el curso, y ejercer más cuidado en adelante. Tales desviaciones no siempre ponen en peligro la seguridad del barco o la llegada a su destino.

De modo similar, desviaciones temporales en el progreso individual no ponen en peligro la seguridad del aspirante ni el éxito de su expedición. Puede escoger el

camino más llano, o puede escoger el más pendiente, bajo el impulso de experiencias internas o del impacto de acontecimientos externos.

Volviendo al símil utilizado por Jesús, hasta un cimiento de roca puede mostrar debilidades que pueden corregirse; un cimiento sobre arena puede reforzarse con rocas al detectar su debilidad. En la naturaleza humana, las decisiones y su ratificación rara vez son definitivas. Más aún, el espíritu humano es supremamente fuerte y su victoria sobre la materia está asegurada.

Mt. 7: 28 Y sucedió que cuando acabó Jesús estos discursos, la gente quedó asombrada de su doctrina;

29 porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

Estos versículos definen la diferencia entre el que habla conforme a la ortodoxia y el iluminado que habla por su propia experiencia y saber, como lo hace Jesús, quien ciertamente fue un exponente de la sabiduría perenne. Este Sermón nos revela al gran Reformador: un joven que se movía entre las multitudes con la seguridad del que posee el profundo saber y el poder que transmite. Además, es evidente que Jesús vivía en un consumado acuerdo con esos principios y leyes de la vida superior que anuncia en su gran sermón. La autoridad con la que habla, nace de su experiencia personal. Por tanto, la pureza de su vida y el poder que irradiaba, atraía a las multitudes.

Esta influencia de Jesús hubo de despertar, naturalmente, la envidia y la hostilidad de la clase sacerdo-

tal. Veía en él un extraño, un hombre del pueblo que pretendía saber más y enseñar más sabiamente que los escribas, los doctores de la ley y de la religión. Y que, peor aún, parecía bafarse de las antiguas creencias y dogmas y leyes religiosas establecidas.

Indudablemente, Jesús sabía que al pronunciar este sermón se ponía en peligro inmediatamente. Pues nadie puede atacar impunemente la ortodoxia, sobre todo en religión, sin excitar la hostilidad de los que la defienden. Especialmente cuando éstos ven amenazada su posición y los rendimientos monetarios que les produce.

La pronunciación de este Sermón de la Montaña puede considerarse, pues, como un acto que contribuyó enormemente a la hostilidad oficial que rodeó a Jesús y que finalmente lo llevó a una muerte prematura.

En todo caso, el gran Sermón y la persona de Jesús sobreviven en los corazones de incontables millones de personas, mientras que los que le persiguieron y provocaron su suerte han sido olvidados o execrados.

Lamentablemente, en el campo histórico la misma suerte ha amenazado y todavía amenaza desde las mismas fuentes oficiales, a los que han seguido y siguen las huellas de Jesús como transmisores de la Sabiduría Divina (Teosofía) y sus aplicaciones a la conducta de la vida tanto en lo espiritual como en lo secular.

* * * * *

VEINTE ENSEÑANZAS DE JESÚS
SEGÚN EL EVANGELIO DE MATEO

Capítulos 8, 9, 10, 11, 12, 13

Cuarta Parte

CONTENIDO (4ª parte)

VEINTE ENSEÑANZAS DE JESÚS SEGÚN EL EVANGELIO DE MATEO

INTRODUCCIÓN	303
1. FINALIDAD ÚNICA.....	305
2. COMUNIDAD SIN DISTINCIONES	307
3. CONCORDANCIA DE PROPÓSITO Y ACCIÓN ...	311
4. COMPASIÓN SIN LÍMITES	313
5. SEÑALES DE MADUREZ ESPIRITUAL	317
6. SIGNOS DE INMADUREZ ESPIRITUAL.....	324
7. DIFERENCIAS DE CRECIMIENTO	327
8. CRISTO EN VOSOTROS	329
9. SANTIDAD DE TODO TIEMPO Y LUGAR	333
10. INTEGRACIÓN CON EL ESPÍRITU	335
11. EXTERIORIZAR LO INTERNO	342
12. INVOLUCIÓN Y EVOLUCIÓN	347
13. URGENCIA DE REDENCIÓN	349
14. LA HUMANIDAD ES UN TODO	352
15. LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR	354
16. PARÁBOLA DE LA CIZAÑA	368
17. PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA	373
18. PARÁBOLA DE LA LEVADURA	375
19. PARÁBOLA DEL TESORO	377
20. PARÁBOLA DE LA PERLA	378

INTRODUCCIÓN

Jesús, como verdadero Maestro que busca guiar a los hombres por la senda del desenvolvimiento espiritual, daba sus enseñanzas en lenguaje comprensible para todos sus oyentes, ya se tratara de gentes corrientes o de sus discípulos.

Los Evangelistas tuvieron indudablemente la mejor intención de transcribir fielmente esas enseñanzas. Pero los medios con que contaban eran muy rudimentarios, y por lo tanto se vieron obligados a condensarlas al máximo.

Los discípulo de Jesús deben haber seguido activos en los planos internos, fieles a su Maestro y a su gran tarea redentora. No pueden haber perdido el amor al Maestro y a su obra, sino que, por el contrario, ese amor debe haber seguido creciendo. Bien podemos suponer, pues, que ellos han continuado inspirando y guiando a todos los que sienten un sincero anhelo de vida espiritual.

El señor Geoffrey Hodson es uno de esos hombres que sienten ese vivo anhelo, que buscan la verdad para compartirla con otros. En este volumen presentamos algunos comentarios que él ha escrito sobre algunas de las enseñanzas de Jesús, movido por ese anhelo.

Walter Ballesteros.

1. FINALIDAD ÚNICA

Mt. 8: 18 Viéndose Jesús rodeado de la muchedumbre, mandó pasar a la otra orilla.

19 Entonces se acercó un escriba y le dijo: Maestro, te seguiré adonde quiera que vayas.

20 Dícele Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.

Jesús indica aquí cierta etapa de desenvolvimiento espiritual, o la condición en que está el que figuradamente está sin hogar y sin posesiones. A veces es una condición física, como en el caso de un anacoreta. Otras veces es un estado mental caracterizado por estar completamente libre de la posesividad y de cualesquiera deseos terrenales. El místico se convierte entonces en un instructor errante cuyo único hogar está en los corazones de los hombres.

Mt. 8: 21 Otro de sus discípulos le dijo: Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre.

22 Dícele Jesús: Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos.

Simbólicamente, muertos son aquellos en quienes todavía no arde ninguna chispa viva de espiritualidad y puro idealismo que influya en su conducta cotidiana. Esas personas están figuradamente muertas desde el punto de vista espiritual, en el que se tiene en cuenta principalmente el grado de iluminación y dominio que el Yo interno transmite al yo eterno.

A ese tipo de personas debe ayudárselas de un modo general más bien que individual. Para ellas existen las religiones ortodoxas, cuyos consejos éticos tales como los Diez Mandamientos suplen razonablemente bien sus necesidades espirituales. Pueden ser personas buenas y admirables, pero todavía no están en condiciones de beneficiarse de la sabiduría más interna.

Semejantes declaraciones tajantes de Jesús, que abundan en los Evangelios, pueden considerarse también como descriptivas de cierta manera de acercarse con mayor celeridad al sendero del discipulado. Es una actitud de completa concentración en un solo propósito, con la *única finalidad* de cumplir las tareas y deberes de un discípulo para alcanzar la sabiduría pura.

Las consideraciones familiares e incluso los lazos de parentesco pasan a un segundo lugar en el pensamiento y la vida del discípulo, quien sin embargo cumple a la perfección sus deberes inmediatos. Para tener éxito en cualquier objetivo mundano se requiere esta concentración exclusiva en un solo propósito sin paramientos en cuestiones y personas ajenas a ese empeño. Y esto tiene que ser mucho más real todavía en la vida espiritual. El empeño por acelerar procesos evolutivos que ocurren dentro del alma y alcanzar mucho antes un estado de iluminación espiritual, inevitablemente impone grandes exigencias al que desee triunfar en él.

Esta necesidad de una finalidad única parece estar implícita en la admonición aparentemente severa de Jesús al discípulo, la cual podríamos parafrasear así: Mantén tu mente fija totalmente en la vida espiritual y

en el Maestro. Deja a otros ocuparse en tareas más mundanas. Todas las comunidades tienen funcionarios para ocuparse de los entierros. Déjales a ellos esa tarea, y concéntrate en la tuya que es ser un discípulo perfecto.

Este aspecto de la vida interna puede parecer algo severo a los que basan sus motivos en consideraciones mundanas y personales. En todo caso, podemos estar seguros de que estas palabras de Jesús no contienen recomendación alguna de dureza o negligencia en el cumplimiento de lo deberes filiales, cosa que un verdadero Maestro jamás inculcaría.

2. COMUNIDAD SIN DISTINCIONES

Mt. 9:10 Estando él en la mesa en casa de Mateo, vinieron muchos publicanos y pecadores, y estaban en la mesa con Jesús y sus discípulos.

Cuando visitan el mundo hombres muy avanzados y seres super-humanos, muestran despreocupación por ciertas actitudes mentales y modos convencionales de conducirse. Esta despreocupación despierta resentimientos y resistencia, dudas, críticas y condenaciones, por parte de quienes son demasiado ignorantes para entenderlas o temen perder su propio prestigio y posición. Esta hostilidad no importa en lo más mínimo a Jesús, cuyo único propósito es establecer un íntimo contacto y comunión con la humanidad. Así lo vemos aquí entrar en una casa y participar de la cena en una variada compañía.

Se nos exponen en este relato dos actitudes contrarias. Una es la del claro propósito de Jesús, completa-

mente independiente de consideraciones de casta o posición. La otra es la de los que desconocen la existencia de semejante propósito espiritual y están aprisionados y ofuscados por sus propios conceptos superficiales acerca de las relaciones humanas y sociales.

Los iluminados que vienen a servir a los hombres no se preocupan por las diferencias artificiales; todo su interés estriba en la semilla espiritual que está desarrollándose, para la cual la envoltura corpórea no es sino un templo, aunque con demasiada frecuencia parezca una tumba.

En este incidente se nos está mostrando por medio de personificaciones la naturaleza total del ser humano. El Cristo es el principio divino. Los discípulos son los atributos o cualidades elevadas y más nobles, y los publicanos y los pecadores son los deseos y los aspectos que todavía no se han reformado y regenerado. La casa es el cuerpo físico con su aura que incluye el campo de fuerza dentro del cual se reúnen todos estos aspectos de la naturaleza humana.

Se describe alegóricamente el proceso de regeneración. El Principio Divino, el Cristo, entra en estrecha comunión con los atributos nobles y elevados, y también con la índole animálica del hombre, al participar de la misma comida. Esto implica que se ha entrado en una etapa en la que el Ser interno está iluminando y espiritualizando al ser externo. Éste siente claramente la presencia mística de Cristo, le reconoce y se acoge a su influencia. Los aspectos material y espiritual están fusionándose íntimamente, y el hombre está a punto de

entrar en un modo de vivir espiritual.

Mt. 9:11 Al verlo los fariseos decían a los discípulos:
¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?

La entrada en un modo de vida en constante crecimiento espiritual, siempre provoca resistencia, tanto desde el interior del aspirante mismo como de su familia, amigos y compañeros. Los fariseos personifican esta resistencia. La resistencia interna proviene de los hábitos y costumbres y del temor a perder posiciones y placeres acariciados. Este tipo de fariseos existe dentro de todos los hombres y pueden constituir una barrera considerable. Hay que enfrentarse a su reto y a sus quejas y dudas, y superarlas.

Mt. 9:12 Más él, al oírlo, dijo: No necesitan médico los sanos, sino los que están enfermos.

Los actos y las palabras de Jesús indican que él había alcanzado y utilizaba habitualmente un nivel de conciencia que no era normal en sus días y que todavía no ha alcanzado la mayoría de la humanidad. Es un nivel super-mental que marca el ingreso en una etapa de evolución superior. Mientras no se entra en esa etapa, la mente es el único juez y árbitro de la conducta.

Hay dos atributos mentales, la inflexibilidad y la separatividad, que dificultan vivir en ese nivel supra-mental. Hay que superarlos. Si bien la mayoría de la humanidad actual está limitada por estos atributos restrictivos, los hombres más avanzados se han liberado de ellos. La flexibilidad y la universalidad de su conciencia señalan que han desarrollado su principio de

sabiduría o principio Crístico. Estos hombres ven el mundo como una totalidad, la humanidad como una familia, y a todos los hombres como hermanos.

El cuadro que se nos muestra aquí, de Cristo sentado a la mesa con publicanos y pecadores, representa el desarrollo del poder de percibir la unidad en la diversidad, y de permanecer inalterables ante las diferencias ilusorias de casta, etc. Entre los hombres de hoy existen líderes de diferentes razas que también dan ejemplo de esta actitud y son los precursores de una nueva humanidad. Parte de la misión de estos grandes seres que periódicamente visitan la tierra, es la de estimular y avivar el crecimiento del principio de Sabiduría o naturaleza Crística en los hombres. Su misma presencia produce este efecto, y así ayudan a los que pueden responder, a alcanzar un estado de conciencia en el cual ven a los hombres desde dentro, gracias a la activación de un principio interno que está en desarrollo.

La visión de esta clase de seres no se limita a las formas externas con sus distinciones y clasificaciones temporales. La sabiduría pura y directa la lleva hasta el corazón de los problemas humanos, y esto los capacita para resolverlos. Esto se demuestra en la respuesta de Jesús a los fariseos: los sanos no necesitan médico, sino los enfermos.

Mt. 9:13 Id, pues, a aprender qué significa aquello de: Misericordia quiero, que no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos sino a pecadores.

Jesús no sólo responde a las críticas de los fariseos sino que los incita a descubrir la verdad por sí mismos.

Recalca que el ideal de bondad y compasión está por encima de los ofrecimientos de sacrificios en el templo. Como en la parábola de la oveja perdida, Jesús describe parte de la misión de un ser divino que visita a los hombres. Esta misión, dice, es ayudar especialmente a los que están en lamentable necesidad, a los que caen en la senda evolutiva, a los que les fallan las fuerzas, a los que decaen en la virtud y han perdido la visión espiritual. A esos hombres y mujeres no hay que juzgarlos ni condenarlos, sino que hay que compadecerlos y auxiliarlos de un modo divino.

Igual que el médico y el reformador pueden y deben atender preferentemente a los que están enfermos de cuerpo y mente, así el sabio inspirado viene para ayudar a los que están enfermos del alma o tienen el corazón herido y fatigado por las angustias y tentaciones de la vida del mundo.

Interpretado esto místicamente, significa que la voluntad y la inspiración interna de los débiles y los caídos pueden restaurarse por la manifestación de la naturaleza Crística dentro de ellos mismos. La recomendación que hace Jesús: «Id a aprender qué significa...» constituye una llamada a esa búsqueda interna del espíritu de divina compasión y amor. Ese espíritu yace sepultado en el interior de todos los hombres, pero brilla resplandeciente en un Salvador del Mundo, especialmente para bien de los caídos.

3. CONCORDANCIA DE PROPÓSITO Y ACCIÓN

Mt. 9: 14 Entonces se le presentan los discípulos de Juan

y le dicen: ¿Por qué, mientras nosotros y los fariseos ayunamos, tus discípulos no ayunan?

15 Jesús les contestó: ¿Pueden acaso los invitados a la boda estar tristes mientras el novio está con ellos? Días vendrán en que les será arrebatado el novio; ya ayunarán entonces.

16 Nadie pone un remiendo de paño sin tundir a un vestido viejo, porque lo añadido tira del vestido y se produce un desgarrón peor.

17 Ni tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; pues de otro modo, los odres revientan, el vino se derrama, y los odres se estropean; sino que el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así ambos se conservan.

Jesús muestra aquí que el ayuno es un medio y no un fin, como disciplina espiritual y corporal. Puesto que los discípulos estaban con el Maestro, íntimamente unidos con él, habían alcanzado la meta de realizar su presencia. Por tanto, el ayuno ya no era necesario para ellos.

Las reglas que gobiernan la formación en cualquier campo de la vida o empresa humana, se aplican también a la vida espiritual. Una vez que se ha alcanzado una meta específica, ya no es necesario aplicar rigurosamente los métodos de formación que hicieron posible el éxito. En todo caso, sigue aplicándose cierto ascetismo flexible y una estricta adhesión a los principios.

Jesús está indicando aquí la importancia de concentrarse en un solo propósito y traducirlo en actos. Para ello utiliza dos analogías. Tratar de hacer remiendos chapuceros o de mezclar un poco de lo nuevo con lo viejo, en el modo de vivir, no puede conducir sino al

fracaso. La entrega debe ser total, y el corazón ha de ser completamente puro.

Recorrer el camino hacia la liberación ha de convertirse gradualmente en el único propósito. Esta es una de las leyes Más difíciles de la vida superior. Por fortuna el cambio puede hacerse gradualmente. El mismo hecho de aspirar a ello indica que el Yo interno está activo dentro del hombre externo. Y que, en consecuencia, puede cumplirse el difícil requisito de concentrar mente, corazón y cuerpo en ese solo propósito.

Esta misma ley se enuncia en varios pasajes bíblicos. La mujer de Lot quedó petrificada porque miró hacia atrás. Esta tendencia es bastante natural, y en las etapas tempranas no tiene mucha importancia. Pero gradualmente hay que ir debilitando las viejas exigencias, hay que superar las antiguas tendencias a complacerse, y hay que convertir toda la existencia en una expresión de la voluntad de triunfar. Como Jesús indica, la concordancia de propósito y acción es el único camino hacia las alturas espirituales.

4. COMPASIÓN SIN LÍMITES

En todas las experiencias humanas hay períodos de máxima plenitud así como de decadencia y limitación. En la vida de Jesús encontramos períodos en que su misión alcanza grandes alturas de mucho éxito. El versículo siguiente registra uno de esos momentos.

Mt. 9: 35 Jesús recorría todas las ciudades y los pueblos enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda do-

lencia.

Vemos aquí a Jesús en la cima de su poder y éxito. Aunque las tinieblas amenazan y las fuerzas personificadas por los fariseos tratan de destruirlo, el gran Salvador de hombres continúa su divino ministerio sin dejarse acongojar ni afectar. La marea de su misión estaba ciertamente en función creciente.

Esta ley de periodicidad rige también para la vida interior y espiritual de todo hombre. En realidad todos los incidentes de la vida de Jesús encuentran expresión en la vida de todo hombre y de toda nación. Hay días y meses en que la aspiración espiritual, el idealismo y su aplicación decidida en la vida diaria se sienten fuertemente y se cumplen con buen éxito. Estos son los momentos en que, siguiendo el ejemplo de Jesús y de otros grandes seres, hay que aprovechar las oportunidades y dar rienda suelta a las influencias más elevadas que se sientan. Afortunados aquellos para quienes este versículo es una descripción veraz de lo que ocurre en sus vidas.

Mt. 9: 36 Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión por ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor.

37 Entonces dice a sus discípulos: La mies es mucha y los obreros pocos.

38 Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies.

Estas palabras, pronunciadas después de una serie de curaciones espirituales, contienen una verdad para

todos los tiempos, un diagnóstico de una necesidad mundial que viene de muy atrás y que todavía perdura.

Hasta ahora y a lo largo de toda la fase actual de desarrollo del intelecto humano, que lleva por lo menos un millón de años y que continuará durante muchos miles más, el individualismo acentuado ha aportado dolor y pecados a la humanidad. Las dimensiones de estos males han sido enormes, y desgraciadamente siguen aumentando.

La mente del hombre puede representarse en forma de diagrama como constituida por varias capas de diversos tipos de mentalidad. Cuando uno de estos estratos se activa más que los otros, tiende a oscurecer la luz y a producir desequilibrio mental. El notable progreso tecnológico alcanzado por el hombre moderno se ha pagado al alto precio del oscurecimiento de la moralidad y la espiritualidad. La visión mental está llena de las proezas técnicas y científicas sin dejar lugar al sentido de responsabilidad para el recto uso de los productos de esos desarrollos. Este es un factor que ha contribuido mucho a perjudicar la condición de la humanidad en el mundo actual.

La humanidad está siendo realmente perjudicada y abatida porque carece de sabiduría espiritual y no sabe aplicar las leyes de la vida superior a los procesos del vivir. Esta ignorancia o *Avidya* es la causa de los graves errores humanos. Su antítesis es la Sabiduría. Sin embargo a pesar de los tesoros de enseñanzas que los grandes Seres han aportado, la necesidad continúa apremiando.

En esta interpretación, la mies es la humanidad, las naciones y los individuos que sufren, los oprimidos, los encarcelados, los torturados, los delincuentes, y todos los que padecen enfermedades físicas y mentales. Por fortuna, existen también hombres y mujeres iluminados que están ejerciendo influencia benéfica y elevando sus voces en una llamada para corregir daños como los causados por el uso destructivo de los adelantos científicos, y aplicar éstos a propósitos y fines constructivos. Todo el que pueda elevar su voz y usar su pluma para llamar a la humanidad a reconocer otros objetivos totalmente constructivos, prestará un servicio enorme en este momento crítico de la historia de la humanidad.

Los obreros que recogen la mies son los hombres y mujeres sabios, auto-limitados, devotos y compasivos. Ocupan un lugar en la escala que va desde los que sirven a su prójimo en los diversos campos de la vida, a menudo sin ser notados por nadie, pasa por los educadores y estadistas que se preocupan por los grandes problemas sociales, y llega hasta los “justos que ya son perfectos”. Las palabras de los que saben, y las vidas de los devotos, pueden iluminar las mentes y conmover e inspirar los corazones de otros.

Felizmente la cantidad de estos trabajadores aumenta, aunque al mismo tiempo crece cada vez más la necesidad de ellos. Santos y sabios u hombres perfectos siempre han surgido de las filas humanas. Continúan surgiendo, pero todavía son demasiado pocos en proporción a la enorme y creciente demanda de su influencia y servicios. El camino de santidad, la vía angosta que lle-

va a la vida eterna, está abierto, y algunos lo han encontrado y lo están siguiendo, aunque todavía son apenas una minoría muy reducida. Pero para la humanidad son de gran importancia en proporción a su número. Su eficacia proviene de que avanzan hacia la auto-iluminación penetrando cada vez más profundamente en el conocimiento directo de la verdad.

Parece razonable suponer que Jesús está refiriéndose aquí a la vida espiritual de todos los que aspiran a ser sus discípulos. Interpretadas así las palabras de Jesús, constituyen una llamada a toda la humanidad, no sólo para servir sino también para buscar y hallar al Maestro que los haga 'pescadores de hombres.' Y de ese modo este importante capítulo 9 del Evangelio termina con un llamamiento del Maestro Jesús para aumentar el número de mujeres y hombres que emprendan un modo de vivir motivado por el altruismo y caracterizado por la pureza y disciplina y el servicio a la humanidad, y especialmente por la búsqueda del Maestro y de la sabiduría espiritual que él representa. Es profundamente cierto hoy, como lo fue hace dos mil años, que la mies está lista pero los obreros son pocos.

5. SEÑALES DE MADUREZ ESPIRITUAL

La posibilidad de acelerar el propio desarrollo, el modo de hacerlo, y la vida que llevan los que lo han logrado, son un triple hilo dorado de sabiduría entretejido en todas las mitologías y en todas las escrituras. Por ejemplo, los trabajos de Hércules, el viaje de Ulises, el rapto y el rescate de Perséfone, la muerte del Minotauro

y Medusa, el rescate de Andrómeda, la vida y muerte de Sigfrido, la esclavitud y el éxodo de los israelitas en Egipto y Babilonia, y las vidas de Josué, Sansón y Job. Todas muestran la única senda interior en cuyo recorrido se trascienden las limitaciones humanas y se manifiesta la perfección Crística. Muchos versículos de los Evangelios se refieren a esta senda, tales como los siguientes:

Mt. 11: 1 Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades.

2 Y Juan, que en la cárcel había oído hablar de las obras de Cristo, envió a dos de sus discípulos a decirle:

3 ¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?

4 Jesús les respondió: Id y contad a Juan lo que oís y veis:

5 Los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva;

6 ¡Y dichoso aquel que no se escandaliza de mí!

Juan el Bautista encarcelado representa la influencia que restringe y oscurece la visión espiritual, en un hombre de mentalidad excesivamente analítica, crítica y altiva. Bajo esa influencia la sabiduría espiritual y las facultades intuitivas quedan 'encarceladas.'

Huelga decir que no son solamente esas cualidades indeseables de la mente las que restringen la influencia

del Yo Superior sobre el yo mortal, sino también las fuerzas emocionales de la pasión y el deseo cuando se les permite expresarse sin freno. Estas fuerzas y el vehículo en el cual nacen y por medio del cual se expresan, están personificadas en el Evangelio por Salomé, la danzarina que excitaba y satisfacía los instintos sexuales del rey.

Los discípulos de Juan representan la naturaleza mental y emocional, disciplinada y entregada. Y las multitudes ignorantes representan el cuerpo físico y los estados de conciencia puramente materiales.

Alegórica y simbólicamente se representa el drama de la iniciación con sus pruebas, experiencias y logros, en el escenario de la vida, que en este caso es la Judea de hace unos dos mil años. Sin embargo, este drama se sucede perpetuamente en hombres y mujeres inspirados y auto-disciplinados que pasan figuradamente por la muerte y la resurrección. Pero por muy objetivo que parezca el relato evangélico, se trata de una experiencia totalmente interna, un drama que se representa dentro del alma de hombres espirituales maduros y despiertos.

Esos seres humanos regenerados ya no son espiritualmente ciegos, cojos, leprosos, sordos, muertos y pobres, pues, como se indica en el versículo 5, todas estas limitaciones han desaparecido. Esas limitaciones afligen a la humanidad mortal durante la fase que precede a la regeneración espiritual. Cuando ocurre esta regeneración se experimenta míticamente la presencia de Cristo, y de ahí en adelante cesan todos los padecimientos.

Mt. 11:7 Cuando ellos se marchaban, se puso Jesús a hablar de Juan a la gente: ¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento?

8 ¿Qué salisteis a ver, sino? ¿Un hombre elegantemente vestido? ¡No! Los que visten con elegancia están en los palacios de los reyes.

Juan, el mensajero y precursor enviado a preparar el camino del Mesías, se asemeja ciertamente al profeta Elías, en su modo de vivir, su alimento, su vestido y su evangelio de purificación. Sin embargo, su encarcelamiento por Herodes y su decapitación no están totalmente de acuerdo con la imagen de Elías. Pues Elías fue el protegido de Dios que subió al cielo en un carro de fuego dejando caer su manto sobre su sucesor, Eliseo. Semejante hombre, dotado de poderes teúrgicos, no se hubiera dejado vencer por un gobernador romano. Pero esta anomalía desaparece si se considera alegóricamente la narración.

En este punto de su misión, Jesús comienza a preparar las mentes de sus oyentes para una revelación muy profunda acerca de Juan el Bautista. Proclama que la aparición de Juan no es un fenómeno normal tal como el de una caña agitada por el viento, sino un hecho lleno de significado supra-normal. Jesús acentúa esta enseñanza por medio de preguntas retóricas cuyo propósito es mostrar la gran diferencia entre Juan y una persona del mundo, particularmente una dotada de riquezas y perteneciente a la aristocracia. Juan no era como ninguno de esos, dice Jesús, refiriéndose al hecho de que vivía en el desierto, usaba ropas sencillas, y se alimenta-

ba con las plantas circundantes, como lo han hecho los santos desde tiempo inmemorial.

Mt. 11:9 Entonces, ¿a qué salisteis? ¿A ver a un profeta? Sí, os lo aseguro, y más que profeta.

Jesús afirma aquí la elevada talla espiritual de Juan el Bautista, y también su misión en el mundo. No obstante la sencillez del lenguaje, estos versículos muestran una cualidad dramática. Casi puede uno imaginarse la escena y escuchar las palabras de Jesús que primero disipan conceptos falsos y luego afirman una verdad: Juan era ciertamente un profeta, y aún más que profeta, un verdadero precursor.

Mt. 11:10 Éste es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, el cual te preparará por delante el camino.

Aquí el Maestro se refiere al Pentateuco. También reconoce las profecías, pues Malaquías había mencionado la reaparición de Elías para preparar el camino al Mesías, la esperanza largo tiempo mantenida por los judíos. Jesús afirma que esa profecía estaba cumpliéndose en ese mismo momento en su sentido más personal. En verdad, Juan fue ambas cosas; el mensajero esperado y el preparador del camino para el Señor.

Mt. 11:11 En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él.

Esta afirmación algo misteriosa y hasta aparentemente contradictoria, puede explicarse si se admite la

existencia de un reino superior al humano. Juan supera en madurez hasta al hombre más grande. Pero comparado con aquellos “hombres que se han convertido en perfectos” y que gozan del estado de conciencia descrito místicamente como el reino de los cielos, Juan resulta ser ‘el más pequeño’ en ese reino, pues a pesar de su madurez todavía es apenas un hombre. Los hombres perfectos que han surgido de entre la humanidad y han alcanzado la talla de la espiritualidad regia, son incomparablemente más grandes que los máximos genios y videntes y profetas, pues estos son todavía miembros del reino humano y están aún entre los hombres.

Mt. 11:12 Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos se abre su camino con esfuerzo, y los esforzados lo conquistan.

El que alcanza la perfección por adelantado de la raza, ciertamente no conquista el reino de los cielos por la fuerza ni por la violencia. Su voluntad interna, su poder divino interno, se ha despertado y no admite ninguna negativa. Como individuo queda absorbido por una sola idea: la de eliminar todo cuanto haya de imperfecto en él, y así alcanzar la perfección.

Mt. 11: 13 Pues todos los profetas, lo mismo que la Ley, hasta Juan profetizaron.

14 Y, si queréis admitirlo, él es Elías, el que iba a venir.

15 El que tenga oídos, que oiga.

Huelga decir que las enseñanzas que Jesús dio en secreto a sus discípulos no quedaron incluidas en los

Evangelios. Podemos suponer razonablemente que consistieron en verdades que, con parcialidad, solamente se revelan de boca a oído en el retiro en que los grandes instructores se recluyen con sus discípulos. Allí ya no se usan parábolas ni símbolos, ni se personifican por dioses, diosas, héroes y patriarcas las potestades que construyen universos o administran las leyes naturales.

Jesús instruyó a sus discípulos sobre el ciclo de nacimiento, muerte y renacimiento, en el cual el espíritu humano desarrolla sus poderes hasta el máximo grado. También les informó plenamente que las formas materiales han de desarrollarse hasta convertirse en instrumentos perfectos para la expresión de toda la belleza del espíritu. Así vemos que en el versículo 14 Jesús manifiesta a sus discípulos que Juan era en efecto una reencarnación del Ser que anteriormente había sido conocido como Elías. Y es de suponer que les dio pruebas objetivas de la operación de esta ley cíclica universal en todos los hombres.

El Maestro no apelaba únicamente a la mente, sino también a la intuición, la sabiduría del corazón. En el versículo 15 pide al que tenga oídos que reciba no sólo las palabras sino la verdad oculta en ellas. Pues toda enseñanza espiritual se dirige no sólo al intelecto sino más aún a aquellas percepciones más profundas de que es capaz el Yo superior en su aspecto sabiduría.

La doctrina de la reencarnación había llegado a los países mediterráneos desde Oriente, traídas por los misioneros, mercaderes y personas instruidas en la Doctrina Secreta. Lo esenios la conocían, como también

los iniciados en los Misterios Egipcios. Jesús, como uno de ellos, estaba por tanto bien instruido en esta doctrina y así podía impartirla a los pocos escogidos.

La necesidad de mantener en secreto estas enseñanzas era muy grande en esa época y lugar. Era peligroso revelar cualquier cosa que no figurara en la *Torah*. Jesús atrajo sobre si la pena de muerte, como se vio más adelante, pues enseñaba no sólo la ley de la reencarnación sino otras cosas mucho más heterodoxas, tales como la divinidad del hombre y que todo hombre es una verdadera manifestación del espíritu puro conocido como Adonai.

6. SIGNOS DE INMADUREZ ESPIRITUAL

Mt. 11: 16 Pero, ¿con quién compararé a esta generación? Se parece a los chiquillos que, sentados en las plazas, se gritan unos a otros diciendo:

17 Os hemos tocado la flauta, y no habéis bailado; os hemos entonado endechas, y no os habéis lamentado.

Aquí procede Jesús a comparar a los verdaderos buscadores de sabiduría, o sea los discípulos, con los hombres del mundo, los chiquillos en su estado normal de desarrollo. La comparación resulta muy desfavorable para éstos; el contraste es muy marcado.

El Señor confía la sabiduría divina a sus discípulos, y reconviene a los que no saben ni se preocupan por saber. Los pinta como sentados en las plazas, indicando con ello que su mayor preocupación era hacer dine-

ro y obtener utilidades. Ellos también piden ayuda a otros, pero no son atendidos porque cada cual está atendiendo a sus propios intereses. Lo que era cierto en esos días lo es también ahora. Esa es parte de la tragedia mundial en el KALI YUGA de nuestra era, pues en este ciclo la mente es dominante sobre el corazón, y la luz de la intuición es sumamente débil.

El Maestro discurre sobre esto en privado con sus discípulos y les revela la situación del mundo y la condición de la masa humana tal como él la ve con su visión omnímoda, por lo cual él vertía todo su amor sobre el mundo en general como lo muestran los tres últimos versículos de este capítulo.

Mt. 11: 18 Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene.

19 Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores. Y la Sabiduría se ha acreditado por sus hijos.

Se indica aquí la incapacidad de los hombres, cuando están cegados por la materia y sus mentes están oscurcidas, para percibir la talla superior y la sabiduría de quien trae luz al mundo. El ascetismo de Juan el Bautista fue incomprendido y befado por estar en tan marcado contraste con el modo de vivir tan pecaminoso de los hombres en general. Sin embargo, cuando el Señor mismo se comporta externamente de conformidad con las costumbres generales, también se le critica e incluso se le condena como lujurioso. La suerte del Bautista y del mismo Jesús es la de casi todo gran Maestro

y mensajero que ha visitado la tierra, especialmente el mundo occidental. Los pueblos orientales, cuyas mentes se han nutrido con las ideas metafísicas de sus antiguas escrituras, y reconocen la existencia de Rishis y Mahatmas, eran menos ignorantes, y por tanto más respetuosos con sus visitantes superiores o Avataaras.

Shri Krishna, el Buddha y Shri Sankaracharya, vivieron en relativa paz y sus enseñanzas fueron realmente apreciadas y conservadas. La tendencia materialista que caracteriza al hombre moderno, el afán del científico por descubrir los secretos más íntimos de la materia, el énfasis en la actividad más bien que en el equilibrio contemplativo, a lo cual se suma la aceptación casi servil de la letra de las escrituras, todo esto hace que el hombre occidental no quiera escuchar a los que hablan desde niveles supra-mentales revelándole una sabiduría y una ética más elevada que la suya.

No obstante, en esos tiempos existían neófitos y discípulos que buscaban los pies del Maestro. También hoy, felizmente, hay un buen número de ellos que pueden influir en las condiciones y en el pensamiento del mundo. El ideal y la práctica de la cooperación mundial es uno de los resultados. Otro ejemplo es el aumento en el número de organizaciones, válidas o no, que se ocupan en estudios y disciplinas internas. En los tiempos de Jesús esos movimientos eran muy escasos. Entre los buscadores genuinos se encuentran los pocos que reconocen la Religión-Sabiduría o Teosofía y buscan los pies del Maestro. Estos pocos aumentarán a medida que la ola del progreso espiritual avance.

7. DIFERENCIAS DE CRECIMIENTO

Mt. 11: 20 Entonces comenzó a reconvénir a las ciudades en las que se habían realizado la mayoría de sus milagros, porque no se habían arrepentido:

21 ¡Ay de ti, Corazeín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros realizados en vosotras, tiempo ha que en saco y ceniza hubieran hecho penitencia.

22 Por eso os digo que el día del Juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotras.

23 Y tú, Cafarnaúm, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el infierno te hundirás! Porque si en Sodoma se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en ti, aún subsistiría el día de hoy.

24 Por eso os digo que el día del Juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para ti.

25 Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños.

26 Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito.

Estos versículos están entre los que justamente pueden tomarse en sentido literal. Algunas ciudades de Judea recibieron con el debido respeto la presencia de Jesús, sus enseñanzas y su modo de vivir, con actitud recta nacida del reconocimiento de la grandeza del Señor. A éstas las alababa él. Otras, aunque parecían responder a sus consejos, en realidad continuaron en sus modos indeseables de vivir. El Señor las censura y pro-

fetiza su destrucción, tal como ocurrió más adelante.

Sin embargo, si leemos estos versículos en un sentido más universal, fuera del tiempo y del espacio, entonces las ciudades y las gentes simbolizan determinados tipos humanos y ciertas características bastante comunes. Con frecuencia ocurre que los sofisticados y eruditos se hinchan tanto con su intelectualismo que se mantienen incapaces de responder a revelaciones de sabiduría intuitiva y a normas de simple ética. Por otro lado, los aparentemente indoctos, a quienes frecuentemente se considera pequeños por la misma quietud e incluso la pobreza de sus mentes, suelen ser capaces de responder hasta a los susurros de la sabiduría más profunda de sus almas. Se sienten atraídos por los ideales de pureza de vida y por el freno de los apetitos. A éstos les profetiza buena fortuna el Señor.

Esta clasificación de la humanidad en dos tipos, los eruditos y los relativamente ignorantes, no debe llevarse al extremo, sin embargo, porque está claro que el conocimiento profundo puede ser muy valioso. La riqueza intelectual derivada de estudios profundos y de la búsqueda constante de la verdad con una mente inquisitiva, no tiene porque ser siempre una barrera para la percepción de la Verdad. El saber no siempre tiene que volver la mente insensible a la iluminación supramental. Asimismo, es evidente que el analfabetismo no debe considerarse como un pre-requisito para la iluminación espiritual.

La humildad y un espíritu de investigación desinteresada y sincera en los misterios de la vida debe muy

bien acompañar el sondear profundamente interior en los secretos más íntimos del alma humana para descubrir el verdadero Ser del hombre.

8. CRISTO EN VOSOTROS

Mt. 11: 27 Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar.

Cambios abruptos de tema y de estilo como éste muestran que las escrituras fueron compiladas por muchas manos. También es posible que se hayan añadido interpolaciones por otras manos para apoyar dogmas teológico posteriores.

Este versículo hace referencia a una de las más profundas de todas las enseñanzas, aunque lamentablemente la ortodoxia cristiana ha buscado interpretar y presentar mal el sentido interno de las palabras atribuidas al Señor. Este error, constantemente repetido, surge de la costumbre de personalizar ideas esencialmente impersonales.

Esta costumbre está ilustrada por la frase «ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar». Estas palabras y algunas más se han aprovechado para sugerir que Jesucristo fue y sigue siendo el único mediador entre el hombre y Dios. Y, más aún, que todos los que nacen y viven fuera de la fe cristiana están privados de esta mediación y por tanto no pueden conocer al Padre.

La verdad es otra, desde luego. Todos los hombres

de todos los tiempos y razas, son seres espirituales por su misma naturaleza y existencia. El Espíritu Uno que en el cristianismo se conoce como Dios, mora en todos y en cada uno de los hombres, y es en verdad la Fuente de la existencia humana y la seguridad de salvación para todos, de evolucionar hasta alcanzar 'la medida de la talla de la plenitud de Cristo'.

En este versículo el sujeto no es apenas un personaje que aparece en tiempo y lugar y en forma humana, sino mucho más: es la sabiduría impersonal y omnipotente, la vida y el amor de Dios. Esta presencia en el hombre sirve como mediador entre lo material y lo espiritual en él, entre su mente y la Luz Eterna.

Lo expresado en este versículo puede aceptarse como una verdad si por Hijo se entiende la naturaleza Crística interna, el Cristo Morador que es el verdadero revelador y salvador para toda la humanidad. Como lo repetía tanto San Pablo, «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria».

Mt. 11:28 Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré.

29 Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.

30 Porque mi yugo es suave y mi carga ligera».

Continúa aquí la transición desde la condenación en los versículos anteriores hacia la exposición de una verdad espiritual. Ya no está Jesús amonestando a los hombres a arrepentirse de sus faltas. Ahora se ofrece él

mismo, en palabras de sublime belleza, como refugio y alivio para todos los hombres. Aquí habla la voz de uno que ciertamente es el Ungido, el Cristo, que mora en unidad con el Yo espiritual de todo hombre. Aquí habla también el Maestro, más personal pero maravilloso y perfecto, que visitó la tierra hace dos mil años como Jesús el Cristo.

Ambas manifestaciones, la Cósmica y la Supra-humana, revelan una compasión divina y casi maternal, que comprende bien los sufrimientos y las necesidades de los hombres. Movido así, el verdadero Cristo interior se ofrece siempre como consolador, instructor y fuente infalible de alivio y fortaleza para todos los hombres y mujeres que han vivido y vivirán en todos los tiempos en esta tierra.

El hombre o la mujer que se ha convertido en perfecto, que se ha emancipado de las limitaciones de la naturaleza puramente humana, que ha trascendido todas las limitaciones y debilidades humanas y ha comenzado a expresar el poder divino interno, ciertamente nota que el fardo de la vida se ha aligerado de sus hombros. Un hombre así es libre, es dueño de la vida y de la muerte, y está dotado de tal omnipotencia que cumple sin esfuerzos las tareas que le corresponden.

Sin embargo, una persona así no se siente alejada y retirada de la vida común de otras personas de todas las clases. Por el contrario, la misma talla que ha alcanzado le hace estar constantemente consciente y sensible a las necesidades y a las luchas y los sufrimientos de los que todavía son más jóvenes que ella en evolución. Los

ve como hijos suyos, y los ama a todos, ya sean santos o pecadores. Aún más, se ofrece a todos como refugio verdadero e infalible, como un hermano mayor que participa de todas las cargas de la vida humana.

No debe pasarse por alto otra interpretación mística importante, según la cual todo ser humano llega finalmente a apoyarse en su propia naturaleza Crística inherente, y a valerse de ella como una fuente infalible de fortaleza y alivio tanto para sí mismo como para sus semejantes.

Los que redactaron este Evangelio hicieron muy bien, tal parece, en cerrar este capítulo de severa amonestación con palabras que aconsejan la ofrenda de sí mismo y exaltan el amor omnímodo de Cristo.

Las autoridades rabínicas pretendieron hallar culpable a Jesús de alabarse a sí mismo exageradamente. Tergiversaron y personalizaron su afirmación de ser Hijo de Dios. La hicieron aparecer como una proclamación de que él era un representante de Dios que traía a la humanidad el poder y la verdad de Dios. Sobre estas bases de aparente legalidad instruyeron todos los cargos contra él.

Bien puede suponerse que las palabras de Jesús se refieren al hecho de que él, en común con todos los hombres, era un Hijo de Dios en virtud de la Presencia Divina en su interior y de que todo se origina en Dios, luego todos los hombres son Hijos de Dios. Pero esto no lo aceptaba el Hebraísmo rígidamente ortodoxo. Los rabinos enseñaban que Jehovah era una Deidad externa, y no aceptaban que Dios pudiera manifestarse como el

alma íntima de todo ser humano. Por tanto les sonaban blasfemas las palabras de Jesús.

En el capítulo 12 de San Mateo veremos los comienzos de la conspiración urdida contra Jesús, y cómo la Divinidad brillaba a través de él cada vez más.

9. SANTIDAD DE TODO TIEMPO Y LUGAR

Mt. 12: 1 En aquel tiempo vino a pasar Jesús un sábado por los sembrados. Sus discípulos sintieron hambre y se pusieron a arrancar espigas y a comerlas.

2 Y al verlo los fariseos, le dijeron: Mira, tus discípulos hacen lo que no está permitido hacer en sábado.

3 Pero él les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando sintió hambre él y los que le acompañaban?

4 cómo entró en la Casa de Dios y comieron los panes de la proposición, que no les era lícito comer a él, ni a sus compañeros, sino sólo a los sacerdotes?

5 ¿Tampoco habéis leído en la Ley que en día de sábado los sacerdotes, en el Templo, quebrantan el sábado sin incurrir en culpa?

6 Pues yo os digo que hay aquí algo mayor que el Templo.

7 Si hubieseis comprendido lo que significa aquello de: Misericordia quiero, que no sacrificio, no condenaríais a los que no tienen culpa.

8 Porque señor es del sábado el Hijo del hombre.

Este episodio es un ejemplo de la diferencia entre la letra que mata y el espíritu que ilumina y vivifica. Correctamente entendido es de gran importancia, porque indica la naturaleza y los atributos de los dos aspectos de la mente humana. Uno de estos aspectos se interesa solamente por el mundo material y los rasgos materiales de la vida. Y en consecuencia la atención se fija en el sentido literal de las palabras. Esta tendencia es buena cuando se usa con discernimiento. Pero tiene la desventaja de que convierte a la mente en insensible a la intuición.

Las mismas escrituras sagradas pueden convertirse en barreras para la iluminación espiritual cuando se acepta exclusivamente la lectura de la letra muerta. La respuesta de Jesús muestra que esto puede llevarse demasiado lejos. La necesidad de alimentarse debe atenderse en cualquier día de la semana, sin cometer pecado con ello. Esta es la opinión más amplia que Jesús apoya en pasajes de la misma Biblia.

Dentro de una interpretación mística, los fariseos que critican y al mismo tiempo le tienden una trampa, personifican la característica material de la mente analítica y astuta. Es evidente que los fariseos temían e incluso odiaban a este joven compatriota suyo, cuya influencia y milagros estaban liberando al pueblo de las garras de la religión ortodoxa personificada por los sacerdotes.

Jesús representa la naturaleza divina del hombre. El hambre de los discípulos es el ansia de libertad que experimentan las almas espiritualmente despiertas. Las

espigas simbolizan la verdad, Ansiosamente se está buscando alimento espiritual e intelectual, como ocurre siempre cuando el despertar interno hace que se sienta repulsión por lo exotérico de las escrituras religiosas. La mente adormecida se opone a la enseñanza interna, y argumenta en contra de ella. Pero la parte más espiritual y profética del intelecto arranca las espigas del dorado grano de la verdad, para comerlas. El Cristo interno alaba esto y estimula el hambre de luz y de vida espiritual.

Este cuadro de los discípulos que caminan con el Maestro por un sembrado de trigo maduro, es ciertamente bello y refleja simbólicamente la belleza y la libertad de la relación entre la mente y el espíritu, entre el hombre y Dios, entre el discípulo y el Maestro.

El episodio se cierra con la afirmación de Jesús de que él era ciertamente más que hombre, una encarnación consciente del Espíritu de Dios, y por tanto asume el título de Hijo del hombre. Probablemente hizo esta declaración movido por el deseo de abrir las mentes de sus oyentes y disipar con su sabiduría las tinieblas con las que la ortodoxia había cegado a los rabinos que deberían haber sido fuentes de luz espiritual.

10. INTEGRACIÓN CON EL ESPÍRITU

El hombre está hecho de tal modo que muestra en sus actos todos los atributos típicos de la naturaleza humana en general. Pero los seres super-humanos, por contraste, muestran en su prudencia y en su conducta cualidades tan excelsas que la humanidad no es capaz

de comprenderlas.

Mt. 12: 23 Y toda la gente decía atónita: ¿No será éste el Hijo de David?

24 Mas los fariseos, al oírlo, dijeron: Éste no expulsa los demonios más que por Beelzebul, Príncipe de los demonios.

Aquí vemos a los fariseos mostrar una flaqueza humana común: incapaces de explicarse y de igualar las maravillas logradas por Jesús, intentan desacreditarlo atribuyéndolas a poderes demoníacos. Con lo cual esperan disminuir la admiración que él despierta en las gentes, que amenaza destruir la autoridad y el poder y la riqueza de la casta sacerdotal.

En el carácter humano se encuentran con frecuencia rasgos contradictorios. Hay hombres que metafóricamente se han vendido al 'demonio' del poder personal y sus excesos. Algunos quieren actuar en bien de los demás, pero más frecuentemente en bien de sí mismos. Estos versículos muestran esas dos tendencias opuestas, personificadas por Jesús y los fariseos, respectivamente.

Mt. 12: 25 Él, conociendo sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, queda desolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no podrá subsistir.

La presencia física de un ser divino que se manifiesta en forma humana, ha producido siempre dos efectos contrarios. Uno, despertar enemistad en quienes quieren mantener el status quo para sus propios fines.

Otro, evocar un reconocimiento favorable acompañado de una conducta apropiada. El primero de estos efectos está personificado por los fariseos resueltos a destruir a Jesús. El segundo, por la multitud que le sigue. Los fariseos se mantienen en las tinieblas de su odio, mientras los seguidores son iluminados y sanados.

Mt. 12: 26 Si Satanás expulsa a Satanás contra sí mismo, está dividido: ¿cómo, pues, va a subsistir su reino?

27 Y si yo expulso los demonios por Beelzebul, ¿por quién los expulsan vuestros hijos? Por eso, ellos serán vuestros jueces.

28 Pero si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios.

La dialéctica de Jesús yuxtapone los actos benéficos y el poder demoníaco, para mostrar que obviamente se contradicen. Si el demonio cura a los enfermos y enseña sabiduría a la multitud, entonces no puede clasificársele como demoníaco.

Los grandes Instructores no suelen proclamarse tales. Es claro que los discípulos de Jesús le reconocieron por lo que era, y en consecuencia respondieron sin vacilar a su llamada.

Estos versículos registran una de las raras ocasiones en que Jesús sugiere veladamente su verdadero ser y la fuente y el propósito de su misión. Los que le escucharon con mente abierta y corazón puro vieron la luz espiritual que irradiaba de él al pronunciar las palabras «el Espíritu de Dios», y se sintieron movidos a creer en él como un mensajero de lo alto.

Mt. 12: 29 O, ¿cómo puede uno entrar en la casa del fuerte y saquear su ajuar, si no ata primero al fuerte? Entonces podrá saquear su casa.

Siguiendo su costumbre, Jesús usa una analogía muy apropiada para mostrar el origen de su poder espiritual de sanar e iluminar.

Mt. 12: 30 El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama.

Con estas palabras Jesús proclama su enseñanza de la presencia divina en el hombre, y su propio conocimiento directo de esa presencia dentro de él mismo. Jesús vino a despertar en los hombres el afán de descubrir su propia divinidad y asegurarles que les es posible realizar por sí mismos esta verdad. Les muestra que él exorciza y sana por el poder de Dios dentro de él, y no por el del demonio como se le acusa. Gran número de personas han entrado en relación directa con su propia divinidad interna experimentando la unión mística o «boda celestial», gracias a la presencia del Espíritu de Luz en su interior.

Mt. 12: 31 Por eso os digo: Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada.

Jesús acentúa y recalca aquí la importancia y el significado de la presencia sagrada y gloriosa del Espíritu dentro y fuera de todos los hombres. Pensamientos y palabras y actos que blasfemen contra esta Presencia, provocan una reacción que produce efectos adversos muy profundos y duraderos. Puede suponerse que Jesús está refiriéndose aquí filosóficamente no a un juicio

divino sino a la operación impersonal de la ley kármica.

¿Qué tipo de karma atrae sobre sí el que blasfema contra el Espíritu Santo? Puesto que el término 'Espíritu Santo' incluye la Mente Divina y su Poder espiritual inherente, los resultados de blasfemar así deben afectar la estructura mental y las capacidades del causante, restringiendo su intelecto y formando obstáculos para recibir iluminación desde su interior y para expresarse en palabras y hechos.

La mente humana actúa en varios niveles. Algunas palabras y algunos hechos son casi totalmente físicos, otros son emocionales, y otros son planeados dentro de la misma mente.

La ley kármica es mucho más compleja de lo que parece. Los efectos kármicos son siempre proporcionales a los actos, pero se ven afectados por el nivel desde donde proviene el impulso.

Cuando un acto se origina en la parte mortal del hombre, las reacciones quedan limitadas a esos niveles mortales. Y cuando la fuerza motivadora o impulsora del acto proviene de la parte inmortal y espiritual, los efectos penetran mucho más hondamente. El nivel más profundo es el de la esencia espiritual pura, el Espíritu Santo en el hombre.

De suerte que cuando deliberadamente se blasfema, se denigra o se escarnece contra el Espíritu Santo, los efectos son los más graves. Afectan no sólo al hombre mortal e incluso al Alma, sino que penetran hasta lo más íntimo del Ser inmortal. Admitiendo que esta Divinidad interna está más allá de toda adversidad, sin em-

bargo sus oportunidades de expresarse y desenvolverse se ven afectadas e incluso pueden quedar impedidas enteramente.

Aparte de esta condenación, es filosóficamente objetable que semejante pecado, aunque se repita varias veces, sea totalmente imperdonable. Debe llegar siempre una hora en que los efectos producidos por cualquier causa tengan que manifestarse. Pero al fin el blasfemo será iluminado y dejará de blasfemar. Los efectos de sus errores anteriores quedarán compensados, y entonces se irá restableciendo el equilibrio armonioso aunque la transgresión haya sido muy grave.

Es obvio que los efectos inmediatos e incluso a largo plazo de blasfemar contra el Espíritu Santo sean severos y prolongados. Por eso Jesús previene muy seriamente a los hombres contra esta falta.

Pecar por ignorancia, fallar experimentalmente, e ir temporalmente contra las costumbres sociales y naturales, es disculpable. Pero la blasfemia incisiva y de largo alcance contra el Poder y la Presencia dentro de la cual vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser, es un pecado del cual el hombre no puede redimirse sino al cabo de largas edades.

Mt. 12: 32 Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará, pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará, ni en este mundo ni en el otro.

En esta época y entre gentes civilizadas continúa perpetrándose este pecado de blasfemia, como cuando se niega deliberadamente todo cuanto hay de más santo

y elevado en la naturaleza y en la humanidad. Un ejemplo es el de las llamadas 'misas negras;' pero otros más frecuentes son los pensamientos y las palabras y los actos que deliberadamente buscan desviar las influencias y las aspiraciones espirituales hacia propósitos demoníacos con el ánimo de envenenar y destruir lo mejor de la índole humana, tal como lo hacen multitud de hechiceros.

La blasfemia que Jesús condena tan fuertemente en este versículo puede suponerse que incluye toda esa clase de perversiones, maleficios y hechicerías que descienden hasta las formas más negras y oscuras de actividades y maquinaciones malas.

Cuando una persona empieza a aspirar a las alturas espirituales, comienza a acelerarse su evolución interna. A la inversa, cuando una persona se embarca seria y conscientemente en empeños egoístas sin respetar principios morales ni preocuparse por los efectos que sus actos puedan tener sobre los demás, comienza entonces lo que pudiéramos llamar su «de-volución». Cuando hay evolución, hay desenvolvimiento y expansión y crecimiento. Cuando hay «de-volución» hay contracción, inhibición del desarrollo, y un progresivo endurecimiento del corazón. Estos malos efectos pueden llegar a ser tan fuertes que perjudiquen las condiciones del Alma durante muchas vidas.

Es en este último sentido que puede describirse como pecado imperdonable la blasfemia contra el Espíritu Santo. La legendaria figura de Mefistófeles personifica este mal e indica una persona que busca propagar

su propia enfermedad mental y moral.

Por otro lado, todo el que realmente aspira a la espiritualidad y a descubrir su verdadero ser, avanza a paso acelerado, con alas en los pies, por la senda del desenvolvimiento hacia la cima de la montaña de la evolución, ya se la llame Kailas, Olimpo, o por cualquier otro nombre.

11. EXTERIORIZAR LO INTERNO

Mt. 12: 33 Suponed un árbol bueno, y su fruto será bueno; suponed un árbol malo, y su fruto será malo; porque por el fruto se conoce el árbol.

La incommovible roca que sustenta el cosmos consiste en una cadena irrompible de causación, cuyos eslabones son efectos de causas anteriores y a la vez causas de otros efectos que han de venir. El funcionamiento de este principio garantiza la formación y la seguridad de todos los individuos.

Jesús está mostrando en este versículo con cuanta profundidad penetra la ley kármica en la naturaleza interna del hombre. Una persona de corazón verdaderamente bueno, que actúa con los mejores motivos, llevada siempre por el amor y la bondad perfectos, produce efectos que se manifiestan en el mismo nivel de donde brotan esos motivos.

Motivos buenos, amables y honorables, que se traducen firmemente en actos, construyen y elevan el carácter de la persona, a través de los años, mental, psicológica y físicamente, haciendo que sea mejor, más amable y más honorable. Sus actos y los efectos de éstos en

el campo físico, solamente generarán condiciones armónicas y favorables. Sin embargo, tal como expone Jesús, lo contrario también es verdad. Motivos crueles, egoístas, torcidos y deshonorables, sostenidos firmemente, es inevitable que perjudiquen el carácter y la mentalidad y las actitudes de la persona, aunque esta parezca ser muy buena externamente. Y el carácter va afectándose más a medida que esto se repite, hasta que al final se exterioriza en la personalidad.

Eso ocurre tanto en el caso de personas buenas como en el de las malas. De ahí las palabras de Jesús de que el árbol se conoce por sus frutos. Naturalmente la frecuencia con que un motivo encuentre expresión en pensamientos y obras determina que el efecto sobre el carácter sea mayor o menor, conforme a la ley de karma.

Además, los errores ocasionales pueden ir entremezclados con actos buenos y nobles inspirados por el Yo interno sin móviles de ganancia personal, y esto atenúa los efectos adversos. Y de ahí que el karma viene a ser como una especie de ecuación que continuamente está cambiando, día tras días.

El símil usado por Jesús es muy adecuado, pues un árbol puede recuperarse de enfermedades y limitaciones hasta el momento de su muerte. El virus que lo afectaba puede extirparse, las condiciones de las raíces pueden mejorarse beneficiando la tierra y suministrándole buen abono y agua. Igual sucede con el maravilloso árbol viviente que es el hombre. Hasta el último momento cuando parece que el mal en que ha persistido se ha vuelto incorregible, el hombre más degradado puede

recuperarse. La chispa todavía viva de la Llama Divina puede volver a arder como una hoguera, a menos que la voz de la conciencia haya sido desatendida continuamente y se haya producido una sordera espiritual que puede describirse como una muerte personal.

Mt. 12: 34 Raza de víboras, ¿cómo podéis vosotros hablar cosas buenas siendo malos? Porque de lo que rebosa el corazón habla la boca.

35 El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas; el hombre malo, del mal tesoro saca cosas malas.

Se ve que el Maestro encontraba frecuentemente gentes cuyas intenciones malas se reflejaban en palabras engañosas. Sin embargo, el análisis penetrante de la naturaleza humana contenido en estos dos versículos, no es totalmente condenatorio ni se limita a un lugar o tiempo o grupo de gentes. Jesús revela una profunda sabiduría aplicable a toda la humanidad, especialmente en la era actual.

Incumbe a todos, y especialmente a los que aspiran a la espiritualidad, vigilar y pulir su carácter de modo que las virtudes que se desarrollen no sean apenas superficiales sino que se afiancen como parte de su ser integral. Esto implica veracidad y sinceridad y absoluta fe en la virtud por sí misma, y no como algo de lo cual se hace alarde. La falta de sinceridad, la falacia y la doblez en lo que se dice y en lo que se hace, todo eso corroe el alma.

Esta instrucción que da Jesús es muy necesaria porque es fácil caer semi-inconscientemente en estos

errores, bajo la presión de condiciones adversas en la vida diaria. Todos los intentos de vivir la vida espiritual y de avanzar por la senda de santidad, abortarán bajo semejantes condiciones de deshonestidad.

Todas las falsas virtudes, incluso las buenas obras, pierden todo valor cuando no son sino máscaras de tendencias engañosas. En otra ocasión Jesús calificó a quienes así obran de sepulcros blanqueados.

Mt. 12: 36 Os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del juicio.

37 Porque por tus palabras serás declarado justo y por tus palabras serás condenado.

El Maestro expone aquí una altísima norma de conducta, y al mismo tiempo una prevención sobre la importancia para el que habla de las palabras que dice. Habla como un filósofo de lo oculto que sabe que la capacidad de expresar el pensamiento en palabras es un poder que distingue al hombre de los animales. Este poder, resultado de eones de evolución, conlleva una responsabilidad muy grande, sobre todo cuando se trata de palabras dichas con seriedad y sentidas con una energía que inevitablemente debe producir efectos de cierta trascendencia. Lo que se dice puede considerarse como de igual potencia con lo que se hace, y ha de producir efectos conforme a la intención y el sentido.

Es evidente que el destino y el carácter son moldeados no sólo por el comportamiento visible y sus efectos sobre los demás, sino también por los pensamientos formulados, por las conclusiones mentales, y por las

palabras originadas por ellas.

Jesús nos presenta en sus enseñanzas la ciencia de la vida, y nos ilustra acerca de algunos de los principios sobre los cuales se basan la felicidad o la infelicidad humanas en grados diversos. Su frase 'el día del juicio' se ha tomado equivocadamente como una referencia a un momento particular que será el fin de este mundo. Existe una creencia equivocada de que en el esquema divino de este universo ha de llegar un día de juicio para decretar el destino de cada hombre y su sentencia, día que vagamente se pospone hasta la terminación de la vida objetiva del universo. Esta es una de las falacias, muy dañina por cierto, de la ortodoxia cristiana.

Lo cierto es que cada día es un día de juicio, y casi podríamos añadir que también lo es cada hora. Ningún magistrado externo actúa ni actuará jamás como juez para juzgar a individuos o a la raza humana. Cada hombre es siempre su propio juez, y nadie más que él mismo pronuncia sentencia sobre sus palabras y sus obras y sus intenciones íntimas.

Sin embargo, así como a un prisionero se le puede conmutar la pena, así también las sentencias cambian o pueden agravarse o atenuarse según los casos, cuando la conducta posterior genera ciertos efectos definidos.

Todas las máximas y normas aplicables en general a las gentes del mundo, tienen significados especiales y profundos para el aspirante espiritual en quien están desarrollándose poderes internos que acrecientan la trascendencia de sus motivos y de su conducta. Estos ideales de la vida espiritual, y las enseñanzas sobre el

sendero angosto como el filo de una navaja, ofrecen guías esenciales al aspirante a la vida espiritual.

12. INVOLUCIÓN Y EVOLUCIÓN

Mt. 12: 38 Entonces le interpelaron algunos escribas y fariseos: Maestro, queremos ver una señal hecha por ti.

39 Mas él les respondió: ¡Generación malvada y adúltera! Una señal reclama, y no se le dará otra señal que la señal del profeta Jonás.

40 Porque de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches.

Estas palabras de Jesús constituyen una profecía de acontecimientos. Los que le interpelan buscaban confundirlo y enredarlo, pero él no se deja engañar sino que les habla en un profundo sentido místico de su propia muerte y reaparición. También pueden hallarse otros significados en estas palabras.

La narración de la entrada de Jonás en el vientre de un cetáceo, y la referencia que Jesús hace de ella, es susceptible por lo menos a dos interpretaciones comparables.

En una de estas interpretaciones, Jonás y Jesús personifican el ciclo mayor del Principio-Vida que se manifiesta en el universo y que se caracteriza por el paso a través de dos etapas, una de descenso y otra de ascenso. En la etapa descendente llega a su más profunda inmersión en la substancia física sólida. En esta jorna-

da involutiva alcanza la condición más sólida en la materia física. Su símbolo es el pez. Este proceso puede indicarse como el descenso del 'Hijo del hombre' hasta el centro de la tierra.

Luego comienza la jornada evolutiva. El Principio-Vida comienza a elevarse de su inmersión en lo más profundo de la materia, y sus envolturas se hacen más sensibles en el nivel mental y otros superiores. Esta fase está simbolizada por el aire que está encima de la tierra seca sobre la cual fue arrojado el cuerpo de Jonás, y de la cual resurgió Jesús tres días y tres noches después de haber sido sepultado, según las escrituras.

Tenemos ahí representado un Principio-Vida abstracto, en una forma concreta como es la personificación de una figura central en un drama. Los antiguos escritores acostumbraban a referirse a los períodos de actividad como días, y a los de reposo como noches.

La otra interpretación posible sería la revelación de uno de los secretos de la iniciación, valiéndose de símbolos y alegorías. En los Misterios Mayores el candidato tenía que representar una parte del proceso involutivo y evolutivo en la naturaleza. Se le hacía acostar sobre una cruz, símbolo del universo físico con sus cuatro esquinas espaciales representadas por los cuatro brazos de la cruz material. En esta crucifixión ceremonial, el candidato, que representaba a la Vida Única, mostraba la inconsciencia en que yacía la Vida en los abismos del universo físico. El candidato no estaba clavado sino atado a la cruz, y en esa condición caía en trance, simbolizando que la Vida Divina cae en sueño en el reino mine-

ral, el cual también se representa por la tumba de roca en que Jesús fue sepultado.

Al terminarse este período, la Vida ha desarrollado sensibilidad, y finalmente se hace auto-consciente en el hombre, capaz de experiencia mística. Esto se representa por el despertar del candidato que se levanta de la cruz en que yacía. Asimismo, Jonás y Jesús fueron resucitados y levantados de sus muertes figuradas.

Otro significado todavía más profundo puede discernirse en muchas alegorías en las que se emplea el símbolo del pez, indicativo del estado de conciencia espiritual en que se realiza la unidad absoluta e indestructible. A los iniciadores y salvadores se les designa como 'pescadores de hombres.' Jesús invitó a sus discípulo a este oficio y a recibir de él la formación que les permitiera entrar en los elevados niveles de conciencia requeridos para ello.

La realización de la unidad hace nacer la compasión por los sufrimientos de la humanidad y el afán de aliviarlos. Esto también se indica con el símbolo del pez, cuya representación perfecta es Jesús, quien, como lo revela en estos versículos, estaba destinado a experimentar otra vez y más profundamente la elevación espiritual de sumergirse y disolverse absolutamente en el océano infinito de la Vida universal.

13. URGENCIA DE REDENCIÓN

Mt. 12:41 Los ninivitas se levantarán en el juicio con esta generación y la condenarán; porque ellos se convir-

tieron con la predicación de Jonás; y aquí hay algo más que Jonás.

42 La reina del Mediodía se levantará en el Juicio con esta generación y la condenará; porque ella vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón; y aquí hay algo más que Salomón.

43 Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda vagando por lugares áridos en busca de reposo, pero no lo encuentra.

44 Entonces dice: Me volveré a mi casa, de donde salí. Y al llegar la encuentra desocupada, barrida y en orden.

45 Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él; entran y se instalan allí, y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio. Así le sucederá también a esta generación malvada.

Aquí volvemos a encontrarnos ante una falta visible de continuidad. De las alturas sublimes de la profecía de elevación espiritual se hace embarcar a Jesús en una oración condenatoria de la ortodoxia y malas prácticas de las gentes de esa época, a quienes él censura con severidad.

Recuérdese que Jesús estaba desempeñando por lo menos tres funciones. Darle al pueblo hebreo, y por su medio a otros, la Sabiduría eterna, en una nueva versión, reforzando algunos de los principios fundamentales de la existencia cósmica y humana en que se basa esa sabiduría. Esa era la primera de esas tres funciones, y esos principios se encuentran expuestos princi-

palmente en el Sermón de la Montaña.

Segunda, como reformador que era, prevenir a las gentes contra los males que prevalecían en esos tiempos. Para ello empleaba palabras de condenación y profetizaba desastres, como estos versículos. Es evidente que preveía los acontecimientos que habrían de dispersar al pueblo hebreo, la destrucción del templo, la conquista y la ocupación de Jerusalén, Palestina convertida en provincia romana, y los judíos desperdigados por todo el mundo y sin hogar.

Jesús establecía relación de causa y efecto entre el estado moral de las clases media y superior por un lado, y los desastres que se acercaban por el otro. En esta fase de su ministerio debe incluirse su aminoración de la 'ley del talión,' la antigua ley mosaica de ojo por ojo y diente por diente, en lugar de la cual él predicó la justicia perfecta atemperada con misericordia, y acentuó la importancia del amor al prójimo que se preocupa caritativa y activamente por todos.

La tercera función de Jesús fue la de escoger entre la masa general a aquellos en quienes discernía una talla evolutiva más elevada, que mostraban condiciones que los hacían aptos para la formación espiritual y el desenvolvimiento oculto que él podía darles. Esta función define su papel como Instructor divino que ejerce su ministerio para todos en general pero selecciona a unos cuantos para recibirlos como discípulos.

En varias ocasiones emplea Jesús metáforas, como en estos versículos en que los ninivitas y la reina del Mediodía son emblemas tanto de punición, como de los

ejércitos romanos que se acercaban.

14. LA HUMANIDAD ES UN TODO

Mt. 12: 46 Todavía estaba hablando a la muchedumbre, cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera y trataban de hablar con él.

47 Alguien le dijo: ¡Oye! Ahí fuera están tu madre y tus hermanos que desean hablarte.

48 Mas él respondió al que se lo decía: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?

49 Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: Estos son mi madre y mis hermanos.

50 Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.

Por duras y poco filiales que puedan sonar estas palabras, revelan una profunda verdad interna referente a un estado de conciencia ideal en que vive todo ser humano espiritualmente desarrollado para ser discípulo. Es un estado de conciencia totalmente universal. Todas las cosas y todos los hombres se ven como vehículos de la Vida Divina única. Se nota más la Vida que mora que no las formas diferenciadas por medio de las cuales se expresa físicamente.

En verdad, cuando el individuo se eleva en espíritu a la experiencia consciente de su unión con la Vida Universal, logra una realización tan completa de la unidad indivisible y omnioperante, que pierde la percepción y

hasta el recuerdo de las formas separadas. Un ser así iluminado desaparece virtualmente como entidad aislada. En algún rincón de su conciencia puede quedarle una remota y tenue sensación de su yoidad, pero esa sensación no impide en lo más mínimo que sienta cada vez más profundamente su unidad como un océano infinito. Y en ese estado parecen esfumarse las relaciones de parentesco físico, ante la universalidad de semejante estado tan elevado.

La respuesta de Jesús en estos versículos debería considerarse como una comparación entre dos estados: el puramente espiritual y el puramente físico, con tal énfasis en el espiritual que el físico casi desaparece.

El ideal de obedecer el mandato de ser perfectos debe proporcionarle una creciente importancia al concepto de la humanidad como un todo, y restarle importancia al concepto que se tiene de la propia familia o nación o raza. Especialmente los lazos simplemente corporales no debe permitirse jamás que se conviertan en impedimentos para el que quiere servir a la humanidad y sentirla como un todo. Todo discípulo ha de sentirse como ciudadano del mundo que acoge en su corazón a todos los hombres sin reserva alguna.

Las generalizaciones sobre este tema pueden sonar frías e incluso duras. Pero ese estado de conciencia está muy lejos de ser frío y duro. Estos versículos muestran que Jesús se encontraba en una condición muy elevada y repleto de poder espiritual, de cuya condición no podía hacerlo descender ninguna interrupción a su discurso. Pero podemos estar seguros de que tan pronto

como terminó su alocución y asumió de nuevo su existencia física normal volvió a expresar plenamente el amor a su familia. Jesús, como todos los iluminados, debió ser tierno y amable con todos, y especialmente con sus parientes, en sus momentos libres. En todo caso, debe haber existido en Jesús una tendencia a entrar en estados meditativos en que se sentiría temporalmente alejado de todo. Mas los que le rodeaban debieron aprender a respetar esos silencios y a no perturbarlo.

Existe una aparente paradoja entre el incidente descrito aquí y la reiterada enseñanza de Jesús sobre el amor como un elevado ideal en las relaciones humanas. Otro ejemplo de estas paradojas lo encontramos entre su enseñanza del amor universal sin preferencias personales y su justa indignación contra los hombres viles y el mal del que son responsables. En este último caso, sin embargo, se considera que hasta el Yo espiritual de un hombre muy depravado vale tanto como el de cualquier otro hombre.

El amor espiritual es impersonal y no pide nada a cambio; por tanto, es también universal.

15. LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

Cuando un Instructor espiritual está relatando una parábola, al mismo tiempo está proyectando y sosteniendo en su mente la sabiduría escondida en la parábola. De esta manera cumple un proceso dual. Por medio de su voz hace un relato a la multitud, y a la vez apela a su intelecto y a su intuición. El resultado ideal de este método es que los oyentes captan el significado

interno de la parábola mientras el Instructor se la está explicando.

Además, según los Evangelios Jesús explicaba a sus discípulos la doctrina subyacente en sus parábolas, probablemente con más profundidad de la que allí aparece. Hay, pues, mucho que aprender de las parábolas como las que registra San Mateo.

Mt. 13: 1 Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó a orillas del mar.

2 Y se reunió tanta gente junto a él, que hubo que subir a sentarse en una barca; toda la gente quedaba en la ribera.

3 Y les habló muchas cosas en parábolas. Decía: Una vez salió un sembrador a sembrar.

4 Y al sembrar, unas semillas cayeron a lo largo del camino; vinieron las aves y se las comieron.

5 Otras cayeron en un pedregal, donde no tenían mucha tierra, y brotaron en seguida por no tener hondura de tierra;

6 pero en cuanto salió el sol se agostaron y, por no tener raíz se secaron.

7 Otras cayeron entre abrojos; crecieron los abrojos y las ahogaron.

8 Otras cayeron en tierra buena y dieron fruto, una ciento, otra setenta, otra treinta.

9 El que tenga oídos para oír, que oiga.

Esta parábola no es solamente una exposición

alegórica de verdades profundas, sino también un ejemplo clásico del uso del lenguaje sagrado para este propósito. Más adelante consideraremos la interpretación que da el mismo Evangelio.

La escena que evoca es a la vez auténtica y bella. Permite al lector visualizar una numerosa reunión de gentes de Palestina en medio de las colinas y llanuras, vestidos según el uso de la época, que habían venido con el fin de ver a Jesús, oír su voz y recibir sus enseñanzas. Como solía hacerlo, Jesús toma sus símiles y sus analogías de la naturaleza y de las ocupaciones de sus oyentes.

Cuán fácil debe haber sido para ellos visualizar la escena que les describía y seguir los actos del relato que comienza con las palabras «una vez salió un sembrador a sembrar». Al escucharle, todos se sentirían perfectamente armonizados dentro de la atmósfera mental en que los situaba, oyendo lo que para ellos era un relato de sus propias vidas y experiencias familiares. Esto nos da una idea de la notable capacidad de Jesús para acercarse a sus oyentes y hacerlos sentirse más armonizados con él.

Sin embargo, Jesús no estaba describiéndoles hechos físicos, sino más bien retratándoles en forma simbólica ciertas etapas de la evolución y sus correspondientes estados mentales. Incluso Jesús puede haber estado apelando a sus propias experiencias con personas que había tratado, y sus diversas reacciones a la sabiduría que él trataba de impartirles.

Entre sus oyentes habría muchos que no estaban

en absoluto preparados y que, por tanto, no sentían ningún interés en los hechos familiares ni en la sabiduría profunda e interna que formaba parte de las conversaciones y exposiciones de Jesús.

Otros, quizá, pueden haberle escuchado superficialmente, con algo de interés y curiosidad apenas levemente despertada. Poco o nada significaría para ellos la enseñanza real, sobre todo después que se reintegraban a sus actividades diarias y dejaban de oír su voz. Las palabras les sonarían extrañas y las ideas les parecerían demasiado abstractas en comparación con las duras realidades de sus vidas diarias y sus intereses en gran parte materiales. A estas gentes se refiere San Marcos cuando dice que “a los que están fuera todo se les presenta en parábolas”.

Unos cuantos deben haber obtenido una plena comprensión y percepción del sentido interno de las parábolas y enseñanzas. Entre éstos escogería Jesús a sus discípulos al descubrir que estaban listos, tanto por visión espiritual directa de su talla interna como por su modo de responder a su mensaje.

Mt. 13: 10 Y acercándose los discípulos le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas?

11 Respondióles: Es que a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no.

Esta respuesta a una pregunta tan natural da lugar a inquirir sobre la diferencia entre un discípulo y un ciudadano corriente. Un discípulo está espiritualmente despierto, como lo manifiesta tanto en su conciencia

como en sus actos, y se ha comprometido de modo irrevocable y solemne a la lealtad, la veracidad y la discreción. El discipulado implica altura evolutiva lograda tras una serie de vidas en las que el Yo espiritual ha estado avanzando y desarrollando y expresando cada vez mejor su espiritualidad.

Las obligaciones y las posiciones mundanas, las actividades placenteras en que sólo se ocupan los sentidos, y las tendencias a actuar egoístamente, todas estas debilidades van esfumándose durante la serie de vidas que ha de culminar en el encuentro con el Instructor y ser aceptado por él. Si bien al principio se experimenta una lucha interna, gradualmente va acentuándose un sentido de renunciación que conduce a preferir de un modo perfectamente natural y espontáneo las fuentes culturales, intelectuales y espirituales de la felicidad verdadera.

En un individuo así, el mundo con sus aspectos obvios y materiales deja de colmar su corazón y su mente, mientras que su interés y su actividad se concentran cada vez más en cómo procurar bienestar, felicidad y iluminación espiritual a toda la humanidad. El aspirante se convierte en un servidor de sus semejantes.

Esto último está simbolizado por el hecho de que alguno de los discípulos de Jesús eran *pescadores* y otro era *médico*, antes de ser llamados. Los pescadores se afanan por conseguir alimento para sus semejantes, lo cual los lleva gradualmente a ser salvadores y finalmente alcanzar la talla de hombres perfectos. El médico ideal cura no sólo los cuerpos sino las almas, enseñan-

do y guiando hacia el discipulado a los que andan buscando la sagrada luz de la verdad para vivir la vida de perfección.

Estos desenvolvimientos internos, estos cambios de carácter y de interés, y el comportamiento benéfico en que se traducen, constituyen signos de los que están aproximándose a la etapa evolutiva del discipulado, y, todavía más, de los que ya la han alcanzado y están en ella.

El Maestro percibe con su penetrante visión cuándo una persona está sintiendo estas aspiraciones, y cuándo está dispuesta a prometer esforzarse por avanzar en el camino de santidad hasta su final y mantener santas las cosas que son santas, protegiéndolas de los profanadores, y a vivir una vida de pureza, desinterés, indañabilidad y servicio sabiamente dirigido en pro de sus semejantes.

A personas de esta clase las seleccionan Instructores santos para enseñarlas y adiestrarlas, conforme a una costumbre muy antigua y universal. A medida que progresan y demuestran ser razonablemente fieles, les van revelando enseñanzas internas; aprenden a desarrollar sus poderes espirituales y a conocer la constitución y los procesos del universo y del hombre. Como dijo Jesús, a ellos “les es dado conocer los misterios del Reino de los Cielos”.

Mt. 13: 12 Porque a quien tenga se le dará y le sobraré; pero al que no tenga, aun lo que tiene se le quitará.

13 Por eso les hablaba en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden.

Sería perdonable pensar que el versículo 12 ha sido mal redactado o traducido o es tan ambiguo que resulta incomprensible para el hombre común, pues las frases parecen contradictorias. Sin embargo, bajo su lenguaje enigmático se puede discernir un sentido de gran significado. Es razonable tomarlo como una alusión a la percepción espiritual, a la intuición, a la sabiduría que nace del correcto funcionamiento de estas facultades, y que siempre aporta más sabiduría.

La percepción espiritual actúa como un catalizador que induce un cambio más rápido del conocimiento en sabiduría. La intuición pura capacita a los que la usan sabiamente para ahondar más en los misterios internos de la vida, en los propósitos ocultos de la naturaleza y en los motivos profundamente enraizados de la conducta y la personalidad.

El que tiene sabiduría conoce la Verdad misma íntegra, más bien que una colección de verdades separadas. Comprende el proceso de la emanación gradual de un universo con sus sistemas solares y todos sus componentes. Esta creciente comprensión le infunde una serenidad bajo la cual aumentan continuamente sus conocimientos. Por tanto, es cierto decir que cuanto más sabiduría se tiene, más sabiduría se recibe.

Por otro lado, la mente, dedicada casi exclusivamente a adquirir conocimiento de hechos que no son sino una manifestación temporal de los principios básicos, no es capaz de captar sino muy poco de la sabiduría eterna y de las verdaderas riquezas del alma. Y, peor aún, se concentra tanto en la observación de la natura-

leza objetiva y de los hechos discutibles e incluso demostrables, que ahoga el germen de sabiduría que pueda estar empezando a desarrollarse. Por tanto es cierto decir que al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.

Es necesario utilizar analogías y metáforas para llamar la atención de las gentes que viven absortas en los hechos externos. Las analogías y las parábolas pueden cumplir una función dual, cuando se refieren a las leyes y procesos que rigen la evolución y los hechos de la vida diaria. Pueden referirse a verdades potentes, y también iniciar en los oyentes procesos mentales que les ayuden a comprender las leyes naturales que se les revelan. Un símbolo puede convertirse en una fuerza dinámica cuando se medita en él con el ánimo de descifrar su sentido oculto.

Uno de los métodos más antiguos para despertar la sabiduría inherente del Yo interno es administrarle un choque de confusión u ofuscación mental. Esto sume a la mente en una especie de vacío o parálisis momentánea, de la cual puede brotar súbitamente una iluminación. Uno de los factores esenciales para semejante auto-iluminación, es lo que podría llamarse “una quietud activa” con la cual se logra una paz que impregna toda la región de la conciencia. Esta paz constituye un valioso fruto de la contemplación, y es el estado que se alcanza cuando surge la luz de la sabiduría. Es más que un momento deslumbrador y súbito; es como una iluminación quieta y continua que proviene como de una llama eterna.

Los discípulos son personas en quienes se ha encendido la llama de sabiduría perpetua. Esta llama no puede ser encendida jamás por una mano externa a uno mismo. Es el fulgor natural y profundamente interior de la Luz única y eterna del universo, que resplandece dentro del Alma del iluminado. Esta iluminación es lo que distingue a los discípulos del resto de los mortales y los capacita para percibir directamente la verdad y para recibir de sus Maestros conocimientos que puedan comprender, sin probabilidades de emplearlos mal. Es cierto que entre ellos puede surgir un Judas, y que algunos pueden abandonar la vida del discipulado quizá para el resto de una encarnación. Estos son riesgos que todo Maestro corre y procura prevenir en lo posible.

Mt. 13: 14 En ellos se cumple la profecía de Isaías: Escucharéis bien, pero no entenderéis; miraréis bien, pero no veréis;

15 porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y sus ojos se han cerrado; no sea que vean con sus ojos, y con sus oídos oigan, y con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los cure.

16 ¡Dichosos, pues, vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen!

Es evidente que en estos versículos se quiere registrar, aunque sea simbólicamente, parte de la enseñanza de los Misterios que Jesús impartió a sus discípulos en completa intimidad. Recuérdese que debió haber un Evangelio original del cual se derivaron las versiones

hoy existentes. Jesús cubrió la revelación con místico sigilo, especialmente en estos versículos en que los ojos y los oídos que se citan no son los del cuerpo sino los del alma.

La capacidad de percibir mentalmente la instrucción verbal directa, y de cosechar el fruto de las experiencias y realizaciones de la conciencia, se expresa aquí como un pre-requisito para recibir los Misterios del Reino. Sin esta capacidad, esas enseñanzas inevitablemente parecerían tonterías y estupideces. A veces se propagan deliberadamente falsedades para proteger a otros de incomprendimientos dañinos que conducen a comportamientos malos. La humillación de sentirse incapaz de comprender o de estar ofuscado, puede despertar la ira personal que conduzca a acciones perjudiciales. El ignorante que teniendo ojos no ve, y teniendo oídos no oye, comprende mal las palabras del Instructor y sus motivos. El versículo 15 proporciona una de las razones para ese embotamiento, a saber: el miedo a que los conceptos religiosos y las costumbres y hábitos establecidos sean derrocados y suplantados por una nueva modalidad de culto. No queriendo ser 'convertidos,' los ignorantes cierran los ojos mentales a la luz de la verdad, y los oídos a las palabras de los sabios. No pueden atreverse a obrar de otra manera, y por tanto, tienen que reaccionar así.

Más adelante, al ascender por la escala evolutiva, buscarán ardientemente y tratarán de comprender la sabiduría que ahora está fuera de su comprensión. Algún día trascenderán la inmadurez que ahora los man-

tiene lejos de los Misterios. Entonces, una mano bien intencionada los guiará hacia el portal del santuario. Los discípulos son los que ya han llegado a esa etapa, lo cual les permite recibir cara a cara los Misterios del Reino de Dios.

Mt. 13: 17 Os digo de verdad que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron.

Otras vez vuelve Jesús a referirse, no a los órganos de los sentidos, sino a condiciones mentales, especialmente las que resultan de una mente abierta y de una sabiduría intuitiva fruto de madurez espiritual. No hay en la mente de Jesús ningún elemento de condenación ni siquiera de crítica a las almas inmaduras, sino simplemente el reconocimiento de las diferentes etapas de crecimiento con sus características correspondientes.

Mt. 13: 18 Vosotros, pues, escuchad la parábola del sembrador.

19 Sucede a todo el que oye la Palabra del Reino y no la comprende, que viene el maligno y arrebató lo sembrado en su corazón: este es el que fue sembrado a lo largo del camino.

20 El que fue sembrado en pedregal, es el que oye la Palabra, y al punto la recibe con alegría;

21 pero no tiene raíz en sí mismo, sino que es inconstante y, cuando se presenta una tribulación o persecución por causa de la Palabra, sucumbe enseguida.

22 El que fue sembrado entre los abrojos, es el que oye la Palabra, pero las preocupaciones del mundo y

la seducción de las riquezas ahogan la Palabra, y queda sin fruto.

23 Pero el que fue sembrado en tierra buena, es el que oye la Palabra y la entiende: éste sí que da fruto y produce, uno ciento, otro sesenta, otro treinta.

Por medio de símbolos y alegorías se describen aquí cuatro etapas sucesivas en la evolución y desarrollo general del hombre. La alegoría de la actividad de un labrador debe haber sido familiar para la mayoría de los allí presentes, desde su niñez. En consecuencia, Jesús llega magistralmente a sus oyentes con las ideas que quiere presentarles. En esos días se sembraba a mano. Una imagen clara de un hombre sembrando, surgiría fácilmente en las mentes de los presentes, con lo cual se establecía una comunicación armoniosa entre el orador y su auditorio.

La Verdad la representa el Maestro como la semilla o la Palabra. La frase "a lo largo del camino" la usa para describir los intereses y aptitudes naturales del hombre, los asuntos ordinarios de la vida con sus limitaciones de comprensión e interés que hacen que las ideas filosóficas no evoquen ningún interés. En forma muy apropiada representa así Jesús el estado de indiferencia mental que no se interesa ni aprecia la sabiduría y las palabras de los que saben. Semejantes mentes pueden hasta mofarse de las ideas y negarles el más mínimo espacio en sus pensamientos o el más leve valor en sí mismas.

Este interés casi excluyente por las cosas y exigencias materiales, lo personifica Jesús como el maligno, o

sea la mente materialista ordinaria. Apunta así una profunda verdad, a saber: el desdén y la resistencia a la iluminación espiritual provienen siempre de esa parte materialista de la mente.

Jesús describe las numerosas personas incapaces de respaldar públicamente ideas o ideales impopulares o nuevos. Esas personas no han llegado todavía a aquel estado en que están listos y capacitados para sustentar la sabiduría espiritual ante la faz del mundo. Se sienten débiles ante los hábitos conformistas afianzados. Reniegan de la sabiduría como herética, y la reemplazan por una adhesión falsa e hipócrita a la ortodoxia.

A pesar de todo esto, esas personas llegan a comprender una pequeña parte de la verdad espiritual, y empiezan a responder mentalmente a ideas abstractas o intuitivas. Cuando más adelante la sabiduría oculta vuelva a presentarse ante sus mentes, echará raíces más hondas y se establecerá tan firmemente que no volverán a renegar de ella.

Ciertamente, nunca es definitivo ningún estado mental, indeseable o deseable. La mente humana está pasando por un proceso evolutivo que la llevará a una condición en que la verdad que reciba será sustentada y respaldada finalmente por la experiencia directa de su legitimidad. Así pues, los estados descritos en la parábola pueden considerarse como estados sucesivos de todos los seres humanos. Los discípulos de Jesús habían logrado un alto grado de receptividad y percepción mental.

Los abrojos indican las muchas influencias pertur-

badoras que dominan tan fuertemente al intelecto que lo incapacitan para prestar atención a los frutos delicados y en aumento de la percepción espiritual. Jesús se refiere a la posesión de riquezas como a una de estas perturbaciones. En verdad, las posesiones mundanas pueden absorber de tal modo la mente que la convierten en no receptiva y hasta ciega a la sabiduría que se percibe instintivamente.

No se está despreciando la riqueza en sí misma. Ciertamente puede ser útil, aunque sólo sea para aliviar a los menos favorecidos. También puede proporcionar cierta libertad de anhelos, y en cuya libertad se puede desarrollar más receptividad y percepción con reflexión, y así con más comprensión de las leyes espirituales.

La riqueza es dañina solamente cuando se interpone entre la mente y el espíritu y así produce una preocupación extremada por lo mundano, con exclusión de lo espiritual, o sea de las experiencias espirituales y las revelaciones de la verdad. Jesús alude a los que todavía no han trascendido esta etapa en su evolución, como la semilla que es sembrada entre abrojos.

El estado ideal que algún día alcanzarán todos los hombres en su evolución, está descrito aquí como la semilla sembrada en buena tierra y la comprensión de la palabra al escucharla. Pero incluso en esta etapa existen grados de receptividad, diferencias de capacidad para captar ideas abstractas. Unos producen frutos de cien, otros de sesenta y otros de treinta, según su talla evolutiva.

En esta maravillosa parábola se describe la evolu-

ción mental del hombre, aunque no lo dice así claramente el libro basado en la memoria y la tradición oral. Más aún, se revela la evolución total del hombre, puesto que todo el comportamiento humano puede escudriñarse hasta su intelecto.

Todos los seres humanos pasan por las etapas de desenvolvimiento que alegóricamente se indican aquí como siembras a lo largo del camino, en pedregal, en abrojos y en tierra buena. Como se ha sugerido, cada una de estas etapas muestra el grado en que los individuos han crecido desde una etapa primitiva y han ido avanzando hacia la “medida de la estatura de la plenitud de Cristo”.

Esta enseñanza de la evolución del hombre solamente podía presentársele alegóricamente al pueblo en general. Pero cabe imaginar que los discípulos supieron percibir su significado interno y captar la sabiduría contenida en ella, y verse iluminados por ella. La verdad esotérica no se oculta deliberadamente por simple sigilo o favoritismo. Lo que guía al Maestro tiene que ver con la capacidad de los oyentes para comprender la verdad que se les revela y usarla benéficamente.

16. PARÁBOLA DE LA CIZAÑA

Mt. 13: 24 Otra parábola les propuso, diciendo: el Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo.

25 Pero, mientras su gente dormía, vino su enemigo, sembró encima cizaña entre el trigo, y se fue.

26 Cuando brotó la hierba y echó luego espiga, apareció entonces también la cizaña.

27 Los siervos del amo fueron a decirle: Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?

28 Él les contestó: Algún enemigo ha hecho esto. Dícenle los siervos: ¿Quieres, pues, que vayamos a recogerla?

29 Díceles: No, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo.

30 Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega. Y al tiempo de la siega diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavilla para quemarla, y el trigo recogedlo en mi granero.

Esta parábola describe condiciones y estados temporales de la mente humana, y facilita también un método para superar ciertas dificultades mentales.

La *semilla buena* que ha de crecer bien y ser segada, representa las verdades acerca de los principios en que se apoya la emanación, evolución y perfección del universo y todo lo que él contiene.

La *cizaña* representa procesos y contenidos mentales que tienden a inhibir la comprensión de los principios, y hasta a negar su validez si se les permite tal cosa.

El *enemigo* que siembra la cizaña está más bien dentro que fuera del hombre. Consiste en aquellos atributos de la mente que mantienen al que se deja vencer por ellos en un estado de ignorancia, de carencia de sabiduría e incluso de absoluto error. Así pues, la Verdad

y lo que se opone a ella pueden coexistir en la misma mente.

La parábola indica cómo pueden resolverse las dificultades resultantes: por una cuidadosa separación de las dos actitudes o conceptos opuestos. Esta separación no puede lograrse en las etapas tempranas de la evolución humana, porque las ideas no se han desarrollado suficientemente para poder discernir entre lo verdadero y lo falso.

El consejo que da Jesús, por tanto, es seguir el único método que tiene posibilidades de éxito: apartar la verdad del error, (el trigo de la cizaña), y quemar o destruir la cizaña.

Esta parábola indica, pues, el progreso de la mente humana desde la ignorancia hasta la plena percepción de la verdad, y las experiencias internas que naturalmente acompañan este progreso.

Ciertamente, estos versículos describen lo que realmente es el hombre como raza y como individuo, y registran su desenvolvimiento desde el estado primitivo hasta su estado Crístico. También revelan la constitución total del hombre, espiritual, intelectual y material, y proporcionan una guía sabia sobre el modo de evitar los sufrimientos de la vida y recorrer con buen éxito la senda hacia la perfección.

Mt. 13:36 Entonces despidió a la multitud y se fue a casa. Y se le acercaron sus discípulos diciendo: Explícanos la parábola de la cizaña del campo.

37 Él respondió: El que siembra la buena semilla, es el Hijo del hombre.

38 El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino; la cizaña son los hijos del maligno.

En esta explicación de la parábola se ve claramente que sus autores observan cierta prudencia. Uno puede pensar razonablemente que las explicaciones que Jesús dio a sus discípulos en la casa, contienen aspectos más profundos e íntimos de la sabiduría encerrada en las parábolas. Tal como aparece en el Evangelio, la interpretación es difícilmente aceptable a menos que dentro de ella se encuentre una sabiduría más profunda.

El *trigo* puede considerarse como los aspectos espirituales permanentes de la naturaleza humana. Y la *cizaña* como los cuerpos mortales y temporales del hombre. Tal vez esto implica la revelación de una distinción entre el espíritu eterno y sus vestiduras o incorporaciones materiales. Pues el espíritu, como el trigo en la parábola, perdura para siempre y continúa dando fruto, mientras que su incorporación material inevitablemente perece o es incinerada. La revelación no es tanto de hechos y acontecimientos como de leyes naturales.

Mt. 13: 39 El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles.

40 De la misma manera, pues, que se recoge la cizaña y se la quema en el fuego, así será el fin del mundo.

41 El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, que recogerán de su Reino todos los escándalos y a los agentes de iniquidad,

42 y los arrojarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes.

43 Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga.

La interpretación ofrecida por Jesús a sus discípulos, bien puede haber servido para fijar la conciencia y esperanzas y aspiraciones de ellos en la Presencia Divina que constituye el verdadero Ser del hombre, y para apartarlas cada vez más de sus vestiduras corporales y de las preocupaciones de la vida terrenal. El espíritu eterno es la realidad, mientras que el cuerpo perecedero es irreal, como lo han proclamado todos los Instructores religiosos de los hombres.

Si se acepta esta interpretación, entonces la supuesta acción del Padre de apartar los malos de los virtuosos y arrojar a los malos en un horno de fuego, describe acertadamente la inevitable desintegración de todas las formas mientras que el espíritu que las ha animado subsiste eternamente.

El Hijo del hombre y sus ángeles que recogen y expulsan todo lo que es inicuo y lo arrojan al fuego, muestra el curso perfectamente natural de acontecimientos cósmicos. El espíritu asciende a alturas de auto-expresión cada vez mayores, y sus envolturas materiales pierden influencia. Ciertamente esto es lo que ocurre en las fases finales de la evolución universal, como también cada vez que un ser humano muere.

Los Instructores espirituales aseguran a sus discípulos que se harán inmortales cuando se den cuenta por sí mismos de su naturaleza espiritual y mantengan en ese nivel su centro de conciencia. Esa auto-conciencia subsistirá sin ser afectada por la muerte física, e in-

cluso por la disolución de todo el sistema planetario.

Como siempre, el gran tema que presenta Jesús es el de la inmortalidad. Y la guía que da a sus discípulos es el camino para alcanzarla. No obstante, la multitud inconsciente de todo lo que no sea el mundo físico que la rodea, también tiene derecho a oír la sabiduría y a escuchar la llamada, aunque sea bajo el velo de símbolos y alegorías y parábolas.

17. PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA

Mt. 13: 31 Otra parábola les propuso: El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo.

32 Es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas.

Es claro que Jesús no exponía la doctrina total en cada ocasión y en cada una de las alegorías que presentaba. Más bien escogía para sus exposiciones aspectos particulares del cosmos y del hombre, y las dificultades especiales con las que los seres humanos tienen que enfrentarse.

En esta parábola, el grano de mostaza puede simbolizar tanto la Mónada del universo como la del hombre. Es aquella unidad de pura esencia espiritual de donde brota y entra a la existencia un Logos Solar con todo su sistema, o también un Alma con todos sus vehículos. Igual que el grano de mostaza contiene en sí la

potencialidad de todo lo que se ha de producir de él, así la Mónada contiene dentro de sí todo lo que ha de emerger y evolucionar. Como semilla de la Divinidad, será la fuente de deidades manifestadas e inmanifestadas, de las cuales a su debida hora emanarán más universos.

También se indica aquí el paso del tiempo. El crecimiento de una planta hasta dar fruto, se corresponde con la evolución del Alma de todas las cosas a través de muy largos eones. Cada ciclo de crecimiento en el reino vegetal lleva hasta su culminación el misterioso desarrollo de una semilla. La planta acaba por morir pero no sin haber producido antes una cantidad de semillas. Cada una de éstas, si se siembra, puede convertirse en otra planta y dar principio a un nuevo ciclo. Este aparente milagro puede continuar eternamente.

El símbolo de las aves del cielo parece ser una alusión (probablemente explicada a los discípulos en privado) a los miembros de otros reinos de la naturaleza, que toman parte en el proceso continuo y ordenado que se lleva a cabo en el cosmos. Tales son los *Elohim*, la numerosa orden de jerarquías angélicas. De este modo abre Jesús la mente del buscador de la Verdad a campos de conocimientos divinos donde puede explorar.

Es claro que el Reino de los Cielos a que se refiere es aquel estado de existencia divina y de conciencia espiritual del nivel más excelso posible, de donde emergen todas las cosas y todos los universos y hombres en sempiterna evolución.

Si se arguye que la interpretación que el mismo Jesús ofreció a sus discípulos no es tan amplia como la

que aquí se sugiere, ha de recordarse que las interpretaciones reales se daban en completa intimidad y únicamente a discípulos comprometidos, quienes no habrían de revelarlas a nadie, mucho menos por escrito. Jesús mismo no escribió nada. Sin embargo, puede deducirse mucha enseñanza adicional, sobre todo cuando se encuentran símbolos clásicos y registros de acontecimientos y conversaciones que parecen contener implicaciones de una sabiduría esotérica.

18. PARÁBOLA DE LA LEVADURA

Mt. 13: 33 Les dijo otra parábola: El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo.

Encontramos aquí una clave numérica. El número tres se refiere, entre sus muchos significados, a los tres elementos constituyentes de la personalidad mortal del hombre encarnado: la mente con sus facultades, los sentimientos y capacidades de emoción, y el cuerpo físico por medio del cual la mente y las emociones se expresan.

Bajo condiciones normales y antes de alcanzarse cierta etapa evolutiva, este triple instrumento está limitado en su funcionamiento a su propio nivel. La mente cumple sus funciones mentales con más o menos lógica y razón; las emociones expresan combinaciones de sentimientos y pensamientos en las que predominan estos últimos; y el cuerpo sirve para percibir y actuar en su propio plano de existencia. En el hombre de tipo medio y normal, rara vez una llamada procedente de su parte

espiritual más elevada llega a alcanzar y a afectar remarcablemente estas tres funciones inferiores.

En una fase posterior de desarrollo empiezan a presentarse cambios sutiles, tales como: comprensión de las leyes en que se basan los fenómenos físicos; idealismo, caridad; creciente sentido de fraternidad; búsqueda de una comprensión más profunda; la religión como experiencia íntima, etc. Todos estos cambios se deben a la acción del Ser espiritual del hombre desde un nivel supra-mental, pasando a través de la región de la mente abstracta. El Reino de los Cielos es el calificativo simbólico de este nivel. La parábola puede interpretarse como una descripción alegórica de los efectos aceleradores de la manifestación de lo superior en el hombre mortal.

La levadura que se usa para hacer pan es un símbolo para indicar la influencia que tienen sobre los pensamientos y actos las radiaciones espirituales, intelectualmente estimulantes y purificadoras, como un poder que llega del Ser más íntimo del hombre. Porque una vez que esta levadura se mezcla con el triple hombre externo, la naturaleza de éste empieza a cambiar, igual como la masa del pan comienza a crecer bajo la acción de la levadura.

La mujer en la parábola puede personificar a la Madre Naturaleza, pues se están describiendo procesos naturales. El auxilio espiritual, tanto si viene del Dios interno como de un Instructor externo, puede acelerar todo el proceso de fermentación, apresurando la evolución general del individuo que de este modo es ayudado.

Mt. 13: 34 Todo esto dijo Jesús en parábolas a la gente, y nada les hablaba sino en parábolas,

35 para que se cumpliese el oráculo del profeta: Abriré en parábolas mi boca, publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo.

Es evidente que durante el período de su ministerio en que presentó estas parábolas, Jesús hablaba veladamente, pues se dirigía a auditorios mixtos. Es claro que un significado como el sugerido aquí, difícilmente podría percibirlo una población poco instruida. No obstante, es razonable suponer que entre los que oyeron a Jesús había muchos que pertenecían a alguna de las comunidades secretas de la época, y que, en consecuencia, reconocerían la enseñanza. Y que en otras ocasiones en que Jesús estaba a solas con ellos les daría explicaciones más profundas, revelándoles así los aspectos de sabiduría que fueran capaces de comprender.

19. PARÁBOLA DEL TESORO

Mt. 13: 44 El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, lo vuelve a esconder y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel.

Recuérdese que Jesús usaba el término “el Reino de los Cielos” tanto para referirse a la parte divina e inmortal del hombre donde mora su esencia espiritual más pura, como para referirse a los estados de conciencia correspondientes. Este es ciertamente el tesoro supremo dentro del campo de la conciencia.

Benditos los que descubren ese Ser y entran en un

estado de sempiterna gloria, pues han encontrado el tesoro de tesoros, la mismísima “joya en el loto”. En lenguaje simbólico, Jesús exhorta a sus oyentes a buscar primero su Ser interno y a conocer su realidad. Pues conociendo donde está y cuál es su propósito, todo lo demás se desvanece como una relativa insignificancia. El hombre que simbólicamente encuentra este tesoro dentro del “campo” de sus actividades cotidianas, inmediatamente compra ese campo o toma posesión total de él para que el tesoro sea suyo.

Sin duda Jesús explicó la alegoría a sus discípulos escogidos y devotos, y les reveló la verdad oculta en ella. Y a los capacitados para responder les despertó la visión interna. Aparte de sus otros grandes dones al mundo, algunos de los cuales se han conservado en los Evangelios, Jesús acentuó la importancia suprema de experimentar directa y vívidamente la Presencia Divina y su condición existencial. Enseñó no sólo su importancia efectiva, sino más aún, sus infinitas posibilidades que se derivan de la semilla de Divinidad entronizada en cada ser humano. Y para esto escogió el símbolo del tesoro escondido.

20. PARÁBOLA DE LA PERLA

Mt. 13: 45 También es semejante al Reino de los Cielos a un mercader que anda buscando perlas finas,

46 y que al encontrar una de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra.

Aquí escoge Jesús otro símbolo bello y muy ade-

cuado para el tesoro de tesoros: la perla de gran valor. Ciertamente, el Ser espiritual del hombre es una perla de valor inapreciable, pues es lo eterno mismo. Verdaderamente cuando el hombre temporal-espacial descubre su Ser inmortal atemporal, queda tan maravillado que entrega todo lo que tiene por este tesoro.

En este capítulo vemos la intención del Evangelista Mateo de registrar el hecho de que los iniciados usaron en Israel un lenguaje alegórico para revelar con cierto sigilo algunas partes de la Sabiduría esotérica. Los hebreos fueron los herederos natos de esta Sabiduría, aunque en ciertos períodos de su historia la relegaron al trasfondo de su vida religiosa, y a partir de entonces fue conocida y estudiada casi exclusivamente en las comunidades secretas.

El Evangelista Mateo interpola así su propia creencia y afirmación de que Jesús siguió la antigua costumbre a que se refiere el Libro de los Salmos, de revelar la sabiduría secreta únicamente a sus discípulos. Aunque es justificable que a la mente profana le disguste esta práctica, hay que tener en cuenta que la posesión de conocimientos esotéricos, especialmente los referentes a los factores psíquicos y espirituales del hombre, puede conferir poderes muy grandes para el bien y para el mal, a quienes los consiguen.

**COMENTARIOS A ALGUNAS
ENSEÑANZAS DE JESÚS**

SEGÚN EL EVANGELIO DE MATEO

Del libro sobre
LA VIDA DE JESÚS

Quinta Parte

CONTENIDO (5ª Parte)

COMENTARIOS A ALGUNAS ESEÑANZAS DE JESÚS SEGÚN EL EVANGELIO DE MATEO

1. El Fruto de la Experiencia (Mt.13:47/50)	385
2. Diferentes Grados de Iluminación (Mt.13:51/52)	388
3. La Ceguera Mental (Mt. 13: 53/58)	390
4. La Verdadera Pureza (Mt. 15: 01/20)	392
5. Necesidad del Discernimiento (Mt. 16:01/12).....	395
6. Identidad Real del Hijo del Hombre (Mt.16:13/20) ...	400
7. Abnegación Completa (Mt. 16:24/26)	406
8. La Justicia Perfecta (Mt. 16:27/28)	409
9. La Tercera Etapa Cristica (Mt. 17:01/09)	412
10. Quien es el Mayor (Mt. 18:01/10)	416
11. Protección al Mas Débil (Mt. 18:11/14)	423
12. Amonestación Fraternal (Mt. 18:15/18)	424
13. Oración en Comunidad (Mt. 18:19/20).....	426
14. Perdonar las Ofensas (Mt. 18:21/35)	428
15. Matrimonio y Castidad (Mt. 19:03/12)	431
16. El Costo de la Vida Superior (Mt. 19:16/26).....	433
17. El Premio de la Regeneración (Mt. 19:27/30)	440
18. Legitimidad de los Títulos (Mt. 20:01/16)	444
19. La Gran Renunciación (Mt. 26:26/29)	447

1. EL FRUTO DE LA EXPERIENCIA

Jesús, como verdadero Maestro, se esfuerza por ayudar a las gentes, a entender que existe un sendero más directo para llevar al hombre a la realización directa de su naturaleza espiritual, ese sublime estado de conciencia que el llama «El Reino de los Cielos» porque el que lo alcanza entra a gozar de una paz que trasciende toda comprensión.

Mt. 13: 47 También es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases;

28 y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen los buenos en cestos y tiran los malos.

En estos versículos Jesús alude al cuerpo causal y sus funciones. Los primeros cristianos, especialmente los que fueron admitidos a los Misterios de Jesús, recibieron y propagaron enseñanzas sobre este importantísimo tema.

Jesús escoge muy bien el símbolo de la red de pescar que era muy conocida por los que moraban en el valle del Jordán y otros ríos y en las costas de Judea.

Si la red simboliza el cuerpo causal y sus funciones, entonces la pesca y la selección de los peces representa la asimilación de los frutos de las experiencias de la vida. El Yo superior recoge todas las experiencias que aportan cualidades de espiritualidad y que tienen la capacidad de perdurar, y las incorpora en sí mismo como poderes del alma. Los peces que se tiran representan los frutos de experiencias de índole baja y netamente

material. Estas experiencias no pueden transferirse a los niveles espirituales de conciencia; no pueden ser absorbidas o captadas en el cuerpo causal, en el cual, como en un arca, se conservan solamente cualidades buenas y perdurables. Metafóricamente, los peces malos son desechados después de una cuidadosa selección.

En una interpretación mas amplia, los peces representan también los atributos mas divinos de un hombre espiritualmente despierto, tales como el amor impersonal y desinteresado, la compasión omnímota y la disposición constante de servir, todo lo cual se manifiesta como un ferviente deseo de proteger y de proporcionar salud, y una penetrante intuición espiritual.

Mt. 13: 49 Así sucederá al fin del mundo: saldrán los ángeles y separaran a los malos de los justos,

50 y los echarán en el horno de fuego; allí habrá llanto y rechinar de dientes.

¿Qué alcance tiene esta declaración tan drástica, y como pueden comprenderse estas palabras con alguna idoneidad? Ello depende principalmente del nivel de conciencia y el aspecto de la índole humana en que se esta pensando.

Si es al nivel del hombre mortal, mas bien que al nivel espiritual, entonces lo que se está describiendo es el funcionamiento de la ley de Karma. Después de cada muerte física, se juzga a la luz de la conciencia la conducta llevada en la vida que acaba de cerrarse. Como resultado de este examen, todo lo que había de noble e idealista en el carácter del fallecido se preserva dentro

del Yo Superior, donde se añade a las cualidades y poderes desarrollados durante las existencias anteriores. Y todo lo que haya de burdo y deliberadamente versátil y materialista, no es admitido en la individualidad o Alma, y se desintegra gradualmente.

Esta selección se hace conforme a una ley de atracción y repulsión. Lo noble e idealista se incorpora en el hombre espiritual, mientras que lo bajo es desechado como un residuo que se reintegra a su origen en el receptáculo de la naturaleza, atraído por afinidad a los estratos que le corresponden.

Este procedimiento de selección y separación ocurre regularmente en el período inmediato a la muerte de todo ser humano. Aunque se lleva a cabo automáticamente, intervienen en él ciertas inteligencias no humanas, indicadas como ángeles en estos versículos. En realidad ningún procedimiento de la naturaleza es administrado jamás sin la presencia de ciertos miembros de la jerarquía angélica. Hay órdenes de ángeles que han asumido el deber y la tarea de atender a la construcción y disolución de las formas; inducen conciencia y vida en las formas, y vuelven a retirárselas a su debida hora.

En una interpretación más profunda, puede haber aquí una alusión al hecho de que durante la gran oscilación cíclica de la vida consciente, primero hacia la más profunda densificación y luego hacia la abstracción más pura, es inevitable que algunos seres queden aprisionados en los grados más profundos de densificación. En consecuencia no son capaces de tomar parte en el arco ascendente hacia la abstracción para participar en él,

cuando llega la hora quedan rezagados, mientras los otros miembros del grupo de vida que evoluciona pasan a niveles mas elevados.

Es importante darse cuenta sin embargo, de que esta detención no implica ni castigo ni descuido de las inteligencias directivas. Hasta la misma cizaña está compuesta de substancia viva. Aunque el jardinero la arranque y la tire, no puede destruir la vida que hay en ella ni evitar que la substancia se transforme. Tanto la vida como la materia son en verdad eternas; y aunque la materia de los cuerpos humanos se separa del alma espiritual al morir, esa alma es de naturaleza indestructible y eterna.

La separación a que nos referimos se hace necesaria en casos de relativo fracaso, simbolizados posiblemente por el llanto y el rechinar de dientes. Pero esto no implica en ningún caso ser expulsados de la conciencia Divina y quedar sin su protección y amparo. Por el contrario, en tales casos hay un empeño especial en proteger y auxiliar a esas almas para que progresen a su propio paso hasta que lo aceleren para que se unan al “grueso de la tropa” y avancen unidos con ella.

2. DIFERENTES GRADOS DE ILUMINACIÓN

Mt. 13:51 Pregúntales Jesús: ¿Habéis entendido todo esto? Dícenle: Sí.

52 Y el añadió: Así todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo.

En la vida y sus procesos, y en las enseñanzas relativas a ellos, siempre debe quedar escondido un misterio tan profundo que ni el pensamiento ni las palabras pueden abarcarlo.

Así también todos los intentos por exponer las enseñanzas de los Misterios son inevitablemente incorrectos. Cualquier estudiante apenas puede asomarse a la verdad incommunicable que está detrás y más allá del campo de la mente.

Por esta razón, quizá, el Maestro hizo a sus discípulos esta pregunta, tratando de sondear en lo profundo de sus respuestas y evaluar el grado de su comprensión. Aquí hace una clara distinción entre estudiante no instruido (el escriba) y el instruido. Este último estaría mejor capacitado para proseguir su instrucción hacia etapas más avanzadas y más cercanas a aquella iluminación directa que es su meta.

Los discípulos contestan afirmando que sí han entendido y han captado las enseñanzas internas y profundamente veladas. Sin embargo, sus afirmaciones deben haberse fundamentado en grados diferentes de iluminación.

Los discípulos, no sólo los apóstoles sino otros que él atrajo, provenían de la raza y religión hebrea. Algunos eran de condición bastante humilde, mientras otros habían sido educados conforme a las normas de la época. Entre estos últimos habría unos cuantos capaces de recibir una iluminación más profunda y de alcanzar la más elevada comprensión de los Misterios que él estaba enseñándoles y que presentaba públicamente por me-

dio de parábolas.

En estos versículos, el dueño de casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo, personifica la inteligencia despierta y la capacidad de percepción de un discípulo.

Cualquiera que sea la etapa de desarrollo del alma o el grado de educación personal externa o interna, las palabras que oye directamente de un Maestro hacen más que instruirlo. Esto se debe al maravilloso poder educador de un Maestro. Cuando el Maestro entabla conversación sobre temas normales, y más aún cuando imparte enseñanzas espirituales, no está proporcionando solamente conocimientos sino haciendo algo que con frecuencia es más importante: educir de las profundidades internas de la mente del discípulo su propia sabiduría innata, y evocar nuevos pensamientos y respuestas del Yo Interno.

Este es el sentido en que el Maestro se refiere a los tesoros nuevos y viejos que el supuesto dueño de casa saca de sus arcas. Ciertamente, esto debe ser lo ideal para todo instructor y, especialmente, para los que proporcionan instrucción filosófica y presentan ideas espirituales.

3. LA CEGUERA MENTAL

Mt.13: 53 Cuando Jesús acabó estas parábolas, partió de allí,

54 y, viniendo a su tierra, les enseñaba en su sinagoga, de tal manera que decían maravillados: ¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos milagros?

55 ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas?

56 Y sus hermanas, ¿no están todas entre nosotros? Entonces, ¿de dónde le viene todo esto?

57 Y se escandalizaban a causa de él. Mas Jesús les dijo: Un profeta sólo en su tierra y en su casa carece de prestigio.

58 Y no hizo allí muchos milagros, a causa de su falta de fe.

Es permisible aceptar literalmente la frase “sólo en su tierra”, pues es un hecho peculiar que la familiaridad física nubla los ojos y la mente, como sucede con los parientes y amigos de la infancia. Sin embargo, la frase se refiere simbólicamente no tanto a la patria propia como al estado mental de aquellos a quienes se les habla de la sabiduría celestial.

En estos versículos se acentúa la diferencia entre los que están espiritualmente despiertos y los que no lo están.

Aunque el Maestro enseñaba con máxima sabiduría según su costumbre, las gentes de su propia región (símbolos de la mente adormecida) no eran capaces de reconocer su verdadera talla ni la sabiduría de sus palabras.

Los que critican y se burlan obran así porque aún no han alcanzado el grado de desarrollo que capacita a la mente para percibir la verdad impersonal, y tal vez no han pasado por los sufrimientos que dan esa capaci-

dad. Son incapaces de recibir la sabiduría oculta y apreciar el conocimiento que se está revelando.

La frase “sólo en su tierra” puede también interpretarse como una alusión a aquellos cuyas mentes están limitadas al conocimiento del aspecto meramente personal y material del Instructor y de las ideas que él imparte. Ven que la carne de él es semejante a la de ellos mismos, y no son capaces de penetrar más allá. En el fondo de su ceguera hay un estado de adormecimiento mental. Esa es la barrera que les impide responder a la sabiduría, venga de donde viniere.

4. LA VERDADERA PUREZA

Indudablemente los Evangelistas escribieron con la intención de preservar algo siquiera de la sabiduría espiritual revelada por Jesús, dentro de un contexto histórico.

Mt. 15: 1 Entonces se acercaron a Jesús algunos fariseos y escribas venidos de Jerusalén, y le dijeron:

2 ¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los antepasados?; pues no se lavan las manos a la hora de comer.

3 Él les respondió: Y vosotros, ¿por qué quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?

7 Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo:

8 Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.

9 En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que sólo son preceptos de hombres.

10 Luego llamó a la gente y les dijo: Oíd y entended:

11 No es lo que entra en la boca lo que hace impuro al hombre; sino lo que sale de la boca, eso es lo que hace impuro al hombre.

18 Lo que sale de la boca viene de dentro del corazón, y eso es lo que hace impuro al hombre.

19 Porque de dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias.

20 Eso es lo que hace impuro al hombre; que el comer sin lavarse la manos no hace impuro al hombre.

El punto central aquí no es el de si es aconsejable o no lavarse las manos antes de comer, por higiene. El episodio es totalmente metafórico y tiene por objeto enseñar la gran importancia de ser totalmente honestos y directos en la consideración de cualquier asunto. Como dijo San Pablo, la letra mata pero el espíritu vivifica.

Tal es la lección más general de estos versículos en los que los escribas y fariseos personifican la superchería curialesca de los que deberían estar enseñando con el precepto y el ejemplo la verdad viviente.

Todo reformador religioso que aparece cuando la fe ha quedado petrificada en meros formulismos tales como la repetición de antiguas fórmulas cuyo valor no se reconoce de corazón, se enfrenta con la tarea difícil, si no peligrosa, de remover esas incrustaciones y sacar de

nuevo a la luz las verdades originales en su pureza prístina. Jesús fue uno de esos reformadores y, en consecuencia, se vio atacado por el tremendo poder de la ortodoxia establecida.

Con gran habilidad y firmeza, Jesús no sólo rebatió los cargos presentados contra sus discípulos, sino que trasladó la lucha al campo enemigo y desconcertó a los que trataban de comprometerle y difamarlo a él y a sus seguidores.

Este atributo de Jesús, este rasgo de su carácter, esta gran habilidad intelectual combinada con una penetrante visión, este parecido de su lógica a la de un abogado, no son generalmente reconocidos, aunque todos los cuatro Evangelistas le presentan siempre como superiormente hábil en esta clase de debates.

Claro está que él se encontraba en una posición especialmente favorable en relación con la de sus acusadores. Primero, porque podía ver en sus corazones y percibir la hipocresía de sus palabras. Segundo, porque tenía un completo dominio del tema en que se basaban los cargos. Y tercero, porque él no era un hombre del montón, sino un Maestro. Por lo tanto, jamás se le podía comprometer con verbalismos.

En todas las exposiciones que se han escrito sobre los evangelios cristianos se ha acentuado más el aspecto histórico que el místico. Eso constituye un defecto. Debiera acentuarse más el Jesús místico, el receptáculo escogido, el maravilloso joven hebreo en torno de cuya vida, imperfectamente registrada, está fundada toda la estructura del cristianismo.

Los pasajes evangélicos que registran las profundas enseñanzas de Jesús se cuentan entre las preciosas gemas de sabiduría que él prodigó sobre la humanidad para beneficio especialmente de todos los aspirantes a la plena experiencia espiritual que él designa como el Reino de los Cielos.

5. NECESIDAD DEL DISCERNIMIENTO

Veamos otra de sus grandes enseñanzas.

Mt. 16: 1 Acercáronse entonces los fariseos y saduceos y, para ponerle a prueba, le pidieron que les mostrase una señal del cielo.

2 Mas él les respondió: Al atardecer decís: Va a hacer buen tiempo, porque el cielo tiene un rojo de fuego,

3 y a la mañana: Hoy habrá tormenta, porque el cielo tiene un rojo sombrío. ¡Así que sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir las señales de los tiempos!

4 ¡Generación malvada y adúltera! Una señal reclama y no se le dará otra que la señal del profeta Jonás. Y dejándolos se fue.

Estos versículos se refieren a una tendencia que a veces se muestra de un modo perverso: la de juzgar cuestiones físicas de acuerdo únicamente con índices exteriores visibles.

Jesús informa a sus interlocutores que las verdaderas causas de la mala condición de la humanidad o de cualquier país, no están en la superficie sino en los corazones y en las mentes de los individuos. Les dice

alegóricamente que los hombres escudriñan el firmamento cuando debieran estar analizando su propia conducta y las motivaciones de sus actos.

Seguramente los saduceos y los fariseos estaban esperando que Jesús les contestaría como a aquellos que le pedían respuestas con intención de confundirlo. Posiblemente también esperaban tentarlo para que produjera algunos fenómenos ocultos observables, pues habían oído hablar de sus milagros.

Sea cual sea el propósito que tenían, no lograron engañar a Jesús, sino que la respuesta les demostró que él veía bien lo que se ocultaba detrás de sus ocultos designios. Al aclararles esto, Jesús les dio también valiosas guías acerca de los medios y destinos de los hombres, como indican los versículos citados.

La referencia a la señal del profeta Jonás puede interpretarse como una alusión a que lo que buscaban era un chivo expiatorio a quien acusar de producir desastres, para ejecutarlo. Pues a Jonás se le acusó de ser responsable del peligro del barco, y por ello se le arrojó por la borda. O sea, igual como habría de crucificarse a Jesús.

La respuesta de Jesús muestra que él notaba cierta decadencia en la nación judía y que sabía que inevitablemente la conduciría al fracaso. Los incidentes históricos que siguieron muestran la mundanalidad de los hombres en general y su extravío por falta de discernimiento. El poderío romano estaba extendiéndose. Más tarde, bajo el emperador Tito, Jerusalén habría de caer, el templo sería saqueado y el pueblo hebreo sería dis-

persado por todo el mundo.

Todo esto lo preveía Jesús, sin duda, y en su respuesta alude a los responsables de esa decadencia. Es muy posible que el nacimiento y la misión de Jesús hayan ocurrido en e397 *Comentarios a Algunas Enseñanzas de Jesús Diferentes Grados de Iluminación* 397
l momento adecuado para prevenir y despertar al pueblo judío con el ánimo de salvarlo en lo posible. Aunque esto no resultó así, de todos modos se le dio un gran impulso espiritual a la humanidad.

No sólo los discípulos inmediatos de Jesús, sino incontables millones de otros seres han reducido su mundanalidad y su desenfreno, y hasta han puesto los pies en el sendero de santidad, como consecuencia del mensaje y la misión y el poder que Jesús trajo al mundo y que todavía perdura.

En resumen, estos cuatro versículos contienen un mensaje para los hombres de todos los tiempos, que es el de escudriñar no solamente los signos externos sino percibir con claridad las señales internas y meditar sobre ellas para comprenderlas lo mejor posible.

Mt. 16:5 Los discípulos, al pasar a la otra orilla, se habían olvidado de tomar panes.

6 Jesús les dijo: Abrid los ojos y guardaos de la levadura de los fariseos y los saduceos.

Puede que posteriormente Jesús haya explicado más íntimamente esta enseñanza a sus discípulos. Probablemente usó el pan como símbolo del conocimiento de la verdad o del discernimiento espiritual.

Este hecho de que los discípulos se habían olvidado de traer pan cuando se dieron a la vela con el Maestro hacia Magdala, puede interpretarse como una alusión a que carecían todavía del discernimiento necesario, pues, como veremos, ellos también estaban reparando en el aspecto externo del incidente que se describe. Parece que Jesús se dio cuenta de esta falta de discernimiento, y los previno contra el punto de vista materialista, simbolizando éste como la levadura de los fariseos y saduceos.

Mt. 16:7 Ellos hablaban entre si diciendo: Es que no hemos traído panes.

8 Mas Jesús, dándose cuenta, dijo: Hombres de poca fe, ¿por qué estáis hablando entre vosotros de que no tenéis panes?

9 ¿Aún no comprendéis, ni os acordáis de los cinco panes de los cinco mil hombres, y de cuántos canastos recogisteis?

10 ¿Ni de los siete panes de los cuatro mil, y de cuántas espuertas recogisteis?

11 ¿Cómo no entendéis que no me refería a los panes? Guardaos, sí, de la levadura de los fariseos y saduceos.

12 Entonces comprendieron que no había querido decir que se guardasen de la levadura de los panes, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos.

Este último versículo indica que estaba despertando el discernimiento en los discípulos y que percibieron el sentido mental y espiritual del pan, la levadura y los

peces, o sea que eran símbolos del conocimiento de la verdad y de la sabiduría espiritual.

Aquí puede verse la verdadera misión de los miembros de la Gran Fraternidad de Adeptos. Ellos visitan a la humanidad no tanto para obrar maravillas que alejen su atención de las preocupaciones materiales, sino más bien para despertar a los hombres a la conciencia de las verdades y valores espirituales.

La levadura que usan los panaderos para fermentar la masa es un símbolo muy apropiado de la doctrina secreta que revela las verdades que yacen ocultas bajo el velo de las enseñanzas exotéricas.

En estos versículos, Jesús parece concederle a este símbolo un significado taumatúrgico que sugiere que el milagro de alimentar a la multitud se efectuó por medio del conocimiento obtenido por comprensión espiritual. Lo cual es profundamente cierto. Las leyes y fuerzas, y las inteligencias que las utilizan, así como el conocimiento secreto acerca de ellas y su funcionamiento y las relaciones entre ellas, están muy bien simbolizadas por la levadura.

Todos los así llamados fenómenos que realizan los Adeptos y sus discípulos avanzados, son producidos exactamente por estos medios, o sea, por el conocimiento de los procedimientos secretos de la naturaleza, dirigido y aplicado correctamente por la voluntad activa.

Los fariseos y saduceos personifican aquí lo puramente exotérico en sus presentaciones tradicionales y rígidas. Contra estas presentaciones el Maestro previene a sus discípulos y por medio de ellos a toda la huma-

nidad.

Si estos episodios y enseñanzas se interpretan en el sentido simplemente humano, entonces la doctrina tradicional llena de incrustaciones a las que se apegan los eclesiásticos rígidamente, representa las tendencias de la mente convencional. El pan sin levadura puede considerarse como la literatura simplemente en sentido literal carente de sentido simbólico.

Cristo personifica aquella percepción elevadamente intuitiva que cuando está suficientemente despierta “leva” o ilumina el intelecto para que entienda y asimile el significado interno de las enseñanzas.

Desarrollando más esta analogía, el escenario donde ocurren estos hechos representa el hombre físico, la multitud con sus apetitos y necesidades y deseos naturales. Los discípulos representan esos mismos deseos pero refinados y transmutados en voluntad. Y Cristo representa el Morador Interno que cuando está activo satisface tanto al corazón como a la mente, tanto al cuerpo como al alma.

A las mentalidades convencionales, especialmente a las de Occidente, no les gusta mucho este uso de analogías y metáforas. Pero los orientales las usan corrientemente en sus conversaciones, y en forma deliberada cuando discuten y exponen verdades y leyes espirituales. Los Evangelios muestran que, normalmente, Jesús seguía esta práctica.

6. IDENTIDAD REAL DEL HIJO DEL HOMBRE

Parece que los autores de los Evangelios hubieran

recopilado trozos de una colección de relatos sobre los viajes, las visitas, los contactos diversos con las gentes, y las enseñanzas de Jesús a sus discípulos. Esos trozos se encuentran intercalados de una manera salteada sin tener en cuenta el orden del tiempo ni los lugares. Es así como vemos que los versículos que vamos a considerar ahora no guardan ilación alguna con los precedentes.

Mt. 16: 13 Llegado Jesús a la región de Cesárea de Filipo, hizo esta pregunta a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?

14 Ellos le dijeron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas.

15 Díceles: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

16 Simón Pedro le contestó: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.

Jesús, como visitante divino, no tenía necesidad de preguntar a otros qué concepto tenían las gentes acerca de él, pues eso lo sabría él mismo por propia percepción directa. El diálogo suena como un trozo de algún ritual de preguntas y respuestas destinado a despertar las percepciones intuitivas de sus seguidores inmediatos.

La primera respuesta indica que había mucha confusión en las mentes del pueblo, pues no era posible que identificaran a Jesús con Juan el Bautista que era contemporáneo suyo.

La segunda respuesta, o sea la de que era la reapa-

rición de alguno de los profetas, implica la expectación de los judíos por la venida de un Mesías para iniciar una Era Mesiánica, y también cierto reconocimiento de la doctrina de la reencarnación.

Después de escuchar estas dos respuestas (sin asentir a ellas ni negarlas, y sin ni siquiera comentarlas) Jesús se dirige a sus discípulos y les pide su opinión. Simón Pedro contesta como quien experimenta una repentina revelación espiritual que pone en elevada actividad sus percepciones internas. Su respuesta indica que conocía directamente la identidad real de Jesús, superior a la de un hombre corriente: el Cristo, el Hijo de Dios vivo.

Se proclama así una dualidad: que Jesús era el Cristo, un «ungido», un iniciado de los Misterios; y, también, «el Hijo», un vehículo del Segundo Aspecto de la Trinidad.

Simón Pedro afirma así que Jesús es a la vez que compatriota de todos ellos, una manifestación terrenal de la Deidad Suprema. Parece que Simón Pedro se había dado cuenta de que el cuerpo de Jesús era ocupado frecuentemente por un Ser trascendentalmente maravilloso.

Una expansión de conciencia similar a ésta fue la que alcanzó Tomás cuando le dice «Señor mío y Dios mío» según relata Juan en el versículo 28, cap. 20.

También María, la Madre de Jesús, guardaba en su corazón este mismo conocimiento, como lo muestra Lucas en el cap. 1 de su Evangelio al describir la Anunciación, la entrada de María en un elevado estado de conciencia en el que conoce la verdad espiritual.

Los Evangelios no dicen si alguno de los otros discípulos disfrutó de esta misma experiencia. Se limitan a la proclamación por Simón Pedro.

En todo caso, la escena evocada mentalmente por la lectura de estos versículos es asombrosa: Los discípulos reunidos entorno a su Maestro, sobre quien descende una irradiación especial de la Luz Suprema.

Mt. 16: 17 Tomando entonces la palabra, Jesús les respondió: Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

Esta respuesta es muy notable. Jesús bendice a Simón Bar-Jonás, y le asegura que esta revelación le viene de niveles espirituales de conciencia más bien que a través de sus ojos y su mente.

Mt. 16: 18 Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.

19 A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.

Jesús hace aquí dos promesas importantes a Simón. Primera, construir su Iglesia sobre la piedra o roca de esa fe. Y segunda, darle las llaves del Reino de los Cielos.

Es digno de tener en cuenta que estas promesas vienen como consecuencia de que el discípulo percibe la identidad real del Maestro.

El don de las llaves del Reino es susceptible a va-

rias interpretaciones. Las llaves pueden ser el conocimiento de aquellos principios básicos o fuerzas causativas o poderes e inteligencias que laboran para que el universo vaya siendo modelado de conformidad a la ideación Divina.

Esto incluye el conocimiento del Orden Divino sobre el cual descansa el universo entero, y por el cual todos los seres y todas las cosas, incluidos los mismos átomos, ocupan una posición ordenada en el vasto Plan Cósmico.

Semejante comprensión implica ciertamente una captación intelectual del Plan y de su expresión cíclica y su ejecución a través de edades sin término.

El conocimiento de sí mismo y la conciencia espiritual, conducen a la iluminación intelectual acerca de las causas y los cursos de todas las cosas. Esto provoca una profunda regeneración espiritual; es como descubrir los velos que cubren los ojos internos y ensanchar el intelecto para comprender las energías causativas.

La promesa de que lo que se ate o se desate en la tierra quedará atado o desatado en los cielos, alude a los poderes que el hombre así iluminado alcanza y ejerce rectamente. Está claro que esta promesa no puede tomarse en su sentido puramente literal. La operación de la Ley Kármica impone limitaciones muy grandes incluso a los así iluminados para el ejercicio de los poderes que han alcanzado. Ningún hombre, por elevado que sea su desarrollo espiritual, puede interferir en las situaciones y condiciones kármicas de otro ser humano o del universo.

Para comprender correctamente esta promesa se requiere comprender bien los cambios internos y la armoniosa relación entre el Yo Interno y el externo en un iniciado.

Mt. 16: 20 Entonces mandó a sus discípulos que no dijeran a nadie que él era el Cristo.

La gran revelación que Jesús hace a sus discípulos en este versículo es la de que él, su amado Maestro, era en verdad una manifestación terrenal de un Aspecto de la Deidad Suprema.

Ellos vieron por sí mismos, y les fue confirmado por él, que por medio de Jesús estaba derramándose sobre el mundo una copiosa efusión del poder y sabiduría y amor del Altísimo.

Esta experiencia directa es en verdad un secreto grande y misterioso que no había de estar pasándose como una pelota entre el populacho ignorante. Parece que esta recomendación no se cumplió estrictamente, lo cual redundó en que Jesús fuera condenado a muerte.

Bien puede suponerse que esta efusión divina no llegó solamente en provecho de la humanidad sino también de todos los reinos de la naturaleza que habitan este globo. Cada vez que una efusión semejante descende de Dios por medio de un ser humano, toda la vida que mora en los minerales, plantas, animales, hombres, superhombres y ángeles, recibe un impulso que acelera su evolución.

Los Evangelios registran varias de esas efusiones divinas. Una de ellas es la Anunciación a María, quien

humildemente la acepta por interna realización. Otra de estas experiencias fue la que tuvieron los pastores cuando estaban cuidando sus rebaños y cuando fueron a adorar al Niño, indicio de un despertar y una iluminación espiritual. Otra tercera efusión fue la que recibieron los Magos, simbolizada por una estrella que ellos interpretaron correctamente y los guió hasta la presencia de la sagrada familia. Otro descenso del Espíritu Santo sobre Jesús ocurrió en su Bautismo.

Otras veladas referencias a la iluminación espiritual provocada por la presencia de Jesús sobre los que estaban cerca de él, la tenemos en la realización directa de Pedro, en el reconocimiento de Jesús por María Magdalena en el jardín después de la Resurrección, y en la declaración de Tomás el Mellizo en la sala alta donde estaban reunidos los Apóstoles.

7. ABNEGACIÓN COMPLETA

Mt. 16: 24 Entonces, dijo Jesús a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a si mismo, tome su cruz y sígame.

25 Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.

En estos versículos Jesús describe la actitud del alma que es esencial para alcanzar la sabiduría espiritual.

Con la frase «tome su cruz» indica la valerosa aceptación de todas las pasiones y todas las penalidades que no puede evitar el que quiera acelerar su progreso espi-

ritual, lo cual exige la liquidación de las deudas en que incurrió cuando predominaba en él la conducta egoísta y el afán de aprovecharse de los demás. Ahora tiene que aceptar y soportar inteligentemente las reacciones de semejante conducta, especialmente de la que causó dolor y pérdidas a otros.

Mt. 16:26 Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? O ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida?

Este versículo es una notable exposición de aquella ley de la vida espiritual según la cual los intereses, deseos y afanes egoístas, y todo apego a la existencia material y a las posesiones, tienen que ser completamente trascendidos antes de poder experimentar esa realización trascendental que Jesús enunció como «Yo y mi Padre somos uno».

El hombre tiene que eliminar en sí mismo todo sentido de separatividad o de acentuada individualidad, antes de poder fundirse totalmente en el Uno, en la totalidad de los principios espirituales y la vida del universo. Ha de «perder» todo lo que hasta entonces ha venido asociando con la sensación de vivir separado de los demás.

Al transmitir a sus discípulos esta verdad central, Jesús habla de sí mismo como personificación de esta actitud que él mismo ha aceptado. Pues el gran ideal de la abnegación total es una necesidad enteramente universal y no se limita a un solo hombre. Los Instructores divinos personifican la Vida universal, y sus consejos exhortan a todos los hombres por igual.

Jesús establece una comparación entre lo temporal y lo eterno, entre la vida mundana con sus afanes de lucro, y la vida espiritual con sus ideales de desinterés, abnegación y carencia de deseos personales.

Jesús pone ante los ojos de sus discípulos los valores pertinentes a esas dos clases de vida: la del mundo, que por muchos éxitos materiales que aporte resulta de muy poco valor comparada con la vida espiritual, cuyos tesoros sobrepasan con mucho a todas las posesiones terrenales.

Jesús siempre pone en guardia contra la excesiva preocupación por la riqueza material y el modo de obtenerla. Esa preocupación puede ocupar tanto la mente que no deja lugar para las metas idealistas y espirituales que debieran predominar en la mente para mantenerla en un perfecto equilibrio entre los dos modos de vivir.

El Maestro está llamando la atención de los discípulos hacia una decisión que todo aspirante debe tomar, que es la de retirar gradualmente el interés por la vida material y sus atractivos, y dirigirlos hacia la vida interna con sus inconmensurables riquezas.

Puesto que estas riquezas no son visibles ni tangibles, es necesario guiar a los discípulos para que escojan rectamente, en especial si se trata de principiantes. Así se pone a prueba a la persona para considerar su etapa evolutiva, la edad de su alma, y la sinceridad con la que pretende embarcarse en la vida espiritual.

En la larga serie de vidas terrenales, al fin llega la hora en que el Yo interno ha adquirido el suficiente de-

sarrollo para ser capaz de inspirar a su yo personal con el ideal de la vida espiritual.

La primera vez que esto ocurre, la respuesta física y personal puede ser débil; pero con el transcurso de vida tras vida y la repetición de estas inspiraciones, el poder del Yo interno se va fortaleciendo y la personalidad externa se va haciendo más responsiva a las llamadas idealistas.

Y llegará un día en que el yo externo tomará una decisión clara y definitiva. Y entonces las posesiones mundanales que le vengan las utilizará únicamente para propósitos puros, y nunca para asegurarse poder, prestigio y placeres, ni para hacer ostentación.

El que toma esta decisión lo hace de modo natural y para siempre, porque ninguna otra alternativa merece su consideración.

Jesús pone a sus discípulos a recapacitar profundamente sobre estas cosas, para que se den cuenta clara y precisa de la inevitable y esencial necesidad de la abnegación. Es una gran suerte para todo aspirante que estas palabras tuyas hayan quedado registradas.

La riqueza como cosa que se recibe en custodia para administrarla, es permisible. Pero la riqueza que se convierte en un objetivo obsesivo, no es permisible. La primera atrae luz espiritual. La segunda comporta oscuridad espiritual.

8. LA JUSTICIA PERFECTA

Mt. 16:27 Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a

cada uno según sus obras.

Esta declaración profundamente oculta, tiene que ser de gran valor para todo estudiante sincero de la Sabiduría Divina. Puede analizarse desde varios ángulos.

Algunos la verán como una promesa del regreso del Hijo de Dios en forma humana para iniciar una nueva era, reunir personas altruistas que estén listas para el discipulado, y formarlas como agentes idóneos para establecer un nuevo orden mundial.

Los ojos de los que saben estarán suficientemente abiertos místicamente para poder ver no sólo la esplendorosa irradiación del Maestro, sino también las huestes angélicas que le acompañarán ejecutando sus órdenes y respondiendo a los mandatos de su voluntad.

Conforme a la enseñanza teosófica de la evolución tanto del cuerpo como de la mente, llegará un día en que la intuición o percepción espiritual iluminará las mentes con el conocimiento de la Unidad de la Vida a través de toda la creación, que es la base de la fraternidad humana.

Este ideal de la fraternidad habrá alcanzado entonces tal predominio sobre los corazones y las mentes de los hombres, que traerá consigo un gobierno mundial basado en una relación de verdadero parentesco entre todos los hombres. Lo cual los capacitará para coordinar los gobiernos de las naciones de acuerdo con esa fraternidad reconocida por todos.

En este sentido también, el Hijo del hombre aparecerá en gloria sobre la tierra acompañado por las huestes de ángeles mediadores que los individuos más avan-

zados de este tiempo podrán percibir también.

En un tercer sentido se cumplirá esta profecía. Pues vendrá también el tiempo en que no sólo los individuos más avanzados, sino todos, habrán alcanzado la «visión gloriosa». Y entonces el principio básico de la Unidad será reconocido, honrado y aceptado como guía única en todas las relaciones humanas.

En cada una de estas fases de la evolución, será patente cierto equilibrio entre causas y efectos. Y en este sentido, cada hombre será juzgado según sus méritos y necesidades.

Otra capa todavía más profunda de sabiduría oculta puede percibirse en esta gran declaración profética. No en esta tierra, sino en un período mucho más posterior, las Mónadas humanas volverán a reunirse en su estado innato de unidad. Entonces continuarán su desenvolvimiento eónico hacia cimas aún más elevadas y hacia profundidades de sabiduría y poder, en otras regiones donde actuarán como Buenos Pastores proporcionando iluminación espiritual a otros.

En un futuro lejano, el desarrollo espiritual e intelectual tenderá a proveer las mejores condiciones posibles para que pueda proseguir el desenvolvimiento de los más avanzados. Alcanzarán rápidamente la talla de hombres perfectos, y dedicarán especial cuidado y guía a los demás hombres para que aceleren su paso hacia esas mismas alturas.

Esta es la verdad profundamente oculta en la mal comprendida selección entre las ovejas y las cabras. Mala comprensión realmente grave, pues nunca ha existido

ni existirá jamás semejante situación o supuesto castigo de parte de una autoridad divina.

Cada hombre, en cada etapa de su desarrollo, cosecha simplemente según lo que ha sembrado. Esta es la única autoridad y el único árbitro que determina las condiciones reinantes en las series de vidas y en los cuerpos de los hombres.

Esas son algunas de las implicaciones de estas palabras de Jesús que, indudablemente, fueron dichas en secreto a sus discípulos en forma no registrada, pero que probablemente luego fueron comentadas más o menos libremente. Porque sólo una parte de la sabiduría secreta que Jesús impartió a sus discípulos ha sido puesta a disposición del público en general.

9. LA TERCERA ETAPA CRÍSTICA

En toda época han existido hombres y mujeres que están alcanzando un punto en su evolución en el que experimentan determinadas llamadas internas a una vida superior. Y grandes Seres, pastores de almas, que están prestos a ayudarles secretamente.

De modo, pues, que todo aquel cuyo progreso evolutivo lo haya llevado a aspirar al discipulado, jamás deja de ser notado y ayudado. Las almas despiertas y decididas a descubrir su propia naturaleza íntima y a seguir el camino de la vida superior sometiendo sus vidas personales a los dictados internos, pueden estar seguras de que recibirán la guía y la ayuda necesarias, como la recibieron los discípulos de Jesús según se deduce de los versículos que vamos a considerar ahora.

Mt. 17: 1 Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los lleva aparte a un monte alto.

2 Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol, y sus vestidos blancos como la luz.

3 En esto, se les aparecieron Moisés y Elías, que conversaban con él.

Se describe aquí la Transfiguración de Cristo; una experiencia espiritual, un estado de iluminación que alcanza Jesús y que también afecta, en menor grado, a los tres discípulos mencionados. En realidad y verdaderamente lo que el Evangelista describe es las experiencias de los tres discípulos. Lo cual parece indicar que Jesús ascendió a niveles de conciencia más elevados de los que ellos podían alcanzar.

A los ojos de los tres discípulos, Jesús parece casi desaparecer y ser reemplazado por la radiante presencia de su excelsa alma espiritual. La presencia toda de Jesús, incluso su cuerpo físico, parece resplandecer desde dentro, de un modo semejante a como la piel del rostro de Moisés irradiaba cuando bajó del monte Sinaí (Ex. 34:29). Tan grande es el poder que está expresándose, y tan brillante la luz interna, que hasta los vestidos resplandecen.

Durante la experiencia espiritual que se describe aquí, el centro de conciencia individual se une con el centro de la Conciencia Universal. Esto produce una intensa iluminación de toda la naturaleza del individuo, y el fortalecimiento de toda su constitución, inmortal y

también mortal.

Semejantes regeneraciones internas y expansiones de conciencia, no pueden pasar desapercibidas para los Grandes Seres que ya pasaron por ellas en otros tiempos, y que están observando al Yo inmortal que pasa por ellas. En el Nacimiento de Jesús, por ejemplo, esos Seres adelantados estuvieron presentes, y se les menciona alegóricamente como «los pastores», pues se les considera pastores de almas. En esta Transfiguración de Jesús, también estuvieron presentes dos grandes sabios, Moisés y Elías.

Mt. 17: 4 Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: Señor, es bueno estarnos aquí. Si quieres, haremos aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

5 Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió, y salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle.

6 Al oír esto los discípulos cayeron rostro en tierra llenos de miedo.

En estos versículos parece haber una alusión indirecta a la costumbre de levantar centros o templos o tiendas (como las llamó Pedro), para esta clase de ceremonias iniciáticas. La experiencia mística que se describe como una nube luminosa y una voz que sale de ella, parece aludir también a esa expansión de conciencia que se logra al pasar por esta experiencia evolutiva. El versículo 5 parece indicar que Jesús la pasó con buen éxito, pues así lo proclama una voz que se supone venía

de Dios mismo.

Mt. 17: 7 Mas Jesús, acercándose a ellos, les tocó y dijo: Levantaos, no tengáis miedo.

8 Ellos alzaron sus ojos y ya no vieron a nadie más que a Jesús solo.

9 Y cuando bajaban del monte, Jesús les ordenó: No contéis a nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.

Muy bien puede ser que los discípulos mismos, al tener el privilegio de presenciar la transfiguración de su Maestro, hayan elevado su conciencia de tal modo que quedaran temporalmente dotados de cierta percepción espiritual. La visión y los sonidos que percibieron extrasensorialmente pueden haber suscitado en ellos un asombro que se describe aquí como miedo. Después de pasada esta experiencia interna, iría disminuyendo esa percepción elevada, lo cual, añadido a la presencia física y al contacto de Jesús, les volvería a la normalidad.

La palabra «monte» indica el excelso estado de conciencia de la experiencia mística.

El término «Hijo del hombre», que Jesús se da a sí mismo, puede indicar un hombre que ha surgido del reino humano como «hijo», como un ser super-humano. El hecho de que Jesús está hablando en intimidad y en forma privada a sus discípulos y les ordena sigilo, muestra que les está revelando su propia posición evolutiva como Adepto.

La referencia que hace a su «resurrección de entre los muertos» parece indicar aquella parte de la expe-

riencia mística que se asocia con ese otro gran paso evolutivo que alegóricamente se describe como la muerte y resurrección, o sea la Cuarta Etapa Crística por la que todo ser humano ha de pasar a su debida hora después de pasar por las tres anteriores, o sea las del Nacimiento, el Bautismo y la Transfiguración.

10. QUIÉN ES EL MAYOR

El capítulo 18 de Mateo contiene una de las grandes joyas de la literatura descriptiva sobre las enseñanzas de Jesús acerca del camino de la vida espiritual.

Mt. 18: 1 En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le preguntaron: ¿Quién es el mayor en el Reino de los Cielos?

2 Él llamó a un niño, le puso en medio de ellos y dijo:

3 Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos.

4 Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos.

La pregunta de los discípulos y la respuesta del Maestro parecen mostrar que existen dos niveles de vida completamente diferentes, a los cuales él alude como el cielo y la tierra.

Los discípulos quizá habían estado debatiendo sobre cuál de ellos era el mayor o el más superiormente evolucionado. Jesús se vale de un término puramente humano (un niño) y hace referencia a un estado místico de conciencia (como los niños).

En la vida práctica nadie puede razonablemente vivir su vida como un niño desvalido. Hay que hacer planes prudentes, hay que proveer para la familia y el Estado, y hay que pensar en el futuro.

Sin embargo, Jesús enuncia aquí como definitivamente ideal y más aún esencial para progresar y alcanzar la posición más elevada en el Reino de los Cielos, el ideal de hacerse como niños siguiendo el sendero del discipulado.

Esto significa que el carácter debe ser sencillo, sincero, espontáneo y abierto. Y presenta la humildad como una virtud suprema. No la modestia farisaica de quien quiere causar cierta impresión falsa, sino la humildad totalmente sincera y directa del que es consciente de sus propios defectos y limitaciones.

Semejante ausencia total de jactancia es señal evidente de altura evolutiva, de capacidades desarrolladas y de tener conciencia de las que todavía están por desarrollar. Y es claro que esto último no puede esperarse en un niño.

La verdadera humildad es una cualidad innata en una persona de estatura avanzada en quien de un modo perfectamente natural se ha establecido profundamente la virtud de la modestia genuina y sincera, y se está expresando con toda naturalidad.

Todos los Instructores espirituales han presentado siempre este ideal de la humildad como una piedra de toque de la grandeza que asegura el progreso en el camino de la vida espiritual, y que por tanto se aplica especialmente al discipulado.

Mt. 18:5 Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe.

Aquí, como en otras ocasiones, el Maestro está identificándose con toda la humanidad. Indica que el tratamiento que se le otorga a otro ser humano de cualquier edad o condición, se le está otorgando realmente a él mismo, al Señor Cristo. Y para conformarse a la respuesta que les da en el versículo 3, pone como ejemplo nuevamente a un niño y no a un adulto.

Aunque la frase «hacerse como un niño» podría interpretarse como una referencia a la doctrina de la reencarnación, puede ser más apropiado aplicarla en este caso a los que han renacido *espiritualmente*, cualquiera que sea la edad de su cuerpo. Ellos han experimentado la Natividad interna que San Pablo anhelaba para sus conversos, y han dedicado todo su ser a la vida del discipulado. Han iniciado una vida nueva.

Ante los ojos de Jesús esas personas son muchísimo mayores que los que viven sus vidas rodeados de pompa y riqueza y triunfos mundanos. A todas esas vanidades renuncian de un modo natural los que evalúan esas pompas externas en su verdadero valor, y entonces las ven como nada en comparación con la iluminación interna y los tesoros reales de la sabiduría perfecta y del amor compasivo.

Mt. 18:6 Pero el que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y le hundan en lo profundo del mar.

7 ¡Ay del mundo por los escándalos! Es forzoso,

ciertamente, que vengan escándalos, pero ¡ay de aquel hombre por quien el escándalo viene!

Estos versículos pueden sonar extravagantes si se leen de un modo puramente literal. Sin embargo contienen una revelación de un principio profundo referente a la vida espiritual.

Cuando se aplican los términos «niño» y «pequeño» a los que recientemente han ingresado en la vida espiritual, se ve que no hay extravagancia alguna en esta declaración de Jesús. Para el progreso espiritual de la humanidad son incalculablemente preciosos aquellos idealistas genuinos y sinceros que han renacido a la vida espiritual, pues ellos son la esperanza del mundo.

Ellos aspiran no sólo a espiritualizar sus propias vidas, sino a servir a sus semejantes. Son los únicos que por medio del ejemplo y del precepto pueden sacar a la humanidad de su degradación, de sus indescribibles crueldades con los animales y con sus semejantes, y de su espantoso individualismo.

En este pasaje se enuncia también la ley de karma o de causación. Jesús indica cuán terribles han de ser los efectos kármicos sobre las naciones y los individuos que psicológica y físicamente destruyen «a uno de estos pequeños que creen en mí», o sea a los que están espiritualmente iluminados, y les ponen estorbos para progresar en los momentos en que les ha llegado la iluminación.

En los tiempos modernos, y especialmente en esta era de grandes avances en ciencia, tecnología e intercomunicaciones, hay quienes se mofan ostentosa-

mente de las ideas e ideales puramente espirituales y objetivamente indemostrables. Esos burlones logran con demasiada frecuencia apartar a los aspirantes noveles de la vida hacia la que se sienten inclinados. Y de esta manera privan a la humanidad, algunas veces, de la presencia de almas espiritualmente iluminadas que podrían ayudarla con sus palabras y su ejemplo personal.

Si bien puede ser útil cierto grado de positivismo, y que el conocimiento recientemente adquirido se cimiente sobre bases firmes e inexpugnables, hay que considerar que los idealistas pueden no sentirse muy firmes en los primeros días que siguen a su iluminación y conversión.

Desgraciadamente existen entre los hombres ciertas personas que sienten un gozo casi demoníaco en crear semejantes ataques. Y es a éstos a los que Jesús puede estar aludiendo en este caso.

En el versículo 7 Jesús traslada el énfasis desde los «pequeños» hasta todo el género humano. Estas palabras de Jesús previenen a todos los hombres contra actos que ofenden unipersonalmente pero que afectan las experiencias de muchos.

Mt. 18:8 Si, pues, tu mano o tu pie te es ocasión de escándalo, córtatelo y arrójalo lejos de ti; más te vale entrar en la Vida manco o cojo que ser arrojado en el fuego eterno con las dos manos o los dos pies.

9 Y si tu ojo te es ocasión de escándalo, sácatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida con un solo ojo que ser arrojado en la gehena del fuego con los dos ojos.

El tono drástico de estos requerimientos, y especialmente la referencia a partes del cuerpo, sugieren que

se dedican especialmente a la vida del discipulado, al Camino de la Cruz. Como puede verse por el primer versículo de este capítulo, aquí no está Jesús dirigiéndose al pueblo en general sino a sus propios discípulos escogidos.

Es claro que las palabras del Maestro no se refieren directamente a partes del cuerpo humano, sino que se mencionan como símbolos de partes de la naturaleza humana.

Cuando se escoge voluntariamente seguir el Camino de la Cruz, la purificación completa y la adopción de las normas morales más elevadas son esenciales para progresar.

Con toda razón se dice en la filosofía oriental que este camino es como el filo de una navaja, pues peligros psicológicos, mentales e incluso físicos, amenazan a los que imprudentemente intentan purificarse en lo interno mientras continúan cediendo a sus viejos apetitos y satisfacciones sensuales.

Terrible en verdad puede ser la suerte del que habiendo adoptado el ideal de pureza y sencillez de un niño, cae luego víctima de la lujuria y la codicia. Su caída es muy cierta y de efectos muy perjudiciales para todos los que son influidos por semejantes fracasados.

Es un crimen profundamente grave tentar o perjudicar a los que han emprendido un modo de vivir puramente espiritual, y seguramente atraerá consecuencias igualmente graves a los que lo cometen. Todos los grandes Instructores han prevenido sobre esto a los aspirantes a la vida espiritual, y la historia confirma lo acer-

tado de esas prevenciones.

El fuego de la gehena puede interpretarse como una descripción del sufrimiento agudo y prolongado que inevitablemente recaerá sobre los que tienen semejante conducta dañina. La filosofía teosófica no tiene lugar para la existencia de un fuego super-físico que arde perpetuamente y al cual puedan ser arrojados los pecadores cuando mueren. El fuego es un elemento físico que no es posible que pueda quemar los cuerpos super-físicos de los que han muerto. Jesús usa, pues, una analogía para enseñar a sus discípulos.

Mt. 18: 10 Guardaos de despreciar a uno de estos pequeños; porque yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos.

Como ya se ha sugerido, la frase «estos pequeños» se refiere a los recién iniciados en la vida espiritual. La prevención que hace Jesús se aplica especialmente a los ataques que se hacen contra la mente de esas personas con la intención de menoscabar el conocimiento adquirido intuitivamente sobre las leyes de la vida espiritual diferentes a las de la vida del mundo, mofándose de ellas y menospreciándolas.

Esos ataques pueden ciertamente causar mucho daño, especialmente cuando logran que el aspirante pierda la fe en sí mismo o en el camino que ha escogido, o en sus aspiraciones por alcanzar más pronto las alturas espirituales con el fin de ayudar más eficazmente a sus semejantes.

La alusión que hace Jesús a los ángeles de estos

pequeños, puede aplicarse a lo que San Pablo llama «el cuerpo espiritual» (I Cor. 15:44), pues este cuerpo es la morada en la que se vive en permanente consciencia de la unidad con Dios. Esto es cierto para todo ser humano y no sólo para los niños.

Creemos firmemente que Jesús estaba refiriéndose aquí a los individuos recientemente alcanzados por el poder y la luz y el fuego del Espíritu, su propio Gobernador Inmortal Interno o Mónada.

11. PROTECCIÓN AL MÁS DÉBIL

Mt. 18: 11 El Hijo del hombre ha venido a salvar a lo que estaba perdido.

12 ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se le descarria una de ellas, ¿no dejará en los montes las noventa y nueve, para ir en busca de la descarriada?

13 Y si llega a encontrarla, os digo de verdad que tiene más gozo por ella que por las noventa y nueve no descarriadas.

14 De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños.

Indudablemente muchos de los oyentes de Jesús eran labradores y ganaderos, y naturalmente respondían a este tipo de analogías. Los pastores se afanan por una sola oveja que se les pierda, y dedican todos sus esfuerzos a buscarla y devolverla al rebaño.

En forma similar, todo ser humano es tan caro a Dios como una oveja perdida lo es para su pastor, aun-

que la protección Divina y el amor paternal de Dios se extienden a toda la humanidad. Esta es la enseñanza de Jesús.

El versículo 14 parece indicar la gran preocupación Divina por el futuro de la humanidad, especialmente en lo espiritual, lo cual puede verse afectado adversamente si no se le enseña esto a todo el que encuentra al Maestro y se postra a sus pies, para que ayude a sus hermanos a avanzar.

Desde mucho tiempo antes de Cristo, y aún en nuestros días, han existido el sendero y la instrucción espiritual y la posibilidad de encontrarlos y seguirlos hasta alcanzar la gran meta. Naturalmente, la condición del cuerpo y de la conciencia de los que encuentran el antiguo sendero y lo siguen, han de ser extremadamente sensitivas. Por consiguiente, los aspirantes son muy vulnerables a las perturbaciones mentales, psíquicas y físicas, durante el delicado proceso de ajustarse al nuevo modo de vivir. Lo cual explica en parte el hecho de que en las Escuelas de Misterios y en los santuarios del mundo se mantuviera cierta reclusión para los que podían beneficiarse de ellos.

12. AMONESTACIÓN FRATERNAL

Mt. 18: 15 Si tu hermano llega a pecar, ve y repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano.

16 Si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos, para que todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos.

17 Si no les hace caso a ellos, díselo a la comunidad. Y si ni a la comunidad hace caso, considéralo ya como al gentil y al publicano.

Estos versículos también pueden tomarse como guías dirigidas a discípulos. En un sentido más amplio, esta instrucción contiene sabias directivas para restaurar y mantener relaciones armoniosas con todos los semejantes.

Un discípulo debe adquirir el arte de relacionarse armoniosamente con los demás. En todas partes debe ser un hombre de paz cimentada en la justicia y la verdad, como indica Jesús aquí en términos casi jurídicos.

Durante su formación el discípulo se encuentra sometido a diversas tensiones psicológicas, pues el Maestro está compartiendo su energía vital con él, y todas las energías están actuando sobre su sistema nervioso y las zonas correspondientes en sus vehículos sutiles. Además, el propio ser interno del discípulo está dirigiendo las ideas y las energías en los cuatro vehículos de su personalidad cuando el cuerpo está despierto, y la atmósfera psíquica y las corrientes mentales le están afectando desde fuera. Todo eso tiende a producir tensión en el discípulo.

En consecuencia, y con el fin de obtener el máximo beneficio de estas energías, el discípulo necesita con mucho establecer y mantener asociaciones tan libres de perturbaciones como sea posible. Querellas, disgustos, incomprensiones, etc., pueden estorbar y demorar el progreso y desarrollo del discípulo, pues es muy susceptible a ellas durante su formación. De ahí la impor-

tancia de este consejo de Jesús.

Mt. 18: 18 Yo os aseguro: todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo.

Este versículo puede interpretarse de la misma manera. El cielo no es un lugar sino más bien un estado de conciencia en el que la felicidad fundamentada en la libertad perfecta es una condición permanente e inalterable. Por consiguiente, nada puede estar atado en el cielo jamás, donde la libertad ilimitada y eterna es una característica fundamental, acompañada de la gloria inmarcesible de la unión consciente con Dios.

Este versículo puede leerse, pues, como una posible descripción de los poderes que se desarrollan en un discípulo cuando él obtiene el completo control sobre fuerzas y agentes psíquicos y ocultos. Afirma la interrelación entre las circunstancias externas y las internas, y los estados de conciencia de un discípulo que está recibiendo entrenamiento.

13. ORACIÓN EN COMUNIDAD

Mt. 18: 19 Yo os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos.

20 Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.

La expresión «mi Padre que está en los cielos» se refiere al Yo divino del discípulo, cuyos poderes se acre-

cientan cuando realiza su unidad con la presencia divina del Padre dentro de toda la naturaleza y de todos los seres.

Aquí se identifica Jesús con el poder omnipresente y la vida y la conciencia del Padre. De este modo afirma que los poderes teúrgicos se pueden desarrollar no sólo apelando a Dios sino actuando en nombre de Jesucristo. Con sólo que dos o tres personas se reúnan así en su nombre, él asegura que estará en medio de ellas, no sólo místicamente sino funcionando como un poder oculto. Esta seguridad la dio a sus discípulos sin duda para alentarlos y sostenerlos después de que fuera retirado de ellos por la muerte. Este consuelo se lo dio también para fortalecerles cuando quiera que la duda y los peligros los asaltaran.

La filosofía teosófica también presenta esta idea y afirma que todo discípulo plenamente aceptado queda íntimamente unido con su Maestro, más especialmente en niveles espirituales y mentales. Gracias a esta estrecha unión que el Maestro establece, éste puede servirse del discípulo como un canal para derramar sus ideas e influencias, y el discípulo consigue el libre acceso al Maestro.

La más íntima de estas unificaciones es la que se establece entre los Yos divinos del Maestro y el discípulo. Es muy posible que estas cosas les fueran explicadas en secreto por Jesús a sus discípulos en varias ocasiones.

14. PERDONAR LAS OFENSAS

Mt. 18: 21 Pedro se le acercó entonces y le dijo: Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?

22 Dícele Jesús: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Aquí se presenta la magnitud admirablemente elevada de la virtud del perdón. El ideal del perdón está plenamente ejemplarizado en los relatos de la vida de Jesús, a quien podemos ver como la mismísima encarnación del amor que todo lo perdona. Incluso cuando estaba soportando la agonía tan espantosa que le infligía su crucifixión, Jesús le pedía al Padre que perdonara a los que le crucificaban porque no sabían lo que estaban haciendo al torturarlo de ese modo.

En este episodio Jesús utiliza al apóstol Pedro para inculcar a los discípulos y a toda la humanidad este ideal tan grande y verdaderamente cristiano. La virtud del perdón es casi super-humana, y difícilmente podría esperarse que la aceptara el pueblo en general, pero sí le pide a sus discípulos que la apliquen en sus vidas.

Puede considerarse, pues, que esta instrucción fue una de las que dio a sus discípulos en secreto como parte de su formación. Un discípulo debe actuar con mayor blandura de la que podría exigírsele a un profano, incluso en el desempeño de sus quehaceres mundanos.

Estas palabras debieron sonar tan sorprendentes que se grabaron indeleblemente en la memoria de quie-

nes las escucharon directamente, y en la de otros a quienes se les repitió más adelante. Por consiguiente, cuando se quiso escribir la historia de la vida de Jesús, se recordaron estas palabras entre muchas otras y se incluyeron en el relato evangélico.

Mt. 18: 23 Por eso el Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos.

24 Al empezar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos.

25 Como no podía pagar, ordenó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y que se le pagase.

26 Entonces el siervo se echó a sus pies, y postrado le decía: Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré.

27 Movidó a compasión, el señor de aquel siervo, le dejó marchar y le perdonó la deuda.

28 Al salir de allí aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien denarios; le agarró y, ahogándole, le decía: paga lo que debes.

29 Su compañero, cayendo a sus pies, le suplicaba: Ten paciencia conmigo, que ya te pagaré.

30 Pero él no quiso, sino que fue y le encerró en la cárcel, hasta que pagase lo que debía.

31 Al ver sus compañeros lo ocurrido, se entristecieron mucho, y fueron a contar a su señor todo lo sucedido.

32 Su señor entonces le mandó llamar y le dijo:

Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste.

33 ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, como también yo me compadecí de ti?

34 Y encolerizado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía.

35 Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano.

Si bien en esta parábola se aplica el ideal del perdón a deudas monetarias, se presenta en forma muy grave el resultado de negarse a perdonar, como ser entregado a los verdugos. Encontramos aquí otro ejemplo del método de instruir por medio de una alegoría para presentar una idea inaceptable.

La maquinaria económica e industrial sobre la cual descansa la humanidad para sus procesos legales, se derrumbaría si todas las deudas fueran perdonadas y los que no las perdonaran fueran entregados a los verdugos.

La dificultad para prestar la conformidad a esta idea aumenta todavía más cuando se lee en el último versículo que Dios mismo castigará a quienes no perdonen.

Una interpretación que puede darse a esta parábola es la de que Jesús está dando a sus discípulos instrucción directa acerca de la existencia y funcionamiento de la ley de Karma o de causalidad. Como puede verse en otros textos evangélicos, él mismo enunció muy enfáticamente esta doctrina, como lo hizo también el

apóstol Pablo. Esa misma enseñanza se encuentra en el Antiguo Testamento y en todas las escrituras del mundo.

Esta doctrina de Karma es parte de la filosofía teosófica; pero ésta no enseña que haya algún agente personal, divino o humano, que tenga bajo su responsabilidad la aplicación de esta Ley. Por el contrario, la presenta como una consecuencia automática e impersonal. Y explica que se basa en un procedimiento igualmente impersonal de armonización o conciliación, el cual está operando incesantemente en todas partes del universo.

La deificación de este procedimiento por parte de Jesús en esta alegoría, puede haber sido un recurso suyo para indicar la universalidad e inevitabilidad de la ley según la cual a toda acción le sigue una reacción adecuada. San Pablo también apunta a esta doctrina cuando dice en Gál. 6:7 que «de Dios nadie se burla.»

Jesús enseñaba verdades que pudieran ser aceptadas tanto por el pueblo como por sus discípulos.

15. MATRIMONIO Y CASTIDAD

Si bien un Instructor espiritual debe tener en cuenta las condiciones y necesidades de personas que llevan vidas normales, Jesús se dirige principalmente, en versículos como los que vamos a considerar ahora, a personas que han llegado a sentirse movidas internamente a buscar y a adoptar un modo espiritual de vida. Así lo hacen todos los grandes Instructores, y por eso casi todos sus discursos están destinados a servir de guía a los que aspiran al discipulado.

Mt. 19: 3 Y se le acercaron unos fariseos que, para ponerle a prueba, le dijeron: ¿Puede uno repudiar a su mujer por un motivo cualquiera?

4 Él respondió: ¿No habéis leído que el Creador, desde el principio, los hizo varón y hembra,

5 y que dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne?

6 De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre.

En una época y en una tierra en que se consideraba a la mujer como inferior en categoría, Jesús habla para apoyarla, recalcando especialmente su igualdad ante los ojos de Dios así como su unidad con su esposo.

Este pasaje ha sido aceptado como auténtico por algunos cristianos que todavía lo consideran como un decreto terminante y lo aplican a la institución matrimonial. Sin embargo, también hoy hay quienes lo ponen en duda y no lo aceptan como tal. Veamos qué más dice Jesús al respecto.

Mt. 19: 7 Dícenle: Entonces ¿por qué Moisés prescribió dar acta de divorcio y repudiarla?

8 Respondioles: Moisés, teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón, os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fue así.

9 Ahora bien, os digo que quien repudie a su mujer –salvo el caso de fornicación– y se case con otra, comete adulterio, y quien se case con la repudiada, comete adul-

terio.

10 Dícenle sus discípulos: Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer no trae a cuenta casarse.

11 Mas él les respondió: No todos entienden este lenguaje, sino solamente aquellos a quienes se les ha concedido.

12 Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno. Y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda.

La referencia a los que se hicieron eunucos «por el Reino de los Cielos» va dirigida claramente a discípulos en cierto grado avanzado de progreso en el que la castidad y la continencia han llegado a ser ideales necesarios y practicables. Se hacen eunucos a sí mismos, quiere decir que prescinden del sexo porque los pensamientos y las aspiraciones de un discípulo están concentradas en un modo de vivir puramente espiritual al que se ha dedicado totalmente. Por medio de la meditación y la sublimación el discípulo entra en una fase de desarrollo en la que ha trascendido todo deseo sexual.

16. EL COSTO DE LA VIDA SUPERIOR

Mt. 19: 16 En esto se le acercó uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué he de hacer yo de bueno para conseguir la vida eterna?

17 Respondióle: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Mas si quieres entrar en la

Vida guarda los mandamientos.

18 ¿Cuáles? Replicó él. Y Jesús le dijo: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio,

19 honrarás a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Queda aclarada aquí la distinción entre la vida normal del mundo, por honorable que sea, y la vida del discipulado como se expresa más adelante en el versículo 21.

Un joven rico viene a Jesús en busca de guía para entrar en la vida espiritual y vivirla. Jesús, con esa impersonalidad y sincera modestia que caracteriza a los hombres realmente grandes, descarta primero con todo derecho que se le llame bueno. Luego, al discernir inequívocamente la talla espiritual del joven y su actitud hacia la vida, le aconseja guardar los mandamientos, o sea ser un buen ciudadano y un buen judío. Y en respuesta a la petición específica de guía, Jesús le remite a los Diez Mandamientos.

Mt. 19:20 Dícele entonces el joven: Todo eso lo he guardado desde mi juventud; ¿qué más me falta?

Con esta pregunta el joven muestra la seriedad de su propósito y también un sentido intuitivo de que existe una vida interna o superior con sus propias reglas que gobiernan el progreso hacia lo que al principio llamó «vida eterna».

Mt. 19:21 Jesús le dice: Si quieres ser perfecto, véte, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un

tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme.

Este versículo contiene dentro de su brevedad casi toda la esencia de la filosofía y actitud hacia la vida que debe aceptar el que quiera embarcarse con éxito en un modo de existencia puramente espiritual y vivir en él.

La primera frase, «si quieres ser perfecto», se refiere a una doctrina que se encuentra en casi todas las religiones del mundo, o sea la de la perfectibilidad del hombre. Enuncia el propósito subyacente en la vida, o sea el de evolucionar hacia la talla del Cristo. Cuando el devoto alcanza esta meta o está muy cerca de ella, descubre su verdadera identidad como un ser espiritual que vive eternamente.

Esta frase proclama también el sendero de rápido avance hacia la perfección, y describe la conducta resultante de la actitud mental que es esencial mantener. En este sendero se desarrolla naturalmente el desprendimiento de las posesiones mundanas. Si el aspirante es rico, compartirá sus bienes siempre, con razonable discernimiento, obrando como un administrador de ellos.

Mt. 19: 22 Al oír estas palabras, el joven se marchó apenado, porque tenía muchos bienes.

Es evidente que este joven era todavía prisionero de sus bienes y del sentido de posesividad. En consecuencia estaba por el momento incapacitado para seguir la senda que Jesús proclamaba y adoptar la actitud de mayordomía que él quería inculcarle. Pero el hecho de marcharse apenado permite asumir que su actitud no era definitiva.

El haber buscado él mismo al Maestro y presionar-

le para que le indicara los requisitos indispensables para alcanzar la vida eterna, parece ser otro indicio de que él ya superaba la talla de las personas con quienes convivía. Quizá puede decirse que estaba despertando pero que todavía no estaba completamente despierto. El polluelo estaba picoteando la cáscara del huevo, pero aún no había salido de ella. Afortunadamente volverá a presentársele la oportunidad, si no en esa misma vida sí en una encarnación futura en que logrará triunfar.

Uno puede atreverse a comentar que muchos de los miembros de la raza humana no parecen estar todavía ni siquiera picoteando la cáscara, a juzgar por su conducta, sino que continúan dominados por sus antojos y caprichos y afán de enriquecerse. Lo cual tal vez es lo que necesitan por ahora.

Sin embargo, también existen los idealistas, y gradualmente crecerá el número de los que picotean la cáscara del egoísmo y se libran de ella. Y entonces sí reinará la paz en esta tierra destrozada por las guerras.

Mt. 19:23 Entonces dijo Jesús a sus discípulos: Yo os aseguro que un rico difícilmente entrará en el Reino de los Cielos.

24 Os lo repito, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de Dios.

Los términos «reino de los cielos» y «reino de Dios» tienen dos significados por lo menos, especialmente en este caso del joven rico. El primero indica un estado celestial de conciencia en el cuerpo causal en que el Yo inmortal mora normalmente. El segundo indica la talla

evolutiva en la que el hombre mortal es capaz de alcanzar este estado por contemplación de lo divino.

Como se ha indicado en otras partes, se trata de un estado de conciencia interno, y no de un campo externo. Esta elevación mística les llega a ciertas personas espontáneamente en grados diversos y en determinadas ocasiones.

Por la práctica de la continua contemplación, o de alguna de las bellas artes, las gentes pueden volverse susceptibles a esa comunión con su Yo interno. Y de ahí en adelante el genio inmortaliza al artista entre sus congéneres, y el devoto abre para sí mismo una senda que lo comunica con la conciencia de su propio Yo divino, por su perpetua contemplación de las ideas y atributos divinos.

El artista no necesita estar especialmente desarrollado para esto, pero el místico sí, para que el impulso para vencer las limitaciones de la conciencia sensorial y mental ordinarias y descubrir lo verdadero, pueda surgir eficazmente en él como individualidad bien desarrollada.

El incidente del joven rico dio ocasión a Jesús para afirmar que el apego a las posesiones y los bienes del mundo es un estado mental que impide alcanzar y gozar de aquel desinterés que caracteriza al «reino de los cielos».

El ansia de posesiones implica que la actitud mental del «yo» y «lo mio» forma una barrera que impide entrar en un estado en el que no pueden existir esas distinciones. La universalidad de la conciencia ahuyen-

ta totalmente todo sentido de separación, de afán de acaparar y poseer para uno mismo. Dentro de ese estado mora perpetuamente el Yo divino, nuestro verdadero Yo interior.

Estas palabras del Maestro se refieren a ese estado de universalidad. Para enunciar esta verdad, Jesús emplea su notable facultad de enseñar por medio de analogías y símiles.

Es digno de observación que el Maestro no ataca ni condena al joven. Se limita a exponer la ley que gobierna la espiritualización, y luego ilumina a sus discípulos sobre su funcionamiento. Algunas de sus enseñanzas son inaplicables a los que todavía viven una vida mundana, pues éstas son primordialmente indicadas para los discípulos. Pero él deja sin duda que cada cual pueda aplicársela.

Mt. 19: 25 Al oír esto, los discípulos se asombraban mucho y decían: Entonces, ¿quién se podrá salvar?

26 Jesús, mirándoles fijamente, dijo: Para los hombres eso es imposible, mas para Dios todo es posible.

Según el primero de estos dos versículos, parece que los discípulos interpretan la entrada al reino de Dios como 'salvarse'. Y piensan evidentemente que si para ello es esencial la pobreza, entonces una gran cantidad de los que viven en este mundo no pueden llenar esta condición esencial y por tanto jamás pueden salvarse.

Sin embargo, si por entrar en el reino de Dios se entiende alcanzar un estado místico de conciencia, cier-

ta elevación espiritual, entonces la unión con Dios puede alcanzarse sean cuales sean las circunstancias personales.

Por otro lado, la palabra 'salvarse' podría significar la eterna seguridad del alma de los que han sido salvados, conforme al punto de vista religioso ortodoxo. Sin embargo, Jesús aclara que si bien el hombre carnal ha de morir, el Yo real vive eternamente más allá de todas las nociones teológicas de condenación eterna, y es en este sentido que se salva.

Si se adopta esta opinión, entonces la observación de que «para Dios todo es posible» no se refiere únicamente a un supuesto Dios externo sino mucho más al Dios que mora dentro de todo hombre y cuya presencia constituye la seguridad de que ha de salvarse. Aunque, téngase presente, el Dios Trascendente y el Dios Inmanente, son uno solo.

La diferencia esencial entre el Yo divino que mora en el cuerpo espiritual del hombre, y la vestidura física temporal de carne y hueso que le sirve de vehículo al nivel de la vida diaria, es un tema sobre el cual han puesto mucho énfasis los instructores espirituales y le han otorgado una profunda importancia. A los discípulos se les prepara para que no solamente distinguan mentalmente los dos, sino para que por medio de la meditación especialmente diseñada y cumplida en forma ordenada y constante, conozcan por experiencia directa la diferencia.

Con seguridad que es esta conciencia mística y directa de nuestra propia divinidad la que Jesús afirma

que es tan difícil de alcanzar para los que todavía están aprisionados por las garras de los bienes terrenales.

Es razonable suponer que estos breves versículos no exponen más que una pequeña parte de la instrucción completa que Jesús dio, pues sin esa instrucción más completa los discípulos hubieran continuado simplemente «asombrados» de la perentoria afirmación hecha por su Maestro. El resto de la enseñanza, o bien fue olvidado por parte de los compiladores o bien no fue registrado, quizá en vista de su carácter profundamente esotérico.

17. EL PREMIO DE LA REGENERACIÓN

Mt. 19: 27 Entonces Pedro, tomando la palabra, le dijo: Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué recibiremos entonces?

28 Jesús les dijo: Yo os aseguro que vosotros que me habéis seguido, cuando en la regeneración el Hijo del hombre se sienta en su trono de gloria, os sentaréis vosotros también en doce tronos, para gobernar a las doce tribus de Israel.

La pregunta de Pedro es natural en su temperamento a veces impetuoso. La respuesta tranquilizadora de Jesús está presentada razonablemente en términos altamente metafóricos.

La palabra «regeneración» es de interés especial, pues si se aplica a la totalidad del hombre significa que el hombre mortal responde efectivamente a un despertar interno irresistible y espiritual. Como resultado de semejante experiencia llega una completa reversión del

carácter desde el egoísmo hacia el desinterés, y al mismo tiempo un cambio completo del sentido del vivir, que se muestra en la vida diaria.

Tal como lo han proclamado siempre los místicos, esta conversación es uno de los índices de que se está listo para el discipulado. Y su completa aplicación en la vida diaria es el resultado de responder fielmente a las instrucciones del Maestro.

Un verdadero Maestro tiene la capacidad de percibir la talla y la tendencia evolutiva de las gentes. Puede ver perfectamente no sólo la madurez espiritual sino también la conducta física que puede esperarse de ellas en cada caso. Y por tanto el Maestro presta su ayuda tan sabiamente que resulta efectiva en casi todas las circunstancias.

El empleo de la idea de 'tronos desde lo cuales gobernar' para describir el «premio» correspondiente a quien ha alcanzado esa altura espiritual, parece extraído de la simbología acostumbrada entre los judíos de por aquel entonces que vivían en lo que se ha llamado «misticismo del trono».

Mt. 19: 29 Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, mujer, hijos o hacienda, por mi nombre, recibirá el ciento por uno, y heredará vida eterna.

30 Y muchos primeros serán últimos, y muchos últimos primeros.

Si se quiere alcanzar el grado máximo de iluminación interior, hay que renunciar totalmente a todas las

relaciones externas que puedan atar al devoto con el mundo.

Esta total entrega de sí mismo para cumplir la voluntad Divina, está ilustrada en el capítulo 22 del Génesis donde vemos que Abraham está dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac en el monte Moria pero un ángel le detiene la mano.

Esta renunciación total no debe tomarse en un sentido puramente literal, ya que el mismo Jesús mantuvo sus relaciones con su propia madre y sus discípulos, y mostró profunda preocupación por el futuro de su madre luego de que él muriera, y ya en la cruz se la encomendó a Juan. Es evidente que se trata de una analogía trasladada metafóricamente al campo de las responsabilidades y deberes de la vida privada de un ser humano.

Si se les diera un sentido estrictamente literal a estas palabras de Jesús, el resultado sería una conducta totalmente diferente a la producida por otra cualidad esencial en la vida espiritual, a saber, la ternura, la profunda preocupación no sólo por los parientes de uno sino por la felicidad de todas las criaturas y de todos los hombres.

Podemos considerar a los discípulos como prototipos de aquellos seres humanos cuya estatura evolutiva, o sea su *dharma*, y su modo de vivir, o sea su Karma, los deja en libertad de adoptar un modo de vivir completamente espiritual. Pueden asumir el papel de mendicantes o monjes, ya sea dentro de una institución o en forma personal, y así vivir totalmente libres siguien-

do el sendero que su corazón desea.

Estas consideraciones debieran ayudarnos a comprender el verdadero sentido de la idea universal que se encuentra en el misticismo tanto en Oriente como en Occidente. Puede describirse como llegar a aquel estado en que uno es capaz de cumplir con toda naturalidad el anhelo imperioso que llena su corazón. La mente aspira, y la voluntad está resuelta a encontrar un Instructor espiritual para coronar bajo su guía las cimas de la evolución, tan pronto y tan plenamente como sea posible. Esto llega a convertirse en una idea única que domina y mueve la mente y el corazón del individuo que ha alcanzado este grado de despertar espiritual.

Vista de este modo, esta exigencia que Jesús hace, aparentemente cruel en el sentido simplemente físico, no implica obediencia forzosa a órdenes que se reciben, sino algo mucho más grande: un estado de conciencia en el que, como dice uno de los *Upanishads*, «no hay en absoluto otro camino a seguir.»

El versículo final de este capítulo puede tomarse como una descripción de la diferencia entre los valores según se miren desde el punto de vista temporal o el espiritual.

Una persona a quien la gente mundana quizá aprecia enormemente y la considera como que ocupa el primer lugar, puede resultar, si se la examina y se la evalúa espiritualmente, que vale menos que cualquiera o que está en el último lugar.

Un discípulo reciente, por ejemplo, podría llegar a superar totalmente a sus compañeros mayores, en tan-

to que otro más antiguo y aparentemente más evolucionado, podría llegar a exhibir flaquezas que lo situaran en un peldaño muy inferior en la escala de la evolución.

18. LEGITIMIDAD DE LOS TÍTULOS

Es posible que Jesús haya tenido más de los doce discípulos que se conocen. Tuvo que haber en sus tiempos, como las hay ahora, almas avanzadas que, para usar las palabras de Fray Lorenzo, estaban «dominadas por el viento fuerte del Espíritu Santo» y en consecuencia «avanzaban hasta durante el sueño». Los versículos que vienen ahora parecen dirigidos primordialmente a ese tipo de almas.

Mt. 20: 1 En efecto, el Reino de los Cielos es semejante a un propietario, que salió a la primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña.

2 Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña.

3 Salió luego hacia la hora tercia y, al ver a otros que estaban en la plaza parados

4 les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron.

5 Volvió a salir a la hora sexta y a la nona e hizo lo mismo.

6 Todavía salió a eso de la hora undécima y, al encontrar a otros que estaban allí, les dice: ¿Por qué estáis aquí todo el día parados?

7 Dícenle: Es que nadie nos ha contratado.

Díceles: Id también vosotros a mi viña.

8 Al atardecer, dice el dueño de la viña a su administrador: llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros.

9 Vinieron, pues, los de la hora undécima y recibieron un denario cada uno.

10 Cuando les tocó a los primeros pensaron que cobrarían más, pero también ellos recibieron un denario cada uno.

11 Y al tomarlo, murmuraban contra el propietario, diciendo:

12 Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros que hemos aguantado el peso del día y el calor.

13 Pero él contestó a uno de ellos: amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en un denario?

14 Pues toma lo tuyo y vete. Por mi parte, quiero dar a este último lo mismo que a ti.

15 ¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?

16 Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos. Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos.

En esta parábola tan peculiar puede discernirse un propósito subyacente: el de hacer una distinción entre lo que es un sentido simplemente temporal del decoro y la equidad, por una parte, y por la otra lo que es una

realidad espiritual eterna. Porque estas dos cosas, lo transitorio y lo permanente, a primera vista parece que no siempre concuerdan.

Desde el punto de vista corriente, las reclamaciones de los obreros parecían razonables, aunque quizá como trabajadores tenían poco derecho a presentarlas de un modo coercitivo, y así se lo indica el propietario de la viña en defensa de su propio derecho a gastar su dinero como le plazca.

Sin embargo, si se interpreta espiritualmente la parábola, sobre todo el versículo final, se ve entonces que lo que Jesús quiere aclarar es que ni la posición en la escala evolutiva ni la buena disposición para el discipulado (o sea la hora del contrato) dependen únicamente de factores temporales y externos, sino que hay que tener en cuenta la fuente de donde procede la energía vital espiritual, la cual está profundamente oculta en las honduras del alma. Y esto solamente puede discernirlo correctamente y medir su grado de actividad un verdadero vidente o profeta.

Estos títulos internos pueden tener poca o ninguna relación con las horas o años de trabajo en el mundo externo. Un miembro novel de un grupo de aspirantes, un simple observador silencioso, puede a veces resultar más evolucionado espiritualmente y más plenamente despierto que algunos discípulos más antiguos. Y por lo tanto puede merecer por lo menos igual «jornal» (o adelanto espiritual).

En el campo de la educación, por ejemplo, lo que decide un nombramiento no son los años de servicio

solamente, sino mucho más aún, el adelanto académico.

El Maestro no se equivoca jamás cuando mira en lo profundo del carácter de un aspirante. Observa su verdadera talla, ya se trate de un recién llegado o de uno de larga trayectoria. Y le asigna a cada cual el puesto o la tarea que justamente le corresponde. Los que carecen de discernimiento pueden pensar que el Maestro está obrando injustamente y que no tiene una recta apreciación.

Indudablemente Jesús habló más extensamente sobre estas normas para juzgar la legitimidad de los pretendidos títulos, no sólo en esta ocasión sino en otras, enseñando a sus discípulos a basar más sus juicios en valores espirituales y no solamente en valores materiales.

19. LA GRAN RENUNCIACIÓN

Mt. 26: 26 Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan y, pronunciada la bendición, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: Tomad, comed, este es mi Cuerpo.

27 Tomó luego un cáliz y, dadas las gracias, se lo dio diciendo: Bebed de él todos

28 porque esta es mi sangre de la nueva Alianza, que se derrama por muchos para remisión de los pecados.

Aquí se describe en la forma más simple la institución de la Eucaristía. Aunque el tomar la cena en comunidad se considera universalmente como una indicación

de que se comparten intereses y valores comunales, evidentemente la presencia física del Cristo le imprimió a esta Cena un carácter intrínseco de orden moral y espiritual muy profundo.

En este relato de la Última Cena que Jesús compartió con sus discípulos, se combinan en realidad tres símbolos y tres actos.

Los tres símbolos son: el cáliz, el vino y el pan. Los tres actos fueron: partir el pan, bendecirlo y dárselo a los presentes.

En una interpretación macro-cósmica, el vino es la energía espiritual, vital, preservadora y unificadora que llena y sostiene todos los mundos.

El pan representa los principios divinos por cuyo medio se lleva a cabo el proceso de la manifestación Divina.

Las leyes inamovibles que sostienen la Manifestación por medio del Verbo o Sonido, y la corriente de la fecundante Vida Divina que sale y vuelve cíclicamente, constituyen la Verdad primaria que está simbolizada por el pan en esta interpretación macro-cósmica.

El acto de partir el pan implica la actuación del Logos al manifestarse en innumerables formas que obedecen siempre a leyes fundamentales.

La bendición del pan indica la efusión del Poder Divino con su infalible efecto de espiritualización que estimula las tendencias universales para evolucionar.

En una interpretación micro-cósmica, el pan es un símbolo del conocimiento esotérico. Está hecho de grano nutritivo, de un producto natural básico. Una vez

molido (o sea, analizado mentalmente) se combina con levadura, un agente fertilizante. Lo cual alude a la función fertilizante de la intuición espiritual sobre la mente. El trigo junto ya con la levadura, representa la comprensión plena de las leyes divinas del Ser.

Comer el pan simboliza absorber mental e intuicionalmente el conocimiento divino, o sea unificarse con el grano mentalmente nutritivo de la Verdad.

El cáliz es el cuerpo causal del hombre, vehículo de la inteligencia superior, que recoge la sabiduría destilada de las experiencias de la vida. Esta sabiduría interna es el vino con el que continuamente está llenándose el cáliz. Este «vino de vida» es el que se administra al hombre externo en sus sucesivas encarnaciones.

El vino consagrado simboliza la sabiduría divina inherente en la Mónada, que va expresándose cada vez mejor por medio del Alma inmortal en su vestidura de luz o cáliz.

El Alma Inmortal es el sacerdote interno que a su vez administra esta influencia espiritual a sus sucesivas personalidades como sabiduría que han de aplicar a la conducción de sus vidas.

En el versículo 28 Jesús le confiere al vino un significado todavía más profundamente simbólico; pues después de bendecirlo no habría de seguirse considerando como vino simplemente sino como una representación de la sangre misma de Cristo que «se derrama por muchos para remisión de los pecados».

¿Qué puede indicar, entonces, semejante simbología, semejante participación del vino consagrado como sím-

bolo de la sangre de Cristo?

Una de las funciones de todo ser espiritual elevado cuando visita a la humanidad es la de proveer indirectamente para bien del hombre aquello que éste todavía no es capaz de proveer por sí mismo, o sea la naturaleza Crística plenamente despierta. Esta naturaleza Crística es una parte del trino ser espiritual de todo hombre.

En el Maestro, esa parte está plenamente desarrollada y totalmente activa, y así él es un vehículo especialmente capacitado por cuyo medio el espíritu más elevado puede llegar hasta el hombre mortal externo.

El vino, especialmente el vino consagrado, es un símbolo físico para esta parte profundamente interna de la naturaleza real del hombre. Su papel es el de un medio transmisor para que el Espíritu más elevado descienda hasta la materia más inferior.

Es de suponer que al ofrecer el cáliz y decir «esta es mi sangre de la nueva Alianza», Jesús se refería a aquella Nueva Era, la Edad futura, en la que con la ayuda de esta mediación interna, de esta Re-conciliación, el hombre habrá alcanzado el punto evolutivo en que estará manifestando plenamente su talla y su poder espiritual.

Así como la sangre es el fluido vital que mantiene vivo el cuerpo, la sangre de Cristo es un símbolo de aquello que es lo más esencial para el sostenimiento y conservación del Alma espiritual e inmortal del hombre.

Tal como la sangre fluye a través de todo el cuerpo físico del hombre, asimismo la fuerza vital del Logos penetra y colma y sostiene todo el universo material y espiritual.

Los Salvadores y Redentores sirven ellos mismos como vehículos para esta Vida Interna y esta Sabiduría Oculta. De este modo ellos protegen al hombre para que no caiga en una degradación más grave que la que sin ellos sufriría. Ellos reviven en el hombre la naturaleza Crística que ha estado adormecida gracias a su capacidad de canalizar sus más elevados poderes espirituales hacia la vida diaria del hombre.

Este despertar y este estímulo de todo lo que hay de espiritual en el hombre, no puede considerarse lógicamente que cancele los efectos de actos negativos que el hombre haya cometido ya. Sin embargo, puede reducir o atenuar enormemente la tendencia a repetirlos, y al mismo tiempo puede acelerar la evolución espiritual de todos los que respondan a semejante efusión de vida superior, o sea, simbólicamente, a los que beben la sangre de Cristo.

La remisión de los pecados que los teólogos asocian con la Re-conciliación, parece exigir una interpretación simbólica para los de intelecto filosófico. Las palabras mismas del Señor Cristo que afirman tan rotundamente la existencia y la función de la Ley kármica, constituirían una negación absoluta de la posibilidad de semejante remisión de los pecados.

Desgraciadamente, la idea espiritual ha quedado materializada en un concepto teológico equivocado, el del perdón de los pecados, el cual dificulta más a los que están a punto de pecar el resistir la tentación a hacerlo. De esa manera pierden poder la voz de la conciencia y el temor a las consecuencias futuras, al acep-

tar la idea de que Cristo ha de traer el perdón o la remisión de los pecados.

Considerada simbólicamente, esta institución de la Eucaristía por parte de Jesús, resulta ser mucho más que un rito objetivo, pues se ve como una participación profundamente interna en la mismísima Vida de Cristo, con todos los que quieran recibirla o sea «beber del cáliz». Este es un sentido profundamente esotérico de la Re-conciliación.

Mt. 26: 29 Y os digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día en que lo beba de nuevo con vosotros en el Reino de mi Padre.

El drama-misterio de la vida de Cristo, especialmente los pasajes de la Última Cena, la traición, la pasión, la crucifixión, es también una revelación alegórica de una verdad de significado cósmico, super-humano y humano, pues todo lo que acabamos de comentar puede aplicarse a la acción del Logos en el universo, acción que está resumida en los cinco primeros versículos del Evangelio según San Juan.

El Logos trascendente derrama perpetuamente su propia fuerza vital espiritual (su sangre en sentido simbólico), en todos los mundos y en todas las criaturas de su sistema solar. El grado y la extensión de esta perpetua oblación crecen a medida que pasan las edades solares y planetarias y que la corriente de la evolución hace que los principios espirituales del sistema se vuelvan más receptivos y responsivos a este poder vivificador que el Logos irradia.

Finalmente, al acercarse el término del Manvántara

solar o la tarde del «séptimo día», todo cuanto existe va quedando cada vez más saturado de la celestial sangre vital del Logos solar Trascendente e Inmanente.

Esta es la Oblación Cósmica, el sacrificio y la renunciación total que también encuentra expresión por medio de *Avataras* y de aquellos seres humanos perfectos que llevan la vestidura del *Nirmanakaya*, es decir, del Adepto que en vez de entrar egoístamente en la gloria escoge una vida de auto-sacrificio a fin de poder ayudar a toda la humanidad, y para ello escoge decididamente la gran renunciación a su propia gloria individual, y vive en perpetua renunciación.

La afirmación de Jesús de que él mismo no participaría de esta Eucaristía mística hasta que todos sus discípulos estuvieran con él en el Reino del Padre, concuerda con la renunciación que han hecho otros grandes Instructores mundiales.

Esta decisión y esta afirmación de no entrar en la gloria eterna de la Unidad con Dios en una vida que se vive totalmente en unión con Dios, es también característica de todos los personajes Divinos que han visitado a la humanidad. Su amor a la humanidad es tan profundo que deciden permanecer ocultos cumpliendo calladamente en forma continua las funciones de «puente» y despertador, renunciando a entrar ellos mismos en una paz y una gloria indescriptibles.

Jesús pronuncia ese mismísimo voto en estos versículos, aunque aparentemente se refiere sólo a sus discípulos. Su decisión y su acción son, sin embargo, totalmente universales, nacidas de un amor divino ha-

cia todo cuanto existe.

Incluso hombres y mujeres que todavía no están espiritualmente iluminados hacen a veces sacrificios personales en pro del bienestar y la felicidad de otros, y de ese modo se elevan a grandes alturas. Semejantes actos de entrega y sacrificio pueden considerarse como uno de los efectos de las energías espirituales que los Grandes Seres y el Logos Solar están derramando sobre la humanidad y que estimulan los motivos e ideales más sublimes y espirituales en los hombres.

El Bendito Sacramento de la Eucaristía en las iglesias cristianas, refleja este sacrificio divino, la Gran Renunciación del Cristo. Los que reciben este Sacramento de una manera inteligente y consciente, van sintiéndose cada vez más movidos a responder a esos ideales que los acercan a lo Bueno, lo Verdadero y lo Bello.

Ese es en parte el misterio que se representa en las iglesias cristianas durante la ceremonia de la Santa Comunión o Eucaristía, y ese es también parte del significado místico de estos versículos.